

AMOR DE ZAFIRO

CHERIE NOIR



PRÓLOGO

En la Universidad, al igual que en todos los sitios, se pueden distinguir varios tipos de perfiles. Por un lado, están los que quieren destacar académicamente con notas brillantes y labrarse un futuro acorde con su esfuerzo. De misma manera, y por contrapartida, están quienes prueban suerte, o priorizan su vida social, antes de encerrarse en un cuarto y gastar horas en estudio y dedicación.

Marie Lallau encajaba en el segundo de los casos; una joven parisina de cabello oscuro y rasgos aniñados, que había ingresado en la facultad para estudiar diseño de moda y, con el principal propósito, de conocer a cuantas más chicas mejor.

Su apariencia era masculina, vistiendo una holgada sudadera y una coleta alta que le daba un toque inocente a su personalidad descocada.

Era el día en que realizaba la mudanza en la residencia del campus, y cargaba con una caja repleta con varias de sus pertenencias mientras conversaba con la que sería su compañera de habitación: Coralie Dubois.

Coralie era su mejor amiga de la infancia, tanto ella como Marie siempre habían estado juntas. Así como la de apariencia dejada poseía unos hermosos ojos azul cielo, su aliada era una chica femenina y de orbes marrón miel, que se ocultaban tras unas finas lentes.

—Espero que a partir de ahora seas más responsable. —Advirtió la morena en un tono abatido.

—Define responsable.

—*Mm...* ¿Más monógama? ¿No tan liberal?

—¿En cristiano? —Inquirió mirándola por el rabillo del ojo.

—Que dejes de tirarte a las chicas de dos en dos.

—Oh, eso... —aborreció restándole importancia—. Bueno, yo no apostaría por ello.

Coralie se palmeó la frente, adentrándose en el edificio junto a su amiga, a la par que examinaban de lado a lado los pasadizos del que sería su hogar hasta terminar los estudios.

—Después de instalarnos, podríamos ir a inspeccionar el centro. —

Sugirió la de orbes marrones.

—Me parece bie... —tropezó con el cordón de sus converse, haciendo que la caja y parte de su contenido cayeran al suelo—. Estupendo, ya empezamos.

—Deja, yo te ayudo. —Se ofreció la de tez bronceada, acomodando su bolsa en el hombro.

—No, tranquila —Negó su contraria, resoplando con pesadez—. Tú ve a la habitación, yo recojo esto y enseguida te alcanzo.

—¿Segura? No me cuesta nada.

—Segura. —Afianzó la ojizarca con amabilidad.

—Muy bien... entonces, nos vemos arriba. —Marchó hacia las escaleras, dedicándole una sonrisa a su compañera al alejarse de ella.

Cuando Marie quedó a solas, se inclinó hacia adelante por tal de recoger sus cosas y reanudar su trayecto. Sin embargo, un silbido a sus espaldas la paralizó.

—Hola, culito precioso. —Aduló una voz masculina.

La jovencuela se incorporó en una postura rígida, girándose paulatinamente con una expresión engorrosa en su rostro al encontrarse con un impertinente chico de cabellos azabaches y ojos celestes.

—Por tu bien, ya estás retirando lo que acabas de decir. —Advirtió ella con intransigencia.

—¿Qué cosa?, ¿culito precioso? —Espetó con coquetería.

—¿Quieres que te rompa los huevos?

—Preferiría que me los chuparas, quizás así se te quitaría esa cara de estreñida que traes.

«Se acabó, a éste lo hago picadillo.» Pensó ella al borde del desespero.

Hizo un amago de acercarse con el puño apretado. No obstante, se detuvo al ver como por detrás del individuo, alguien lo agarraba del hombro y lo hacía retroceder.

—¿Acabamos de llegar y ya te estás metiendo en líos? —Masculló con hastío el recién llegado, fijando su mirada verduzca en la oceánica de la fémica—. Sea lo que sea que te haya dicho, perdónale... Es un poco retrasado y hacer amigos no es lo suyo.

—¡Oye!

—Anda, Louis... Deja de hacerte el ofendido y dile perdón al chaval.

—¿Chaval? —Cuestionó perplejo, soltando una risotada que dejó

pasmado a su camarada—. Tío, ¿no ves que es una chica?

El intruso escudriñó de arriba a abajo a la desconocida. A diferencia de su compañero, él poseía una cabellera rubia y un cuerpo bien trabajado. Ni muy delgado, ni demasiado musculoso. Siendo la clase de chico que bien podría conseguir a quien se propusiera con una simple mirada de esos ojos verde intenso.

Después de propinarle una colleja al holgazán de su amigo, torció una sonrisa burlesca y chasqueó la lengua con pesadez.

—Lo que sea, discúlpate. —Exigió el rubio sin mostrar vacilación.

Lous refunfuñó, acto seguido cruzándose de brazos y desviando la vista a un lado.

—Perdón.

—Creo que no se te ha oído, amigo mío. —Recriminó su opuesto con un ligero retintín, ganándose una mirada furibunda por parte de su colega.

—He dicho... ¡Que lo siento! —Se zafó del rubio, luego apartándose de forma esquiva—. Me voy a mi cuarto.

La azabache observó cómo el chico se retiraba a regañadientes, hecho por el que ella soltó una risa sarcástica a la vez que se centraba en el otro varón.

—¿Tú no vas con él? —Preguntó ella en un tono monocorde.

—Yo me hospedo en otro cuarto. —Confirmó y se encogió de hombros. Luego se agachó y recogió las pertenencias de la jovenzuela.

—¡Eh! ¿Qué estás haciendo? —Protestó, poniéndose de rodillas en el suelo para recolectar sus cosas.

—¿Te ayudo? —Murmuró con una ceja enarcada, colocando los objetos dentro de la caja.

—Eso ya lo veo, pero... ¿Por qué? —Insistió desconfiada.

—Tranquila, solo intento ser amable. —Argumentó terminando de recoger lo esparcido en la superficie, luego incorporándose con el empaque—. No soy como el listillo de mi amigo.

—¿Eso quiere decir que no eres un salido prepotente?

—No, sí que lo soy. —Admitió con total parsimonia—. Pero solo con chicas de verdad y, por lo que intuyo, tú no lo eres.

Esa afirmación, si bien podría ofender a cualquier otra joven, ella la recibió con grato agrado. Esbozando una sonrisa sincera, al ver como él comenzaba a andar por el corredor. Lo siguió de cerca, con las manos salvaguardadas en los bolsillos de su sudadera.

—Soy gay. —Murmuró en un tono neutro, observando como el blondo

permanecía en un estado inalterable—. Lesbiana, para ser más exactos.

Aquello arrebató una suave carcajada al varón.

—Ya decía yo que destilabas masculinidad.

—Y con mucha honra. —Se enorgulleció a la par que subían las escaleras.

—Avísame cuando llegemos a tu planta, sino me pasaré de largo y te tocará cargar con tus cosas.

—Podría con ello. —Alardeó pagada de sí misma.

—No lo dudo.

Subidos los últimos escalones, ella le indicó el camino a seguir a lo largo del pasillo, deteniéndose frente a una de las puertas. Él dejó la caja en el suelo, despezándose para mirar a la francesa en un semblante relajado.

—Esto... Gracias por ayudarme. —Agradeció ella en una postura cerrada.

—De nada. —Se llevó las manos a los bolsillos del pantalón, observándola con calma.

Estuvieron un rato en silencio, mirándose sin palabras que rompieran el momento, hasta que ella extendió una mano hacia el zagal a modo de presentación.

—Me llamo Marie. —Introdujo con simpatía.

El rubio se fijó en el gesto, no tardando en encajar firmemente su mano con la suya.

—Yo soy Alex.

La puerta del cuarto se abrió, asomándose el rostro de Coralie, quien anonadada estudió a ambos jóvenes antes de regresar al interior de la estancia sin apenas pronunciarse.

—Bueno, yo voy a entrar y...

—Claro, sin problema. —Interrumpió con entendimiento—. Ya nos iremos viendo por aquí.

Ella confirmó con una sonrisa fugaz, y ninguno de los dos volvió a decir nada. Despidiéndose en el descansillo, para luego cada uno dispersarse y tomar su propio camino.

1

Los dos primeros años en la facultad habían resultado de lo más provechosos para Marie; según sus metas fijadas inicialmente, había conseguido conocer a varias chicas y crear una curiosa amistad con el joven que respondía al nombre de Alex Feraud.

La relación entre ambos era llamativa, se mirara por donde se mirara, pues siendo sexos opuestos, a sus veinte años su interés era el mismo; por no mencionar la alianza que ellos habían forjado por tal de asegurarse sus respectivas conquistas.

—¿Hetero o gay? —Preguntó el rubio.

La azabache ojeó a la joven que su compañero desnudaba descaradamente con la mirada y que se encontraba a unos metros de distancia, mordiéndose la cara interna de la mejilla mientras que sus labios se curvaban en una sonrisa ladina.

—Gay. —Confirmó convencida.

—Yo voto que es hetero. —Contradijo con desfachatez.

—Vamos a comprobarlo.

Marie avanzó en dirección a la muchacha de larga cabellera cobriza, seguida por su compinche a un paso relajado. Ella tomó ventaja al plantarse frente a la universitaria, captando su atención al mirarla con osadía.

—¿Quieres algo? —Cuestionó dudosa la pelirroja.

—En realidad... Solo me acercaba a saludar. —Argumentó la de rasgos europeos, arrojándose en una actitud desinhibida—. Es la primera vez que te veo por aquí, ¿eres nueva?

—Esto... S-sí, es mi primer año.

Lallau echó un rápido vistazo al varón que aguardaba a sus espaldas con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y una expresión petulante, luego encarándose de nuevo con la chica.

—Pues... Si quieres, yo podría hacerte de guía.

—Oh-eh... Te lo agradezco, pero no me gustaría ser molestia.

—Una monada como tú, no es molestia. —Aduló la ojizarca, pasando un brazo por sus hombros—. Es más... ¿Qué te parece si te invito a tomar algo?

—¿Qu-qué? ¿To-tomar algo? —Preguntó ella con sus mejillas sonrojadas.

Marie se inclinó sobre su oído, susurrando algo que provocó que los colores en el rostro de la fémina se intensificaran con virulencia. Acto seguido la desconocida se apartó asustadiza y consternada.

—¿Pe-pero qué demonios?! ¡Ni hablar!

La joven se alejó, dejando a la pelinegra en compañía del blondo.

—¿Decías, *Azulita*? —Se regodeó él al saborear su triunfo.

—Aún no se ha acabado. —Canturreó con sus ojos puestos en el horizonte.

El de gemas verduzcas siguió el punto de mira de su camarada, observando como la estudiante novicia regresaba en un semblante enfurruñado que suavizó al detenerse delante de Marie; entregándole un papelito que sacó de su bolso.

—Por si te interesa... Salgo a las cinco. —Coqueteó guiñándole un ojo.

—Gracias, preciosa.

La pelirroja se retiró en un pomposo andar. Cuando Marie ojeó al rubio, no pudo más que sonreír victoriosa, viendo como sus facciones se desencajaban destilando incredulidad.

—Alucino. —Expresó con asombro—. ¿Cómo demonios lo has sabido?

—Una ya tiene su experiencia, *Gatito*. —Presumió con chulería.

—A ver si me dejas alguna, que últimamente te las quedas todas para ti.

—¿Qué quieres que le haga si hay más fans de las *tijeras* que del *teto*? — Se desentendió yendo hacia el interior del recinto estudiantil—. Además, no puedes quejarte... Sabes que siempre que puedo, te cedo alguna.

—Claro, cuando ya te las has *pasado por el forro*.

—¡Eh! Una tiene necesidades.

—Mi polla también.

La muchacha se carcajeó, arrimándose a su compañero para abrazarlo del cuello con camaradería, mientras cruzaban el pasillo del centro.

—Venga, no te desanimes. —Instó con una sonrisa granuja—. Prometo que cuando acabe con la pelirroja, te ayudo a buscarte a una que te puedas follar.

—Después de saciarte tú. —Rebatió con pesadez.

—Por supuesto, no soy tonta.

Alex revoleó los ojos, observando como la chica se separaba para extender un puño hacia él y lo hacía chocar con el suyo.

—¡Hola, chicos!

Ambos aludidos se voltearon, identificando al conocido chico de cabellos de ébano, aproximándose sonriente donde ellos, para acto seguido dar un toque en el brazo del rubio.

—Hola, tío. —Saludó el de gemas verdes.

—¿Qué contáis? —Sus azules se fijaron en la joven de rasgos europeos, sonriendo con pillería—. Hola, Marie.

La fémica resopló en un gesto abatido, centrándose en su otro compañero al disponerse a partir a contradirección.

—Me voy a clase. —Enunció ella fingiendo un bostezo—. ¿Nos vemos luego?

—Cuenta con ello. —Aseguró él despreocupadamente.

La joven no tardó en abrirse paso entre la multitud, desapareciendo a los pocos segundos del campo de visión de los dos varones.

—Enserio, que ganas tengo de metérsela... —confesó el azabache, soltando un suspiro.

Esas palabras hicieron que su colega lo mirara asqueado, como si lo dicho fuera una blasfemia u acto atroz a la moralidad y naturaleza.

—¿Estás loco? Eso es muy gay. —Se quejó fingiendo una arcada.

—¿Cómo que gay? Marie es una chica.

—¡Ja! —Se mofó jactancioso, pasando los dedos por su cabellera—. Marie tiene de chica, lo que yo de virgen. —Apeló sin poder oprimir la risa—. Créeme, de no ser porque no tiene huevos... Sería un tío.

—Muy gracioso, Feraud. —Masculló, andando rumbo a su aula—. Tú porque estás ciego, pero a ese tío le pones un vestido y maquillaje, y de seguro te lo tirarías.

—Corta el rollo, ¿quieres? —Espetó él sin querer seguir tocando el tema.

Louis no persistió en sus especulaciones, deambulando en silencio mientras la curiosidad seguía tirando de él. Bance miraba a su opuesto de tanto en tanto, provocando que éste lo encarara con tedio por la expresión fisgona que se dibujaba en su rostro.

—Vale, suéltalo ya. —Soltó con hastío el de hebras doradas.

—¿Qué tengo que soltar?

—Lo que sea que se te esté pasando por esa cabeza enfermiza tuya.

El ojizarco hizo una mueca de burla, esbozando una sonrisa socarrona que no le hizo ni pizca de gracia a su amigo.

—¿La has visto desnuda? —Cuestionó en un tono provocador.

—Genial, después de esto tendré que ir al psiquiatra.

—¿Eso es un no?

—¡Por supuesto que no! —Exclamó irritado, irrumpiendo en el aula a regañadientes—. Marie es como mi compañera de ligues; nunca podría verla

de esa manera.

—¿Ni con un vestido ceñido? ¿O con el pelo suelto? ¿Maquillada?

—No, no y rotundamente no.

El ojizarco se llevó una mano a la barbilla, frotándola en un gesto pensativo, al mismo tiempo que se dirigían a una de las hileras que componían la estancia para tomar asiento.

—¿Alguna vez has salido con ella? —Se interesó con curioso.

—Casi todos los días. —Comentó con indiferencia, sacando los libros de la bolsa con engorro.

—No me refiero a esa clase de salida. —Espetó el guitarrista al repantigarse en la banca—. ¿Alguna vez has salido con ella a tomar una copa?

—¿Como una cita? —Masculló alterado.

—Más bien... ¿De cacería? —El rubio lo miró sin terminar de comprenderlo, animándolo a explicarse—. Ya sabes... Si es tu compañera de ligues, ¿qué mejor forma que salir de fiesta con ella?

—La verdad es que nunca se me había pasado por la cabeza. —Reflexionó para sus adentros.

—Podrías proponérselo. —Sugirió desinteresadamente, apoyando el mentón en la palma de su mano—. Tal vez... ¿Así tendrías más dónde elegir?

Una sonrisa bravata se formó en los labios del chico de orbes esmeraldas, estrechando el hombro de su colega con complacencia.

—He de admitir, que a veces tienes buenas ideas.

—¿Eso quiere decir que le vas a pedir una cita?

—*Agh*, deja ya de llamarlo así. —Aborreció quejumbroso, posando sus luceros al frente.

A los pocos minutos, el profesor entró en el aula, haciendo que los alumnos ocuparan sus sitios y se prepararan para impartir la materia.

...

Marie llevaba dos horas durmiéndose en clase; dos horas de pura tortura que se vieron recompensadas con la llegada del ansiado descanso. La azabache se enderezó compungida, desperezándose con la vagancia arraigada.

—Un poco más y se te queda marcado el libro en la cara. —Notó su mejor amiga con una expresión divertida.

—Es culpa del profesor; abre la boca y caigo muerta. —Contestó haciendo

un bostezo.

—Si durmieras más por las noches, eso no pasaría.

—Entonces prefiero seguir siendo noctámbula. —Admitió con simpleza.

—No tienes remedio. —Murmuró llevándose una mano a la sien—. Entre tú y Alex acabaréis volviéndome loca.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? ¡Sois dos malditos conejos! —Recriminó poniendo el grito en el cielo—. Ni el conejo de *Duracel* folla tanto.

—Sigo sin ver el problema.

—Marie... —resopló abatida, tomándola de los hombros—. Sabes que te quiero mucho, pero... Estás hecha un *putón*.

Marie tardó unos segundos en reaccionar, finalmente soltando una risotada que desconcertó de pleno a la morena.

—Gracias, hago lo que puedo. —Se enorgulleció sin remediar las carcajadas.

—Creo que no me has entendido bien... —añadió agarrándose la melena—. No te estoy halagando.

—¿Ah, no? —Dudó haciendo una trompita con los labios—. Lástima, porque es algo digno de admirac...

—¡Tú!

La pareja de amigas se volteó a sus espaldas, encontrándose con una enfurecida rubia de corta melena acercándose decidida donde aguardaban ellas.

—¿Rose? —Preguntó la ojizarca con perplejidad y una sonrisa coqueta—. *Hey*, ¿qué es lo que...?

No alcanzó a terminar de hablar que una bofetada aterrizó en una de sus mejillas, dejando descolocada a la víctima de aquel repentino ataque por parte de su compañera.

—¡Eres una imbécil! —Culpó la recién llegada con voz desgarrada.

—*Auch*, eso me ha dolido. —Se quejó con falso pesar, frotándose la zona del impacto—. ¿Se puede saber qué hice?

—¡Te acostaste con Jane! —Vociferó hecha una fiera, apretando los puños en sus costados.

—Jane, Jane... —meditó reflexiva—. ¿Es la rubia con culo de abeja?

—¡No!

—*Mm...* ¿La morena de tetas grandes?

—¡No! ¡Estúpida! —Exclamó con el entrecejo arrugado—. ¡Jane! ¡La

patinadora!

—Oh, sí... Ahora la recuerdo. —Sonrió con lascivia, humedeciéndose los labios—. Era muy... Elástica.

Las facciones de la rubia se perturbaron, reflejando desdén y aprensión hacia aquella deslenguada sin escrúpulos, que parecía que todo se le resbalara.

—¿Cómo pudiste hacerlo? —Cuestionó con un nudo en la garganta y lágrimas en los ojos—. Pensé que te gustaba.

La chica de gemas marinas exhaló con lentitud, llevando a cabo una perspicaz maniobra para apaciguar a la jovencuela y rodear sus hombros.

—Y me gustas. —Se apresuró en aclarar, acariciando el rostro de su contraria con delicadeza—. Pero también me gusta Alix, Candy, Brenda, Margaret...

Otra bofetada le fue encestada, esta vez más impetuosa que la anterior. Rose no podía frenar ese sentimiento de impotencia que se había instalado en su interior, mirando a su opuesta con desprecio y amargura.

—Eres asquerosa. —Le recriminó repulsiva—. No sé cómo pude pensar que entre nosotras podía haber algo.

—*Emm...* ¿Perdón?

La rubia ni se molestó en malgastar más su tiempo con esa impertinente sinvergüenza, regresando por donde había venido en un paso firme y urgido.

—¿Ves? A eso es a lo que me refiero. —Comentó Coralie—. Te comportas como si fueras una gata en celo.

—¿*Meow?*

—Enserio, Marie. —Regañó la joven de lentes con exasperación—. Si sigues así, siempre estarás sola.

—Sola no. —La abrazó en una actitud mimosa—. Siempre te tendré a ti para hacerme compañía.

Coralie correspondió a su abrazo gustosa, acariciando su coronilla como si de una niña pequeña se tratara.

—Eso ni lo dudes. —Susurró con cariño—. Pero lo que yo quiero decir, es que debes dejar de ser tan lanzada... —advirtió con recato—. Está bien que experimentes, pero... Tienes que aprender a pisar el freno.

—Pero ¿por qué? Así soy feliz. —Defendió la azabache con un mohín en los labios—. Hago lo que quiero, con quien quiero y cuando quiero.

—Nada de lo que te diga va a hacer que cambies de opinión, ¿verdad?

—*Nope.*

—Genial.

Después de aquella charla de hermana mayor, la morena no supo objetar a las contestaciones de su amiga. Se preocupaba por ella, no solo por ese rol al que se había acostumbrado, sino también por temor a que se repitieran desgracias enterradas en su pasado.

Marie siempre había sido un espíritu libre. Nunca había rehuído de su sexualidad pese a las creencias de su padre; el cual con el tiempo tuvo que aceptar el camino que ella decidió tomar en la vida, más al ver como se fueron presentando los diferentes sucesos.

Para Coralie, ella siempre había sido como una hermana a la que cuidar, sobre todo después de que su bondadoso corazón hubiera caído víctima de un juego igual de insensible al que estaba jugando ella por ese entonces. Era por ello por lo que la Dubois temía; temía que su amiga se convirtiera en el mismo monstruo que en su día hizo pedazos su corazón.

Sabía que, si le confesaba sus temores, ella lo negaría o simplemente se desentendería por completo. No dejándole otra alternativa que velar por ella y tratar de aconsejarla de la mejor manera, esperando el momento en que la muchacha recapacitara y cayera en la cuenta del error que estaba cometiendo.

Tras el breve descanso, las siguientes clases transcurrieron con mayor fluidez. Anotando las lecciones de sus mentores y participando en ejercicios y debates con el resto de los alumnos del salón.

Sin verlo a venir, el tedioso jornal había llegado a su fin. Los estudiantes salieron del aula tan pronto como oyeron el timbre sonar, dejando el espacio vacío en un santiamén.

—¿Qué te parece si vamos de compras? —Preguntó la morena mientras terminaba de recoger sus pertenencias.

—¿El sábado? —Peticionó la azabache.

—Yo decía hoy...

La azabache titubeó, sonriendo con amabilidad a su compañera a la vez que juntaba las manos a modo de disculpa.

—Lo siento, pero he quedado con Alex. —Lamentó con una leve reverencia.

—No sé por qué no me sorprende. —Murmuró la de mechas anaranjadas, soltando una risita—. Sinceramente, a veces da la impresión de que sois pareja.

—¿Qué?! Por dios, ¡ni hablar! —Negó sacando la lengua como a pataleta—. Eso sería como si Donald Trump y Obama se besaran. ¡Puaj!

—Alex es guapo. —Aduló Coralie, conteniendo una sonrisa—. Un capullo... Pero guapo.

—Uy, sí... Solo tiene un pequeño fallo: Tiene polla. ¡Es un chico! —Remarcó de forma expresa, elevando el tono—. Otra cosa sería que tuviera vagina y se llamara Adriana, pero como no es así. Entre él y yo es imposible que pase nada.

—Vale, ya lo pillo. —Se rio la morena, suspirando largo y tendido—. Entonces, ¿nos vemos luego en la habitación?

—¿No ibas a ver a Jean esta noche?

—Eso es el viernes, ¿ves como no me escuchas? —Inquirió con los brazos en jarra.

—Lo siento, lo siento... —Se terminó de colocar bien la mochila, andando con ella hacia el pasillo—. Prometo prestar más atención.

—Siempre dices lo mismo.

Una vez en el pasadizo, los ojos de ambas se fijaron en el varón de gemas esmeraldas, quien aguardaba recargado contra la pared de enfrente del aula. Coralie pasó por su lado, mirándolo acusatoriamente.

—Cuídame la bien, Feraud. —Amenazó la de lentes en un tono que trató sonar intimidatorio.

—Siempre la cuida, ¿no ves que rebosa felicidad? —Se jactó él con una sonrisa arrebatadora.

La muchacha no respondió, abrazándose a su amiga antes de marchar en solitario por el corredor. Alex se impulsó hacia adelante, mirando a la ojizarca con travesura.

—¿Y esa cara? —Cuestionó desconfiada.

—¿No podrías liarme con tu amiguita?

Marie puso la vista en blanco, dándole una colleja al chico que lo hizo refunfuñar.

—Coralie es intocable, ¿estamos? —Lo avisó con el ceño fruncido—. Además, tiene novio.

—Mensaje captado. —Masculló frotándose la nuca—. Nada de liarme con tus amigas.

Tras dejar los puntos claros, ambos se dirigieron a la salida del centro; paseando por las afueras del campus sin cruzar una sola palabra. El rubio observó de soslayo a la jovenzuela, captando su interés después de varios segundos sin quitarle el ojo de encima.

—¿Hay algo que quieras decirme, *Gatito*? —Preguntó ella sin mirarlo

directamente.

—Quizás. —Respondió haciéndose el misterioso.

—¿Vas a hacerme adivinar? —Instó con una sonrisa juguetona, llevando las manos a sus espaldas.

—No lo adivinarías.

Ella se relamió, interceptando su trayectoria al plantarse delante suyo y entorpecer su paso.

—Pues habla. —Animó mostrándose receptiva—. ¿Qué es lo que me quieres decir?

El varón torció el gesto, enseguida dando el brazo a torcer al divisar la predisposición de la fémina.

—Es una proposición. —Comentó imperturbable, reduciendo la distancia que los separaba.

—Y... ¿De qué se trata?

El blondo la señaló con el dedo índice, por lo que ella lo contempló irresoluta en busca de respuestas.

—¿Qué te parece si tú y yo salimos este viernes por la noche? —Susurró él con calma.

—Espero que no me estés pidiendo una cita, porque de ser así, lamento comunicarte que soy gay.

—Tonta... ¡Eso ya lo sé! —Se exasperó virando los ojos—. Me refería a una salida de chicos: yo te busco plan y tú me lo buscas a mí.

—A ver si lo he entendido bien... —murmuró cruzándose de brazos—. ¿Pretendes que vaya contigo de fiesta para conseguirte a una chica?

—Tú también la conseguirías.

Esa idea creó conciencia en la mente de la joven, imaginando los diferentes escenarios que se podían dar y por lo que sus rasgos fueron transformándose en toda una provocación.

—Está bien... Hagámoslo.

2

Después de pasar una noche apacible, Alex despertó al escuchar el sonido de la alarma de su móvil, tallándose los ojos tras apagar el aparato y sentarse sobre el lecho con pesadez.

—¿Qué hora es? —Preguntó la voz de una joven de larga cabellera dorada que yacía a su lado.

—Son las seis. —Enunció el varón, desperezándose.

—Es muy pronto. —Murmuró remolona la chica, abrazándose a las espaldas del grácil sujeto—. Vuelve a acostarte, tenemos tiempo.

Sus labios recorrieron el cuello del universitario, depositando cortos besos a la par que sus manos se deslizaban por su esculpido abdomen.

—Lo siento, pero he quedado con un amigo. —Respondió él al deshacerse de su agarre.

—Es broma, ¿no? —Inquirió extrañada, cubriéndose el busto con las sábanas.

El muchacho se puso de pie, vistiéndose con el bóxer, unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes.

—Cuando salgas, vigila que nadie te vea. —Argumentó el zagal, calzándose con las deportivas—. Oh, y si puede ser, sal antes de que sean las siete si no quieres encontrarte con mi compañero.

La fémica desfiguró sus facciones, mostrándose escéptica a las indicaciones de aquel desvergonzado de apariencia seductora.

—¿De verdad me estás largando? ¿Así? ¿A mí? ¿Tal cual? —Refunfuñó en un tono altanero.

—Eh, eh... Claro que no, preciosa. —Bisbiseó en un tono decoroso, acercándose y tomándola de la barbilla—. Por mí, puedes quedarte todo lo que quieras. —Los labios de la jovencuela se curvaron en una sonrisa soñadora.

—Entonces... Me quedaré esperándote hasta que vuelvas.

«Estupendo, porque no pienso volver.» Se dijo él.

—Buena chica, este... ¿Claudia? —Meditó para sus adentros, mirándola

dubitativo.

—Claire. —Recordó con un ligero retintín.

—Sí, eso... Ya lo sabía. —Corrigió manteniendo la compostura, luego besando sus labios de forma fugaz—. Nos vemos después.

Ella asintió no demasiado convencida, salvaguardándose bajo la colcha mientras el rubio se encaminaba a un paso apresurado fuera del cuarto. Recorrió los pasillos aún vacíos de la residencia, bajando por las escaleras a la segunda planta para luego cruzar el corredor y plantarse frente a una de las habitaciones.

A los pocos segundos, llamó a la puerta, observando como casi en el acto lo recibía una somnolienta azabache, vestida con unas mayas negras que le llegaban hasta las rodillas y una sudadera holgada.

—No te veo muy despierta.

—Necesito un café. —Murmuró bostezando, saliendo hacia el descansillo y cerrando la estancia a sus espaldas.

—Supongo que podemos pasar a por uno antes de comenzar a correr.

—Sí, por favor. —Musitó con la mirada moribunda, marchando por los rincones del edificio como si de un muerto viviente se tratara.

Al salir a los jardines del campus, ambos se dirigieron a la cafetería ubicada a dos calles de distancia respecto al centro. Irrumpiendo en el local para tomar asiento en una de las mesas.

—¿No has dormido bien? —Se interesó el de gemas verduzcas.

La ojizarca sonrió juguetona, apoyando la mejilla en la palma de su mano mientras sus cielos se enfocaban en su acompañante.

—Digamos que... No he dormido. —Alardeó con una expresión pícara.

—Eso quiere decir... —Animó ya conocedor de la respuesta.

—Solo diré que esa pelirroja hace honor a su fama. —Comentó ella con complacencia.

—¿Te la tiraste?

—Pues claro, ¿qué pensabas? —Se jactó con socarronería.

—Y la lista sigue creciendo... —Extendió su puño, chocándolo con el de ella.

Tras una razonable espera, el camarero apareció y tomó nota de sus pedidos, no tardando en servirles sus respectivos cafés. Marie sostuvo la taza entre sus manos, dando un pequeño sorbo antes de centrarse de nuevo en su camarada.

—¿Y qué hay de ti? —Se interesó con curiosidad, atisbando la sonrisa que se formaba en los labios del chico—. Algo me dice que la *Alexconda* salió a

jugar.

—No te equivocas. —Presumió con desfachatez—. Aunque probablemente la tipa quiera matarme; la he dejado esperándome en la habitación de Louis...

—No jodas. —Rio por lo bajo, dando otro sorbo de su bebida—. Al menos sabrá que no vas a volver... ¿No?

—Lo dudo. —Se mofó soltando una carcajada.

—Eres un *cabrón*. —Reprochó entre risas.

—Casi tanto como tú, *Azulita*.

Marie revoleó los ojos, recargándose en el respaldo de la silla, al mismo tiempo que el varón se inclinaba hacia adelante y la contemplaba con fisgoneo.

—¿Qué es lo que ronda por esa cabecita de *Barbie* tuya? —Cuestionó ella con parsimonia.

—Nada. —Negó encogiéndose de hombros—. Solo... Curiosidad.

La de cabellera oscura alzó una ceja, relamiéndose los labios para después imitarlo y mismamente inclinarse hacia adelante.

—Curiosidad... ¿Sobre qué? —Indagó en un tono inalterable.

—Sobre ti. —La aludida frunció el ceño, con una mueca dudosa adornando su rostro—. Bueno, a decir verdad... Es sobre sexo.

—¿Qué pasa, *Gatito*? ¿No te funciona el mástil y necesitas consejos de como poder afinarlo?

—¡Eh! Mi mástil funciona a la perfección. —Ella se llevó la taza a los labios, mirándolo con desdén.

—Entonces... ¿Qué es lo que te quita el sueño?

Alex escrutó pacientemente a la joven que tenía frente suyo, bebiendo de su recipiente a la par que sus facciones se tornaban más granujas.

—¿Cómo es el sexo entre dos chicas? —Formuló con voz persuasiva.

Esa pregunta hizo que la muchacha adquiriera una faceta más lanzada, reduciendo la distancia con el individuo para afrontarlo con determinación.

—¿Quieres saber cómo es? —Preguntó en un susurro.

—Un poco. —Afirmó sin moverse de su posición—. Solo para quitarme... La duda.

Ella se mordió de la lengua, luego extendiendo un dedo hacia la comisura de los labios del zagal para delinear en un suave e inesperado roce su contorno.

—Para empezar... Sus labios son suaves y... Deliciosos. —Murmuró sin dejar de acariciar su piel, ensimismándolo por ese contacto y voz incitadora que usaba al hablar.

—¿Solo los labios? —Cuestionó incrustando sus verdes en esos fulgentes océanos que ella poseía como a ojos.

—Es una parte importante... —disuadió con picardía—. Sobre todo, cuando tienes que usar la lengua.

No sabía por qué, pero esa manera de expresarse y la innegable cercanía con la fémina, comenzaban a causar un efecto aplacador en la anatomía del varón.

—Y... ¿No usáis nada más?

La azabache deslizó el dedo hasta su barbilla, observando como las esmeraldas de su compañero se corrompían paulatinamente por la reconocida lujuria.

—En mi caso, soy de las que se complacen usando la lengua y las manos... —recogió los brazos sobre la mesa, sonriendo con perversión—. Pero a veces, me gusta utilizar mis juguetitos con mis chicas.

—Juguetitos como... ¿*Dildos*?

Esa vena curiosa del rubio la incitaba a regodearse de lo que ella creía como a un triunfo, soltando un largo suspiro al instarse a responder.

—Esos son mis favoritos. —Colocó una mano sobre una de las piernas del rubio por debajo de la mesa, deslizando provocadoramente una caricia hasta el borde de su pantalón—. No te imaginas lo excitante que es ver como disfrutan... Cuando se lo meto.

Alex tragó grueso, notando como de esa imagen mental y la fricción de su piel con la suya, su entrepierna reaccionaba instantáneamente; sintiendo como la ropa apretaba la zona de su miembro al perderse en la mirada oceánica de ella.

—Y a ti... ¿Te lo han metido alguna vez? —Osó curiosear con la voz sofocada.

Esa curiosidad le pareció de lo más entretenida a la parisina, sonriendo con innata astucia.

—¿Quién sabe? —Apartó la mano de su pierna, cruzándose de brazos en una postura dispersa.

El rubio parpadeó fuera de sí, recuperando el ritmo acompasado de su respiración al despertar de aquella especie de ensoñación en la que había caído sumido.

—Creo que ya estoy preparada. —Enunció ella más risueña, levantándose de sopetón en una actitud proactiva—. ¿Vamos a correr?

El muchacho la miró medio en trance, sacudiendo la cabeza a la vez que sacaba un billete de su cartera y lo dejaba sobre la mesa.

—Sí, vayam...

En cuanto él hizo ademán de incorporarse, se percató de la abultada erección que se marcaba considerablemente en su bragadura; deteniéndose en el momento justo por tal de no ser descubierto.

—¿Ocurre algo, *gatito*? —Preguntó la chica de camino a la salida.

—Esto... —miró en todas direcciones, hallando su salvación en una puerta ubicada al fondo del local—. Te-tengo que ir al baño.

—¿Ahora? ¿Es que no te enseñaron a mear antes de salir de casa?

—Será solo un minuto. —Se excusó ya dirigiéndose a los aseos, vigilando de que ella no se viera su supuesto problema—. Tú espera afuera.

Marie observó enrarecida el súbito apuro del blondo, accediendo a su petición mientras él se inmiscuía a toda prisa en uno de los cubículos del baño.

Al encerrarse con la aldaba, inspiró profundo, bajando el pantalón y el bóxer para así liberar su palpitante erección.

—Joder, debo de estar enfermo... —masculló para sus adentros, agarrando la extensión de su falo a la vez que líquido preseminal manchaba su piel—. Aunque... Por otro lado... Si no hago nada...

Se mantuvo quedo unos segundos, ideando la manera de resolver su dilema, no hallando más solución que la que de por sí era obvia.

«Debo de estar volviéndome loco...»

Su mano se cernió con firmeza alrededor de su sexo, estimulándose despacio con los ojos cerrados y la respiración agitándose en reacción a como apretaba y masajeaba su dureza.

Una parte de él se recriminaba por lo que estaba haciendo, tachándolo de algo inmoral y en contra de la naturaleza; pero así mismo, debía admitir que esas imágenes que se habían formado en su mente tras el breve relato de su compañera eran de lo más tentadoras.

Poco a poco, esas sacudidas recatadas fueron adquiriendo un ritmo más brioso y necesitado, escuchando los propios jadeos que escapaban de entre sus labios al imaginar un panorama tan incitador.

Su mano subía y bajaba, apretándose en su hombría al pensar que una fantasía como aquella pudiera convertirse en realidad. En su cabeza solo podía pensar en la silueta de una completa desconocida siendo presa de las intenciones pecaminosas de su amiga de ojos azul cielo.

Entonces imaginó como sería el cuerpo de Marie; en cómo pese a esa fachada masculina, podría esconder una figura digna de pecado y deseo.

«Maldición, no puede ser que esto me excite tanto... Tengo que concentrarme en otra cosa.»

Su raciocinio intentaba disuadirlo de enfocarse en cualquier otro pensamiento, pero en sus actos, no lograba borrar esos cautivadores zafiros que eran el motivo de su inminente perdición.

En su imaginación, ya quedó a un lado el pudor y el libre albedrío, notando como su miembro vibraba contra la palma de su mano al dar rienda suelta a sus fantasías. El escenario principal ya había sido extorsionado, sustituyendo a una de las féminas por sí mismo.

En ese entonces, se maldijo por desear que aquello fuera real, ejerciendo más presión alrededor de su falo al masturbarse con más apremio y desesperación.

Sintió como su liberación quedaba cada vez más próxima, ya sin poder controlar lo que pensaba ni lo que imaginaba; simplemente gozando de ese placer que lo orillaba al fantasear con lo que sería ser poseedor de aquella deslenguada de tez de porcelana y mirada azulada.

—Ah-ah... Dios...

Pocas opciones y vergüenza albergaba en aquellos instantes, notando como el orgasmo planeaba sobre él, finalmente eyaculando y manchando de su semilla su mano mientras se recargaba de espaldas contra la puerta del cubículo. Con la mente en blanco y su pecho subiendo y bajando incesantemente, reduciendo la asiduidad de sus sacudidas al ser arrastrado por esa corriente de placer.

Sin prisas, sus párpados se entreabrieron, dándose cuenta de ese acto obscuro y sinvergüenza que había cometido al divisar la sustancia viscosa que empapaba su piel y parte de la tela del bóxer.

—Esto fue lo más gay que jamás haya hecho. —Habló para su persona—. Seguro que es culpa de Louis, tanto tiempo soltando gilipolleces me debe haber atrofiado el cerebro.

Agarró el rollo de papel higiénico que había al lado, limpiándose a conciencia a la vez que omitía internamente lo sucedido.

«Solo ha sido una vez; no es que ella me guste.»

Después de remojarse las manos en la pica, el muchacho salió de los servicios, dirigiéndose hacia la calle, donde la azabache aguardaba impaciente revisando su teléfono.

—Podemos empezar. —Interrumpió él al posicionarse a su lado con naturalidad.

—Ya era hora, pensaba que tendría que entrar yo misma a buscarte. —Se quejó la fémica al guardar el aparato en el bolsillo del suéter.

—Tuve un contratiempo. —Se excusó sin querer entrar en detalles, caminando en dirección contraria al campus—. ¿Vamos al parque?

—¿Hace una carrera? —Propuso la joven con una sonrisa retadora.

—El último que llegue paga las copas de mañana.

—Ya estás preparando la cartera, Feraud.

Sin previo aviso, ella se impulsó hacia adelante, correteando calle abajo seguida velozmente por el rubio, esquivando los pocos viandantes que paseaban a esas horas del día.

—¡Eh! ¡Ni siquiera me dejaste contar hasta tres! —Vociferó él a metros de distancia.

—Tranquilo, yo lo hice por ti. —Se jactó sin aminorar la marcha, enfocándose en la entrada del parque que se apreciaba a lo lejos.

—¡Si no lo haces en voz alta, no cuenta! —Masculló aligerando el paso.

—¡Aw, pobrecito! Tiene miedo a perder delante de una chica. —Provocó en un tono sardónico.

La expresión del zagal se convirtió en una de desafiante, esmerándose en pisarle los talones y así tratar de avanzarla. Marie vio como él cada vez estaba más cerca, urgiéndose por tal de llegar a la meta antes que su contrincante.

Alex logró flanquearla en cuestión de segundos, corriendo a un ritmo apresurado hasta que ambos cruzaron simultáneamente la entrada del espacio natural; parándose en seco para recuperar el aire perdido.

—¿Decías, *Azulita*? —Inquirió con voz jadeante, pasando el brazo por su frente.

—Ton-to... —masculló con fanfarronería—. Hemos empatado.

—¿Eso quiere decir que vamos a medias? —Mencionó sin borrar su victoriosa sonrisa.

—A medias. —Apoyó las manos en sus rodillas, permitiéndose descansar momentáneamente—. ¿Comenzamos por la derecha?

El varón confirmó en silencio, emprendiendo la marcha al ver como ella

se incorporaba y corría en la dirección indicada. Mientras dejaban atrás al resto de parisinos que circulaban por el amplio sendero, los ojos del rubio ojeaban con disimulo a la joven, sin aminorar la cadencia al recorrer las sendas de aquel paisaje.

«Se me deben haber cruzado los cables; salta a la vista que no tiene nada de femenino.» Pensó él.

Ya más relajado, volvió a fijarse en el horizonte, acelerando al vislumbrar una fuente en la lejanía.

—Oye, ¿tienes sed? —Preguntó él con voz entrecortada.

La fémica divisó el objetivo de su camarada, sonriendo con el aire escapando lentamente de sus pulmones.

—Descanso de cinco minutos. —Clamó ella llegando a sitio.

Se detuvieron justo frente la fuente, aireándose con la ropa para seguidamente ser ella la primera en presionar el pulsador para que saliera agua del surtidor; exasperándose al ver que no brotaba ni una sola gota.

—¿Te aclaras o te echo una mano? —Cuestionó él a sus espaldas.

—Está... Atascado... —forcejeó al presionar con más ímpetu, provocando que un chorro emergiera de repente y empapara su sudadera—. ¡Joder!

El rubio se carcajeó al ver a la joven con el suéter chorreando, observando cómo se apartaba en una postura rígida y le permitía a él tomar ventaja y beber del caño.

—Si me hubieras dejado hacer a mí, nada de est...

Al ladearse cara a ella, las esmeraldas del muchacho escudriñaron con asombro su silueta. Marie se había despojado de su parte superior, quedando vestida con no más que un sujetador deportivo que evidenciaba sus discretos, pero bien proporcionados montes. Pasó la sudadera por su piel, tratando secarse al mismo tiempo que su mirada era captada por la del rubio.

—¿Qué? ¿Es que tengo monos en la cara? —Espetó a la defensiva, paseándose la prenda por el busto.

Frente a esa inquisición, él no supo qué responder, rotando el rostro a un lado para no dejarse envolver por ese interés hacia ella.

—¿No deberías vestirte? No creo que sea prudente ir por ahí en ropa interior.

Marie resopló con una mueca desenfadada, aproximándose al chico mientras éste aún se mostraba reacio a mirarla directamente.

—Está mojada. —Comentó ella alzando la prenda, consiguiendo no más que

un corto vistazo por parte del varón —. Así que, como no traigo nada más, pienso seguir así hasta que se me seque.

«Y yo de paso, acabaré perdiendo la maldita cordura.» Se lamentó Alex.

No osando afrontarla, él se despojó habilidosamente de su camiseta, extendiéndosela a la muchacha en un semblante inescrutable.

— Usa esto. — Exigió en un tono intransigente.

Ella aceptó confusa su ofrecimiento, examinando la tela con no demasiado agrado.

— No es muy de mi estilo que digamos. — Murmuró con una trompita en los labios.

Él la contempló irascible, causando en ella un leve estremecimiento que la hizo recapacitar y enfundarse la tela *ipso facto*; luego estirándola hacia abajo por los bordes inferiores.

— Listo... ¿Ya estás contento? — Mencionó con engorro —. Aunque ahora eres tú el que no lleva nada.

— Por mí no te preocupes, no tengo nada que ocultar.

— ¿Seguro? — Se arrimó a su anatomía, surcando con la yema de los dedos sus pectorales de una forma que causó que él se quedara helado en su posición—. Si quieres, podría dejarte mi sujetador. Quizás... ¿Podría servirte?

Sus rostros se hallaban a un suspiro de separación, propiciando que una inusual arritmia se disparara bajo el pecho del zagal al escrutar los rasgos de la pícara jovenzuela.

Esa proximidad bien daba la impresión de que fuera a morir con el inminente roce de sus labios, sin embargo, la melodiosa risa de la chica desperdició cualquier tipo de acercamiento íntimo entre ellos.

— Es broma, *bobo*. — Retrocedió enérgicamente, preparándose a retomar la carrera—. Será mejor que regresemos.

La fémina se adelantó en el camino, siendo observada con aturdimiento por el universitario, quien reanudó el trote al devolverse al presente.

En lo que restaba de trayecto, ninguno de los dos volvió a hablar, limitándose a correr en solemne silencio hasta que cruzaron el campus y entraron en la residencia.

— Luego te devuelvo la camiseta. — Murmuró ella mientras subían las escaleras.

Alex la miró de refilón, sin poder no sentirse extraño después del cúmulo

de sucesos que se habían desencadenado durante aquella salida matutina.

—Tranquila, no hay prisa. —Masculló en un tono apático.

—Genial. —Lo afrontó al llegar a su planta, con las manos entrelazadas a sus espaldas—. ¿Nos vemos después?

—¿Tengo otra opción?

—Me temo que no. —Se encogió de hombros, meciendo la mano al alejarse hacia su puerta.

Él vio como desaparecía de su campo visual, después siguiendo con su rumbo en dirección a su habitación. Cuando entró en su solitaria estancia, arrastró los pies hasta caer tendido sobre la cama; frotándose la cabellera en un gesto exhausto.

—Que alguien me pegue un tiro, por favor...

3

Tras esa accidentada mañana, las clases resultaron de lo más tediosas para Alex, quien no pudo evitar dirigir sus pensamientos a ese desliz que había vuelto su día del revés.

En las primeras horas estuvo aparentemente tranquilo, pues nada ni nadie perturbaron su concentración más que él mismo; no obstante, la situación cambió cuando en el descanso halló a su compañero Louis esperando por él en la salida del aula.

—*Hey*. —Saludó el rubio en un tono monocorde, frotándose la nuca en un gesto pesaroso al fijar su mirada en la impassible del ojizarco—. Oye, si esa cara es por lo de la chica...

Antes de que pudiera terminar de hablar, los brazos de su opuesto lo rodearon, estrechándolo en un abrazo que causó un deje de incomodidad en el blanco.

—¡Gracias por ser un *cabrón*! —Agradeció con una risotada, luego separándose y dándole un toque en la espalda a su amigo.

—Vale; antes que nada, no vuelvas a hacer eso. —Se refirió a modo de advertencia, luego pasando la mano por sus guedejas—. Y, por otro lado, ¿qué es lo que me he perdido?

—La rubia. —Mencionó el músico en un tono vivaracho—. Dios, ¡qué polvo tiene!

—Esto... ¿Te acostaste con ella? —Preguntó con las cejas enarcadas.

—Bueno, al principio estuvo llorando como loca... —argumentó con pesadumbre—. Pero después de aguantar el *tostón*, se dejó hacer de todo. —Admitió con una sonrisa ladina—. Y créeme que cuando digo de todo... Es todo.

—Por eso te ausentaste en clase...

—Tenía que aprovechar la ocasión. —Se enorgulleció en una postura despreocupada—. ¿Y tú qué tal? ¿Cómo fue tu corrida?

—¿Qué diablos?! —Se alteró con una mueca suspicaz—. ¿A qué viene esa pregunta?

—¿Cómo que a qué viene? ¿Acaso no saliste a correr con Marie? —Cuestionó con extrañeza.

—Eh... Sí, verdad. —Murmuró con apatía—. Estuvo... Bien.

—Pues no lo parece. —Se mofó el guitarrista—. ¿Es que te ganó en la carrera?

«Más bien me ganó poniéndomela como una roca.» Se lamentó Alex.

—¡Hola, nenas!

Los varones viraron el rostro hacia atrás, identificando a la joven azabache acercándose con una actitud entusiasta.

—Hola, muñeca. —Coqueteó el de ojos azul cielo.

—Enserio, Louis... Cierra esa boca antes de que te vomite encima. —Advirtió ella, plantándose justo frente al rubio para mirarlo con una sonrisa cordial—. ¿Vamos?

—¿Adónde? —Preguntó el aludido medio desorientado.

—A desayunar.

—Ah, sí... Bien. —Coincidió con una titubeante risita.

—¿Puedo venir? —Suplicó el otro chico con coquetería, aproximándose osadamente a la fémina—. Prometo ser bueno.

Ella lo observó maliciosa, reposando las manos en sus caderas.

—Claro, ¿por qué no? —Contestó Marie con inusual amabilidad, haciendo que su camarada de orbes verduzcos la contemplara con asombro.

—Al fin caes en mis redes, Lallau... —Se regocijó Louis.

—Será eso. —Replicó ella, luego sonriendo con falsedad—. Oye, ya que estás... ¿Podrías irme a buscar un refresco? Muero de sed, y... No he traído nada para beber. —Lamentó con un puchero.

—Sin problema. —Louis colocó una mano en el hombro del rubio, captando su atención—. Tío, ve a por algo de beber para la señorita.

—¡N-no! —Negó ella con voz exaltada, luego poniendo ojitos—. Quiero que vayas tú... —dibujó círculos en su pecho de forma coqueta, haciendo que el joven de mechones dorados apretara los puños en sus costados al ser espectador de aquel inconcebible escenario—. Nosotros te esperamos aquí.

—Muy bien. —Mencionó el de gemas celestes, luego acercándose a su compañero para susurrarle al oído con orgullo—. ¿Quién dijo que era imposible convertir a una lesbiana? —Ensanchó su sonrisa, echando un vistazo a la muchacha mientras se alejaba a un paso brioso—. Vuelvo enseguida.

Marie y Alex lo vieron marchar, esperando a que desapareciera de su

campo de visión. Una vez se hallaron a solas, ella se urgió en tomar al chico de la mano en un ágil movimiento, tirando de él en dirección contraria al rumbo que había tomado el ojizarco.

—¿Qué haces? —Preguntó él sin poder ocultar la sorpresa.

—¿No es obvio? ¡Huir antes de que tu amiguito vuelva! —Masculló guiándolo hacia el exterior del recinto.

—Entonces, lo de ahora... ¿Lo hiciste a propósito para librarte de él?

—Por supuesto, ¿o es que de verdad te creíste que podía estar interesada en él?

El zagal restó en silencio durante unos instantes, causando que la fémina pusiera el grito en el cielo.

—No jodas, ¡¿De verdad me ves capaz de caer tan bajo?! —Hizo una mueca de repelús, deteniéndose a los pocos segundos en el pie de un frondoso árbol de los jardines del campus—. Jamás me fijaría en un chico, eso sería... ¡Asqueroso!

—Nunca se sabe. —Comentó encogiéndose de hombros, luego sentándose en el césped y recargando la espalda en el tronco del árbol.

—¡Sí que se sabe! —Se quejó al ponerse de rodillas en el suelo—. Ni de *coña* eso pasará... ¡Nunca! ¡Jamás! ¡Mucho menos con ese *pitufo*!

Él se carcajeó por la reacción de la parisina, apoyando un brazo en una de sus rodillas mientras la miraba de refilón.

—O sea... Que vas a ser gay ahora y siempre. —Murmuró mostrando una ligera curiosidad—. Nunca... Estarás con ningún chico.

Ella lo observó en un semblante interesado, sentándose cual indio a su lado.

—¿Lo confirmas o lo preguntas?

—Un poco de cada. —Respondió con sosiego, mirándola por el rabillo del ojo—. Es decir... ¿Por qué descartar lo que bien puede ser posible?

—Porque no lo es. —Negó con inflexibilidad—. A mí no me gustan los chicos; no tengo interés en ellos.

—Pero ¿qué pasaría si estuvieras en una situación que te obligara a estar con uno? —Se interesó con voz apaciguada—. Una situación en que, sí o sí, te vieras forzada a ello.

—Eso no va a ocurrir. —Aborreció poniendo la vista en blanco.

—Vale, hagámoslo de otra manera. —Sugirió él con una sonrisa ladina—. Di a un chico con el que te lo montarías si fueras hetero.

—¡Pfff! Y yo qué sé. —Replicó con una risotada, luego mirándolo con

arrogancia—. Dímelo tú. —Animó en un tono socarrón, ojeándolo con pillería—. ¿A quién te tirarías tú si fueras gay?

—No sé, no estoy en situación como para contestar a eso.

—Yo tampoco. —Coincidió emitiendo un ligero sonsonete.

El universitario bufó frustrado, pasando los dedos por sus mechones con abatimiento.

—Bien, yo contesto si luego tú también lo haces, ¿estamos? —Ella asintió divertida, abrazándose a sus propias rodillas—. Pues... Esto...

—No se vale mencionar a famosos, tiene que ser alguien de la Universidad. —Intervino ella con travesura.

—No me jodas. —Se quejó con hastío, viendo como ella ni se inmutaba—. A ver... —meditó para sus adentros, frotándose la nuca—. Si tengo que escoger a alguien... —frunció el ceño, asqueándose tan solo de pensarlo—. Supongo que... Me acostaría con Louis.

Los rasgos de la muchacha destilaban incredulidad y estupefacción, sacudiendo la cabeza para posteriormente echarse a reír.

—Eso sí que no me lo esperaba. —Se jactó con las manos en el estómago.

— ¡En un supuesto que yo fuera gay! —Vociferó irritado, bufando enfurruñado—. Igual, ya respondí la puñetera pregunta. —Apoyó el peso de su cuerpo contra el árbol, poniéndose cómodo—. Ahora te toca a ti.

La fémina se mordió internamente del labio inferior, apoyando los codos en las rodillas al mismo tiempo que sus zafiros se adherían a las esmeraldas de su compañero.

—Vale, en cuyo caso... —se inclinó hacia adelante, quedando de rodillas a una distancia próxima del rostro del rubio—. Tú.

El jovenzuelo arrugó el entrecejo, irresoluto e indeciso por esa contestación; perdiéndose en ese par de piedras preciosas que ella poseía como a ojos.

—Yo... ¿Qué? —Insistió fuera de órbita.

—Pues que si fuera hetero... Me lo montaría contigo.

Esa contestación combinada con el semblante pícaro que ella le mostraba, causó en el chico una frenética arritmia que lo dejó en un aparente estado de *shock*.

—¿Por qué? —Se animó a preguntar, aclarándose la garganta al adoptar una pose más calmada—. Digo... ¿Por qué... te lo montarías conmigo?

—No sé. —Se desentendió fingiendo un bostezo, luego acomodándose a su lado, apoyando la cabeza en su hombro—. Supongo que porque estoy segura

de que nunca pasará. —Lo miró desde el hombro, sonriendo con simpatía—. Al fin y al cabo, tú eres mi amigo y nunca me verías de esa manera.

Él restó pensativo.

—Sí, tienes razón. —Confirmó con vacilación, intentando serenarse mientras ella seguía inamovible.

—Oh, joder...

Alex dirigió el punto de mira donde se focalizaban los ojos de su compañera, identificando la figura femenina de una rubia de mirada celeste acercándose enfurecida a su encuentro.

—Mierda... —protestó él con decaimiento.

—¿Mierda? ¿La conoces? —Preguntó la azabache con sorpresa.

—Por desgracia sí... ¿Te acuerdas de la chica que planté en el cuarto de Louis esta mañana? —Ella asintió aún enmudecida—. Bien, pues... Es ella.

—Estupendo. —Enfatizó con ironía—. Entonces, con un poco de suerte me libre de una buena...

—¿Cómo?! —Exclamó anonadado, clavando sus verdes en los azules de ella—. ¿Acaso tú y ella...?

—Recemos porque lo haya olvidado y que solo quiera partirte los huevos.

—¡Hijo de puta! —Vociferó la de dorada cabellera al plantarse frente a la pareja de amigos, haciendo que ambos se levantaran al instante—. ¡Me dijiste que te esperara!

—Esto... ¿Lo siento? —Rogó con las manos en el aire.

— ¿¿Que lo sientes?! ¿¿Puedes imaginar lo estúpida que me sentí esperándote?!

«**Mucho no debió afectarte para follarte a Louis después...**» dedujo él para sus adentros.

Marie no pudo evitar que se le escapara la risa, ocultándose a espaldas del zagal hasta que su presencia fue captada por la enfurecida universitaria.

—No me lo puedo creer... —expresó aún más indignada, afrontando a la pelinegra con contrariedad.

—Ah... Hola, Cleo. —Saludó la joven de cabello oscuro con un temblor en el timbre.

—¿Cleo?! —Se irritó más la aludida, tensando la mandíbula con la ansiedad desbordándola.

Alex ya presentía un ataque en cualquier momento, optando por mediar

entre las dos chicas, colocando una mano en el hombro de la azabache al mirar con amabilidad fingida a la intrusa.

—Perdónala, Claudia. —Se disculpó el de gemas verdes, mostrando una sonrisa encantadora—. Ni Marie ni yo quisimos ofenderte, es solo que...

—¿Claudia?!

La fémica ya no estaba por andarse por las ramas, alzando la mano para encestarle una sonora cachetada a su contraria y un rodillazo en la entrepierna a su acompañante; observando como él se doblaba adolorido mientras que la muchacha se frotaba la zona del impacto.

—¡Iros a la mierda! —Murmuró aprensiva, dándose media vuelta y marchando por donde había venido—. ¡Y no volváis a acercaros a mí!

El rubio apoyó las manos en sus rodillas, intentando recomponerse a la vez que su amiga lo miraba con una mueca de dolor.

—Deduzco que te debe doler. —Indicó en un tono recatado.

—¿Tú crees? —Ironizó soltando un largo suspiro—. Joder, creo que se me han subido los testículos.

—Cuanto me alegro de no tener huevos.

Él echó un vistazo en su dirección, por lo que la joven intentó alivianar la situación al mostrarse más comprensiva y ayudarlo a incorporarse.

—Vayamos a que te pongan hielo. —Animó pasando un brazo del chico por sus hombros—. Con suerte te bajan los testículos por el camino.

—Muy graciosa.

Ambos se dirigieron al interior del recinto, él apoyándose en ella mientras cruzaban los pasillos del centro, luego plantándose frente a la sala de enfermería e irrumpiendo prudentemente en ésta.

—¿Hola? —Inquirió la azabache, esperando porque alguien respondiera a su reclamo—. Parece que no hay nadie.

—Entonces, ya podemos marcharnos...

—De eso nada. —Lo condujo hacia la camilla que había en un extremo, haciendo que se sentara—. Quieto aquí.

La muchacha comenzó a rebuscar por los diferentes muebles y estantes de la sala, tratando localizar el sitio donde podría hallarse el hielo mientras que el universitario la miraba quedo.

En lo que ella se dedicaba a inspeccionar el lugar, la mente del rubio se evocó en la respuesta que le había dado su opuesta a la pregunta formulada minutos previos.

—¡Creo que lo tengo!

Alex puso su mirada al frente, viendo como la parisina se encontraba agachada y con el trasero *en pompa*, rebuscando en uno de los armarios inferiores. La atención del zagal no tardó en centrarse en los glúteos de la chica, odiándose al notar como su entrepierna reaccionaba por las vistas que ella le ofrecía.

Tenía que serenarse, hallar una escapatoria a esa encrucijada en que su miembro comenzaba a despertar y abultarse debajo del pantalón. Miró de un lado a otro, finalmente agarrando a la desesperada la almohada del cabezal de la camilla para tapar su erección antes de que la joven se diera la vuelta y lo descubriera.

—Listo. —Se enorgulleció ella con una bolsa de gel frío en la mano, caminando hacia él.

El varón la observó titubeante, percatándose de como ella parecía esperar por algo mientras él mantenía la almohada sujeta en la zona de la pelvis.

—¿Pasa algo? —Inquirió él con una expresión de incertidumbre.

—Aparta la almohada. —Instó ella con determinación.

—¿Qué? ¿Por qué? —Exigió con el pulso acelerado.

—Tienes que ponerte hielo, ¿no?

—Creo que no va a ser necesario. —Comentó en un tono que trató sonar despreocupado—. Ya me encuentro mejor.

—Pues no tienes muy buena cara. —Notó torciendo el gesto, hizo un amago por tal de quitarle el cojín, no lográndolo que él se ladeó esquivo—. Anda, deja ya de hacerte la nena y ponte el hielo.

—Te dije que ya no me hace falta.

—Alex, no me obligues a jugar sucio...

—No te obligo, sólo te informo de que no pienso ponerme el puñetero hielo en las bolas.

—¿Es tu última respuesta?

—Sí.

Una sonrisa despiadada se formó en los labios de la ojizarca, dejando el gel en la mesita situada al lado de la camilla para extender sus manos hacia el testarudo jovenzuelo.

—Tú lo has querido.

—¿Qué vas a hacer? —Cuestionó con facciones inciertas.

Ella acercó los dedos bajo sus axilas, comenzando a hacerle cosquillas mientras él ofrecía resistencia a sus ataques, negándose a dejarle ganar en ese momento de vulnerabilidad.

—*Capulla*, ¡deja ya de hacer eso!

—*Ow*, el *gatito* tiene cosquillas. —Se jactó con terquedad, haciendo que él se recostara sobre la camilla mientras ella lo seguía asaltando, posicionándose a horcajadas encima suyo—. ¿Aún no te rindes?

—¡Marie, basta! —Batalló en contra de sus provocaciones, al final soltando la almohada para agarrarla de los brazos y así frenarla—. ¡Vale, se acabó!

Marie forcejeó juguetona, persistiendo en su cometido hasta que sin verlo a venir él la hizo cambiar de posición, inmovilizándola de espaldas contra la camilla. Apresando sus muñecas por encima de su cabeza, de manera que los dos quedaron mirándose entre risas y con la respiración agitada.

—¡*Hey*, suéltame! —Se quejó ella, removiéndose mientras él colocaba la rodilla entre sus piernas para impedir una sucia maniobra por parte de la fémica.

—¿Qué pasa, *Azulita*? Creía que lo tenías todo bajo control. —Murmuró en un tono jactancioso.

—No pienses que me has ganado.

—Ah, ¿no? —Inclinó con osadía su rostro al de ella, inyectando sus verdes en los zafiros de su compañera—. ¿Y qué vas a hacer? —Susurró de forma provocadora, atisbando como el semblante de la chica se desfiguraba, reflejando indecisión—. Porque a mi parecer, no estás en una situación demasiado ventajosa.

—No me subestimes... —bisbiseó con voz sofocada, relamiéndose por el exceso de cercanía entre ambos—. Podrías llevarte una buena... Sorpresa...

Alex dejó que su cuerpo se fuera amoldando sobre el de ella, percibiendo su cálida respiración entremezclándose con la suya.

—Entonces... Sorpréndeme...

Un silencio mortuario se instaló entre ellos, sin poder apartarse de ese acercamiento atrevido e impropio, sintiendo una especie de atracción magnética que, a la vez que los instaba a aproximarse, también los frenaba.

—¿Qué está ocurriendo aquí?!

Los jóvenes se exaltaron al escuchar la voz escandalizada de la enfermera, enderezándose al ver a la mujer cruzando la puerta con una expresión de descontento.

—Vinimos a buscar algo de hielo. —Contestó con rapidez la ojizarca, tomando el gel de la mesita.

—¿Y por eso estabais acostados en la camilla? —Espetó escéptica la

mayor.

—Eso era porque él no quería que le pusiera el hielo y...

—Jovencita, no tienes porqué intentar darme explicaciones. —Interrumpió la de bata blanca y cabellos castaños—. Sois jóvenes y tenéis necesidades, pero aún y así, debéis entender que no podéis hacerlo donde os venga en gana.

—¿¡Qu-qué?! ¡No, ni hablar! —Negó la azabache en un tono abrupto—. Le juro que solo venimos a ponerle hielo a los huevos de mi amigo.

—Ahora sería un buen momento para irnos. —Animó el rubio, tomando el brazo de la joven.

Marie alternó la vista entre la castaña y su camarada, accediendo a su petición y encaminándose hacia el pasillo ante la atenta mirada de la enfermera. Una vez fuera, él se llevó las manos a los bolsillos del pantalón, urgiéndose en ir por delante de ella.

—Eh... ¿Adónde vas? —Preguntó ella desde sus espaldas, haciendo que él se girara levemente.

—Pues... Iba a buscar unas cosas a mi habitación. —Mencionó con una breve sonrisa.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, tranquila. —Se apresuró en negar, mirándola por encima del hombro—. Tú ve adelantándote a clase, ya luego nos vemos.

Ella asintió con un encogimiento de hombros, observando como el varón mecía la mano para despedirse, marchando por el corredor a un ritmo brioso a la vez que se estiraba la camiseta hacia abajo para que no se notara su erección.

«Necesito encerrarme y no salir en todo el día.» Deseó él con frustración.

4

Después de aquel día, el comportamiento de Alex se vio alterado por los pensamientos que lo abordaban ininterrumpidamente; pensamientos sobre la muchacha de gemas celestes que había sembrado la duda en su mente.

Ella seguía mostrándose como siempre, hecho por el que él aún se sentía más ansioso y perdido, no consiguiendo desconectar de los últimos acontecimientos que se habían dado en la jornada del jueves.

Por suerte, al final del jornal, el rubio pudo escaquearse de la rutina y permitirse su tiempo para pensar y relajarse, encerrándose en su cuarto ajeno al mundo que lo rodeaba hasta que cayó la noche y se sumergió en un sueño conciliador.

A la mañana siguiente, parecía que lo ocurrido el día anterior había quedado en el olvido. Despertando de un grato humor hasta que escuchó como llamaban con insistencia a la puerta de su habitación.

Aquello lo hizo dudar, por lo que con no muchas ganas, él se enderezó aún perezoso; vestido con no más que un bóxer al acercarse adormilado a la puerta y abrirla para encontrarse con el individuo que lo clamaba con tanto empeño.

—Tío, mis ojos. —Se quejó su amigo de orbes celestes al verlo con aquellas *pintas*.

—Es mi habitación, así que... Te jodes. —Rebatió el rubio, regresando al lecho para sentarse en el borde.

—Lo mismo te diré cuando quieras meter a alguno de tus ligues en mi cuarto.

—¿Vas a quejarte? —Inquirió oprimiendo una risotada—. Al final te la tiraste, ¿no?

—Bueno, eso es cierto, pero...

—Ni peros ni *ostias*, te la follaste y punto. —Apuntó con elocuencia.

—Sí, me la follé... Pero antes tuve que tragarme toda la llorera. —Aborreció en un semblante engorroso, tomando una camiseta y lanzándola al rostro de su amigo.

—A mí me pateó las pelotas, así que... Estamos en paz.

Se enfundó la prenda con rapidez, yendo hacia el armario para agarrar uno de sus pantalones y vestirse parsimonioso mientras que su amigo daba vueltas

por la estancia.

—Hoy salías con Marie, ¿cierto? —Se interesó en un tono socarrón.

El de mirada verduzca terminó de arreglarse, mirando un deje desconfiado a Louis.

—¿Por qué lo preguntas? —Cuestionó receloso.

—Solo es por saber. —Contestó con un encogimiento de hombros.

—Sí, es hoy. —Confirmó con sequedad.

Las turquesas del azabache contemplaron titubeantes a su colega, merodeando frente a él con la indecisión y la curiosidad carcomiéndolo por dentro.

—Alex... Amigo mío...

—No. —Negó sin dejarlo continuar.

—¿No? Pero si ni siquiera me has dejado hablar.

—Ibas a preguntarme si podías venir con nosotros esta noche. —El pelinegro enmudeció de sopetón con una mueca molesta—. Di en el clavo, ¿me equivoco?

Louis se ahorró los comentarios, cruzándose de brazos a la par que se encaminaba hacia la puerta a regañadientes.

—Eres un aguafiestas. —Lo recriminó con falso pesar—. Yo que quería pasar una noche con mi colega favorito.

—Quizás en otra ocasión. —Expresó sin darle importancia.

Cuando ambos sujetos salieron de la habitación, frenaron abruptamente al encontrarse de cara con la sonrisa reluciente de la azabache.

—Hola, nenas. —Saludó Marie.

—Hola, muñeca. —Coqueteó el de gemas azuladas.

—¿Quieres que te cuelgue de un poste las pelotas? Porque te lo estás ganando. —Advirtió la fémica con una mirada amenazadora.

—Anda, Louis... —animó el rubio, colocando una mano sobre su hombro—. Ve adelantándote si no quieres quedarte sin descendencia.

—¿Tú no vienes?

—Enseguida te alcanzo.

Su amigo resopló sin más opción que resignarse al veredicto de Alex, echando un último vistazo a la muchacha de cabellos oscuros para mandarle un beso en el aire antes de partir a contradi dirección en el corredor.

En cuanto Louis dobló la esquina que daba con las escaleras, la chica exhaló con pesadez; negando con la cabeza en una expresión asqueada que le robó una sincera carcajada al varón.

—No te rías. —Instó ella, inflando los cachetes —. Es realmente asqueroso.

—Bueno, ya sabes cómo es. —Comentó él sin caer en el dramatismo —. Por cierto, ¿qué era lo que querías?

—¿Qué? —Musitó descolocada, pestañeando fuera de lugar—. ¿A qué te refieres?

—Mm... Venías a mi habitación, ¿me equivoco? —Indicó con voz monocorde—. ¿Querías decirme algo?

Ella se relamió pensativa, frotándose el mentón y obligándose a hacer memoria.

—¡Oh, sí! Ya me había olvidado. —Murmuró palmeándose la frente—. Era sobre lo de esta noche.

—¿Lo de esta noche? —Repitió con una ceja enarcada—. ¿Es que no puedes quedar o...?

—No, no... No es eso. —Aclaró con una sonrisa despreocupada—. Era para saber cómo querías que lo hiciéramos.

Alex necesitó unos instantes para sopesar su pregunta, mordiéndose la cara interna la mejilla al acudir imágenes indebidas a su mente que lo estaban sacando de su zona de confort.

—Hiciéramos... ¿Qué cosa? —Cuestionó dubitativo.

—¿Qué va a ser? —Respondió en un tono apacible —. ¿Quieres que te pase a buscar? ¿Me vienes a buscar tú? ¿Quedamos en algún sitio en concreto?

—Ah, eso... —se maldijo internamente por ese desliz de sus pensamientos, pasando los dedos por sus mechones—. Supongo que podríamos quedar en la entrada del campus.

—Perfecto. —Añadió con voz entusiasta—. ¿A las nueve va bien?

—Claro... Como quieras.

—Entonces, a las nueve en la entrada. —Constató ella con sosiego, caminando al lado del zagal por el pasillo—. ¡Oh! Tengo que devolverte la camiseta que me dejaste.

—Te dije que no había prisa.

—Ya lo sé, pero si no pienso en ello se me acabará olvidando. —Lamentó soltando una bocanada de aire—. Suficiente tengo con no acordarme de con quien me acuesto, como para encima olvidarme de tu camiseta.

—Si te sirve de consuelo, yo tampoco me acuerdo de las chicas con las que estoy. —Se mofó jactancioso.

—Es que es tan difícil. —Exageró denotando énfasis en la última palabra

—. Deberían llevarlo escrito en la frente, así seguro que no nos olvidaríamos.

—Mejor en las tetas.

—Secundo la moción.

Al salir de la residencia, los dos se encaminaron hacia el edificio principal del recinto estudiantil, marchando a un paso relajado mientras gozaban del sol que bañaba los jardines de la Universidad.

—Es raro que, conociéndonos desde casi dos años, nunca hayamos salido de fiesta juntos.

—Sí. —Contestó en un estado reflexivo—. Y, aun así, hemos ligado un montón.

—Eso es porque hacemos un buen equipo.

—Somos *Pollator* y *Tijerator*. —Se regodeó el de gemas verde vida.

—Alex... —mencionó ella con una sonrisa indecisa—. Desde el fondo de mi corazón, y por el bien común, deja de inventar motes.

—¿No te gustan?

De esa pregunta no llegó a darse una respuesta, haciendo caso omiso al seguir con su camino. Acto seguido, los dos se adentraron en la recepción del centro, abriéndose paso entre los alumnos que les venían a contracorriente y que dificultaban su circulación.

—Yo tengo que ir al taller de arte. —Indicó ella al llegar al fondo del corredor—. Si no hablamos antes, nos vemos a la noche.

—Nos mantenemos en contacto.

Ella asintió con una sonrisa torcida, retrocediendo mientras sus cielos permanecían adheridos a las esmeraldas de su camarada.

—Recuerda que tienes que ponerte bien guapo o *Alexcito* se quedará chupando banquillo. —Instó a pasos de distancia.

El muchacho se limitó a verla marchar a un ritmo apresurado, luego encarrilándose a su aula con sus cavilaciones y quebraderos de cabeza abordándolo nuevamente.

Por su lado, Marie se reunió con Coralie en clase, percatándose de la mirada furibunda con la que la miraba al acercarse al pupitre; fingiendo pura inocencia al tomar asiento en la silla contigua a la suya.

—Buenos días. —Canturreó con simpatía.

—¿Buenos días? —Espetó la morena con voz alterada—. Serán para ti, porque por lo que a mí respecta, ya he empezado con mal pie.

—¿Ha pasado algo? —Preguntó la azabache, preparando el material necesario para la materia.

—A ver... Deja que piense. —Reflexionó frotándose la barbilla en un semblante absorto—. Me desperté, me duché, tú te fuiste y la chica con la que te habías enrollado intentó ligar conmigo.

—¡Wow! ¡Felicidades!

—¿Felicidades? —Exclamó destilando contrariedad—. ¡Te recuerdo que no soy gay y que tengo novio!

—Ya, sobre eso... ¿No pensaste alguna vez en cambiarte de bando?

—¡No!

—Lástima, te iría bastante bien. —Alagó con una sonrisa lasciva—. Con esa delantera y ese trasero, tienes un buen polv...

—¡Marie Lallau Rousseau! —Vociferó sumamente ruborizada.

—Vale, vale... Joder, qué susceptible estás hoy.

Los ojos de Coralie lucían mancillados de rabia y hastío, haciendo que su compañera se disculpara en una postura compungida.

—Tienes que dejar de hacer eso. —Comentó apoyando los codos sobre la mesa—. De veras que ya estoy deseando que te echés una novia.

—Ya... Sigue soñando. —Se desentendió, lanzando un largo suspiro—. No tengo intención de atarme a nadie y, después de esta noche, mucho menos.

—¿Esta noche?

Marie ojeó de perfil a su amiga, humedeciéndose los labios antes de dibujar su característica sonrisa traviesa.

—Hoy salgo con Alex.

—¿Cómo dices?! —Inquirió incorporándose de un salto, azotando la mesa con brusquedad—. ¿Tienes una cita con Alex? ¿Como si fuerais una pareja?

—¡Santo cielo, no! —Rebatió como si lo dicho fuera la mayor insensatez jamás mencionada—. Solo vamos a salir a buscar plan.

—¿Buscar plan? —Indagó con las cejas enarcadas.

—Sí, ya sabes. —Mencionó espontáneamente—. A alguien para jugar al *mete-saca* y al *frota-frota*.

Coralie volvió a sentarse con facciones repulsivas, examinando circunspecta a la irresponsable y rebelde de su amiga.

—Sois peor que Mia Khalifa y Charlie Sheen.

—No sé quiénes son, pero de seguro no les debe de ir tan mal. —Argumentó a la par que bostezaba.

—Enserio, sé que me vas a mandar callar, pero... —la atención de la ojizarca fue captada por la morena, mirándola por el rabillo del ojo—. Debes admitir que Alex es tu media naranja en tío.

Marie se sumergió en sus propios pensamientos, intentando no exaltarse por las teorías y confabulaciones que exponía la que era como su hermana en la vida y mayor apoyo.

—Puede. —Murmuró sin mostrar un ápice de desestabilidad—. Aún y así, eso es algo que nunca se sabrá.

—Marie, vamos. —Disuadió en una actitud más fisgona—. ¿No sientes curiosidad por el sexo opuesto?

—Coralie...

—Ya sé que no es la primera vez que lo hablamos, pero...

—Ya. —Masculló con cabezonería—. Me gustan las chicas y punto.

—Pero nunca has estado con un chico. —Apuntó con voz precavida—. Bueno, al menos desde lo de... —no llegó a terminar la frase que su amiga la miró amenazadora, haciéndola carraspear y autocorregirse—. Lo que intento decirte, es que no puedes asegurar algo si no has sopesado todas las opciones antes.

La mirada de Marie mostraba qué tan incómoda le hacía sentir tocar ese tema, abriendo la libreta de dibujo en una actitud evasiva por tal de no seguir manteniendo esa burda conversación.

Una parte dentro de ella le daba la razón a su mejor amiga, pues era verdad que no conocía más deseo que el que a su mismo sexo se refería; sin embargo, podría jurar que lo que sentía no cambiaría por estar con un hombre, sobre todo cuando a ella le asqueaba la mera idea de concebir un escenario tan inimaginable en un terreno que parcialmente desconocía y del que no se interesaba mínimamente.

...

Al terminar las clases, Alex se dirigió a su habitación en compañía de su curioso y empalagoso compañero Louis, el cual estuvo parte del día acribillándolo a preguntas en referencia a esa no cita con su camarada de ojos azul cielo.

En lo que duró la tarde, su insistencia no iba a declive, acaparando mayor parte del tiempo a su amigo hasta que la hora de su supuesta cita se iba acercando.

—¿Y cuál es el plan? —Preguntó ávido por saber—. ¿Te va a ayudar a que te lleves a una tía a la cama mientras ella se enrolla con otra?

—Algo así. —Discernió entre las diferentes prendas de su fondo de

armario, escogiendo una camisa negra y unos tejanos azul marino.

—¿Camisa formal? —Inquirió en un semblante vivaracho el guitarrista—. Vas con todo, *tigre*.

—Deja de joder, ¿quieres? —Se despojó de su habitual atuendo, omitiendo los comentarios desafortunados del chico—. Vamos de fiesta y tengo que estar presentable.

—Ya, seguro... ¿No será que quieres impresionar a Marie?

El rubio lo miró por encima del hombro, comenzando a abotonarse la camisa con una expresión aprensiva.

—Que quede claro, para mí Marie es un tío y, para ella... Yo soy un tío.

—*Ajá*. —Murmuró acallando una mofa—. Lo que estás diciendo es que entre tú y... Él... ¿El amor es imposible?

—El amor, el sexo, los besos y arrumacos... Todo lo que comporta tener una relación con ella, queda absolutamente descartado. —Reafirmó con rigidez e inflexibilidad.

—Has dicho ella... —canturreó provocador—. ¿Ya no es un tío?

—Vete a la mierda. —Rebatió ya cansado.

Alex ultimó los detalles de su emperifollado aspecto, removiendo su cabellera para dotarlo de un *look* más desenfadado como a toque distintivo; girando sobre su propio eje para mirar de cara al individuo de apariencia bohemia.

—En fin... ¿Voy bien así? —Preguntó el blondo, tirando de la camisa hacia abajo y abotonándose las mangas.

—Pues... Eso depende. —Comentó el jovenzuelo con reticencia—. ¿Sigo sin poder ir con vosotros? —El de rasgos nórdicos recalcó su respuesta, haciendo que Louis se tendiera en el lecho abatido—. Entonces vas de puta pena.

—Gracias, justo lo que necesitaba saber.

Tomó su cartera y el móvil, luego abriendo la puerta del cuarto mientras sus verdes ojeaban impacientemente al presuntuoso de su compañero, quien perezoso permaneció quedado en la cama.

—¿Pasa algo? —Preguntó el de gemas celestes.

—Me tengo que ir.

—Ya me doy cuenta. —Murmuró con ambas cejas arqueadas—. ¿Y?

Alex inspiró en profundidad, acercándose a aquel sujeto con exceso de confianza para jalarlo del brazo y hacer que se levantara.

—Si yo me voy, tú te vas.

—¡Eso no es justo! —Protestó ya saliendo los dos al pasadizo —. Tú traes a tus ligues siempre que quieres a mi cuarto, en cambio yo no puedo usar el tuyo.

—Así es la vida, amigo mío. —Consoló con falsa empatía, cerrando con llave la estancia.

—Que sepas que si hoy ligas, mi hotel personal está cerrado al público. — Avisó en un tono respondón —. Tendrás que buscarte otro sitio donde follar.

—Eso no va a ser problema, te lo puedo bien asegurar.

Tras compartir otras pocas palabras, la confrontación entre ellos se dio por zanjada. El rubio se despidió en el borde de la escalera, conduciendo sus pasos al punto de encuentro concretado con la azabache.

...

Marie se había vestido con unos pantalones y un top, luciendo la melena recogida en dos coletas y sin maquillaje que la dotara de feminidad.

—¿Vas a salir así? —Inquirió la morena desde la puerta del baño.

—¿Qué? ¿No voy bien? —Cuestionó vacilante.

—¿Dónde está el vestido? ¿Dónde está el pintalabios? —Insistió acercándose a ella, quitándole las gomas que sostenían su casual peinado.

—¡Hey! —Protestó con una mirada iracunda—. Sabes que yo no tengo ni idea de todo eso.

—Pues ya va siendo hora de que la tengas. —Fue a su armario, sacando tres vestidos que escogió de entre las diferentes prendas para luego dejarlos sobre la cama y plantar cara a su compañera—. Bien, ya puedes elegir.

La azabache tomó una de las perchas, apreciando la vestimenta elegida como si de un raro hallazgo se tratara.

—¿Pretendes que me ponga esto? —Preguntó insegura.

—Vas a salir de fiesta. —Comentó en un tono calmo —. No puedes ir con lo primero que encuentres, sino más que follar, te quedarás mirando como Alex te quita a todas las chicas.

—¡Ja! Como si eso fuera a ocurrir... —se jactó incrédula.

—Si vas así, te aseguro que es justo eso lo que va a pasar.

La de gemas marinas se dirigió al espejo con uno de los vestidos, colocándolo sobre su silueta a la vez que contemplaba su propio reflejo.

—No sé, hace tanto que no salgo que si voy con esto creo que pareceré un bicho raro.

—¡Estarás espectacular! —Animó la de lentes desde sus espaldas—. Además, tengo ganas de volver a verte con vestido.

—Yo no demasiadas...

—¡Venga! —Rogó en forma de súplica—. Déjame ver a la Marie sexy que llevas dentro.

—Esa Marie es la que estás viendo, así que...

No acabó la oración que Coralie se detuvo justo detrás de ella con las otras dos prendas en la mano y un mirar retador.

—Escoge uno de una vez o de aquí no sales.

...

En la mente de Alex, no cesaban de plantearse incógnitas, por no mencionar lo ansioso que se encontraba por esa noche que compartiría con su amiga.

«Venga, ya deja de darle vueltas; concéntrate en que hoy follas.»

No comprendía por qué, pero un sentimiento de inquietud lo abrumaba por dentro, sin poder quitarse esa sensación que lo traía de cabeza y le hacía perder su flema habitual.

Al plantarse en la entrada del campus, no había rastro de la muchacha, por lo que el varón se recargó en la pared mientras su mirada se perdía en el cielo nocturno de la ciudad.

El escenario era sereno y alentador, solo escuchándose el parloteo de algunos estudiantes que paseaban tranquilamente por la zona y el sonido de los coches que circulaban por la calle.

—Buenas noches.

Él viró el rostro al oír una femenina y oprimida voz, abriendo los ojos de sobremanera al divisar una fémina de larga cabellera oscura enfundada en un vestido ceñido de color vino que marcaba perfectamente sus atributos.

En su joven vida no recordaba haberse quedado desprovisto de palabras como en ese entonces; notando como su corazón daba un vuelco al ver como en los carmesíes de la chica se esbozaba una sonrisa sarcástica.

—¿Es que no vas a decirme nada? —Exigió ella en un tono impositivo, colocando las manos en sus caderas.

Alex la observó aún desorientado, sin entender por qué aquella desconocida lo trataba de una forma tan familiar hasta que atinó en el azul de

sus ojos. Ese azul que podría identificar a millas de distancia por el brillo propio que poseía.

—¿Marie...? —nombró con la estupefacción adueñándose de sus facciones.

La susodicha infló los cachetes, alborotando su cabellera con una expresión de tedio.

—Perfecto, debo verme como un *puto* marciano travestido. —Masculló con pesadumbre, plantándose ante él mientras se arreglaba la falda—. Que conste que es Coralie quien me obligó a ir como un *putón* verbenero.

Él quedó mudo, escudriñando la sensualidad que rebosaba aquella femme fatale en esa apariencia de lo más seductora.

—Yo... No creo que te veas como un... *Putón*. —Musitó él, saliendo de su embebecimiento —. Más bien, te ves...

—Es igual, vámonos ya. —Atajó ella con impaciencia.

La joven se separó de él con sutileza, adoptando unos andares más refinados, andando por delante mientras su trasero se contoneaba grácilmente y el zagal quedaba irremediabilmente hipnotizado.

«Ahora puedo decir que soy gay.» Pensó él.

5

En el trayecto de camino al local, Alex aún se hacía cruces de como esa exuberante chica de apariencia femenina y seductora, podía ser la Marie de siempre; sin poder quitarle el ojo de encima mientras caminaban apaciblemente por las calles de la ciudad.

—¡Oh, se me olvidaba! —Exclamó ella de repente, deteniéndose en medio de la acera para sacar de su bolso un pequeño envoltorio que mostró al rubio.

—¿Y esto qué es? —Inquirió al inclinarse para examinarlo más de cerca.

—Algo para animar un poco más la noche. —Le enseñó el contenido, haciendo que abriera los ojos de par en par.

— ¡¿Marihuana?! —Se exaltó anonadado.

— ¡*Sshh!* Pero no grites, *tonto*. —Regañó en forma de susurro, volviendo a guardar el envoltorio en su bolso.

—¿Desde cuándo te drogas? —Inquirió en un tono recatado y desdeñoso.

—Desde nunca. —Respondió encogiéndose de hombros—. Es por probar, y... Bueno... Un porro no creo que le haga daño a nadie.

El muchacho revoleó los ojos, pasando los dedos por sus mechones, a la vez que ella se aproximaba a él con una reluciente sonrisa que lo tomó con la guardia baja.

—¿Ocurre algo? —Murmuró él, tragando grueso.

—Eso debería preguntarlo yo... —se arrimó a su torso, mirándolo con naturalidad mientras él se tensaba—. Pareces nervioso... —sonrió ampliamente, relamiéndose—. Creo que ya sé qué es lo que pasa.

Él contuvo la respiración, notando como sus músculos se entumecían a la par que apretaba los puños en sus costados; contemplando a aquella pícara ninfa merodeándolo con astucia.

—¿Lo... Sabes? —Cuestionó en un hilo de voz.

La fémina asintió silenciosa, alzándose de puntillas para susurrar sobre su oído en un tono de lo más seductor.

—Tienes miedo de que te robe a tus chicas, ¿no es así?

Alex no contestó, con sus fosas nasales impregnándose de ese aroma a vainilla que emanaba su melena y que lo estaba haciendo enloquecer. El zagal colocó las manos en la delgada cintura de su compañera, no permitiéndole

separarse.

Frente aquel acercamiento, ella apartó el rostro para buscar la mirada del chico, la cual en el instante que la interceptó, causó que un nudo se formara en su estómago por la fiereza que le profesaba.

Sus zafiros se negaban a desincrustarse de esas oscuras esmeraldas, humedeciéndose sus carmesíes al bajar su punto de mira hacia los delineados labios de su amigo. Reaccionando a la defensiva al verse cautiva en ese sinsentido trance.

—Deberíamos darnos prisa, sino nunca llegaremos. —Argumentó ella con voz neutra.

El rubio confirmó con una sonrisa amable, observando como la universitaria aligeraba el paso y se posicionaba en cabeza en dirección al local.

«Por dios, ¿qué coño ha sido eso? Necesito beber algo...» se dijo ella con determinación.

Después de ese pequeño percance, ninguno de los dos volvió a cruzar palabra, al menos hasta que llegaron a sitio. Era un lugar de ambiente vigorizado e iluminación intermitente, con una amplia pista de baile y varias mesas a su alrededor.

—Vaya, no tienes mal gusto para ser *bollera*. —Aduló el joven con grato asombro.

—Ese comentario está de más. —Protestó con apatía.

—Perdona, *Azulita*. —Se disculpó con una expresión vivaz—. Como a muestra de mi arrepentimiento, te invito a un trago.

—¿Solo a uno? —Pidió con un mohín en los labios y ojos suplicantes.

—Ya veremos.

Ella sonrió de una forma tan inocente y, a su vez perversa, que bien podría conseguir que un ángel anegara de su benevolencia para cometer los más despiadados e infames atrocidades.

Casi en el acto, ambos se encaminaron hacia la barra, observando las diferentes botellas que se apreciaban en los estantes que había detrás del camarero.

—¿Qué te apetece tomar? —Preguntó Alex cerca de su oído.

La joven divisó los diferentes frascos, enfocándose en una botella en especial.

—Vodka. —Contestó con una sonrisa granuja.

—¿Vodka a secas?

—¿Qué pasa? A mí me gusta así... —murmuró clavando sus dos zafiros en las esmeraldas de su amigo.

De aquella mirada decidida, Alex llamó la atención del camarero para pedir la bebida. Observando cómo tras haberles servido un vaso de aquel líquido transparente, la muchacha se tomaba la osadía de retener la botella en la barra.

El hombre asintió con entendimiento, luego sacando otro vaso vacío a petición de la menor, mientras su acompañante enarcaba dubitativo una ceja.

—¿Y esto? —Inquirió al ver como ella llenaba el otro recipiente, luego entregándoselo a la par que sostenía el de ella.

—No pretenderás que beba yo sola, ¿no? —Invitó con una sonrisa descocada.

—Si querías que te acompañara a beber, con un vaso era suficiente... —comentó sosteniendo su bebida—. No era necesario secuestrar toda la botella.

—En realidad, la intención es acabárnosla. —Bebió de un trago el contenido de su vaso, luego llenándolo de nuevo.

—¿Me estás diciendo que quieres que nos bebamos todo el vodka? —Espetó con una risa titubeante.

—¿Qué pasa, *Gatito*? ¿No tienes huevos? —Tentó rozando con los labios el borde del recipiente.

El rubio sacudió internamente la cabeza, y enseguida bebió un largo trago; luego arrebatándole la botella a su compañera para servirse nuevamente, y acercar su vaso al de ella.

—Hasta la última gota. —Sentenció él con determinación.

Marie chinchineó sus recipientes, ambos bebiendo simultáneamente de ese líquido embriagador, que poco a poco encendía sus cuerpos desde el interior.

Los primeros tragos parecía que no les estaba afectando demasiado, soportando los efectos inhibidores del alcohol mientras contemplaban a la gente que se hallaba en el local.

—¿Has visto que tetas tiene esa? —Comentó ella arrimada a su compinche, señalando a una rubia de resultona apariencia que bebía en el extremo opuesto de la barra—. Enserio, dan ganas de hundirse en ellas.

Él examinó a la joven señalada, fijándose en sus montes en un semblante desvergonzado.

—Están para que se las follen. —Admitió a la vez que daba un sorbo de su

bebida.

—*Hey*, no se vale... —rechistó la azabache con un lloriqueo.

—¿Qué cosa? —Preguntó él, mirándola distendido.

—Tú puedes tirarte las tetas de quien te dé la gana, en cambio yo solo puedo tocarlas, chuparlas o jugar un poco con ellas.

—Ventajas de tener polla. —Alardeó empujando el codo, notando como la sustancia recorría su organismo.

—Eso no es justo. —Se quejó con un puchero, luego ojeando al chico con perspicacia—. Dame tu polla.

El muchacho se atragantó con la bebida, dándose unos golpes en el pecho, al mismo tiempo que miraba con estupefacción a aquella atractiva deslenguada.

—¿Qué coño...?

—Es broma, *tonto*. —Se mofó ella al ver su rostro desencajado—. Tendrías que verte la cara, parece que te haya dado un infarto.

El varón parpadeó irresoluto, dejando el vaso sobre la barra y apartándose momentáneamente de la chica en un estado medio aturdido.

—Voy un segundo al baño. —Enunció con vacilación.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sí... Solo necesito remojar un poco, aquí dentro hace mucho calor.

—Está bien. —Expresó despreocupada, observando cómo se alejaba mientras ella continuaba bebiendo.

Por su lado, él se apresuró en llegar a los aseos, entrando en el amplio espacio para precipitarse contra la pica. Abriendo el grifo y pasándose el agua por la cara.

—Estúpido Alex. —Se culpó frustrado—. Es tu amiga lesbiana... Tienes que dejar de imaginarte cosas raras...

Se recriminó hablándose con reproche, escrutando su reflejo en el espejo y apretando las manos en el mármol. Esa chica lo estaba desquiciando, sobre todo aquella noche, en la que lucía realmente arrebatadora.

Jamás hubiera imaginado que una belleza tan exuberante pudiera esconderse detrás de aquella fachada de *marimacho* y, en parte, eso era lo que estaba propiciando que perdiera el norte por completo.

«Será mejor que me centre en buscar a una chica con la que follar...»

Negó con la cabeza, tratando serenarse antes de regresar con su

compañera. Al salir del baño, sus ojos no tardaron en divisar a esa pelinegra de carácter indómito, paralizándose al ver a un ebrio de cabellos castaños merodeándola cual presa.

En ese instante, un sentimiento de rabia y desesperación se instaló en su pecho, avanzando a pasos veloces hacia ellos hasta que, justo cuando iba a intervenir, ella le propició un rodillazo a ese impertinente que lo hizo retroceder.

—Vuelve a acercar tu polla y te la hago tragar hecha picadillo, ¿estamos?
—Amenazó la ojizarca con aprensión.

—Serás hija de puta... —masculló el malhechor.

El rubio se posicionó al lado de la fémica, tomándola del hombro de forma protectora frente a ese degenerado.

—¿Algún problema? —Cuestionó en un tono tajante, ganándose el moribundo mirar del castaño.

No hubo más intercambio de palabras, por lo que el intruso se retiró quejumbroso, dejando a la pareja a solas en la barra. Marie volvió a tomar su vaso, colmándolo de bebida junto con el de su camarada.

—¿Estás bien? —Se preocupó él, viendo como la joven lo encaraba y le entregaba su recipiente.

—Perfectamente. —Dio un corto sorbo del líquido, animando al universitario a acompañarla—. ¿Qué? ¿Seguimos o ya te das por vencido?

Alex no discutió, aceptando su invitación y bebiendo en su compañía. Bromeando y conversando amenamente, sin darse cuenta como la botella se iba vaciando más rápido y como sus reflejos y estímulos comenzaban a verse afectados por los efectos del alcohol.

Llegaron a un punto que cualquier cosa que decían era motivo de risa fácil, codeándose a la par que seguían digiriendo más de esa pócima letal.

—Alex, Alex... —nombró la azabache, luchando por no estallar a carcajadas—. Me parece que estás borracho.

—¿Yo? *Pfff*... —se apoyó de espaldas sobre la barra, afrontando a su compañera entre risas—. Yo no estoy *borrrrrrashoo*...

—Sí, lo estás. —Canturreó desinhibida, hundiendo un dedo en su pecho a modo de acusación—. No paras de reírte, te ves doble y... Encima dices que no estás *borrrrrrashoo*.

—Oh, mierda... Pues a lo mejor sí lo estoy. —Mencionó con repentina seriedad, al poco estallando a carcajada limpia.

—El gato se ha emborrachado, el gato se ha emborrachado... —provocó

medio tambaleándose, notando como él la tomaba del brazo antes de que llegara a tropezar.

—Estaré borracho, pero no soy el único...

—Y dale. —Espetó revoleando los ojos —. Es *borrrrasho*, no borracho.

Los dos empezaron a reírse de todo y de nada por igual, finalmente terminándose la botella. Ella hizo un puchero, recargando los codos en la barra con la cabellera cayéndole hacia adelante en forma de cascada.

—Ya no hay más. —Lloriqueó desilusionada, soltando un suspiro.

—¿Ves? Te la acabaste, eres una borracha. —Ella le sacó la lengua, no logrando más que risas en respuesta.

La mirada de su amigo se perdió entre la multitud que bailaba en la estancia, ladeándose cara a la fémica para así captar su atención.

—Marie... —la susodicha lo miró dudosa, mordiéndose la lengua—. ¿Te apetece bailar?

—*Hum...* —puso morros, mirándolo abstraída—. Aviso que no me gusta que me lleven. —Advirtió con voz ebria.

—Entonces, dejaré que me lleves tú.

Ella se encogió de hombros, después tomando la mano del rubio para dirigirse con él al centro de la pista de baile, haciéndose un hueco entre la muchedumbre.

Instintivamente, el varón fue a colocar las manos en su cintura, pero ella se lo impidió, pasando los brazos sobre sus hombros mientras ella reposaba sus manos en las caderas del muchacho.

—Esto es muy raro. —Rio él por lo bajo, estudiando el semblante burlesco de la chica.

—Te dije que yo te llevaba. —Su sonrisa se tornó más traviesa, apegándose a la anatomía de su pareja.

—Sigue siendo raro.

—Tranquilo... —con picardía deslizó las manos hasta su trasero, apretando sus glúteos y provocando que él se tensara por su inesperada acción —. ¿Prometo no meterte mano?

Esa actitud despreocupada y extrovertida estaba causando estragos en el universitario. Pese a estar bajo la influencia del alcohol, su cuerpo no podía evitar reaccionar a esas acciones por parte de su compañera.

¿Solo él se sentía así? ¿Estaba perdiendo la poca cordura que poseía? ¿Había la posibilidad de que ella sintiera lo mismo?

Las preguntas se amontonaban en su mente a medida que el baile iba

avanzando, rompiendo el contacto visual al notar como ella lo agarraba de los brazos y se daba la vuelta. Su espalda reposó contra el torso del individuo, haciendo que la rodeara con los brazos mientras conducía las manos del rubio a su cintura.

Marie inició un lento contoneo con sus caderas, recargando la cabeza en el pecho de su cita mientras él inspiraba el dulce aroma que ella desprendía.

—Estás muy rígido... —se carcajeó, alzando el rostro para ver el semblante circunspecto del zagal —. Bailando así, pareces *Robocop*.

Los verdes del joven se sumergieron en los océanos de aquella alma libertina, relamiéndose los labios al sentir el irrefrenable impulso de tatar los de su contraria.

—¿Y cómo se supone que debo bailar? —Susurró sobre su oído, haciendo que ella se encogiera al sentir la cálida respiración del sujeto recorriendo su piel.

—Más... Relajado... —murmuró cerniéndose por completo a la silueta opuesta—. Como lo harías... Con una chica...

Él liberó de presión su cuerpo, permitiendo que sus manos exploraran la cintura de la azabache, a la vez que guiaba sus movimientos desde atrás, meciéndose en un sensual y lento baile.

—Si es lo que deseas... —rozó el lóbulo de su oreja con los labios, provocando que a ella se le escapara un suspiro —. Eso mismo haré.

Surcó con los dedos la figura de la muchacha, sin resultar demasiado impaciente, pero tampoco desinteresado, contoneándose en sincronía con ella en ese vals que podría confundirse con un ritual previo antes de entregarse el uno al otro.

Por dentro, la fémica podría bien jurar que las llamas la consumían, pero era algo inevitable después de la ingesta de alcohol. Al menos, eso era lo que ella quería creer al perderse en esa danza a brazos de su compañero.

Después de unos minutos de silencio, él la hizo girar, gesto por el que la joven soltó una risita, notando como sus manos se aferraban firmemente en la cintura de la pelinegra y la atraían casi con desespero contra la suya.

—¿Así es como sueles ser con una chica? —Preguntó ella impudorosa.

—No exactamente. —Respondió sonriendo con coquetería, escondiendo el rostro en el hueco de su cuello para susurrar en un tono incitador—. Si fueras una de mis chicas, ya te habría subido esa falda que tienes para meterme bajo tus bragas.

«Eso no suena del todo mal...» pensó ella.

Frente a ese desliz de su subconsciente, ella marcó un poco de distancia, volviendo a afrontar al rubio con una sonrisa sarcástica.

—Es una buena estrategia... Aunque algo arriesgada. —Notó en un tono que trató sonar indiferente—. Te pueden descubrir fácilmente.

—Soy muy cuidadoso. —Se alabó con petulancia—. Hasta el momento, puedo decir que nunca me han descubierto.

—Ya, seguro... —rebatí destilando incredulidad.

—¿No me crees? —Preguntó con sus ojos bañados en lujuria—. Porque si quieres, puedo demostrártelo...

En esa proposición, toda ella se estremeció, sin saber por qué su corazón se había azorado ni la causa de esa inusual curiosidad hacia las obscenidades del varón. Su mirada cayó presa de las esmeraldas de aquel depredador, sin lograr liberarse hasta que su interés fue captado por una castaña de apariencia exótica que bebía en la barra.

—Creo que... Tenemos ganadora. —Expresó con una sonrisa lasciva naciendo en sus carmesíes.

Alex siguió su punto de mira, enfocándose en la belleza que se movía de una forma de lo más sensual y provocadora.

—Es hetero. —Se regodeó él en una actitud sobrada.

—¡Ja! —Se jactó ella con soberbia—. Esa monada es lesbiana, te lo digo yo.

—Y yo te digo que no lo es. —Contradijo sin intención de ceder.

Marie se distanció del chico, pasando la mano por su melena para seguidamente arreglarse el vestido y la delantera.

—¿Lo averiguamos, *Gatito*? —Retó con una expresión picaresca.

—Prepárate para morder el polvo.

Ambos se encaminaron hacia la atractiva desconocida, siendo Marie la que anduvo en cabeza y, por lo cual, fue la primera en acercarse a esa preciosidad de figura envidiable.

Cuando la azabache se plantó frente a la otra chica, sus miradas chocaron, sin flaqueza ni incertidumbre al contemplarse con morboso curioso.

—Hola, *lindura*. —Saludó la joven se acento italiano con naturalidad—. ¿Puedo ayudarte en algo?

Los celestes de Marie echaron un rápido vistazo a su acompañante, sonriendo victoriosa antes de centrarse de nuevo en la fémina de gemas color oliva.

—Pues verás, estaba bailando con mi amigo, y... No pudimos evitar

fijarnos en lo sexy que eres. —La aludida ojeó al blondo, ensanchando su sonrisa—. Y, bueno... Él asegura que tú eres hetero, pero yo ya le dije que eso es imposible.

—¿Por qué es imposible? —Cuestionó la de cabellera marrón con suspicacia.

Marie titubeó, relamiéndose recelosa al mostrar su sonrisa más cautivadora.

—Pues... Porque tú eres lesbiana, ¿cierto?

La castaña rio jocosamente.

—Más o menos. —Contestó, observando a la pareja con impudicia—. Digamos que me gustan las chicas... —murmuró deslizando un dedo por uno de los mechones de su contraria, después tomando la mano del varón para atraerlo donde ellas —. Y los chicos.

Esa confesión fue de lo más reveladora para el dúo de amigos, quedando ensimismados por esa atrevida joven.

—Eso suena... Interesante. —Admitió él con un ápice de curiosidad.

—Lo es. —Confirmó la anónima con regocijo, mirando juguetona al dúo de amigos—. ¿Y vosotros?

La azabache y su compañero se miraron entre sí, soltando una risotada.

—Yo soy fan de las vaginas. —Corroboró la chica con obviedad, luego agarrando el hombro al zagal con camaradería—. Y éste tiene de gay, lo que yo de virgen... Es decir, nada de nada.

La desconocida se inclinó hacia ellos, tentada por esa alianza entre la ojizarca y el rubio.

—Y... ¿Entre vosotros nunca ha habido nada de nada?

—¡Ni hablar! —Se opuso Marie—. Él y yo solo somos amigos.

La castaña se frotó la barbilla en una pose reflexiva, pasando la lengua por sus labios en un gesto de lo más provocador.

—Y... ¿No sentís curiosidad por ello? —Los dos enmudecieron, observando como esa chica se arrimaba con descaro a sus cuerpos—. ¿No os gustaría... Probar?

Marie viró gradualmente el rostro hacia su compinche, notando como a los escasos segundos, la italiana colocaba una mano en su mejilla para hacer que la mirara, depositando un húmedo beso en sus labios de cereza mientras que el varón contemplaba la escena con expectación.

Ese beso se deshizo despacio, no dando tiempo de que ninguno replicara que los labios de la intrusa buscaron entonces los de Alex, sumergiéndose en

su cavidad bucal con calma y deleite.

Tanto él como su amiga no entendían el juego al que estaba jugando esa chica, posando sus inciertas miradas en ella al quedar libres de sus besos.

—¿Y bien? —La de rasgos exóticos los escudriñó con deseo, relamiéndose—. ¿Qué me decís? —Tentó con frescura—. ¿Queréis que juguemos?

6

Ambos amigos se miraron con incertidumbre, luego fijándose en la muchacha de rasgos exóticos con una expresión suspicaz. Marie fue la primera en romper ese silencio que los envolvía, dirigiéndose a la castaña con una risa incrédula.

—Tú... ¿Estás proponiendo que hagamos un trío? —Inquirió la azabache con recelo, viendo como su contraria ensanchaba su sonrisa—. Pero... Eso es... —Sus cielos se fijaron en los verdes prados de su amigo, frunciendo los labios en una fina línea.

—Divertido. —Sentenció la italiana en una actitud desinhibida, sosteniendo la barbilla de la fémica con dos dedos—. Y muy... Gratificante.

Marie tragó grueso, en cierto modo tentada por esa labia seductora que la instaba a perderse en ese mar de pecado.

—No creo que sea una buena ide... —inició el rubio.

—Juguemos. —Interrumpió su compañera, dejando de piedra al zagal.

—Buena chica. —Aduló la de gemas verduzcas, luego observando al universitario —. ¿Y tú qué dices? ¿Te apuntas?

Sus esmeraldas iban y venían de una chica a otra, sopesando lo más concienzudo que pudo, dados los efectos del alcohol que aún circulaba por su organismo.

—Claro que se apunta. —Animó la ojizarca, haciendo que el muchacho parpadeara fuera de sí y la tomara del brazo—. *Hey*, ¿se puede saber qué haces?

—Necesito hablar contigo un momento. —Susurró en un tono severo, luego mirando a la anónima de resultona vestimenta—. ¿Nos disculpas un segundo?

—Claro.

La pareja se distanció a unos metros de aquella desvergonzada, encarándose con un semblante inescrutable en ambos rostros.

—¿Y bien? ¿Qué mosca te ha picado? —Inquirió ella en un tono intransigente.

—¿Cómo que qué mosca me ha picado? ¡Eres tú la que ha accedido a hacer un puto trío! —Recriminó con irascibilidad.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta la idea?

—Marie... —nombró con voz cohibida—. Tú y yo nunca hemos foll...

—¡Agh! No sigas por ahí o acabaré vomitando. —Acalló con una mueca asqueada, cruzándose de brazos—. Oye, solo tenemos que limitarnos a ella... —comentó con parsimonia—. Tú se la metes y yo ya me encargaré de usar la lengua. —Él la miró no muy convencido—. Entre nosotros no tiene por qué pasar nada de nada.

—¿Y si pasa? —Preguntó con firmeza.

—No va a pasar. —Lo tomó de los hombros, sonriendo con simpatía—. Así que déjate de rollos premenstruales y vayamos a tirarnos a esa monada.

Frente a la insistencia de su amiga, él terminó cediendo, luego los dos regresando con esa belleza de tez olivácea y carácter liberal.

—¿Ya os habéis decidido? —Ambos confirmaron en silencio, haciendo que la italiana se acercara a ellos con osadía—. Entonces... Ya podemos irnos.

Ella entrelazó sus manos con las del dúo de universitarios, guiándolos entre la marea de gentío hasta la salida del local.

—Por cierto, ¿cuál es tu nombre? —Cuestionó su opuesta con curioso.

—Laura Rossi. —Anunció en un tono meloso—. ¿Y vosotros?

Los tres salieron del atestado lugar, deteniéndose en la entrada para proseguir con las presentaciones, a la par que el chico quedaba absorto en sus pensamientos tras la introducción de la recién conocida.

—Yo soy Marie, y... Él es Alex. —Introdujo gustosa la de ojos azul cielo.

—Un placer. —La castaña se relamió juguetona, después aproximándose al torso del varón de una forma de lo más provocativa—. ¿Adónde vamos?

El rubio examinó a las dos féminas con un súbito nerviosismo, sobre todo al sumergirse en los zafiros de su compañera, la cual aguardaba impaciente por su respuesta.

—Podemos ir a mi habitación en el campus. —Sugirió en un tono recatado.

—Pues vayamos para allá... —murmuró la Rossi con picardía.

Los jóvenes se encaminaron hacia la residencia, notando como los nervios iban *in crescendo* por cada paso que avanzaban hacia su destino. Con un silencio solemne que provocaba que su sosiego menguara.

Quizás debían haberse parado a pensar detenidamente lo que estaban por hacer. Sin embargo, desobedeciendo los dictados de su conciencia, siguieron hacia adelante con ese insólito plan.

Aún quedaba un poco para llegar a sitio. De repente, Marie cayó en la cuenta, rebuscando en su bolso aquel envoltorio que portaba y que a los segundos sacó cual importante hallazgo.

—¿Qué es eso? —Se interesó la italiana con una sonrisa fisgona.

—Un poco de marihuana. —Extrajo del empaque dos porros, ofreciéndolos a sus acompañantes—. ¿Alguien se apunta?

Laura la miró con diablura, jalando del brazo del universitario para atraerlo hacia ella y afrontar a su amiga.

—Nos apuntamos. —Contestó decidida la de orbes verdes, mirando los iris del blondo—. ¿Verdad que sí?

«Llegados a este punto...» se resignó el jovenzuelo.

—Claro.

Marie se llevó inexperta uno de los cigarros a los labios, y Laura imitó el gesto, a la vez que la de mirada oceánica sacaba el encendedor y prendía el extremo de cada uno.

La azabache tragó el aire, mientras que la castaña lo expulsó con disimulo; luego cediéndole su porro al varón, quien vacilante cató de esa desconocida droga.

—No noto nada raro. —Murmuró Marie, inspirando con más intensidad.

—Puede que quien te haya dado esta mierda te haya timado. —Comentó él al tragar el humo con indiferencia.

—Nunca habéis fumado antes, ¿me equivoco? —Cuestionó la italiana, oprimiendo una risita.

—¿Se nota? —La chica calló, viendo como la ojizarca le ofrecía de su cigarro y ella lo refutaba.

—¿Cuánto te han estafado por esto? —Cuestionó Alex, acostumbrándose a ese fuerte hedor.

—Cuarenta euros. —Musitó por lo bajo.

—¿Cuarenta euros por dos porros que no hacen ni cosquillas?!

—Me aseguraron que era hierva de primera calidad. —Replicó ella con impotencia.

—Ya, bueno... Pues mucho me temo que no es así.

Los dos siguieron debatiendo durante el resto del trayecto, finalmente acabando de fumarse sus respectivos cigarrillos, al mismo tiempo que Laura los contemplaba con diversión.

Una vez en la residencia, tanto Feraud como su camarada de melena oscura empezaron a experimentar un ligero mareo, junto con una sensación de complacencia haciendo mella en su organismo.

—¿Dónde está la habitación? —Inquirió la azabache, medio tambaleándose—. No recordaba que quedara tan lejos.

—Creo que no falta mucho para llegar. —Confirmó él con una sonrisa titubeante en los labios.

La joven Rossi los ojeaba con regocijo, sin pronunciarse hasta que se plantaron frente a la puerta de su cuarto y él la abrió de golpe.

—Sed bienvenidas a mi morada del amor. —Anunció denotando un excesivo énfasis.

—*Pfff...* ¿Morada del amor? —Masculló Marie, tomando a su amigo de los cachetes de forma juguetona—. Te me estás amariconando, *Gatito...*

—*Buuuuu*, qué putada. —Se jactó al zafarse de ella, tomándola de las muñecas mientras ingresaban en la estancia—. Me tienes que enseñar a ser gay.

Laura cerró la puerta a sus espaldas, captando la atención de ambos. Marie avanzó unos pasos hacia ella, tomándola del rostro para besarla con fervor frente la mirada salvaje del rubio.

Ese beso fue recibido de grato agrado por la fémina de raíces italianas, deslizándose sus manos por la silueta de su presa, a la par que la hacía recular hasta el borde del lecho, donde el tercer integrante esperaba enardecido.

Al disolver el candente contacto, la castaña invitó con un gesto del dedo índice al muchacho, agarrándolo del cuello de la camisa para arrojarlo a sus labios con ansia.

Acto seguido, Laura reculó un paso, bajando el cierre de su vestido para dejarlo caer al suelo y exponer su libidinoso cuerpo, cubierto con no más que un conjunto de lencería de color rojo.

La pareja de universitarios escrutó con deleite esa provocadora imagen, no alcanzando a acercarse que la castaña los detuvo. Reduciendo la distancia con la azabache para tomarla por los hombros y posicionarla cara al rubio.

Marie observó circunspecta al muchacho, notando como la desvergonzada de orbes oliváceos apartaba la melena de su cuello para darle un largo lametón; rozando su oído con los labios mientras que los ojos de la Rossi se adherían a los del parisino.

—Quiero que lo beses... —susurró Laura.

Esa propuesta hizo que Marie se tensara, mirando al joven con escepticismo para luego carcajearse con una risa floja.

—N-No puedo hacer eso. —Defendió con su mente aún nublada—. É-él es mi amigo, y... Bu-bueno... Yo-yo soy gay...

—¿Me deseas? —Instó la italiana, deslizando una caricia por una de sus mejillas a la vez que la aludida asentía—. Entonces... —tomó su mentón, rotándolo hacia el chico—. Bésale.

Alex restó inamovible, contemplando como su compañera meditaba dubitativa y luego se arrimaba paulatinamente mientras él intentaba mostrarse sereno.

—Marie... —intervino su contrario con el pulso acelerado.

—No te resistas, Alex. —Incitó Laura, sujetando los hombros de la chica, y asomándose desde sus espaldas—. ¿Acaso no te parece guapa? —Sus manos atraparon la cintura de la azabache, alzándose hasta sus pechos para amasarlos con descaro—. ¿Acaso no te gustaría... Probarla?

Él estudió a la universitaria, sin suficientes barreras en su mente que lo convencieran de no seguir con aquella locura. Tomando por sorpresa la muñeca de su amiga para atraerla a su anatomía. Acunó el rostro entre sus manos, debatiéndose ante la mirada retraída de ella.

Esa era una línea que jamás pensaron cruzar. Una línea que tendría que permanecer intacta. Sin embargo, por ese entonces, sus pensamientos eran opacados por un éxtasis abrumador; sin conciencia ni remordimientos que lograran impedir lo que ya era inminente.

—¿No vas a besarme? —Susurró Marie en un tono casi inaudible.

El muchacho se reservó la respuesta, tragando grueso para posteriormente, tras reunir el coraje necesario, unir sus labios a los carmesíes de la fémica, osando que su lengua explorara esa cavidad desconocida. *A priori*, no recibió un estímulo o reacción, no obstante, poco a poco, fue notando como ella movía precavida la lengua, encontrándose con la suya en ese púdico beso.

Un cúmulo de sensaciones se enfocaban en ese contacto, dejándose llevar por ese torbellino de emociones que anulaban cualquier sentimiento de arrepentimiento o culpa que pudieran tener dadas otras circunstancias.

Al desprenderse de sus labios, un hilo de saliva los seguía manteniendo unidos a un suspiro de separación. Ella reposó las manos en el pecho del varón, recuperando el ritmo de su respiración al incrustar sus codiciosos zafiros en las lujuriosas esmeraldas de su amigo.

—No ha ido tan mal. —Aduló la castaña, apenas siendo percibida por los dos compañeros, sonriendo bravata a la vez que los interrumpía al jalar del brazo de su opuesta para besarla a la desesperada.

Ese acto hizo que Alex volviera a la realidad, fijándose en como ambas fémicas se besaban apasionadamente. Aún y los besos, los celestes de la

azabache no conseguían desviarse de él, movida aún por una extraña y delirante sensación que la arrojaba a lo prohibido.

Laura tanteó la cremallera del vestido de Marie, recostándola sobre el lecho y bajando el cierre mientras el rubio inspiraba profundo al ser espectador de tan insólito panorama. Notando como su entrepierna reaccionaba de forma inevitable.

Él escudriñó la silueta de su amiga al ser despojada de su vestimenta, sintiéndose ansioso al divisar el conjunto de lencería negro que portaba la chica, al mismo tiempo que besos le eran arrebatados por parte de la otra joven.

La descocada de ojos verdes se ladeó, mirando al muchacho, quien en su despiste, introdujo la mano por debajo del pantalón para empezar a estimularse con una expresión de deseo en su rostro.

—Alguien quiere jugar... —canturreó la italiana, haciendo que la azabache lo contemplara con una cálida sensación propagándose en su sexo—. ¿Deberíamos dejar que juegue con nosotras? —Marie dudó inicialmente, más terminó asintiendo enmudecida, reflejándose en los iris de la jovencita—. ¿Haces tú los honores?

Marie se puso de rodillas sobre el colchón, gateando con sigilo hasta el borde, para luego incorporarse sobre sus rótulas y conducir sus manos al cuello de la camisa de su amigo.

Alex se mantuvo quieto, sin perder detalle de cómo ella desabotonaba su prenda con recato y luego la deslizaba por sus brazos, descubriendo su bien esculpido torso para después acariciarlo con la yema de los dedos.

Sus miradas se cruzaron destilando concupiscencia, sintiendo la necesidad de sucumbir nuevamente al crimen de morir en sus besos e inspeccionar ese territorio que debía ser prohibido para ellos.

—¿Te ayudo, *Azulita*? —Susurró él, acechando sus labios.

Ella negó con una emergente sonrisa, dirigiendo las caricias hacia el sur para asir su cinto y desabrocharlo habilidosa. Seguidamente, hizo ceder su pantalón hasta que solo un bóxer apresaba su palpitante y ya notoria erección.

Ambos permanecieron embelesados, admirándose con ansia e interés por descubrir el cuerpo ajeno. La castaña se unió a la pareja, rozando con un dedo la mejilla del zagal.

—Pero, ¿qué tenemos aquí? —Su mano se inmiscuyó bajo el bóxer del rubio, apretando su virilidad—. Alguien está muy duro...

Esa desfachatez creó un atisbo de celosía en la muchacha de gemas

marinas, mordiéndose internamente del labio inferior al posar sus celestes en ese Adonis de cuerpo escultural.

—¿Puedo... Tocar? —Inquirió Marie con timidez, captando la atención de sus acompañantes.

Laura se regodeó, apartándose un poco para brindarle acceso directo a la azabache, la cual se arrimó dudosa a su compañero. Feraud sostuvo su mano, notando como se le hacía la boca agua tan solo de mirarla en esa faceta tan deliciosa.

—Tócame. —La animó con voz ronca.

Marie se atrevió a curiosear, acercando la mano a su dureza con un deje de vacilación, luego introduciéndose bajo la tela para sujetar con el pulso tembloroso su miembro. Él acopló su mano a la de ella, haciendo que reafirmara el agarre, comenzando a moverla de arriba a abajo de manera que lo iba masturbando en un lento vaivén.

La castaña se tendió de espaldas en uno de los extremos de la amplia cama, deshaciéndose de las ropas faltantes y delineando su escote en un discreto roce mientras contemplaba a los dos jóvenes.

—¿Te gusta? —Preguntó la ojizarca con voz sofocada.

—Podría gustarme más... —admitió él, inclinando su rostro al de ella.

—¿Có... mo? —Expresó soltando un largo suspiro.

Sin miramientos, él sonrió con malicia, apresando sus carmesíes en un beso cargado de deseo y fiereza. Acomodándose sobre ella para inmovilizarla con su cuerpo contra el lecho, mientras sus lenguas se enzarzaban en una lucha voraz en la cavidad bucal ajena.

Sus bocas se buscaban con desespero, atrayéndose con una pasión salvaje que los quemaba desde lo más profundo de sus entrañas. Marie se detuvo unos instantes, posando un dedo en la barbilla del zagal para contemplarlo hechizada por sus fulgentes esmeraldas.

—¿Seguro que no habéis hecho esto antes? —Preguntó la castaña con una expresión socarrona.

Sus acompañantes viraron el rostro, observando como la fémina se acercaba gateando donde ellos, haciendo que los dos se sentaran sobre el colchón. La italiana se precipitó en un arrebató hacia la pelinegra, besándola devotamente a la vez que descendía en una caricia hasta su monte de Venus.

De los labios de Marie brotó un jadeo, relamiéndose al notar como aquella atrevida se inmiscuía bajo las bragas y hundía los dedos en su húmedo centro. Alex no osaba quedarse atrás, conduciendo una mano a uno de los senos de su

compañera, y amasándolo por debajo del sostén.

Esmeraldas y zafiros volvieron a encontrarse; el semblante de ella era de puro gozo por las atenciones que recibía de ambos, mientras que el de él era famélico por esa tentación prohibida que la joven representaba.

—Estás tan mojada... —susurró la de orbes oliváceos en el oído de la parisina, hundiendo más los dedos en su cavidad—. Esto te excita, ¿no es así?

Gemidos emergieron de la boca de la azabache, echando la cabeza hacia atrás al notar como su sexo era estimulado con tan reconfortante maestría, y uno de sus botones era apresado por los dientes del varón; una combinación de lo más placentera que la orillaba a un océano de obscenidad.

—S-sí... —gimoteó con su cordura anubarrada, contoneando las caderas por instinto—. Me encanta...

Ni en la mejor de sus fantasías, el rubio podría haber concebido tan idílico panorama, regocijándose de las expresiones desencajadas de su amiga al ser presa de sus acciones. En su aturdimiento, la italiana tomó su mano, sonriendo con pillería al dirigirla a la intimidad de la chica de melena oscura.

—Es tu turno. —Instó Laura con persuasión.

Él incursionó bajo la prenda, no atreviéndose aún en hacer algo que podría ser ingrato; observando como esa mirada azulada que tanto lo encandilaba, lo contemplaba llena de codicia.

—No temas, ella lo desea... —persistió la de rasgos exóticos, desabrochando el sostén de su contraria para liberar sus senos y mordisquear el lóbulo de su oreja—. Dile a Alex cuanto deseas que te toque...

Marie inhaló profundo, con el pecho subiendo y bajando a un ritmo apresurado al clavar sus celestes en los verdes orbes del atractivo sujeto.

—Deseo... Que me toques... —expresó en un susurro, escrutando la expresión embebecida del muchacho—. Por favor... Tócame...

No fue necesario tan siquiera repetirlo que los dedos del blondo se resbalaron por sus labios vaginales, impregnándose de sus fluidos al tantear su cavidad con pericia. Los gemidos enseguida fluctuaron armoniosamente, animando al chico a continuar con sus fricciones, deleitándose de ese estimulante escenario.

Sus pensamientos eran alterados por la mezcla del alcohol y la droga, sin impedimentos que los disuadieran de no seguir adelante con esa locura que silenciaba su buen juicio.

Cuánto él más se urgía en sus agasajos, más se oían los gemidos de la jovenzuela, quien apoyó su frente a la de él al sentir como todo su cuerpo

temblaba de placer.

—*Azulita...* No sabes cuánto me estás poniendo... —bisbiseó sofocado, hundiendo los dedos una y otra vez en su centro—. Joder... Tengo ganas de metértela...

Marie ya no pensaba, siendo arrastrada por ese torbellino de emociones y sensaciones que la desbordaban; excitándose por esas palabras que eran como un aliciente más para perder del todo el pudor que le quedaba.

—¿Quieres... Meterme la polla? —Tentó ella, acercando la mano a su miembro para apretarlo por debajo del bóxer—. ¿Te gustaría follarme, *gatito*?

—Follarte... —gruñó deseoso, notando como su falo vibraba contra la palma de la chica—. Y llenarte con toda mi... leche.

No lo comprendía, pero el mero hecho de pensar en ello, encendió con virulencia a la ninfa, buscando una escapatoria a ese juego abrasador; ladeándose y hallando a la italiana tendida sobre la cama, y acariciando su intimidad mientras contemplaba gulosa a la pareja novicia.

Laura invitó a la azabache a acercarse, la cual luchó contra sus actuales deseos, por tal de zafarse del varón y recostarse al lado de la otra fémina. En ese momento, Alex se quedó quieto, presenciando como la castaña agarraba uno de los montes de su amiga para masajearlo mientras besaba sus labios con lentitud.

Él se despojó de su bóxer, sosteniendo su erección para masturbarse frente a ese par de hadas traviesas. Con líquido preseminal recorriendo la piel de su falo.

Laura seguía estimulando la entrepierna de su aliada, interrumpiendo la acción y sus besos, al ver como el rubio se brindaba placer a una escasa distancia de ellas.

—Diría que tienes un gran problema entre manos... —murmuró la de cabellos castaños, haciendo que Marie mirara a su compañero con curiosidad.

La de tez olivácea se puso de rodillas, yendo hacia él para tomarse la confianza de agarrar su miembro e introducirse en la boca sin vergüenza; practicándole sexo oral mientras que la chica de mirada celeste observaba con recelo como se estaba produciendo el suceso.

En sus cielos se podía discernir lo excitada que estaba y, también por su contra, la impotencia y rabia que sentía al ver a su amigo caer deleitado por las provocaciones de aquella intrusa.

La azabache quiso hacer desaparecer ese desasosiego, descarándose al posicionarse detrás de la otra muchacha para dirigir una mano a su intimidad y

empezar a estimularla.

El chico tenía los ojos cerrados, gimiendo por las succiones de aquella descarada, a la par que Marie hundía los dedos en la cavidad de la otra fémica.

Fue entonces que el universitario fijó sus esmeraldas en el rostro de su amiga, notando como su falo seguía siendo succionado por Laura, y extendiendo una mano hacia la jovencita de ojos celestes; tomándola por detrás de la nuca y atrayéndola a sus labios para besarla con desenfreno.

Habían llegado a un punto en que sus principios fueron apartados, dejándose llevar por aquello que su interior les dictaba y que, en el fondo, sabían que era un error.

La italiana se apartó con discreción, viendo como ambos amigos ya no eran conscientes de lo que sus actos podían comportar, entregándose el uno al otro frente a la atenta y morbosa mirada de ella. Era como si todo alrededor de ellos se hubiera desintegrado, quedando solo ellos dos y ese deseo fervoroso que se profesaban.

—Marie... —murmuró él en uno de sus besos, agarrándola con urgencia de la cintura para después tumbarla sobre el lecho—. Joder, me vuelves loco...

Ella intensificó ese beso que moría de ansias e impaciencia, adoptando una actitud más fiera al darse impulso y girar al chico de espaldas sobre el colchón, para acto seguido subirse a horcajadas encima suyo.

—Te pongo cachondo, *Gatito*... —restregó su entrepierna contra la suya, lamiendo sus labios con ostentación—. Me... deseas.

—No te imaginas cuánto. —Gruñó con las manos cernidas en su estilizada silueta, impulsando la pelvis hacia arriba para seguir friccionándose contra su sexo—. Quiero hundirme... Dentro de ti...

—¿De verdad eso quieres? —Disuadió con voz jadeante, observando como el asentía en silencio y la conducía a su perdición—. Entonces... Fóllame... —rozó con los labios su barbilla, susurrando persuasivamente—. Déjame sentirte...

—¿Estás... Segura? —Seseó él en un tono áspero—. ¿Crees que podrás soportarlo?

—Es solo una polla... —denigró con una sonrisa burlesca—. Nada que envidiar a un consolador a pilas.

—¿Eso crees? —Rozó suavemente con los dientes su quijada—. Recuerda tus palabras, porque te las vas a tener que tragar después de hundirme dentro de ti.

—Eso está por ver... —sus carmesíes se curvaron reflejando regocijo, contoneando las caderas—. Antes tendrás que hacer que me corra.

Ese reto hizo que una corriente electrizante se expandiera por el cuerpo del muchacho, hundiendo los dedos en la nívea piel de la joven, y luego dirigiendo una mano hasta su miembro para agarrarlo de la base.

—Entonces... ¿Estás lista, *Azulita*? —Incitó con una sonrisa bribona, tirando de sus bragas con rudeza y así rasgando la tela—. ¿Estás preparada para sentirme?

—*Agh*... Maldita sea. —Masculló quejumbrosa—. ¡Métela de una jodida vez, por dios!

Accediendo a su reclamo, él no se anduvo con rodeos, sonriendo con travesura e impulsándose para penetrarla de una hosca estocada; arrebatándole un grito ahogado por la impresión de esa intrusión desesperada.

Les llevó unos segundos asimilar ese acto pecaminoso al que estaban sucumbiendo. Marie contempló absorta la expresión perversa del rubio, sumergiéndose en sus corrompidas esmeraldas al mismo tiempo que hacía presión hacia abajo, para propiciar la penetración plena en el interior de su sexo.

—Marie... —jadeó, notando como ella movía la cintura en círculos y lo elevaba al limbo.

—Se siente tan dura... —soltó un largo suspiro, dejando que su cabellera cayera hacia adelante—. Y tan... Grande...

—Así es... —agarró sus glúteos con firmeza, manoseándolos para luego dirigirla en un lento vaivén—. ¿Puedes notar ahora cuánto me pones?

Ella gimió al notar como el varón se iba deslizando dentro suyo, orquestando pacientemente sus incursiones, y haciendo que la joven se moviera de arriba a abajo mientras que sus facciones reflejaban complacencia y asombro.

—Nunca pensé... Que pudiera sentirse... Tan bien... —bisbiseó sobre sus labios, adaptándose a esa reveladora fruición.

—Era cuestión de probar.

Ambos giraron el rostro al oír la voz persuasiva de la castaña, sin dejar de mecerse al mirarla con la vista medio turbia. Laura se arrimó a la azabache, acariciando sus labios a la vez que el muchacho se hundía reiteradamente en el sexo de su compañera.

—Los dos sois muy traviosos... —canturreó la italiana, alternando su mirada entre ellos—. Ahora la pregunta es... ¿Seréis capaces de parar?

Los celestes de Marie volvieron a enfocarse en su amigo, relamiéndose al continuar experimentando ese placer que la envolvía con cada embestida. Inclinandose para abrazarlo repentinamente por el cuello y tirar de éste hacia ella, quedando ambos sentados sobre el colchón sin que la penetración se viera interrumpida.

Laura sonrió lujuriosa, pasando a un segundo plano a la vez que sacaba de sus pertenencias su móvil y enfocaba con éste a la pareja. Los dos fijaron su total atención en los luceros del otro, balanceándose en sincronía con jadeos escapando de sus bocas.

—No quiero parar... —confesó Marie en ese mecimiento.

—Yo tampoco quiero... —seseó con voz áspera, soltando un gruñido—. Quiero seguir metiéndotela... —admitió entre jadeos, surcando con las yemas el nacimiento de su espalda—. Quiero follarte y hacerte gritar de placer...

—Eres un gatito muy malo. —Regañó con coquetería, lamiendo la comisura de su boca—. Estoy deseando que me demuestres de lo que eres capaz.

Sin tiempo a replicar, ella besó los labios de aquel deslenguado, moviéndose más briosamente por tal de disfrutar de cómo su sexo se apretaba alrededor del falo del universitario, y percibiendo como éste vibraba en su interior.

—Y yo estoy deseando... Hacer que te corras... —admitió con las manos apretando su trasero, apegándose con su torso friccionando los montes de la joven.

—Si sigues así, no creo que tarde en hacerlo. —Confesó sonriendo con astucia—. Debo admitir, que no se te da nada mal...

—Ah, ¿no? —Tentó con bribonería, mostrando su regocijo al sonreír ampliamente—. ¿Te gusta como follo, *Azulita*?

Esas palabras propiciaron que su virilidad palpitará, incrementando el ritmo de sus embestidas, al mismo tiempo que las respiraciones de ambos se entremezclaban con los sonidos resultantes de su gozo.

—Ah-ah... S-sí... Joder... —gimoteó impudorosa, sujetándose de sus hombros—. Si-sigue... A-así...

—Maldición, estás tan estrecha... —hundió los dedos en su cabellera, lamiendo su cuello—. Eres deliciosa.

—Ah-ah... Quiero más... ¡Dame más fuerte! —Vociferó en pleno éxtasis.

—Vaya, vaya... A Marie le gusta que la follen... —se regodeó brindándole una brusca estocada, acaparando su prieta y candente cavidad—. Duro.

La susodicha arqueó la espalda hacia atrás, apoyando las manos en los muslos del zagal mientras él la tomaba de la cintura y la penetraba con hosquedad.

—Duro... Y rápido... —urgió con una mirada hambrienta, humedeciéndose los labios al discernir esa innegable lujuria en los rasgos del blondo.

—Así pues... —la obligó a inclinarse, tomándola del cogote y uniendo su frente a la de ella—. Disfruta de mi polla.

Sus movimientos se apresuraron, intensificándose a un compás más constante y certero, hundiéndose una y otra vez en el interior de la fémica, y devorando sus carmesíes de una forma desesperada y anhelante, a la par que ella lo abrazaba.

—Es... Increíble... —expresó Marie en un susurro, tirando sus guedejas y uniendo sus frentes para después bajar la mirada donde sus intimidades se hallaban.

Él siguió el foco de sus ojos, contemplando el encuentro de sus sexos; fijándose en como entraba y salía de su centro con vehemencia.

—Lo que es increíble... Es lo dura que me la pones.

Ella entreabrió los labios, soltando un grito al notar como él alzaba la pelvis con brusquedad y culminaba en lo más profundo de su núcleo.

—Dios... Esto es mejor que el consolador... —confesó ella con voz jadeante.

—Sabía que te encantaría. —Gruñó por lo bajo, resollando—. Disfrútalo, *Azulita*.

Sus gemidos eran sofocados en la boca del contrario, sintiendo como una sensación placentera nacía en su centro al permitir que ese mecimiento se acelerara. Ella adhirió sus zafiros a las esmeraldas de su amante, con sus pupilas dilatándose al percibir una oleada embriagadora.

—A-Alex... —se aferró a su cuerpo, estremeciéndose en sus brazos—. Voy a... Correrme...

Él notó como la cavidad de la joven se estrechaba, así como su miembro latía contra las paredes de su sexo.

—Yo también... Estoy a punto... —murmuró con sus dedos apretando la piel de la chica.

—Eso quiere decir que... ¿Vas a darme tu leche? —Preguntó con ígneo deseo.

—¿La quieres? —Ella asintió, dándole carta blanca al chico de obrar a su voluntad—. Entonces voy a llenarte de ella...

—¿Hasta la última gota? —Provocó con su mente cada vez menos lúcida.

Alex sonrió, embistiéndola con rigor, con el ansiado orgasmo alcanzándolos a ambos y elevándolos a una cúspide de placer. Ella gimió por todo lo alto, de misma manera que él eyaculó en el fondo de su cavidad, postrándose al omnipotente clímax.

Sus cuerpos seguían sincronizándose, reduciendo el ritmo al sentir esa calma y plenitud que los abrumaba. Aletargando esa adrenalina y paz que limitaba sus fuerzas. Los dos se abrazaron, apoyándose el uno en el otro, y mirándose extasiados.

—Hasta la última... Gota. —Susurró él, succionando la piel de su cuello y dejando una pequeña rojez en éste.

Marie respiró entrecortada, oprimiendo una sonrisa al incorporarse y tumbarse al lado del chico, mientras él la miraba extasiado. Ella se cubrió con las sábanas, removiéndose perezosa a la vez que el cansancio la alcanzaba.

Después de aquello, los ojos de su compañero fueron captados por la italiana, la cual se encontraba plantada frente a la cama ya enfundada en su vestido.

—Ha sido muy... Entretenido. —Guiñó un ojo al rubio, colgándose el bolso en el hombro para luego ir hacia la puerta.

—¿Te vas? —Cuestionó él con sorpresa.

—Creo que mi trabajo aquí ya ha terminado por esta noche. —Comentó abriendo la estancia—. Además, tu amiga parece estar hecha polvo.

El varón viró el rostro, hallando a una ya dormida azabache. El sonido de la puerta al cerrarse hizo que él mirara de nuevo hacia el umbral, percatándose de como la castaña ya se había marchado sin previo aviso.

«Qué chica más rara.» Pensó él con extrañeza.

Con la cabeza aun dándole vueltas, Alex se acomodó al lado de su amiga, notando como poco a poco sus párpados cedían y quedaba dormido a su lado.

7

La cabeza le dolía y sentía todo su cuerpo agarrotado. Marie se talló los ojos, abriéndolos perezosa a la vez que se acostumbraba a la luz que se filtraba a través de la ventana.

Se removió remolona, sentándose en el lecho, aun ubicándose en esa familiar estancia. Bostezando vagamente y dirigiendo su mirada al sujeto que descansaba a su lado. De repente, sus pupilas se dilataron, conteniendo un grito frustrado al sentirse perdida y anonadada.

«Dios mío, ¿qué coño hago aquí?» Se preguntó claramente alarmada.

En su mente comenzaron a acudir frases de la noche anterior, no queriendo creer lo que en el fondo sabía que era cierto; convenciéndose al notar una ligera molestia en su entrepierna y palpar una sustancia viscosa resbalándose en su intimidad.

«¡No me jodas! Mierda, mierda y mil veces mierda.» Se maldijo.

El varón soltó un suspiro aún inconsciente, posicionándose bocarriba mientras ella lo observaba en estado de shock. Destapándose con sigilo para acto seguido localizar su ropa y enfundársela a toda prisa.

«Nunca más pienso fumar marihuana, lo juro por mislésbicos ovarios.»

Terminó de vestirse apurada, escaqueándose del cuarto con los zapatos en la mano y la culpa y la vergüenza hundiéndola en una especie de infierno personal.

Recorrió el pasillo de la residencia abochornada, dirigiéndose a su planta a un paso veloz y con la cabeza gacha, por tal de no encontrarse a nadie de frente.

Cuando llegó a su habitación, irrumpió en la estancia a la desesperada, recargándose de espaldas tras la puerta para después deslizarse hasta el suelo y acoger su rostro entre sus manos.

«Ahora sí que estoy jodida... ¡Por una puta vez debiste cerrarte de piernas!» Se inculpó frustrada.

—¿Marie?

La susodicha alzó la mirada, encontrándose con su compañera mirándola desde el lecho con extrañeza.

—¿Coralie? —Cuestionó fuera de sí, pasando una mano por su cabellera—. ¿Qué haces aquí? Creía que estabas con Jean.

—Cambio de planes, nos veremos esta noche. —Argumentó desperezándose—. ¿Y tú qué haces en el suelo?

La azabache meditó momentáneamente para sus adentros, sopesando qué decir, a la vez que se ponía de pie con una expresión inescrutable. Se acercó donde su amiga, sentándose al borde de la cama con las manos temblorosas.

—Coralie... He hecho algo horrible. —Musitó Marie en un tono afligido.

—Ay, dios. —Lamentó la morena, frotándose las sienes—. Sabía que tarde o temprano algo pasaría. —Expresó con tedio—. A ver, ¿de qué se trata?

La aludida entreabrió los labios, no alcanzando a decir nada que oyó unos golpes detrás de la puerta que provenían del pasillo.

—¿Marie? ¿Estás ahí? —Cuestionó la voz de su reconocido compañero.

Coralie fue a responder, sin embargo, su amiga se apresuró en negar en silencio. Implorándole en forma de súplica muda, al unir sus manos e inclinar su cabeza.

La morena se enderezó en el acto, cubriéndose con una bata para ir a abrir la puerta mientras su amiga se escondía en el aseo. Cuando la joven de lentes recibió al muchacho, aparentó naturalidad, cruzándose de brazos al afrontarlo.

—Hey, Alex, ¿va todo bien?

—¿Está Marie? —Insistió él con exasperación.

—Ha salido hace un rato. —Mintió con una tenue sonrisa—. ¿Por qué? ¿Querías algo?

Él se frotó la nuca en un tic nervioso, soltando una bocanada de aire al fijar su mirada en los marrones de la universitaria.

—Quería comentarle un asunto. —Murmuró con abatimiento—. Si la ves, ¿puedes decirle que la estoy buscando? —Petición trató controlar su agitación—. Tengo... Que hablar con ella.

—Claro, cuenta con ello. —Murmuró con rareza.

Después de aquello, Alex se retiró absorto en sus pensamientos, hecho por el que la fémina cerró la puerta para identificar a su amiga asomándose desde

el servicio con temor.

—¿Ya se ha ido?

—Sí, ya se fue. —Afirmó la de lentes de forma dudosa—. Ahora... ¿Puedes decirme qué demonios es lo que está pasando?

Marie vaciló, mordiéndose el pulgar al mirar con recelo a su compañera.

—Yo... —tragó saliva, inspirando profundo al disponerse a confesar su fechoría—. He hecho un trío.

Las cejas de Coralie se arquearon por esa confesión, aún y así, si bien debería lucir conmocionada, no causó el menor efecto en ella; acomodando un mechón detrás de la oreja al regresar a la cama y sentarse en el extremo.

—Muy bien. —Murmuró la morena, mordiéndose el labio inferior—. Sigo sin ver la gran cosa; que seas un *putón* ya no es un secreto.

Marie se aproximó a la joven, sentándose a su lado con las manos entrelazadas.

—Coralie... —frunció los labios, con sus rasgos clamando misericordia—. El trío ha sido con Alex.

El rostro de su amiga se transformó en todo un poema, sin capacidad de reacción al oír esa verdad a labios de la chica; la cual, al ver el trance en el que había caído sumida Coralie, meció la mano ante sus ojos hasta que parpadeó perpleja.

—Perdona, creo que he escuchado mal. —Musitó la de lentes en un tono sardónico—. Por un momento, me pareció oírte decir que te habías acostado con Alex. —La ojizarca asintió resignada, observando como su contraria abría los ojos como a dos naranjas y se incorporaba de sopetón—. ¡¿Cómo dices?! ¡¿Cómo diantres ha pasado eso?!

—¡N-No lo sé! —Masculló ella afligida, palmeándose la frente—. Salimos, bebimos, fumamos un poco de hierva...

—Joder, ahora sí que estoy alucinando. Aunque supongo que lo que más me choca es que... ¡Te has acostado con un chico!

—¡Lo sé! —Se quejó la pelinegra, alzándose con las manos en la cabeza—. ¿Cómo he podido caer tan bajo? ¡Soy un puto fraude!

Coralie la examinó con fisgoneo, ignorando la congoja que estaba experimentando su opuesta, para reflejar interés hacia ese acto pecaminoso que había cometido.

—Marie, ¿puedo preguntarte algo? —Curioseó precavida, haciendo que la mencionada la mirara acongojada—. ¿Te gustó?

—¡¿Qu-Qué?! Coralie, por los melones de las Kardashian... ¡Fue horrible!

—Vaya... Pues menudo chasco. —Mencionó con tedio—. ¿Y ahora qué piensas hacer? ¿Esconderte?

—Ése era el plan. —Comentó en voz baja.

—Marie, no puedes evitarlo a todas horas, tarde o temprano tendrás que hablar con él. —Advirtió con una expresión latosa—. Además, él es tu amigo, ¿cierto? Estoy segura de que, si habláis, podréis solucionarlo.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. —Animó la de gemas ambarinas, sonriendo con amabilidad—. No tienes por qué temer.

—Supongo que tienes razón. —Coincidió con una sonrisa veraz en los labios—. Gracias.

Ambas amigas se abrazaron para luego cada una volver a sus asuntos. La azabache se fue a dar una ducha rápida, aprovechando ese momento para ordenar sus pensamientos y...

—¡Coño! —Exclamó de golpe, sin terminar de asearse al salir del baño enroscada en una toalla—. ¡Coralie, necesito tu ayuda!

La morena observó a la ojizarca inamovible en su posición, finalmente rodeando la cama y encarándola dudosa.

—¿Qué ocurre?

—Digamos que cuando follé con Alex, él se corrió dentro de mí. —Explicó con voz sofocada—. Y... Estoy casi segura de que no llevaba condón, porque me he despertado con todo de...

—¡Vale, vale! Ahórrate la explicación. —Fue hacia la mesita de noche, rebuscando en el primer cajón hasta que halló una cajita que colocó en las manos de su compañera—. Tómatela cuanto antes... A no ser, que quieras quedarte embarazada.

Marie se precipitó al cuarto de baño, abriendo el empaque para sacar la pastilla y ponérsela en la boca, a la vez que abría el grifo de la pica y bebía agua junto con el fármaco.

—Uff... Por los pelos. —Suspiró aliviada.

—Que te la hayas tomado, no significa que vaya a surtir efecto. —Advirtió la chica de tez bronceada—. Debes vigilar de no vomitarla, sino tendrás que ir a la farmacia a por otra.

—No me asustes. —Lloriqueó ella en una pataleta.

—Sólo te aviso de lo que puede ocurrir.

La azabache resopló, encerrándose de nuevo en el aseo por tal de terminar de prepararse antes de ir a plantar cara a su amigo de cabellos dorados.

...

Desde que había despertado, que en la mente de Alex no dejaban de reproducirse una y otra vez los sucesos de la noche anterior. No podía creer lo que había ocurrido, aún y así, por más que se recriminara de haber cometido un error, una parte de él lo había disfrutado.

Sabía que no era correcto, mucho menos el mero hecho de desear que esa ocasión volviera a producirse por tal de gozar de ese placer en compañía de su... amiga.

Necesitaba hablar con ella, saber cómo estaban las cosas entre ambos después de ese desliz que hacía que su amistad pendiera de un hilo.

Tras fracasar en su intento de hallar a la joven en su habitación, Alex regresó a su cuarto, esperando con impaciencia a que la muchacha acudiera a su encuentro y poder aclarar aquella embarrullada situación.

Daba vueltas de punta a punta de la estancia, revisando su móvil por si recibía algún mensaje o llamada. Lamentablemente, no había ni rastro de ella, causando que el rubio se sintiera ansioso e inquieto.

Con los nervios exasperándolo, se apresuró en ir hacia la puerta al oír como llamaban desde el pasillo, abriéndola de un impulso con la esperanza de hallar a la fémina de mirada azulada. No obstante, sus facciones se desfiguraron al identificar a su compañero de apariencia bohemia.

—¡Hola, tío! —Saludó Louis con una sonrisa ladina, irrumpiendo en la habitación sin permiso.

El rubio cerró de un portazo, luego girándose sobre sus talones para mirar de cara a su inoportuno camarada.

—Louis, ¿se puede saber qué puta mierda haces aquí? —Inquirió en un tono hastiado.

—Eh, eh... Modera tu lenguaje, jovencito. —Alentó, haciéndose el ofendido.

—En cuanto me digas porqué coño has venido a verme.

—¿No es obvio? —Instó el de gemas celestes con sosiego—. Vengo a por detalles. —Su amigo alzó una ceja, observando como el opuesto se tumbaba de espaldas sobre la cama—. Tu cita con Marie, ¿cómo fue?

El silencio se produjo en los segundos posteriores, creando un ambiente enrarecido.

—Prefiero no hablar de ello.

—¿Tan mal ha ido? —Se sorprendió con escepticismo—. Eso quiere decir

que... ¿No mojaste anoche?

—¿Sólo has venido a chismorrear? —Intervino con desdén, dirigiéndose hacia la ventana—. Lo digo porque es sábado y tengo cosas que hacer.

—¿Qué cosas?

—Pues... Cosas. —Masculló tensando la mandíbula.

—Entonces... ¿No vas a contestar a mi pregunta?

—Si sabes la respuesta, ¿para qué insistes?

Louis sonrió, incorporándose de un salto para luego acercarse a su compañero, quien al escuchar como volvían a llamar a la puerta, notó como el corazón le daba un vuelco bajo el pecho.

Sin siquiera mirar a su compañero, Alex fue a un paso acelerado hacia la entrada, con el aire abandonando de golpe sus pulmones al abrir y encontrarse con ese par de zafiros contemplándolo de hito en hito.

—Este... ¿Hola? —Saludó Marie en un tono cortante.

—Hola. —Correspondió él con la ansiedad atacándolo.

—Hola, *bomboncito*. —Añadió el Louis, asomándose por encima del hombro de su camarada.

Los azules de la chica se posaron en el azabache, luego intentando recular con una expresión confusa.

—No sabía que estabas ocupado. —Alegó ella con una media sonrisa—. Mejor vuelvo más tarde.

— ¡No! —Frenó agarrándola de la muñeca, luego echando un vistazo al ojizarco—. Louis ya se iba.

—¿Eh? Pero si acabo de... —la mirada furibunda que recibió del rubio lo hizo enmudecer, frotándose el cogote con descontento—. Está bien, ya vendré en otro momento.

Cuando iba a partir, se frenó frente a la jovencuela, afinando la vista al identificar la rojez de su cuello.

—Eh, a alguien la marcaron anoche. —Comentó con jocosidad, haciendo que ella se llevara la mano a la zona por instinto, y mirara alarmada a Alex.

—¿Se lo has contado?! —Saltó ella con exasperación.

—¿Contarme qué? —Se interesó Louis, y luego ella se fijó como el de gemas verduzcas negaba en silencio—. ¿Qué cosa?

—¿No tenías que largarte? —Urgió su camarada.

—¿Por qué? Yo quiero saber, ¿qué tenías que contarme? —El opuesto lo fulminó con la mirada, haciéndolo resoplar resignado—. Vale, me piro... Por ahora.

Louis revoleó los ojos, pasando por el lado de ambos y saliendo hacia el pasadizo para marcharse en una postura encorvada, mientras la pareja lo observaba en silencio. Cuando las miradas de Marie y Alex coincidieron de nuevo en un mismo punto, el desasosiego los alcanzó de pleno.

Él deshizo su contacto, liberando a la fémica de su agarre para cruzarse de brazos y mirarla con más seriedad.

—¿Puedo pasar? —Preguntó ella en un tono monocorde.

El zagal asintió, permitiendo que la azabache se adentrara en el pulcro espacio, al mismo tiempo que él se aseguraba de cerrar y que su privacidad no se viera amenazada por terceros.

Transcurrieron unos minutos en que ninguno de los dos osaba decir nada, examinándose el uno al otro con discreción y recelo; Marie llevaba el pelo recogido en dos coletas de niña inocente, con una vestimenta holgada que la desproveía de feminidad. No obstante, después de lo ocurrido horas previas, los ojos del muchacho la escrutaban con ese deseo que había despertado con sus obscenas acciones.

—Alex... —mencionó ella con voz áspera, captando la atención del susodicho—. Lo de anoche...

—Sí, lo sé... Lo que ocurrió entre nosotros fue...

—Un error. —Interrumpió tajante.

Esas palabras fueron como un balde de agua fría para el rubio. Sabía perfectamente que lo dicho era cierto, pero aún y así, albergaba una fe mínima porque no lo fuera.

Con la entereza que le fue posible aparentar, él llevó las manos a los bolsillos de su pantalón, aproximándose con sigilo a la parisina por tal de plantarse delante suyo en un semblante inescrutable.

—¿Lo fue? —Inquirió en un susurro.

Ella lo miró insegura durante una fracción de segundo, luego sonriendo sarcásticamente.

—¡Pues claro que sí! —Aseguró como si fuera lo más evidente—. Alex, tú y yo somos amigos, y... ¡Joder, no me gustan los chicos!

—Eso no era lo que parecía ayer. —Respondió soltando una risotada.

—Habíamos bebido, y... Estábamos drogados. —Defendió con su tono menguando—. ¡No éramos conscientes de lo que estábamos haciendo!

—Entonces... —él comenzó a acaparar su espacio personal, haciéndola retroceder de espaldas contra la pared—. Nada de lo que pasó... ¿Fue real?

Marie quedó acorralada, presa de esa mirada feroz que él le dedicaba con

determinación.

—Si lo fuera, lo sabría. —Replicó con un férreo mirar.

—¿Tan segura estás? —Ella asintió, sin mover ni un solo músculo al ver como él deshacía una de sus coletas, haciendo que el cabello cayera rebelde.

—S-sí. —Tartamudeó en un hilo de voz.

Una sonrisa pícaro se formó en los labios del rubio, el cual escondió el rostro en el hueco de su cuello para inspirar su aroma a vainilla con deleite, y luego detenerse sobre su oído.

—Entonces... ¿No te gustó sentir mi polla? —Susurró con voz ronca, provocando una inusual arritmia en la fémora, mientras cernía las manos en su estilizada cintura—. ¿No disfrutaste cuando hice que te corrieras?

Los recuerdos de su pecado aparecieron de nuevo en la mente de la jovenzuela, brindándose coraje por tal de no evocarse en ese entonces, y frenar el efecto que estaban teniendo esas incitaciones por parte de su compañero.

—¿Qué pasa, *Gatito*? ¿Tan rápido te encoñaste? —Instó con el mismo tono pícaro, haciendo que sus miradas se cruzaran con violencia.

—Yo no me encoño, *Azulita*. —Confesó con perspicacia—. La monogamia no es lo mío.

—Pero... Te gustó follarme, ¿no es así? —Provocó con una expresión maliciosa, posando una mano sobre su torso para apartarlo con un ligero toque—. Te gustó metérmela... —fue acercándose con andares gráciles, deshaciéndose la otra coleta para que su melena quedara totalmente suelta—. Mientras yo te montaba...

Él reuló hasta la cama, trastabillando al tropezar con el borde y caer sentado en ésta, a la par que esa ninfa traviesa llevaba a cabo ese juego incitador.

—¿Quién sabe? —Rebatió él con las manos apoyadas en el lecho—. Puede que no... Me gustara. —Mintió con voz entrecortada—. Puede que solo... Fingiera.

Marie torció una sonrisa, no dejando que él se incorporara que se inclinó y acomodó sobre sus piernas por sorpresa; haciéndolo ceder hacia atrás, a la vez que ella deslizaba un dedo por el cuello de su camiseta.

—¿Fingir? —Instó en una actitud desinhibida—. Eso significa que... ¿No te gustó llenarme de leche?

Alex notó como su entrepierna comenzaba a reaccionar bajo su pantalón, endureciéndose al apreciar ese rostro que destilaba dulzura y perversión en

misma medida.

—Tengo un recuerdo muy vago de cómo fue... —condujo las manos a sus glúteos, sujetándolos con firmeza—. Tendría que... Refrescar un poco la memoria.

Extrañamente, ese manoseo y las provocaciones del rubio no le causaban malestar o repulsión a la universitaria, la cual, en vez de apartarse, se apegó más a su cuerpo; friccionando levemente su bragadura con la protuberancia del varón.

—¿Tan rápido te olvidaste de mí? —Lamentó en un falso puchero.

—Así es mi polla. —Bisbiseó rozando sus labios con los propios—. Necesita... Recordar...

Sus bocas se tanteaban sin acabar de decidirse, sumergiéndose en los ojos del opuesto mientras sus cuerpos ya habían iniciado una candente danza, al desobedecer a su razón.

Alex soltó un audible suspiro, ya dispuesto a besar esos carmesíes cuando ella lo interrumpió con una corta risita.

—Dios, no fastidies que te lo has creído. —Seseó la joven, enderezándose con una mueca burlesca.

El muchacho la miró con desconcierto, y se incorporó con la duda predominando en sus rasgos.

—Creo que me he perdido. —Expresó él con el ceño fruncido.

—Esto nuestro, lo de enrollarnos. —Explicó atando sus coletas.

Él se puso de pie, afrontándola en esa faceta desinteresada que le mostraba aquella desvergonzada.

—¿Estabas jugando? —Inquirió pasmado.

—Pues claro, ¿acaso creías que iba a dejar que se repitiera lo de anoche?

—Pues...

—Por favor, Alex. —Se jactó, sin oprimir la risa—. Mira, lo que ocurrió es agua pasada. —Comentó en un tono conciliador—. A partir de ahora, tú y yo seguiremos follando a todo coño viviente y no tocaremos de nuevo el tema. —Mencionó con calma—. Así que... Vamos a olvidarlo y a seguir como antes, ¿sí?

La fémica alzó el puño en su dirección, aguardando porque él correspondiera al gesto como solía hacer.

—Y... Ya no volverá a pasar nunca nada entre nosotros. —Afirmó él con un deje de vacilación.

—Exacto, no más rollos raros.

Le llevó unos instantes idear ese escenario, asintiendo al mismo tiempo que se autoconvencía y chocaba sus nudillos con los de ella.

—Genial, pues aclarado todo... Yo me voy. —Mencionó ella con una sonrisa amable—. Nos vemos en otro momento.

Las palabras quedaron atoradas en la lengua del zagal, observando como la azabache salía por la puerta y lo dejaba solo en su cuarto. En el descansillo, ella restó paralizada en un estado reflexivo, luego sacando su móvil a la desesperada.

Marcó uno de los diferentes números del listín que aparecían en pantalla, esperando tras el auricular hasta que contestaron a su llamada.

—*Hey*, Sara... ¿Tienes algún plan para esta noche?

Álex se había pasado todo el día maldiciéndose a sí mismo. Qué necio había sido de caer con tanta facilidad en las provocaciones de aquella deslenguada, pensando que tal vez podría sentirse atraída por él.

«¿Y qué esperabas? ¿Convertir a una bollera en hetero? Menudo imbécil estás hecho.» Se reprochó.

Tras recriminarse por su desliz y de cómo lo había excitado con su encuentro en esa misma mañana, al anochecer decidió salir a dar una vuelta por tal de despejar la mente. No quería carcomerse la cabeza con el asunto de su amiga, mucho menos cuando ella había recalcado que entre ellos no iba a volver a darse una situación tan íntima y apasionada.

Después de deambular sin rumbo, se detuvo al divisar a Coralie saliendo de la residencia enfundada en una seductora vestimenta; interceptándola al ver como ella le rehuía al identificarlo a escasos metros de distancia.

—Coralie. —Saludó a la vez que se posicionaba a su lado—. ¿Vas a algún lado?

—Oh, hola. —Mencionó haciéndose la desentendida—. Sí, he quedado con mi novio.

—Ya veo —contestó en un tono monocorde, mirándola por el rabillo del ojo—. Por cierto... ¿Has hablado con Marie hoy?

La morena titubeó al contestar, acomodándose un mechón detrás de la oreja con una sonrisa nerviosa esbozándose en sus labios.

—N-No, la verdad es que apenas la he visto un momento, y... No hemos podido hablar demasiado.

—Vaya...

—¿Y tú conseguiste hablar con ella? —Se interesó fingiendo apacibilidad.

—Sí, sí... Ya... Hablamos. —Musitó en un semblante pensativo.

—Bu-bueno... —se relamió ansiosa, aferrándose a la tira de su bolso—. Y-yo tengo que irme, así que...

—Sí, perdona. Ya no te distraigo más. —Comentó con resignación—. Pásalo bien.

Él se giró sobre sus talones, ya dispuesto a marcharse cuando notó como tiraban de su camiseta. Al ladear el rostro, se encontró con la expresión engorrosa de Coralie, quien poco a poco se animó a mirarlo a los ojos.

—Oye... —se mordió la cara interna de la mejilla, luego soltando una bocanada de aire—. A ti... ¿Te gusta Marie?

Aquella pregunta le vino por sorpresa al varón. Con lo que había ocurrido en la velada anterior, mentiría si dijera que la azabache le era indiferente, pues no era así; sin embargo, no consideraba prudente confirmar esa realidad, mucho menos a la que era su mejor amiga.

—¿Marie? ¿Gustarme? —Hizo una mofa, frotándose la nuca—. Por dios, ¿de dónde sacas esas ocurrencias? Sabes perfectamente que ella es como un chico para mí; una amiga.

Esa respuesta hizo que la joven de lentes lo observara no muy convencida. Sus gestos y facciones no iban acorde sus palabras y creaban confusión. No obstante, no quiso indagar en el tema. Sonriendo afable al disponerse a partir.

—Cierto, he hecho una pregunta tonta. —Se refirió soltando un largo suspiro—. En fin, acaba de pasar buen día.

Él no contestó, contemplando como la muchacha se dirigía a la salida del campus mientras él se quedaba quieto en su posición. Fue entonces que pensamientos se acumulaban y emociones lo desbordaban en relación con la azabache.

¿Por qué no podía dejar de pensar en ella? ¿Por qué necesitaba de ella?

Con ese desasosiego haciendo mella en su interior, inconscientemente sus pasos fijaron el rumbo camino a la residencia, inmiscuyéndose en el edificio para luego subir las escaleras en un estado absorto.

Recorrió los pasadizos en un semblante ofuscado, finalmente deteniéndose delante de la habitación de esa chica que había vuelto del revés su existencia. Meditó para sus adentros qué hacer, consiguiendo reunir el valor suficiente para llamar a la puerta y aguardar impaciente por ser bien recibido.

Pasó un lapso sin que se diera ninguna novedad, por lo que él se resignó y dio media vuelta con intención de marchar a su cuarto y salvaguardarse en la soledad. Pese a ello, no dio ni un solo paso que la puerta cedió. Marie se asomó con una camiseta holgada que le llegaba por los muslos, luciendo el cabello suelto y una sonrisa sorprendida al fijar sus zafiros en las esmeraldas del zagal.

—Alex, ¿qué haces aquí? —Inquirió con ligero asombro.

—Hola. —Saludó en un tono recatado, pasando los dedos por sus

mechones—. Me acabo de encontrar con Coralie. —Comentó con las manos en los bolsillos del pantalón—. Me dijo que iba a salir con su novio, y... Pensé que quizás podría hacerte compañía.

—Oh... Esto...

—Marie, ¿vienes a la cama o qué? —Protestó una rubia de ojos color café que se asomó por el hombro de Marie, mirando con extrañeza al universitario.

Alex observó a ambas chicas con desconcierto y vergüenza de sí mismo.

—Perdona, ya veo que estás... Ocupada. —Mencionó tratando sonar inalterable.

—Un poquito. —Confirmó ella con una expresión granuja.

—Bien, pues... Dejo que sigas con lo tuyo. —Murmuró con una sonrisa forzada.

Antes de que ella pudiera contestar, él marchó por el corredor en una postura rígida, haciendo que la joven lo oteara con incertidumbre, a la vez que notaba como su acompañante jalaba de su brazo hacia el interior de la estancia.

Cuando ambas féminas se quedaron a solas, Marie sentía una extraña sensación bajo su pecho; la cual por suerte se vio opacada cuando sus labios cayeron en la trampa de un beso robado.

La chica de dorada cabellera se arrojó a sus brazos, atrayéndola a su cuerpo a la par que retrocedía con ella hacia el extremo del lecho; de ese contacto desesperado, Marie osó inmiscuir las manos por debajo la escotada blusa que su opuesta portaba, despojándola de la prenda y luego tendiendo a la menor de espaldas sobre el colchón.

—Gatita traviesa... —canturreó la muchacha de gemas ambarinas, descendiendo una caricia hasta su bragadura—. Ya pensé que no volverías a llamarme.

—¿Eso quiere decir que me echaste de menos? —Disuadió la ojizarca con voz melosa, lamiendo el cuello de su compañera mientras amasaba sus pechos por debajo del sostén.

—Mucho... —afirmó en un jadeo, flexionando las piernas al notar como su asaltante dirigía una caricia a su monte de Venus y comenzaba a estimularlo—. Dios... Tú sí que sabes cómo hacerme disfrutar...

—Y eso que aún no he hecho nada, preciosa. —Susurró sobre su oído, mordisqueando el lóbulo de su oreja.

—Significa... ¿Qué vas a usar tus juguetitos conmigo?

—Depende... —contestó hundiendo dos dedos en su sexo—. ¿Te gustaría

que los usara? —Su contraria asintió, provocando un regocijo en su amante—. Entonces, dame un segundo. —Besó sus labios de un impulso, luego incorporándose y adentrándose en el baño.

Una vez en el aseo, Marie se dirigió al mueble ubicado al lado de la pica, abriendo los cajones hasta que encontró varios artilugios que solía utilizar en sus *affairs*. Tomando un vibrador y unas bolas chinas.

Durante unos instantes, se quedó paralizada al asir los objetos, fijando su mirada en su propio reflejo en el espejo, e identificando en su cuello la marca que pertenecía a su amigo de gemas esmeraldas. En ese momento, imágenes de la noche anterior acudieron a su mente, haciendo resurgir ese sentimiento de inquietud que la carcomía.

Desearía no poder recordar lo que ocurrió y, sobre todo, olvidar el placer experimentado. Sin embargo, era algo que por más que quisiera, se repetía como a un réquiem en su cabeza.

—Marie, ¿ya estás? —Inquirió la voz de su acompañante desde la cama—. Me siento muy sola sin ti...

La susodicha no respondió al reclamo de su invitada, sujetando con firmeza ambos objetos para luego inmiscuirse de nuevo en el cuarto adyacente.

...

En cuanto Alex llegó a su habitación, dio un fuerte portazo al cerrar, precipitándose sobre la cama con las manos en la frente. Despotricando irritado.

—Eres un estúpido, ¿qué esperabas encontrarte? —Masculló para sí mismo, fijando la vista en el techo—. Encima eres tan idiota de ofrecerte a hacerle de canguro.

Agarró la almohada del cabezal, hundiendo el rostro en ella para sofocar un grito frustrado por la rabia que le causaba todo aquello.

—Debería hacer lo mismo que ella y buscarme a una tonta con la que follar. —Se quejó con irascibilidad, apoyando las manos en el colchón al sentarse sobre éste—. Aunque ya voy un poco tarde... ¡Agh! ¡Joder!

Unos toques en la puerta lo hicieron dudar, levantándose de golpe y yendo apresurado hacia ésta para abrir como alma que lleva el diablo con una expresión esperanzada que se derrumbó tan rápido como identificó al chico que esperaba expectante en el descansillo.

—¡Amigo mío! —Saludó Louis con una sonrisa impecable.

—No me jodas, ¿otra vez tú?

—¿Y quién esperabas que fuera? ¿Una pechugona cachonda?

—Pues no estaría mal. —Se interpuso en su camino, bloqueándole el paso—. ¿A qué has venido?

—Calma, tigre. —Alentó con las manos en alto—. Solo vengo a pasar el rato.

—Estoy ocupado. —Se excusó en un acto reflejo.

—¿Con qué? —Se asomó por la rendija con fisgoneo—. ¿Viendo *Xvideos* y machacándotela?

—Eso no es de tu incumbencia.

—Hoy estás muy menopáusico... —indició su camarada, torciendo el gesto—. ¿Es que Alex Junior no come bien?

Alex lo miró con apatía, aferrándose al marco de la puerta por tal de canalizar el descontento que lo atacaba, y sonriendo con suspicacia.

—Te estás ganando una de buena...

—¿Como la rubia del otro día? —Se enorgulleció con socarronería, arrepintiéndose al divisar el rostro contrariado de su colega—. Vale, no estás para bromas.

—¿Tienes algo importante que decir o vas a seguir soltando chorradas?

—Supongo que... Seguiré soltando chorradas. —Contestó con un encogimiento de hombros.

—Bien, pues... ¡*Bon voyage, mon ami!*

Sin permitirle protestar, el rubio cerró la puerta de un ágil movimiento, regresando a su lecho con más angustia que instantes previos a la ingrata visita recibida.

No transcurrieron ni dos minutos que alguien volvió a llamar, haciendo que él resoplara con pesadumbre al avanzar de vuelta hacia la entrada.

—¿Y ahora qué coño quie...? —las palabras quedaron suspendidas en el aire al abrir, y hallar sorprendentemente a la chica de ojos celestes en el descansillo—. ¿Marie?

La muchacha lucía dos coletas, con una camiseta negra y unos shorts, a la vez que sostenía varias bolsas de patatas fritas y latas de refresco.

—¿Te pillo en mal momento? —Inquirió con una sonrisa amable.

—Esto... No, claro.

—Entonces... ¿Puedo pasar? —Él confirmó en silencio, permitiéndole el acceso a su compañera, quien irrumpió en la estancia en una actitud

despreocupada—. Me he cruzado con el pitufo en el pasillo. —Mencionó ella, dejando las cosas sobre la cama—. Cada vez está más pesado.

—Sí, le hace falta un buen revolcón. —Bromeó con la duda reflejada en sus facciones al encararla—. Oye, ¿qué haces aquí? Creí que estarías con tu... Amiguita.

—Cambio de planes. —Contestó sin darle importancia, sentándose con las piernas cruzadas sobre el colchón—. ¿Vemos una peli?

Él se aproximó a ella, colocando los brazos en jarra con rareza.

—¿Has rechazado un polvo para ver una peli? —Preguntó incrédulo.

—*Nope*. —Negó tomando una de las bolsas de patatas—. He rechazado un polvo para ver una peli con mi amigo.

Alex parpadeó con leve asombro, sintiendo una inexplicable sensación de alivio expandiéndose dentro suyo, al mismo tiempo que se acomodaba a su lado.

—¿Y qué peli quieres ver? —Se interesó ya más disperso.

—Mm... ¿*Resident Evil*? —Sugirió en un tono relajado.

—¿Es que quieres tener pesadillas, *Azulita*? —Tentó con coquetería.

—*Resident Evil* no da miedo. —Replicó sacando la lengua, después sentándose con la espalda reposando contra el cabezal de la cama—. Venga, métela.

Ambos se miraron con súbita estupefacción y las mejillas de la joven se sonrojaron con virulencia. Abriendo la bolsa que sostenía con rapidez para empezar a picotear a modo de distracción.

—M-me refiero a la película. —Corrigió con los cachetes sofocados, saboreando una porción del tentempié.

El universitario se relamió, refrenando una risita y localizando el mando a distancia para acto seguido navegar en el menú de *Netflix* en un solemne silencio. Al encontrar el título de la filmación, el rubio ocupó un lugar al lado de la fémina, seleccionando el *play* a la par que picoteaba de la bolsa que sostenía la chica.

Aprovechando su concentración en el televisor, él se atrevió a ojear con disimulo a Marie, escrutando sus delicados rasgos y...

«¿**Se ha maquillado?**» Notó él.

Los labios de la parisina resaltaban por un pintalabios carmesí que los dotaba de voluptuosidad, así como una tenue sombra de ojos de color dorado

hacía resaltar el fulgor de sus zafiros.

Alex enfocó su punto de mira en la boca de su invitada, observando como tomaba una de las latas de refresco para después de abrirla llevarla a sus labios y beber un trago.

—¿Quieres? —Ofreció ella al extender la bebida hacia él.

Alex se instó a regresar a la realidad, sacudiendo la cabeza y aceptando el ofrecimiento de su compañera para dar un sorbo del refrigerio. Mientras bebía, se sobresaltó cuando en la proyección apareció de repente un zombi, propiciando que él pegara un brinco del susto y el líquido se vertiera en su camiseta.

—Mierda...

Marie se carcajeó al percatarse de como la vestimenta de su amigo se había manchado, llevándose una mano a la boca por tal de sofocar su risa.

—¿Qué pasa, *gatito*? ¿Te asustaste? —Se mofó en un tono cantarín.

—Es culpa de los efectos de sonido... —dejó la lata en la mesita de noche, zafándose de la camiseta para lanzarla al suelo.

—Ya, segu...

El torso del chico quedó totalmente expuesto, captando la atención de la fémica, quien no pudo evitar la tentación de repasar su perfecta musculatura, y analizar su abdomen en ascenso hasta su rostro.

En ese recorrido, sus miradas se cruzaron, notando como los latidos de sus corazones emprendían un acelerado compás, a la vez que sus cuerpos entraban en calor por la escasa separación entre ambos.

Por más que se esforzara, ella no lograba desincrustar sus ojos de los del zagal, humedeciéndose los labios al discernir esa lujuria que bañaba sus esmeraldas y que la hechizaban con su atrayente centello.

—¿Ocurre algo, *Azulita*? —Preguntó en forma de susurro, contemplando la expresión embebecida de la azabache, y reduciendo poco a poco la distancia con ella.

—N-No... —apretó los dientes, obligándose a virar la vista hacia la pantalla—. Si-sigamos viendo la peli.

Alex no obedeció y la tomó de la barbilla, retomando el contacto visual mientras rozaba con el pulgar la comisura de su boca, y notaba como su respiración se entremezclaba con la suya al él inclinarse sobre sus carmesíes.

—Solo para que me quede claro... —instó él en voz baja—. Que se repita lo de anoche... ¿Queda definitivamente descartado?

Ella sintió como su sexo palpitaba tan solo de evocar aquel escenario de

perdición y pecado, soltando un largo suspiro al verse reflejada en los iris del jovenzuelo.

—Ale... —sus labios fueron silenciados por un candente y fugaz beso, dejándola desprovista de argumentos y objeciones.

Luego de aquel arrebató, los dos se contemplaron con duda y deseo, sin ver más allá de lo que tenían frente suyo y que los persuadía de sumergirse en ese mar de obscenidad. Marie esperó porque ese sentimiento se enfriara y quedara en la nada. Sin embargo, después de catar esa pócima vigorizante a labios del apuesto sujeto, su llama interior se prendió de forma virulenta e incontrolable.

—Marie... —susurró preso de su embrujo, notando como ella colocaba un dedo sobre su boca.

—No digas nada. —Ordenó en un tenue bisbiseo, secuestrando un beso voraz de sus labios.

Ese arrebató fue recibido con sorpresa y gratitud por el muchacho, más al ver como ella se subía a horcajadas sobre sus piernas mientras que sus besos se convertían en una lucha desenfrenada por la orquestación de esa batalla de pasión en la cavidad bucal ajena.

Sus lenguas se encontraron con desespero, explorando con pericia sus bocas, al mismo tiempo que sus manos se liberaban de las cadenas que ellos habían forjado por tal de no sucumbir a ese pecaminoso placer.

Alex la aferró a su torso, impulsando la pelvis hacia arriba por tal de restregar su hombría contra la intimidad de la joven, y deleitarse de los jadeos que ella emitía al realizar la acción.

—Qué ganas tengo de quitarte la ropa... —gruñó codicioso, haciendo un amago por introducir las manos por debajo de sus shorts.

—Cualquiera diría... Que estás necesitado. —Murmuró con voz entrecortada.

—Lo que estoy... —volvió a alzar las caderas, friccionado su ya notoria erección en la bragadura de la chica—. Es muy caliente.

Con salvajería, ella lo atrajo a sus labios con desesperación, sumergiéndose en la ambrosía de sus besos a la par que él la tumbaba de espaldas sobre la cama; posicionándose encima suyo con sus manos entrelazándose con las de ella para inmovilizarla.

—¿Vas a tenerme retenida todo el rato? —Provocó con voz juguetona.

—Solo hasta que me asegure de que no vas a escapar.

Una sonrisa bravata se dibujó en los labios de la desvergonzada,

inclinándose para rozar con la nariz la nuez de Adán de su compañero.

—¿Quieres que me quede? —Cuestionó con osadía, lamiendo la extensión de su cuello mientras él confirmaba deseoso—. Entonces... Cómeme.

Él arqueó ambas cejas, deshaciendo la presión en sus manos para luego estudiar con curioso la expresión de su compañera.

—¿Que te coma? —Cuestionó con travesura.

La azabache dirigió un dedo a sus labios, resiguiéndolos para luego agarrar su mano y colocarla en su centro tras bajar la cremallera de sus shorts.

—¿Necesitas que te dé más pistas o podrás continuar tú solito? —Incitó entre jadeos.

—Creo que... —inmiscuyó la mano por debajo las bragas, resbalándose entre sus labios vaginales—. Podré apañármelas.

Ella emitió un gemido, arqueando la espalda al notar como él dirigía sus atenciones al clítoris, y lo frotaba de una forma de lo más gozosa que acaloró de sobremanera a la parisina.

—Solo de escucharte... —mordisqueó el cartílago de su oreja, luego dándole un lametón—. Se me pone dura.

—No te distraigas, *Gatito*. —Rebatió impaciente, con su pecho subiendo y bajando a un ritmo apresurado mientras sus caderas se alzaban.

Alex apreció el rostro de la chica, luego tomando los bordes de los shorts y las bragas, para deslizar ambas prendas por sus piernas y así exponer su sexo. Él surcó sus ingles paulatinamente, observando como ella lucía consternada por su parsimonia.

—¿Por qué pones esa cara, *Azulita*? —Se interesó con petulancia, mordiendo su labio inferior—. ¿Impaciente?

—Más te vale que sepas usar esa lengua que tienes o tendré que cortártela por hablar demasiado.

Frente a esa amenaza, él la miró ferozmente, endureciendo sus facciones a la par que se deslizaba hacia el extremo de la cama. Sujetando los tobillos de la pelinegra para tirar de estos hacia el borde y hacer que doblara las piernas en un ángulo abierto.

—Hora de comer. —Enunció con perspicacia, no otorgándole la palabra que hundió el rostro en su sexo y exploró con la lengua los pliegues de su intimidad—. *Hmmph*... Tan deliciosa...

Colocó las manos en la zona interior de sus muslos, impidiendo que ella cerrara las piernas al notar como su cuerpo temblaba por la maestría con que él se alimentaba de aquel privilegiado manjar.

—Ah-ah... Dios... —Condujo los dedos a la cabellera de su asaltante, removiendo sus mechones.

—Eso es... Gime para mí, *Bebé*. —Introdujo el dedo medio en su entrada, moviéndolo en círculos y mismamente lamiendo su humedad.

—A-Alex... —hundió las manos en sus hebras, evitando que él pudiera apartarse o dimitir de sus laboriosos agasajos—. A-así... No te detengas...

En contra de su reclamo, él se incorporó levemente, recibiendo una mirada acusatoria por parte de la muchacha, la cual observaba como él agarraba un cojín y lo colocaba bajo las lumbares de la joven.

—Ahora... —indicó él en un susurro, acariciando sus piernas al volver a posicionarse entre ellas—. Quiero que te relajes por completo.

—¿Qué tramas, *Gatito*? —Curioseó con una sonrisa torcida.

—Confía en mí... —resiguió sus labios íntimos con la lengua, empapándose de sus jugos naturales al profundizar en su incursión.

Ella exhaló audiblemente, intentando controlar como su cuerpo luchaba por removerse rebelde de esa grata tortura a la que él la estaba sometiendo. Alex jalaba encantado de tan succulenta delicia, dirigiendo el pulgar a su clítoris para presionarlo mientras continuaba saboreándola y gemidos brotaban de su boca.

—Joder... Qué bien lo haces... —jadeó con los ojos cerrados y los dedos regresando a sus guedejas—. Me encanta...

—¿Te gusta? —Animó al insistir más en sus fricciones, tornándose más impiadoso al frotar ese punto sensible que la estaba haciendo perder el *oremus*—. Entonces... Disfruta...

Las caderas de la azabache se contoneaban por instinto, regocijándose de cómo ese Adonis jalaba de su centro de una forma tan salvaje y persistente, que la estaba conduciendo directamente al más puro éxtasis, en ese torbellino de sensaciones que experimentaba.

—A-Alex... —se aferró a las sábanas, arrugándolas en sus manos a la vez que apretaba los glúteos y echaba la cabeza hacia atrás—. ¿Qué estás...? Ah-ah...

—Estás tan mojada... —murmuró con regocijo—. Tal y como me gusta tenerte...

El rubio comenzó a frotar sus labios vaginales con las yemas de los dedos, presionando y dibujando círculos en su intimidad a un ritmo presuroso, mientras ella contraía los músculos de su sexo y sentía una oleada de inmenso placer expandiéndose por sus extremidades.

—Dios... Alex... —gimoteó impudorosa, notando como de esa acción recalitrante, su voz se elevaba a lo más alto.

—Vamos, *Azulita*... Déjate llevar... —apremió sin ralentizar su frotamiento, intensificando la presión—. Córrete para mí...

Nada más fue necesario para que la muchacha se abandonara y lograra alcanzar el orgasmo, al mismo tiempo que de su sexo se desprendía un líquido transparente como a fruto de esa desbordante fruición experimentada.

Sus músculos se relajaron, aun deleitándose de ese gozo, que poco a poco la desamparaba para dejarla con no más que el rastro fructuoso de su liberación. Mismamente, su pulso fue recuperando su compás regular, en sincronía con su respiración, a la vez que fijaba su mirada oceánica en la verduzca del zagal.

Él sonrió victorioso, relamiéndose con una expresión pícaro en su rostro.

—¿Dónde aprendiste a hacer eso? —Inquirió ella con la voz sofocada.

—Deduzco que te ha gustado.

—No ha estado... Mal...

Sus labios se atraían como a dos imanes, ansiando catar esos adictivos y codiciosos besos que los enloquecían. No obstante, el inminente beso quedó en suspenso al ella ladearse y levantarse del lecho para tomar sus prendas y vestirse con parsimonia. Por su parte, el universitario la miró con perplejidad y una pizca de incerteza.

—¿Qué haces? —Preguntó con las cejas enarcadas.

—Me visto. —Contestó despreocupada, abrochándose los shorts.

—Eso ya lo veo, pero... ¿Por qué?

—Bueno, ya hemos acabado. —Alegó con una mueca de indiferencia—. Y yo tengo sueño, así que...

—¿Qué? —Inquirió anonadado, poniéndose en pie para encararla—. ¿Y qué hay de mí? —Ella lo miró con desconcierto, dirigiendo sus ojos a la protuberancia que se abultaba en el pantalón de su compañero.

—Oh, eso... —murmuró con apatía, incrustándose en sus orbes verde vida—. ¿No pretenderás que me haga cargo?

—Sería lo propio. —Rebatió en un tono firme.

Marie soltó una risotada, mordiéndose el labio inferior mientras escrutaba el semblante desazonado del varón; luego se arrimó melosamente a su torso, empujándolo de espaldas contra el colchón, gateando sobre él en una actitud atrevida que lo hizo caer en su hechizo.

—¿Necesitas que te alivie, *Gatito*? —él asintió, abducido por la belleza

natural de aquella ninfa, y notando como sus labios se rozaban y su entrepierna era acariciada en un sinuoso roce—. Entonces... —aproximó sus carmesíes al oído del zagal, rozando su lóbulo al hablarle en un tono sensual y acaparador—. Lo siento, pero tendrás que hacerlo tú solito.

Sin darle oportunidad a reaccionar, ella se enderezó de un salto, y sonrió juguetona de camino hacia la puerta.

—Estás de coña. —Masculló desengañado, apoyando los codos en el lecho—. ¿De verdad piensas dejarme así?

—Te dije que lo de ayer no iba a volver a repetirse. —Se encogió de hombros, tomando el pomo con determinación—. Disfruta machacándotela.

Marie salió al pasillo, sin quedarse a escuchar las protestas de su contrario, al dejarlo a solas con las hormonas alborotadas y la frustración inundándolo por lo acontecido.

—Te juro que ésta me la pagarás...

9

Marie había pasado la noche en vela. No solo había rechazado una noche de sexo con una chica de diez, sino que para terminar de complicarlo todo más, había vuelto a reincidir en aquella red de pecado al entregarse de nuevo a Alex.

Aquel desliz durante la velada del viernes hubo alterado la forma de ver a su amigo, sintiéndose ansiosa y en desasosiego por esas nuevas emociones que él despertaba en ella.

Con una expresión somnolienta, se dio la vuelta en el colchón, tapándose la cabeza con la almohada para que los rayos del sol no la molestaran. Coralie aún no había regresado, por lo que ella podía permitirse remolonear apaciblemente en esa mañana de domingo.

Desearía poder dormir y silenciar esa voz tediosa en su mente. Sin embargo, las dudas la acribillaban y perturbaban su descanso sin compasión; sentándose de golpe para tallarse los ojos y llevarse las manos a la frente en un gesto abatido.

La culpa y la vergüenza la carcomían; ¿cómo había podido caer tan bajo? ¿Por qué demonios tenía que haber aceptado ese puñetero trío? ¿Por qué no pudo dejar las cosas como estaban y regresó en busca del joven en la noche anterior?

No sabía qué era lo que más le frustraba de esa situación: el hecho de haber disfrutado de las dos veces que había pecado con el que era su amigo, o bien, haberse acostado con un chico.

«Cálmate, seguro que no significa nada... Se pasará. Como la gripe.» Se decía por tal de no perder los estribos.

A la vez que se concienciaba de esa realidad, la sombra de la incertidumbre opacaba esas palabras que intentaban alivianar su zozobra. Quizás no fue nada y se trataba de solo sexo, pero aún y así, se había acostado con un chico y lo que sintió no fue para nada de su desagrado.

«Admítelo, te mueres porque te vuelva a follar.»

Ese pensamiento hizo que Marie abriera los ojos de sobremanera, palmeándose las mejillas antes de ponerse en pie y desperezarse en un estado revolucionado. No tardó mucho en cambiarse de atuendo, optando por unos shorts blancos y una camiseta de tirantes de color negro.

Mientras se vestía, divisó la montaña de ropa sucia ubicada en un extremo de la estancia y resopló con engorro. La muchacha se recogió la melena en una cola alta, luego calzándose y yendo donde las mudas para colocarlas en un cesto.

Al discernir las prendas, atinó en la camiseta que le había dejado su compañero de gemas verdes, y se quedó momentáneamente en trance al observar la pieza.

«Supongo que debería devolvérsela...»

Colocó la prenda con el resto en el cesto, después alzándose y cargando con la colada hasta fuera del cuarto. Los pasillos de la residencia estaban prácticamente desiertos, pues aún era temprano y la mayor parte de los estudiantes aprovechaban el día festivo para descansar.

La azabache dirigió sus pasos hasta la planta de abajo, cruzándose con algunos universitarios que llegaban adormilados tras una noche de desfase; sin prestarles demasiada atención al ir directa hacia la sala de lavandería que se encontraba en el sótano del bloque.

A esas horas, no había nadie que la perturbara, hallando todas las lavadoras disponibles y un silencio agradable inundando el lugar. Llevaba suficientemente tiempo viviendo allí para saber que el domingo por la mañana era el momento idóneo para hacer la colada, ya tomándolo como a una costumbre que solo ella conocía.

Sacó del cesto toda la ropa, preparando el detergente y suavizante en una de las máquinas, mientras sacaba el móvil y acomodaba un auricular en uno de sus oídos para escuchar algo de música.

Una vez lo había dejado todo a punto, inició el programa de lavado; cruzándose de brazos a la par que chequeaba la pantalla del teléfono a modo de distracción. Restó reflexiva unos minutos, sin reaccionar hasta que escuchó como alguien bostezaba a su lado, virando el rostro y quedando anonadada al identificar el semblante somnoliento de Alex.

Cuando sus miradas chocaron, él sonrió ladinamente en una postura relajada, haciendo que ella parpadeara fuera de sí.

—Buenos días, *Azulita*. —Saludó en un tono que pretendía sonar simpático.

—Hola. —Musitó apática, chequeando de nuevo su teléfono.

Alex le quitó el auricular, provocando que sus ojos buscaran de nuevo el contacto visual con los luceros de aquel osado sujeto.

—¿Quieres algo, *gatito*? —Inquirió con una sonrisa forzada.

—Solo intento ser amable. —Se frotó la nuca, soltando un suspiro—. Somos amigos, ¿no? —Ella torció el gesto, mostrándose un deje desconfiada mientras él revoleaba los ojos—. Vamos, prometo portarme bien y ser tan adorable como siempre.

El joven extendió su puño, esperando porque ella correspondiera al mismo tiempo que le dedicaba una sonrisa arrebatadora. Ella dudó inicialmente de sus intenciones y lo que quisiera conseguir. No obstante, y sin ya darle más vueltas, terminó chocando amistosamente sus nudillos con los de él.

—Aunque lo de adorable está de más... —rebató ella, soltando una corta risita.

—¡*Hey!* Que yo soy todo un amor. —Rechistó haciéndose el ofendido, sacando de su cesto varias prendas que iba metiendo en la lavadora—. Soy como... ¿*Piolín*?

—*Piolín* era un pájaro cabrón. —Se recargó de espaldas en el mármol que quedaba frente al rubio—. En este caso, debo decir que el gato que se lo quería merendar era más adorable.

—Entonces... —revisó el pote del detergente, haciendo una mueca antes de verter el contenido en el compartimento específico—. Soy un pájaro adorable, pero cabrón. —Advirtió con pillería, asomándose por encima de su propio hombro para mirar con malicia a su compañera.

Esa forma de mirarla hizo que ella se removiera inquieta, obligándola a centrarse en otra cosa por tal de no pensar en cosas indebidas. Por su parte, Alex vertió el detergente y se dispuso a seleccionar el programa.

—¡Espera! —Exclamó alterada, acercándose a él e impidiendo que prosiguiera con su propósito—. ¿Vas a lavar la ropa blanca con la de color?

—*Mm...* ¿Sí? —Respondió con una ceja enarcada.

—¿No te han enseñado a separar? —él no contestó, haciendo que la chica resoplara y abriera de nuevo la puerta de la máquina—. Enserio, ¿a quién se le ocurre? —Protestó mientras sacaba la ropa blanca y la amontonaba en el cesto, después volviendo a cerrar la puerta y activando el programa de lavado.

—¿Qué quieres que te diga? Siempre lo he hecho así. —Se despreocupó

con una expresión vivaracha.

—Aún has estado de suerte. —Fue hacia otra de las máquinas, introduciendo las prendas en su interior—. Tienes que aprender a separar las prendas blancas de las de color.

—Pues... —se posicionó tras ella, apegándose a su espalda a la vez que conducía sus manos a las suyas y aproximaba los labios a su oído—. Enséñame a hacerlo... Bien.

Una corriente eléctrica recorrió de pies a cabeza a la chica por ese inesperado acercamiento, inspirando profundo al notar como el cuerpo del universitario se cernía al suyo, y la contagiaba de su calidez. Ella restó paralizada, con sus manos siendo guiadas por las de su contrario.

—No hay nada que enseñar... —murmuró en un tono firme y susurrante, soltando las prendas dentro de la lavadora—. Solo tienes que separar...

—¿Y qué pasaría si en vez de separar...? —impulsó con disimulo su pelvis hacia adelante, restregándose contra el trasero de su amiga—. ¿Lo juntara todo?

Ella podía notar la cálida respiración del joven acariciando la piel de su cuello y provocarle un escalofrío. Luchando porque el aire no escapara bruscamente de su boca al percibir como la entrepierna de su compañero se endurecía.

Precavida y vigilando de no hacer ningún movimiento en falso, destapó el frasco de detergente, regulando mismamente el compás de sus exhalaciones.

—No deberías hacerlo... —dijo con voz suave, observando como él acompañaba sus acciones con las manos, y simultáneamente sostenía con ella la botella—. Si lo mezclas... Podría estropearse...

—No tiene porqué... —negó en un susurro, sin despegarse de su oído, e inspirando ese aroma dulzón que emanaba de su melena—. A veces... Las mezclas no son malas... —contoneó las caderas, haciendo más fricción entre sus glúteos.

Marie acabó de programar la lavadora, luego armándose de valor para girarse sobre su propio eje y quedar reflejada en esas oscuras esmeraldas que la escrutaban con ígneo deseo. Una separación de escasos centímetros espaciaba sus rostros, mirándose detenidamente, y sin poder gesticular ni disolver la cercanía.

—Ya está... Listo... —seseó la joven, con la boca haciéndose agua.

—¿Lo está? —Apoyó las manos en el borde de la máquina, creando una prisión con su cuerpo al acorralar a la azabache.

—Bueno, solo falta esperar a que... —se humedeció los labios instintivamente, abriendo las piernas al notar como él hacía presión contra su sexo y espasmos acudían a la zona—. Termine.

—No me gusta tener que esperar... —susurró con sus verdes escudriñando al detalle los rasgos de la jovenzuela, conduciendo con sutileza una mano a su cintura—. Pero lo de terminar... —hizo una pausa, atisbando esa mirada oceánica adhiriéndose a su persona con concupiscencia—. Suena bien...

—A-lex... —Nombró al mismo tiempo que silenciaba un jadeo, notando como él la apegaba a su anatomía.

—¡Eh! ¡No me has esperado!

El rubio se separó de forma súbita, volteándose para localizar a la dueña de esa voz chillona y esbozando después una sonrisa radiante. Marie miró en dirección a la puerta, hallando a una chica de larga cabellera cobriza y ojos celestes.

—Lo siento, nena. —Expresó él en un semblante risueño, contemplándola con granjería—. Quería asegurarme de que había sitio.

La pelirroja avanzó hacia él con el cesto de su colada, dejándolo sobre el mármol para seguidamente colgarse del cuello de Alex en una actitud mimosa; luego ojeando a la otra chica con curiosidad y desdén.

—¿Y tú quién eres?

Marie se quedó medio aturdida, alternando la mirada entre los dos jóvenes. Arrugando el entrecejo al posar sus cielos en las esmeraldas de su compañero.

—Tranquila, es una amiga. —Intervino él, restando importancia al responder con indiferencia.

Esa contestación causó que algo bajo el pecho de la azabache se oprimiera, sintiéndose rabiosa y... ¿Dolida? No, no podía sentirse así, mucho menos por eso...

—¿Una amiga? —Persistió la intrusa con un ápice de celosía, dibujando círculos con un dedo en el torso del varón—. ¿Seguro que es solo eso?

—Claro, además... —él encaró a la muchacha con socarronería—. Marie es lesbiana, ¿no es así?

Los rasgos de Marie se ensombrecieron y su mirada se transformó en una de despiadada.

—Sí. —Confirmó a regañadientes, reposando las manos en los costados de su cintura—. No tienes de qué preocuparte, que mi interés por este rubio prepotente es nulo.

—Lo mismo digo.

—Vaya. —Musitó aliviada la pelirroja, arrimándose más al apuesto individuo—. En cuyo caso... Ya me quedo más relajada.

Esa escena le estaba produciendo nauseas a Marie, quien al oír como el programa de lavado de su colada terminó, se apresuró en sacar la ropa de la máquina para cargarla en su cesto.

—En fin, yo ya os dejo. —Enunció con bravura, pasando por el lado de ambos con pasos parsimoniosos—. ¡Oh, casi se me olvida! —Rebuscó entre las varias prendas, sacando la camiseta del joven y lanzándosela—. Ya está limpia; aunque si vas a volver a follar con mi compañera, deberías recordar no dejar tu ropa esparcida por el suelo de la habitación.

La expresión de Alex era de estupefacción y asombro, sin dar crédito a esa burda mentira que aquella deslenguada había soltado sin escrúpulos.

—¿Te acostaste con su compañera?! —Exclamó la de cabellos cobrizos.

Alex intentó recomponerse de ese ataque cometido a traición, dirigiendo una mirada iracunda a la responsable de aquel alboroto; la cual en un semblante inocente fue hacia la puerta y salió de la estancia.

Ya en el pasillo, podía escuchar las inquisiciones y protestas de esa pelirroja facilona y las excusas de su amigo; aligerando la marcha en cuanto su mente se tornó más lucida por lo que acababa de acontecer.

«¿Qué coño has hecho? ¿Por qué demonios has dicho eso?»

Estaba segura de que de aquella no iba a salir airosa, sobre todo porque había obrado como si de una novia celosa se tratara. Pensar de esa manera la estaba desquiciando, batallando por ahuyentar esas confusas confabulaciones que la atormentaban y que le hacían perder el norte.

Cuando llegó a su habitación, se encerró en ésta con la respiración agitada y el pulso descompasado, apoyándose en la puerta y echando la cabeza hacia atrás.

—¿Marie?

La susodicha se enfocó en su amiga, la cual se encontraba sentada sobre la cama ya con su vestimenta de estar por casa.

—¡Coralie! —Soltó el cesto en el suelo, corriendo a brazos de su compañera para abrazarla a la desesperada—. Por dios, no vuelvas a dejarme sola nunca más.

—Esto... ¿Vale? —Mencionó titubeante, luego apartándola para mirarla a

la cara—. Deduzco que algo ha ocurrido para que estés tan... ¿Nerviosa?

—¡Yo no estoy nerviosa! —Vociferó con firmeza, agarrándose de los tobillos al posicionarse cual indio en el colchón—. Solo un poco histérica... ¿Y puede que algo confundida?

—Pero ¿qué es lo...?

—¡Marie! —Clamó desde el pasillo Alex, dando golpes tras la puerta—. Sé que estás ahí metida, así que... ¡Abre!

Coralie pestañeó irresoluta, observando como su opuesta soltaba un largo suspiro y se enderezaba con tedio.

—¿Tienes que gritar tanto? —Instó la ojizarca, posicionándose detrás de la entrada—. No es por nada, pero no estoy sola.

—Ah, lo siento. —Ironizó él, elevando el tono y persistiendo al llamar insistentemente—. ¡Abre la puta puerta o la tiro al suelo!

Su compañera se había quedado sin habla, fijándose en cómo Marie abría desganada y afrontaba con aborrecimiento al enfurecido universitario.

—Listo... ¿Qué quieres?

—¿Cómo que qué quiero?! —Espetó contrariado, cruzándose de brazos—. ¿Se puede saber a qué ha venido lo de hace un rato?

—Mm... No sé qué me estás contando. —Se desinteresó, adentrándose en el cuarto.

—Ah, ¿no? ¿Necesitas que te refresque la memoria? —La siguió sin dudarle, atinando en la presencia de la morena.

—Qué pesadito estás, ¿eh? —Replicó la de gemas azuladas, sentándose en el borde de su cama—. ¿Te tiene que bajar la regla o algo por el estilo?

—¿No será que te tiene que bajar a ti? —Contestó impiadoso, plantándose delante suyo—. Lo digo por lo *tocapelotas* que estás. —Sus esmeraldas se desviaron para mirar a la joven de lentes con una mueca de agotamiento—. ¿Puedes dejarnos un momento a solas?

—¡Eh! A Coralie nadie la echa. —Defendió Marie con tenacidad—. Cualquier cosa que tengas que decirme, ella puede oírlo.

Una sonrisa burlesca surcó el rostro del varón, adoptando una postura relajada y un arrogante mirar.

—Muy bien. —Se regodeó él, mordiéndose internamente el labio inferior al mirar de frente a aquella desvergonzada—. ¿Te gustó que te comiera el coño anoche, *Azulita*?

—¿Qué?! —Se exaltó Coralie, dando un brinco y quedando de pie en el acto.

Marie hizo una trompita con los labios, levantándose con una sonrisa cínica al afrontar a su amiga.

—Coralie, ¿te importa salir un momento de la habitación? —Preguntó en un tono amable.

—¿No decías que podía oír cualquier cosa que dijera? —Indicó él con bribonería.

Las facciones de la azabache se contrariaron, frunciendo el ceño al fijar su mirada condenatoria en ese impertinente holgazán.

—Coralie...

Su compañera se resignó al ver qué tanto se estaba contaminando el ambiente, yendo hacia el pasillo y cerrando la puerta a sus espaldas. En cuanto los dos jóvenes se encontraron a solas, el rubio fue el primero en romper ese mortuorio silencio al soltar una espontánea carcajada.

—Algo me dice que tendrás que darle muchas explicaciones a tu amiguita.

—Alex, deja de tocarme los ovarios si no quieres salir disparado por la ventana.

—¿Qué pasa? ¿La *Marie-macho* se enfadó? —Se mofó en un tono jactancioso, reduciendo la distancia que los delimitaba—. Lo siento, *Azulita*... Pero eres tú quien ha empezado a jugar.

—¿De qué juego estás hablando?! —Instó haciéndose la desentendida—. Yo no he empezado nada.

—¿De veras? —Ella confirmó en un mudo asentimiento, haciendo que él la mirara destilando incredulidad—. Bien, entonces dime por qué le has dicho a esa chica que me había follado a tu compañera.

—¿Porque me aburría? —Eludió desinteresada, yendo hasta su mesita de noche.

—¿Porque te aburrías? —Indagó para nada convencido, pisándole los talones—. ¿No podrías inventarte una excusa más convincente?

—Como... ¿Por ejemplo? —Inquirió sin darle coba, sentándose de nuevo sobre el colchón.

—Por ejemplo: que te has puesto celosa. —Afirmó sin titubear, causando que su contraria abriera los ojos de par en par, echándose a reír sin remedio—. ¿Qué te hace tanta gracia?

Ella continuó riéndose por aquella blasfemia y estúpida deducción, llevándose las manos al estómago.

—¿Tú te oyes cuando hablas? —Se burló escéptica—. Ni borracha estaría celosa, mucho menos de ti.

Alex sonrió con lascivia, apoyando las manos en el lecho para inclinarse sobre su rostro, a la par que la sostenía del mentón y la obligaba a sostener el contacto visual.

—Yo no me refería a que estuvieras celosa de mí. —Susurró rozando con el pulgar su labio inferior, haciendo que ella restara inmóvil al perderse en esa seductora sonrisa—. Sino de la otra chica.

Esos argumentos cada vez carecían de más sentido para la fémica, quien aún sin moverse lo observó con curioso.

—¿Por qué tendría que estar celosa de ella? —Musitó con un leve temblor en el timbre.

—Pues... —acechó sus carmesíes, sin llegar a tocarlos—. Porque, aunque no quieras admitirlo... —lamió la comisura de su boca con provocación, luego mordiéndose del labio con ansia—. Te mueres por volver a sentir mi polla dentro de ti.

Marie quedó helada, sin lograr articular palabra hasta que él se distanció y respetó su espacio entre los dos, con una expresión victoriosa formándose en sus rasgos.

—Márchate. —Instó ella con la entereza que le fue posible reunir, controlando los latidos de su corazón desbocado.

—¿Tan pronto me echas, *Azulita*? —Ella lo fulminó con la mirada, observando como salvaguardaba las manos en los bolsillos de su pantalón—. Como quieras... —Se giró despacio, avanzando hacia el umbral y deteniéndose justo antes de salir para mirarla por encima del hombro de forma juguetona—. Si cambias de opinión y quieres... Hablar... —le guiñó un ojo, luciendo cual galán—. Ya sabes dónde encontrarme.

Ninguno de los dos dijo nada más. Marie no se atrevió a responder, aun inamovible al ver como su compañero abandonaba la estancia con andares confiados y ella se crispaba rabiosa.

«Ya puede esperar sentado que yo no me muevo de aquí.»

10

Marie se sentía ansiosa, para ser más exactos, estaba realmente irritada tras la marcha de Alex, sobre todo por la desfachatez y la sobrada actitud que él había adoptado con ella.

«¿Quién se piensa que soy? ¿Una de sus chicas?»

Una risa resonó en su conciencia, movida por la impotencia que le causaba esa embarrullada situación en la que ella solita se había metido.

Con todo de incógnitas amontonándose en su mente, la joven se deshizo la coleta y tiró de los cabellos, poniendo el grito al cielo al tumbarse sobre la cama mientras su mejor amiga la observaba con los brazos cruzados en un semblante imperturbable.

—¿Vas a seguir plantada ahí todo el rato? —Musitó la de cabellos oscuros en un tono cansado.

—Solo hasta que me expliques qué ha pasado. —Insistió la morena en una postura inflexible.

—Creo que con lo que dijo *Piolín* quedó más que claro. —Respondió con aborrecimiento, ladeándose en el lecho.

—Sí, bueno... Fue bastante explícito al respecto. —Masculló en un tono sardónico—. De todas maneras, quisiera oír tu versión.

—*Mm...* Vale. —Se sentó de piernas cruzadas sobre la colcha, apoyando los codos en sus rodillas a la vez que miraba con pasotismo a su compañera—. Digamos que iba a follarme a... ¿Sarai? Bueno, como se llame. —Se refirió sin darle importancia—. El caso es que la largué y fui a ver una película a la habitación del *pelo-pollo*.

Coralie arqueó una ceja, aun aguardando por más detalles de esa peculiar explicación.

—¿Y? —Instó impaciente la futura periodista—. ¿Qué más?

—Mira que eres metiche cuando quieres. —Indicó con voz decadente, percatándose de como la morena fruncía el ceño, haciendo que ella carraspeará y volviera a centrarse en su relato—. Digamos que, no sé cómo, él se quitó la camiseta, nos besamos y, en cuanto me di cuenta, Alex estaba

metiendo su lengua en mi coña...

—¡Ya! ¡Ya! ¡Tampoco tienes que especificar tanto! —Exclamó exaltada, sentándose a su lado en la cama—. Lo que quiero decir es que... —meditó unos instantes para sus adentros, mordiéndose el labio inferior al pensar en cómo plantearle esa cuestión que la rondaba y que de seguro no iba a ser bien recibida.

—¿Qué? —Indagó la ojizarca, inclinando el rostro hacia adelante—. ¿Qué quieres decir?

—Nada, solo que... —torció el gesto, acomodando un mechón detrás de su oreja—. Puede ser... ¿Que te guste Alex?

—¿Qué diablos?! —Se pronunció rabiosa, apoyándose en sus rótulas—. ¡Ni de coña! ¡Jamás! ¡Por las tetas de *Kim Kardashian* que ni de coña me gusta ese rubio de pote!

—Pero te gustó acostarte con él, ¿no? —La pelinegra calló pensativa, sin gesticular ni hablar por esa evidencia—. Eso tiene que significar algo...

—No tiene por qué. —Respondió con cabezonería, mirando hacia la pared—. Puede que me guste como use las manos, la boca, la lengua... La polla... —sacudió la cabeza al quedar sumida en esos pensamientos pecaminosos, mostrando reticencia al encarar a la morena—. ¡Pero no! ¡Él no me gusta! Por dios, ¡es un chico!

—¿No me digas? No lo había notado. —Se mofó la de orbes ámbar, ganándose la aprensión de su compañera—. Igual, si ese es el único impedimento para acostarte con él... ¿Por qué no lo conviertes en una chica?

Marie enarcó ambas cejas, pasando de la duda al puro escepticismo, para luego echarse a reír a carcajada limpia por esa ocurrencia.

—Claro, Coralie. —Contestó sin contenerse las risas—. Espera que voy a buscar una vagina y dos tetas postizas en *Amazon*. —Se burló irónicamente.

—Lo digo en serio. —Se quejó su opuesta, lanzándole la almohada a la cara su amiga—. Tienes disfraces y varios... Juguetes. —Se refirió con apacibilidad—. No sé... ¿Podrías probar poniéndole una peluca y un conjunto de lencería?

—¿Pretendes que lo travista? —Preguntó aun en una expresión divertida.

—¿Qué? Es una opción. —Murmuró en un tono neutro, enderezándose para ir hacia una de las cómodas de la estancia y sacar de los cajones una peluca rubia que le enseñó a su amiga—. Y por probar... ¿No tienes nada que perder?

«Ni él está tan loco como para acceder a eso. Aunque, por otro lado...»

Intentó quitarse esa disparatada idea de su cabeza, con una mueca descompuesta dibujándose en su rostro al imaginar esa posibilidad desquiciante.

—Deja de soltar disparates. —Atajó con repelús—. Solo de pensarlo se me revuelve el estómago.

Marie se incorporó de un salto, aproximándose a la morena con pasos relajados para luego agarrar el cabello postizo que ella sostenía.

—Yo solo te doy opciones. —Indicó su opuesta con perspicacia, yendo hacia la puerta del baño con tranquilos andares—. Luego tú eres libre de decidir qué vas a hacer.

Coralie se adentró en el aseo, dejando a su amiga pensando en lo que le acababa de decir, mientras contemplaba la peluca con una sonrisa maliciosa esbozándose en sus labios.

...

En cuanto llegó a su cuarto, Alex se encerró y arrastró los pies hasta su cama. Dejándose caer de espaldas sobre el colchón con la vista puesta en el techo y las manos tirando de sus mechones.

Todo el numerito de la lavandería por tal de provocar a su amiga había surtido efecto. Sin embargo, ella seguía mostrándose tozuda y sin intención de dar el brazo a torcer. El varón bufó, frotándose las sienes por esa situación que lo desquiciaba a ratos.

«Hubiera sido más fácil tirarme a la pelirroja antes de ir a hacer la puta colada.»

Su atención fue dirigida al bulto que sobresalía en su pantalón, llevando una mano por encima de la prenda para acariciar con disimulo su miembro endurecido; soltando un jadeo al apretarlo.

«Para colmo me la ha puesto como una roca.»

El encuentro de la noche anterior y de esa misma mañana con aquella desvergonzada de ojos azul cielo lo habían tentado de sobremanera, sintiendo la necesidad de poseer ese cuerpo, tan delicado como cautivador, que se había convertido en la imagen y protagonista de sus sueños más húmedos.

Imaginaba tocar esa piel fina cual terciopelo, recorrer con la lengua esos montes dignos de una diosa mientras se hundía en su estrecha cavidad y la clamaba como suya. Inconscientemente, introdujo la mano por debajo del pantalón y el bóxer, sujetando su erección de la base para luego estimularse en un suave vaivén.

«Oh, Marie...»

En su mente relucía esa sonrisa pícaro que caracterizaba a la muchacha, así como sus zafiros de fulgor centelleante y sus labios color carmín que lo inducían a todo tipo de perversiones.

Poco a poco, evocó el sabor de sus besos y la sensación placentera que era entrar dentro de ella; implorando reincidir en ese desliz que se había convertido en una necesidad primordial para el jovencuelo.

Su mano se cernió con firmeza alrededor de su falo, con líquido preseminal manchando su piel al darse más brío en el ritmo de sus sacudidas. Respirando audiblemente y sin pudor de que jadeos impregnaran el espacio, como a evidencia de ese acto obscuro pero irrefrenable.

Tal vez, sería más efectivo buscarse a alguien con quien desquitarse, saciando ese sentimiento famélico que lo consumía y enardecía sus entrañas. Pero por ese entonces, en su cabeza solo estaba ella. Esa chica que era como el fruto prohibido por el que no le importaría pecar y zambullirse de nuevo en ese océano de perversión y gozo.

Sus dedos se deslizaban por su miembro, notando lo duro que estaba y como le urgía alimentar esa hambre y deseo contenido; deleitándose del delicioso recuerdo de ese candente encuentro con la joven azabache.

Percibía como su liberación se acercaba al cerrar los ojos y visualizar a esa ninfa traviesa haciendo realidad todo tipo de fantasías; no obstante, unos golpes en la puerta de su cuarto lo sobresaltaron, frenándose en seco.

—¿Quién es? —Preguntó aún tumbado en el lecho.

—Déjate de mariconadas y abre la puerta. —Advirtió la voz femenina e impositiva de su compañera.

Alex se quedó paralizado durante unos segundos, urgiéndose en reaccionar al identificar de quien se trataba. Se puso de pie en un abrir y cerrar de ojos, acomodándose las ropas y precipitándose hacia la entrada, a la vez que se tranquilizaba y adquiriría una actitud más flemática al recibir a la joven.

—Azulita. —Saludó en un tono meloso, apoyándose en el marco de la

puerta con los brazos cruzados.

—*Pelo-pollo*. —Mencionó con la misma tonalidad, sonriendo de forma inocente.

—¿Qué te trae por aquí? —Se interesó con bribonería, analizándola con curioso—. La verdad, no creía que fueras a aparecer tan... Pronto.

—¿Desilusionado? —Rebatió sin inmutarse a sus incitaciones.

—Ni mucho menos.

La muchacha puso la vista en blanco, sin dejarse arrastrar por esa innata sensualidad que irradiaba el varón.

—En fin, como sea... Aquí estoy. —Contestó con un encogimiento de hombros—. ¿Puedo pasar?

—¿Puedo negarme?

—¿Quieres negarte? —Provocó ella con una expresión disuasiva.

Sin responderle, él se hizo a un lado, permitiéndole el paso al interior de la estancia. Marie irrumpió con andares despreocupados, deteniéndose justo frente la cama mientras ocultaba una bolsa detrás suyo.

El rubio cerró la habitación, luego encaminándose en dirección a la azabache, quien, a diferencia de antes, lucía la melena suelta y una sonrisa pícara.

—¿Y bien? —Inquirió él, metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón—. Soy todo oídos.

—Perfecto. —Dejó la bolsa en el suelo, arrimándose al torso del varón con una mirada decidida—. He venido... A proponerte una cosa... —condujo las manos sobre el pecho del contrario, deslizándolas hasta su abdomen mientras él la contemplaba de lo más tentado.

—Y... ¿De qué se trata? —Se interesó con voz susurrante, inclinándose al acecho de sus labios.

—Pues... Verás... —ella ensanchó su sonrisa, abrazándose a sí misma para acto seguido despojarse lentamente de su camiseta y tirarla al suelo, quedando con no más que un sostén de color rojo cubriendo sus senos—. Estaba pensando... —deslizó una caricia por su propio escote, dejando al chico embobado, al ella delinear con los dedos sus sugerentes atributos—. En que me follaras.

Esas últimas palabras habían connotado abruptamente en la mente del rubio, transformando su mirada incierta, en una dominada por la lujuria.

—¿Hablas en serio? —Preguntó con sus facciones descompuestas por ese deseo oscuro que albergaba por ella, osando surcar uno de sus brazos

desnudos con un ligero roce—. ¿Quieres que te folle, *Azulita*?

Marie se regodeó por el corolario de sus acciones en su joven amigo, deshaciéndose con sutileza de su caricia para guiar sus expertas manos al borde de su pantalón; tirando de éste para luego esconderse bajo las prendas y agarrar su erección en contacto directo con la palma de su mano.

Él gimoteó al notar como ella lo apretaba, haciéndolo vibrar en ese agarre firme, al mismo tiempo que sus esmeraldas se incrustaban en ese par de piedras preciosas de azul intenso.

—Solo... Si tú quieres... —él actuó decididamente, arrojándose a catar esos carmesíes que lo clamaban como el canto de las sirenas a los marineros, pero sin alcanzar a cumplir su cometido que ella apartó el rostro hacia atrás—. Pero antes, tengo una condición...

Aquello sembró la duda en el semblante de su compañero, aún y así, no se distanció; relamiéndose y dibujando una sonrisa coqueta.

—Si vas a venirme con el rollo de que no me enamore de ti, puedes ahorrártelo. —Murmuró con arrogancia—. No soy de los que les gusta hacer el amor y esas chorradas.

—*Aw*, gracias. —Mencionó ella en un tono adorable—. Me alegra saberlo, aunque debo decirte que no iban por ahí los tiros...

Alex se mordió la cara interna de la mejilla, rascando su quijada en un gesto reflexivo y granuja.

—¿Entonces? —Cuestionó con el ceño fruncido y una mueca de desconcierto—. ¿Qué era lo que tenías pensado?

La azabache reculó, alcanzando la bolsa que había dejado en el suelo para después ofrecérsela al rubio. Él la sostuvo vacilante, echando un vistazo a lo que ésta guardaba y posando sus gemas en las de su amiga.

—Creo que me gusta la idea... —sacó un conjunto de ropa interior de cuero negro junto con una peluca rubia y un antifaz.

—¿De verdad? —Incitó en un susurro.

—Sí, aunque... No sé para qué quieres la peluca. —Argumentó mientras sujetaba el postizo—. Tú ya tienes suficiente cabello donde agarrar.

La muchacha pestañeó y rio en lo que pareció una suave melodía, volviendo a reducir la distancia con el joven, para posteriormente colocar un dedo en su pecho.

—Me parece que no lo entendiste bien, *Gatito*. —Le quitó el corsé y la peluca, sonriendo con pillería—. Todo esto... Es para ti. —Explicó con voz dulce, viendo como la expresión del universitario se desencajaba.

—Estás de broma. —Confirmó incrédulamente—. No pretenderás que de verdad me ponga esto.

—Por supuesto que no, no soy tan retorcida como para obligarte a hacer algo así. —Él bufó aliviado, haciendo un amago por acercarse, que de inmediato quedó frustrado al ella girarse sobre su propio eje—. Por eso mismo, te doy a elegir.

El silencio se instaló entre ellos, siendo la risa escéptica del varón la que interrumpió esa atmósfera enmudecida.

—Muy graciosa. —Se jactó, frotándose la nuca y revoleando los ojos—. Venga, deja de decir tonterías.

—Tonterías o no... Esa es mi condición. —Reafirmó ella al regresarle la mirada—. Si quieres follarme, tendrás que ponerte esto. —Soltó las prendas sobre el lecho, reposando las manos en sus caderas—. Sino... Te vas a tener que quedar con las ganas.

—Estupendo, pues desde ya te digo que no pienso travestirme como a una de tus sumisas. —Contestó en una postura rígida.

—¿Eh? ¿Por qué no? —Animó remolona, alzándose de puntillas para apegarse a su cuerpo y rozar con los labios su mentón—. Yo que escogí el conjunto especialmente... Para ti.

De nuevo, esos carnosos carmesíes lo embrujaban, incitándolo a cometer cualquier locura por tal de morir en sus besos e impregnarse de su ambrosía. Quería besarla y poseerla con salvajería y descontrol; aún y así, la vergüenza y el orgullo jugaban en su contra, convirtiéndose en un obstáculo en contra de sus deseos.

—Soy un tío. —Mencionó con robustez, tensando la mandíbula y apretando los puños en sus costados—. Y por más ganas que tenga de metértela, no pienso vestirme como a una chica solo porque a ti te de la real gana.

Ella sonrió con elocuencia.

—Así pues... —sus manos divagaron por los brazos del zagal, usando un tono susurrante al hablarle—. ¿No aceptas mi propuesta? —Sus dedos se dirigieron a la entrepierna de su amigo, resiguiéndola mientras él expulsaba el aire con brusquedad—. Vamos a... ¿Dejarlo estar?

Él reflejó determinación, con una risita sarcástica y una mirada voraz.

—O eso... —inspiró en profundidad, susurrando persuasivamente—. O olvidas la dichosa condición para poder ponerte en cuatro contra el cabezal.

Un hormigueo se instaló en el bajo vientre de la fémica, con espasmos

acudiendo a su sexo por tan descarada proposición. Sus labios cada vez estaban más cerca a los de él, anhelando degustar de esa droga que, por más que intentara convencerse de que no la deseaba, ella sabía que no era cierto.

Sus respiraciones se entremezclaban, contagiándose de su cálido vaho que los orillaba a ese contacto tan precisado, y que no parecía llegar a producirse. Alex la rodeó por la cintura, haciendo que el vello de su piel se erizara al sentir como él la atraía a su pelvis y le robaba un suspiro que ella trató camuflar con una sonrisa dispersa.

—¿Intentas disuadirme? —Expresó en un tenue bisbiseo.

—Es posible. —Bajó las manos hasta sus glúteos, haciendo presión para que sus sexos hicieran fricción y que sus ojos se adhirieran los unos con los del otro—. ¿Funciona?

Los pensamientos de la azabache se nublaron en consecuencia de esas acciones que atacaban a su raciocinio. Interponiendo las manos sobre el pecho de su compañero, para marcar distancia y recomponerse. Sonriendo con astucia y soberbia.

—Funcionaría mejor si te pusieras lo que te he traído. —Advirtió con tunantería, separándose y tomando su camiseta—. Pero como no vas a hacerlo... —se enfundó la prenda, removiéndose la cabellera después—. Me iré a buscar a alguien que no tenga tantas manías y quiera complacerme.

La joven comenzó a recoger sus cosas, metiéndolas de nuevo en la bolsa mientras que el rubio la observaba irresoluto.

—No me creo que vayas a rechazar un polvo solo porque no quiero vestirme como una *Barbie*.

—Qué *putada*, ¿no? —Inquirió fingiendo pesar, luego plantándose ante él con simpatía—. ¿Qué le vamos a hacer? Es lo que hay. —Depositó un beso en su mejilla, guiñándole un ojo.

Marie se encaminó hacia la puerta de la habitación, dejando al muchacho con la impotencia y los nervios carcomiéndolo por dentro; soltando una bocanada de aire y luego girándose en redondo con rapidez.

—¡Espera! —Exclamó él con voz firme, provocando que la chica se frenara cuando estaba por girar el pomo—. Acepto.

La parisina pestañeó desorientada, rotando el cuerpo de cara a él, con la incertidumbre y el cinismo propagándose en sus facciones.

—Aceptas... ¿Qué? —Preguntó vacilante.

Alex avanzó hacia ella con movimientos gráciles y pausados, deteniéndose a escasos centímetros de su persona para asir su bolsa y apreciar la confusión

en su rostro de muñeca de porcelana.

—Acepto tu condición... —sostuvo su barbilla, obligándola a sostener el contacto visual—. Yo me visto como una chica... —lamió la comisura de su boca, sonriendo de forma perversa—. Y tú dejas que te folle.

Marie quedó desprovista de palabras, observando al muchacho con el pulso desbocado y el aire retenido en sus pulmones. Por su parte, él siguió sosteniendo su mentón, escrutando el semblante incierto que su compañera reflejaba.

Tras unos segundos de silencio, ella sonrió escépticamente, haciendo que él la soltara al ésta mostrarse en una postura retadora.

—Sí, claro. —Se mofó la joven en un tono sardónico, luego adoptando una actitud más pícara y paseando dos dedos por el torso del chico—. Si te vistes con lo que te he traído, podrás follarme.

Él no respondió, ensanchando su sonrisa al dirigirse junto con la bolsa hacia la cama. Esparciendo las prendas sobre el lecho ante la atenta y descolocada mirada de su amiga.

Alex se despojó de su camiseta, dejando a la vista su torso bien esculpido para acto seguido desabrocharse el pantalón, mientras la azabache avanzaba en su dirección con las cejas enarcadas.

—¿Qué haces?

—Pues al parecer... Convertirme en tu *Barbie*. —Bajó la cremallera del pantalón, deslizándolo hasta que se quedó con no más que su bóxer.

Marie lo examinó de pies a cabeza, fijando sus ojos en la protuberancia que se marcaba bajo la prenda faltante; obligándose a afrontarlo directamente a la cara con entereza.

—¿De verdad vas a vestirme como a una chica? —Cuestionó incrédula, cruzándose de brazos—. ¿Solo por un polvo?

—¿Te extraña? —Tentó con perspicacia, tomando la peluca para acomodarla cubriendo sus mechones y después ojear con incitación a su contraria—. ¿Me veo bien?

—¿Necesitas que te conteste? —Inquirió oprimiendo una risotada.

—Eso no estaría mal. —Dio un paso hacia el frente, quedando plantado a escasos centímetros de separación—. Me gustaría saber... Tu opinión.

Ella tragó grueso, viéndose reflejada en ese par de esmeraldas opacadas por la lujuria. Guio una mano al cabello postizo, enredando entre sus dedos uno de los mechones.

—En cuyo caso, debo decir... —tironeó un poco del mechón, reduciendo la distancia con sus labios—. Que el pelo largo no te favorece demasiado.

—Entonces... ¿No me veo sexy? —Susurró a un suspiro de besarla.

—No mucho. —Jaló bruscamente de la peluca, dejando que cayera al suelo a la vez que descubría su cabellera natural—. Supongo que lo tuyo es ser chico.

Alex se humedeció los labios a la expectativa, permitiendo que sus manos surcaran la delgada cintura de la joven en un fino roce.

—¿Y eso qué significa? —Seseó con voz áspera.

La parisina acercó los dedos a su pecho, acariciando la piel en descenso hasta su abdomen, y clavando sus azules en esos verdes de brillo centelleante.

—Significa que más vale que no hagas que me arrepienta de esto.

No volvió a escucharse nada por parte de ninguno de los dos. Marie se puso de puntillas, rodeándolo por el cuello para atraerlo con hosquedad a sus carmesíes y así conseguir secuestrarle un beso candente y apasionado.

El zagal no se estuvo de corresponder, tan pronto como su lengua se encontró con la suya en su cavidad bucal; batiéndose en duelo por el dominio de esa batalla de pasión y deseo.

—Puedes estar tranquila, *Azulita*. —Alentó con una sonrisa vivaracha, ayudándola a quitarse la camiseta con desespero, para luego tomarla del rostro y frenarla de volver a besarlo al unir su frente a la de ella—. Prometo que cuando acabe... Lo único que desearás... Será repetir.

—Eso ya lo veremos. —Rebatió con voz sofocada, empujándolo de espaldas contra el colchón.

El varón quedó tendido sobre el lecho, apoyándose en sus antebrazos mientras la que era su amiga se aproximaba con andares gráciles, deshaciéndose de su camiseta y sus shorts para quedar con no más que su conjunto de lencería.

Alex se relamió ante tan exquisito escenario, inclinándose levemente hacia adelante a la par que ella se agachaba entre sus piernas, deslizando las palmas sobre sus muslos y apoyando las rodillas sobre la colcha.

—¿Lo pones en duda? —Provocó en un tono jocosos.

—Siempre, *Gatito*. —Se sentó a horcajadas sobre su entrepierna, haciendo que él quedara totalmente tumbado al ejercer una leve presión en su pecho—. Al menos, hasta que me demuestres lo contrario.

—¿Quieres que te lo demuestre? —Acarició su trasero por encima las bragas, apegándola por completo a su pelvis, y restregándose impúdico contra

su sexo.

—¿Crees que puedes conmigo? —Persuadió al inclinarse sobre sus labios.

—No lo creo. —Apretó sus glúteos, impulsándose hacia arriba por tal de hacerle notar cuán endurecido estaba—. Sé que puedo.

—Qué iluso. —Lamió su quijada con perversión, mirándolo con pillería.

Sin necesidad de repetirlo dos veces, él se inclinó para besar esos labios que sabían cómo el mismísimo cielo, aun y ser producto del infierno; tomando la posición dominante al intercambiar de rol y hacer rodar de espaldas a la joven sobre el colchón.

—Ahora mando yo. —Aseguró él con voz ronca.

Alex se regodeó de al fin tenerla a su merced, no perdiendo el tiempo que tanteó el encaje de sus bragas para deslizarlas por sus torneadas piernas.

—¿Te gusta ser tú quién lleve las riendas? —Disuadió sin quitarle el ojo de encima, con la boca haciéndose agua al notar como él acariciaba la cara interna de sus muslos con la yema de los dedos.

—Es mi papel. —Confirmó ascendiendo hasta su monte de Venus, incursionando el dedo medio entre sus labios vaginales y resbalándolo hasta su entrada—. Me gusta ser quien controle la situación...

—Pues tenemos un problema... —advirtió con falso pesar, jadeando al sentir como él dibujaba círculos en su interior con envidiable maestría—. Porque a mí no me gusta... Que me manden.

—Pues tendrás que aprender a obedecer. —Mordisqueó la piel de su cuello, animándose a añadir otro dedo en su cavidad, estimulándola con dedicación—. O podría someterte y que me obedecieras tú a mí...

—¿Y cómo lo harás? —Condujo sus manos a las muñecas de su compañera, inmovilizándola contra el colchón—. Siento comunicarte que no soy de los que se dejan dominar.

—Ah, ¿no? —Aún sin movilidad en las manos, sus piernas consiguieron enroscarse en la cintura de su compañero, apegándose por completo a su cuerpo—. Casi te vistes como a una chica por mí... ¿Qué diferencia hay?

—Tú lo has dicho. —Recalcó él persuasivamente, gruñendo al notar la cercanía de sus cuerpos—. Casi lo hago... —hizo una pausa, chasqueando la lengua—. Pero no lo hice...

—Vaya. —Lamentó en un puchero—. Y si... ¿Llegamos a un acuerdo?

—Un acuerdo... ¿Como qué? —Curioseó verdaderamente tentado.

Ella sonrió perversa, inclinando el rostro para rozar sus labios en un gesto incitador.

—Tú me dejas mandar... —Seseó fingiendo inocencia—. Y yo te prometo que me volveré a acostar contigo.

—No hace falta que me deje someter para saber que volveremos a follar.

—Así te aseguras... —seseó con jocosidad.

El universitario inspiró en profundidad, ocultando el rostro en el hueco de su cuello para después lamer el lóbulo de su oreja y susurrarle en un tono belicoso.

—En cuyo caso... —se impregnó de la esencia a vainilla que desprendía su melena, apegándose a su silueta—. Sométeme, Marie.

Sin tener que decir nada más, él fue deshaciendo el agarre de sus muñecas, permitiendo que la joven recuperara su libre albedrío. No tardando en volver a rotar posiciones.

En el preciso momento en que ella quedó sobre él, se deshizo de su sostén, por lo que el zagal se humedeció los labios con las hormonas en plena efervescencia y su raciocinio opacado por sus candentes deseos; sin embargo, no logró alcanzar sus turgentes montes que ella lo frenó al echarse hacia atrás y agarrar los bordes de su bóxer de forma obstinada.

—Vayamos por partes... —instó ella con una expresión granuja, bajando su prenda inferior para así destapar su erección.

—No seas muy mala, *Azulita*... —advirtió con voz ronca, jadeando al notar como ella atrapaba su miembro con el pulso firme.

—Eso no puedo asegurarlo... —expresó con bravura, masajeando su dureza a la par que volvía a encararlo en una actitud desafiante—. Porque si quiero ser mala... —apretó su miembro, observando como él entreabría los labios y gemía—. Lo seré.

—Joder... Cómo aprietas...

Descargas eléctricas acudían al sexo de Marie, incitándola a seguir con sus atenciones al tantear la virilidad de su amigo de una manera que lo estaba haciendo hervir de gozo.

—¿Dónde tienes los preservativos? —Inquirió con su frente unida a la de su opuesto.

—¿Impaciente por volver a sentir mi polla? —Se regodeó con la respiración tornándose más densa, emitiendo un quejido al notar como ella ejercía más presión en sus sacudidas.

—Cuida tu lenguaje o tendré que castigarte, *gatito*. —Lloriqueó falsamente, esbozando un mohín.

—No me importaría que lo hicieras.

Sus bocas se fundieron en un beso enardecido. Ella lo atrajo por el cuello, sentándose en el lecho sin despegarse de ese sabor adictivo que conllevaba explorar la cavidad bucal de su asaltante.

Alex extendió el brazo, abriendo el cajón de la mesita de noche, a la vez que recibía los besos afanosos de esa pícara ninfa; la cual no se demoró en zafarse de sus bragas, al ver como él aprovechaba esa pausa para abrir el envoltorio del condón y lo deslizaba por su hombría; sin desincrustar su mirada lasciva de la silueta desnuda de su compañera.

Él hizo un ademán de arrojarse sobre la fémica, viéndose interrumpido al ella posar un dedo sobre sus labios.

—No tan rápido. —Alentó con travesura, descendiendo con una suave caricia hasta su mentón—. Mi polvo, mis reglas... ¿Recuerdas?

—¿Es que tienes alguna petición en especial?

—Solo una. —Estaba a un suspiro de rozar su boca con la suya, sonriendo maliciosa antes de que el contacto se produjera—. Quiero que mientras me follas... Solo yo pueda verte.

—Eso es ser muy cruel, ¿no crees? —Rebatió con voz ronca.

—Un poquito. —Disuadió en un tono meloso, acariciando su cuello—. Por otro lado, dejaré que me toques... —capturó las manos del zagal, colocándolas sobre sus senos para hacer que los apretujara—. Siempre y cuando tus ojitos no vean nada de nada.

La lujuria contaminaba la mirada del chico, quien, seducido por los pechos de aquella deidad, no dudó en amasarlos a la vez que se inclinaba sobre sus carmesíes.

—Hecho. —Sentenció con fiereza.

Ella se desprendió habilidosa, haciéndolo caer de espaldas sobre el lecho para luego escudriñar el espacio, en busca de algo que pudiera servirle para tapar la visión de su amante; decantándose por usar su propio sostén para cubrir los ojos del rubio.

—¿Ves algo? —Preguntó ella, meciendo la mano ante él.

—No sé qué decirte, todo está muy rojo.

—Justo lo que quería oír. —Se posicionó sobre él, rozando con los labios su nariz y arco de cupido—. Ahora no quieras jugar sucio, *Gatito*...

—No me tientes...

Alex guió sus manos a ciegas, surcando los brazos de aquella desvergonzada, percibiendo la suavidad de su piel, mientras ella dibujaba con los labios y la lengua una ruta en descenso que iba desde la barbilla del varón

hasta su torso. Él se estremeció, erizándose su vello al notar como ella depositaba cortos besos en la zona de su cuello; restregándose contra su dureza en un superficial mecimiento.

—Marie... —gimoteó deseoso, impulsando la pelvis hacia arriba.

—Alguien está impaciente... —canturreó ella, llena de dicha por ser la orquestadora de ese juego de seducción—. Quizás debería... Aliviar tu tormento...

—Estoy deseando que lo hagas. —Murmuró con la respiración agitada, delineando su cintura con los dedos para después sujetarla con firmeza.

—¿Y el por favor? —Provocó en un tono burlesco, contoneando las caderas.

—El por favor... Te lo dejo a ti para cuando me pidas que te dé más fuerte...

No comprendía aún como ese descarado podía hacer que se sintiera tan vigorizada e insegura por igual, liberando un cosquilleo en su bajo vientre que le dictaba que él era quien tenía la llave para saciar ese ferviente deseo que nacía en lo más profundo de sus entrañas.

Con decisión, ella agarró la extensión de su dureza, conduciéndola a su cavidad para rozar el extremo entre sus labios vaginales.

—Espero que cuando llegue el momento... No me defraudes...

—Solo tienes que pedírmelo... —susurró, echando la cabeza hacia atrás—. Y me aseguraré de no parar hasta hacer que te corras.

Atrapó en sus manos los pechos de la muchacha, gruñendo al notar como su falo se deslizaba por el estrecho sexo de la fémica, y en cómo su calidez se expandía por el palpitante miembro del rubio.

Marie arrugó la frente, mordiéndose la lengua por tal de que los gemidos quedaran contenidos en su boca al sentir tan grata incursión. Su mente se tornó más lucida, suspirando hondamente al experimentar ese placer regocijador.

—¿Qué pasa, *Azulita*? ¿Tienes vergüenza de que te oiga...? —le propinó una ruda estocada, haciendo que ella jadeara por la impresión—. ¿Disfrutar?

—Deja de decir... Tonterías... —silenció sus gemidos, moviéndose de arriba abajo, con sus labios abriéndose por la fruición que la inundaba—. No es... Para tanto...

—¿De veras? —Sonrió ladinamente, bajando las manos hasta sus glúteos y apretándolos descaradamente al embestirla con impetuosidad. Escuchando los sonidos que a ella se le escapaban a traición—. Porque da la impresión de que te está encantando que te folle... —acercó los dientes a uno de sus senos,

capturando un pezón para mordisquearlo y lamerlo, consiguiendo que ella se estremeciera—. Joder, eres una delicia...

—Alex... —seseó con sus caderas moviéndose al ritmo que él le marcaba, apoyando las manos en el cabezal para desenvolverse con mayor soltura—. Por dios... Sigue así...

—¿Te gusta? —Retorció sus botones con los nudillos, arrebatándole un grito a la azabache—. Entonces... Clávate toda... —instó en un bisbiseo, atrayéndola por la nuca para besar sus labios con vehemencia mientras ella se mecía briosamente—. Como me gustaría poder verte... Mientras te follo...

—¿Quieres verme? —Jadeó rozando su mentón.

Alex se cernió a la silueta de su compañera, apegándola a su anatomía, a la vez que flexionaba las piernas y la sujetaba de los muslos para darse impulso y hundirse por completo en su interior.

—Verte... —confesó con voz entrecortada por el arduo traqueteo—. Y ponerte en cuatro contra el cabezal.

—Eso... ¿Se siente bien? —Cuestionó con la curiosidad carcomiéndole por dentro.

Los dedos del blondo surcaron la piel desnuda de su espalda, con sus respiraciones acoplándose y contagiándose de su vaho.

—Quítame el sostén de los ojos y te lo demuestro.

Marie sopesó su proposición, cesando las embestidas al tantear la tela que vendaba al universitario y sacársela de un ágil movimiento. Encontrándose con esa hambrienta y libidinosa mirada adhiriéndose a la suya.

—No me falles o seré muy mala contigo. —Lo incitó juguetona.

El joven secuestró un beso de esos carmesíes que eran como una droga para sus sentidos y un aliciente para su descontrol; incorporándose con ella con rapidez y desesperación.

—Voy a hacer que disfrutes, *Azulita*...

—Cállate y méteme la polla. —Ordenó entre beso y beso.

—Me encanta cuando te pones mandona. —Murmuró con provocación, haciendo que extendiera los brazos hacia el cabezal, al mismo tiempo que él se colocaba detrás suyo y apartaba la melena de su cuello para susurrarle al oído—. Pero me encanta más... Hundirme dentro en tu coño... —hizo que se inclinara hacia adelante, paseando una caricia por su columna hasta la orilla de su trasero—. Levanta un poco ese culito, *Ma Belle*...

—Hablabas en serio cuando decías que te gustaba llevar las riendas... —mencionó acatando las indicaciones de su contrario, empujando su retaguardia

y separando sus piernas al notar como él guiaba dos dedos a su humedad.

—¿Y qué creías? —Ella posicionó sus rodillas sobre el colchón, notando la presión que él hacía en sus lumbares.

—Pues, a decir verdad, comenzaba a pensar que eras un poco... Pasivo...

Esa provocación hizo que él sostuviera sus caderas con fuerza, dirigiendo su hombría a la entrada de la chica para penetrarla de una limpia estocada; sonsacándole un gemido desgarrado.

—¿Decías, *Azulita*? —Su pelvis se impulsó hacia adelante con brusquedad, iniciando un armonioso vals entre sus cuerpos, a la vez que ambos jadeaban como a respuesta de su gozo—. Te parezco pasivo... ¿Ahora?

Ella puso la vista en blanco, agarrándose fuertemente al metal del lecho, y notando como él entraba y salía constantemente de su interior, y la embriagaba de esas sensaciones de plenitud y gloria.

—Deberías admitir... Que te vuelve loca mi polla... —se dobló sobre su espalda, abrazándola por la cintura.

—En cuanto tú admitas... —ladeó el rostro, encontrándose de cara con la expresión traviesa del varón—. Que te vuelve loco mi coño.

Él le dio una nalgada a la chica, excitado y gozoso de esos movimientos.

—Eso no es ningún secreto, *Azulita*... —susurró con una sonrisa complacida, rozando sus labios con los propios mientras gemidos fluctuaban y el sonido de sus sexos se escuchaba como a una candente melodía—. Solo tienes que notar lo dura que me la pones para saberlo.

—Eso es cierto... —jadeó en voz baja, atrayéndolo por el cuello con uno de sus brazos—. La tienes como una roca... Ah-ah...

—Maldita sea, qué estrecha estás... —incrementó el ritmo de sus embestidas, con su virilidad vibrando contra las paredes de su sexo y sus manos manoseando sus montes—. Metértela es el puto cielo.

—Ah-ah... No te detengas... —imploró con un hormigueo despertando en sus extremidades, achicando el cuello al él mordisquear su yugular—. Métela... A-así... Más rápido...

—¿Y el por favor? —Se refirió con petulancia, atisbando el fiero mirar de su contraria.

—No juegues conmigo, *Gatito*.

Él la contempló con pasión, enredando los dedos en su cabellera para tirar de ésta y penetrarla con frenesí. Culminando en lo más profundo de su cavidad a un compás vertiginoso.

—Ah-ah... A-alex... —nombró sin contención, percibiendo como toda ella

era sacudida por una corriente extenuante.

—Marie... —tiró de su melena, provocando que sus miradas chocaran abruptamente—. Joder... Voy a... Correrme...

—Hazlo, *gatito*... —suplicó lujuriosa, agarrándose a sus mechones con la misma grosería que él le demostraba—. Córrete... En mi coño...

La sonrisa salvaje que adornaba el rostro del rubio se ensanchó, negándose a apartar su punto de mira de aquella indómita belleza de tez de porcelana.

—¿Eso es lo que deseas? —Se relamió, embistiéndola con hosquedad—. ¿Quieres que me corra dentro de ti?

—Dios... Sí, joder... —gimió rabiosa, lamiendo la comisura de su boca—. Déjame sentir como llegas...

Esa petición fue como música celestial a oídos del zagal, quien, sin repensárselo, dirigió de nuevo las manos a la delgada cintura de la ojizarca para orquestar sus movimientos.

Las intrusiones eran tenaces y fluidas, con el calor instalándose en el sexo de ambos al percibir como el placer los encaminaba hacia el orgasmo y se apiadaba misericordioso de ellos; acogiéndolos en el anhelado clímax.

Gotas de sudor recorrían su piel, lo mismo que sus respiraciones se intensificaban al asimilar esa explosión fructosa, que había extirpado sus fuerzas y saciado su codicia con ese deseable pecado.

Pronto dejaron de mecerse, a lo que él tomó la barbilla de su amiga para imponerse y besarla en los labios con deleite. Saboreando esa pócima que serenaba sus desalientos y amansaba su espíritu rebelde.

—¿Y bien? —Susurró él en un semblante relajado—. ¿Para cuándo la siguiente ronda?

Marie escrutó los rasgos del muchacho, imitando la sonrisa que él le regalaba a la vez que éste salía de su interior y ella lo afrontaba sin deshacer la cercanía.

—No me gustan las relaciones de pareja... —atajó, refutando contestarle—. Mucho menos los chicos.

—A mí tampoco. —Coincidió él con una carcajada.

Ella se perdió en esas hipnotizantes esmeraldas, sonriendo con granujería para acto seguido reseguir la quijada de su compañero de forma osada.

—Entonces... —se inclinó sobre sus labios, lamiéndolos sinuosamente—. Repetiremos. —Antes de que él la besara, ésta lo frenó, reculando levemente—. Pero nadie lo sabrá...

Alex la sujetó de la muñeca, apartándola a un lado para acechar sus carnosos carmesíes sin impedimentos.

—Nadie. —La besó fugazmente, admirándola con embeleso.

—Aunque tendré que hablar con Coralie... —interrumpió sumergida en sus pensamientos—. Después de lo que soltaste antes, no me extrañaría que sospechara.

Él se distanció, agarrando su vestimenta para empezar a vestirse despreocupado, mientras ella hacía lo mismo con sus ropas.

—Si no te hubieras puesto celosa, no habría dicho nada. —La joven lo fulminó con la mirada, no causando el más mínimo efecto en el zagal.

—Yo no me he puesto celosa. —Reafirmó con dureza, terminando de acomodarse los shorts a la par que se dirigía hacia la puerta—. Bueno, me largo. —Murmuró con cinismo, mostrándose evasiva—. Más te vale que pueda convencer a Coralie de que no hay nada entre nosotros, o lo de que follemos... Se acabó.

Abrió la puerta, dispuesta a salir al pasillo con una expresión retadora, al mismo tiempo que el rubio la ojeaba con incertidumbre y daba un paso en su dirección.

—¡Oye! —Frenó en un hilo de voz, captando la atención de la chica al asir su bolsa y varias pertenencias—. ¿Es que no te vas a llevar esto?

Ella sonrió con arrogancia, regresando al encuentro con su compañero para mirarlo divertida.

—Coralie ni siquiera sabe que me he llevado estas cosas, si llego a la habitación con la bolsa, sospechará. —Lamió la comisura de su boca, retirándose de nuevo—. Guárdalo tú. —Antes de salir, echó un rápido vistazo al varón, analizándolo traviesa—. ¿Quién sabe? A lo mejor un día nos puede ser de utilidad.

—No pienso ponérmelo.

—Esta vez... No estaba hablando de ti, *Gatito*.

Las esmeraldas del muchacho brillaron con ígneo deseo al descifrar a lo que se refería, viendo marchar a esa joven en una actitud coqueta que lo dejó embobado.

12

Pasado el fin de semana, el lunes junto con el inicio de las clases hizo que la azabache despertara perezosa. El día anterior, tras su encuentro con Alex, había interceptado las preguntas chismosas de su mejor amiga, silenciándola al asegurar y perjurar que el asunto con el joven de dorada cabellera había quedado zanjado.

Coralie no terminaba de creerla, sin embargo, no la atosigaría si ella se negaba a soltar prenda. Al menos, por ese entonces.

—Marie, llegaremos tarde a clase. —Se quejó la morena, aguardando en la puerta de la habitación.

—Ya voy, ya voy... —murmuró con pesadumbre, saliendo del cuarto de baño y atando sus coletas.

—No sé cómo puedes tardar tanto en arreglarte; si apenas te peinas ni usas maquillaje.

—¿Qué quieres que le haga? Necesito mi tiempo. —Argumentó la ojizarca, tomando su mochila y posicionándose al lado de su opuesta—. ¿Nos vamos?

Sin más dilación, ambas salieron al pasillo y bajaron las escaleras, para luego abandonar la residencia y fijar rumbo hacia el edificio principal de la Universidad. Marie bostezaba con cansancio, frotándose la nuca en una postura encorvada mientras marchaba por los jardines del campus.

—Menuda cara traes, parece que no hayas dormido en todo el fin de semana. —Indicó la joven de lentes.

—¿Es que no vas a decirme nada bueno?

—*Mm...* ¿Bonitas ojeras?

—A veces te odio, Coralie. —Confesó la de melena oscura.

—El sentimiento es mutuo. —Se abrazó a su cuello, irrumpiendo en la recepción del centro entre risas.

Las dos cruzaron el pasadizo conversando amenamente de trivialidades varias, deteniéndose al divisar al dúo de amigos compuesto por Louis y Alex. Ellos estaban recargados en la pared contigua a una de las aulas, ajenos a lo que ocurría a su alrededor, hasta que vieron cómo las jóvenes se acercaban a su encuentro.

Esmeraldas y zafiros se cruzaron discretamente, sin ser percibidos por sus compañeros.

—Hola, *muñequita*. —Saludó Louis a esa chica imposible.

—Enserio, cada vez estás más cerca de quedarte sin canicas. —Advirtió Marie en una expresión austera.

—Y tú cada vez estás más preciosa.

Alex apretó los puños y trató calmarse al ver esa escena. Refrenando ese sentimiento de rabia que se expandía bajo su pecho.

—Guárdate los coqueteos para otra, Bance. —Defendió la morena—. No creo que seas del gusto de mi amiga; a no ser, que te salga vagina y dos melones.

—Entonces... —Louis se aproximó osadamente a la fémina de tez blanquecina, enredando un dedo en una de sus coletas—. Si fuera una chica... ¿Follarías conmigo?

Ese acercamiento no le causó demasiada gracia al rubio, quien contenía la respiración a la vez que trataba canalizar esa inquietud que lo embargaba. Por su parte, Marie sonrió bribona, paseando dos dedos por el torso del chico de gemas celestes en una actitud descocada.

—Claro... —bromeó soltando una risotada—. Pero como no lo eres, tendrás que machacártela imaginándotelo.

—¿Te he dicho ya cuánto me pones, Lallau? —Susurró el azabache.

—Córtate un poco, ¿quieres? —Espetó su camarada, captando la atención de los tres con su tajante intervención.

Marie ojeó irresoluta al muchacho de apariencia áurea, el cual trató mostrarse indiferente al mirar el rostro de la chica en cuestión, a la vez que su amigo lo encaraba dudoso.

—¿Pasa algo, tío? —Se mofó Louis con una sonrisa dispersa.

Alex frunció los labios en una fina línea, impulsándose hacia adelante en un semblante inescrutable.

—Entremos en clase. —Murmuró en un tono monocorde, dando la espalda a las féminas—. No tengo ganas de que me pongan un retraso porque mi amigo del alma no sabe mantener su polla a raya.

Aquel comentario extrañó a la universitaria de coletas, quien se quedó mirando a ambos varones con incertidumbre.

—¡Oye! Dicho así, me haces parecer un degenerado. —Se quejó el joven Bance, pisándole los talones a su compañero hacia el interior del salón.

Tanto Coralie como su amiga se quedaron en silencio, luego tomando su

propio rumbo hacia su respectiva aula.

—Qué raro, ¿no? —Instó la morena.

—¿El qué?

—Alex. —Contestó como si fuera evidente—. Su reacción... ¿No te ha parecido muy rara?

—*Mm...* ¿Qué reacción? —Indagó con pasotismo.

—Pues la que ha tenido con Louis. —Se refirió con una suave risita—. No sé, ha sido... Bordo.

La chica de ojos celestes se mordió la cara interna de la mejilla, continuando con su despreocupado andar mientras permanecía inalterable.

—Pues a mí me ha parecido de lo más normal. —Murmuró con la duda acechando sus pensamientos.

Coralie estudió las facciones de su compañera, sin cruzar palabra al ambas entrar en clase y acomodarse en su sitio. A los pocos minutos, el profesor hizo acto de presencia, con un silencio arrullador inundando el lugar.

En esas que el catedrático comenzó a impartir la lección, Marie evocó la imagen de su amigo de mirada verdosa. Era habitual que el rubio discutiera con su metiche compañero, aún y así, era cierto que su contestación esta vez había sido más ruda que de costumbre.

«Tendrá un mal día.»

Mordisqueó el extremo de su bolígrafo con un ápice de nerviosismo, soltando una bocanada de aire al sumergirse en sus propias conjeturas y divagaciones; sin percatarse de cómo su amiga la miraba de tanto en tanto con una sonrisa entretenida.

...

Durante las primeras horas, Alex actuaba con indiferencia hacia Louis. Sin siquiera dirigirle la mirada cuando él trataba sacarle tema de conversación en los momentos en que su profesor se despistaba.

—*Tsk*, tío. —Susurró el de gemas celestes, sin ganarse ni una mera ojeada de su contrario—. Louis llamando a Alex, ¿estás ahí? —Instó al mecer una mano frente al susodicho.

—¿Qué quieres? —Masculló el blondo sin despegar la vista de la pizarra.

—Me aburro. —Expresó con engorro, apoyando la barbilla en su muñeca

—. Y tú estás de lo más *plasta*...

—Estoy concentrado. —Rebatió contrariado.

—Precisamente por eso; tú no sueles estar... Concentrado. —Notó su contrario, captando la mirada del aludido—. Más bien, no sueles estar.

Alex se limitó a obviarlo, fingiendo atender a las enseñanzas del maestro por tal de no seguir manteniendo esa burda charla que no le vaticinaba nada bueno.

Por su parte, Louis le siguió la corriente, centrándose en las tediosas explicaciones del profesor, a la par que trataba distraerse con su móvil en cuanto el cansancio y el aburrimiento lo vencían.

Las horas lectivas se hacían realmente fatigantes, sin ver llegar el anhelado descanso para despejar la mente y desconectar de esa rutina extenuante. Por suerte, y después de contar segundos y minutos, el timbre resonó por todo el centro.

El blondo se apresuró en recoger sus cosas, saliendo como alma que llevaba el diablo del aula mientras su camarada se urgía en perseguirlo.

—¡Hey! ¡Espérame!

—Louis, no es por nada, pero hoy no estoy de muy buen humor...

—Ni que lo digas, parece que vayas a decapitar a alguien.

Una risa melodiosa hizo que el rubio se volteara, identificando a esa chica de ojos cual océano conversando con una joven de cabellos cobrizos. Ese escenario provocó que al muchacho le hirviera la sangre y tensó la mandíbula.

—Joder, ¿te imaginas cómo debe ser estar con esas dos en la cama? —Murmuró Louis, zarandeando con suavidad el hombro de su amigo.

Alex arrugó el entrecejo, observando cómo su mirada era interceptada por la de la azabache desde la distancia. Ella hizo un ademán de saludarlo, aún y así, se desperdició la ocasión en cuanto él se giró de repente y marchó a contradierección.

«¿Qué coño estás haciendo, Alex? ¿Qué coño te pasa?»

Internamente se debatió indeciso, con las preguntas amontonándose en un rincón de su cabeza. No comprendía por qué estaba tan alterado, ni tan solo entendía el motivo de esa inexplicable frustración.

Con desasosiego, salió del centro en un andar urgido, marchando por los jardines con la vista puesta sobre sus pies y los pensamientos hechos un embrollo.

—¡Alex!

De nuevo esa voz. Esa voz que ansiaba y trastornaba su cordura en la misma medida y que entonces lo clamaba desde sus espaldas, acercándose casi a trote por tal de darle alcance.

—¡Eh! ¡Tú! —Exigió ella con firmeza, jalando de su brazo.

El universitario frenó en seco, ladeándose al notar esa presión que le impedía seguir avanzando.

—¿Pasa algo, Marie? —Preguntó él con una mueca sarcástica, mirándola con desdén.

—Eso pregunto yo, te has marchado de repente y ahora ni siquiera me estabas escuchando.

—Sí que te escuchaba. —Se zafó de ella con sutileza, sosteniendo la tira de su mochila en su hombro—. Pero tengo prisa, así que...

Él se encogió de hombros, fijándose en cómo la fémina lo escrutaba con incertidumbre y los brazos cruzados.

—¿Tienes prisa? —Insistió con una ceja enarcada—. Estamos en la hora de descanso.

—Tengo que hacer algo. —Respondió en el acto, esquivando encararla.

—Ajá... —murmuró para nada convencida—. ¿Y qué se supone que tienes que hacer?

—Cosas mías...

Marie se mordió la lengua, sonriendo ampliamente a la vez que adoptaba una postura más relajada.

—Muy bien. —Avanzó unos pasos, luego deteniéndose para ojearlo por encima del hombro—. Entonces te acompaño.

—¿Cómo? —Cuestionó fuera de sí.

—Pues que, si tienes cosas que hacer, te acompaño. —Instó desperezándose, dándose la vuelta—. Al fin de cuentas, no tengo nada mejor en lo que matar el tiempo.

—Ah, ¿no? —Mencionó en forma de mofa, introduciendo las manos en los bolsillos del pantalón—. ¿Y qué hay de la pelirroja con la que estabas?

La sonrisa de la joven se convirtió en una descarada provocación, arrimándose al torso del zagal de tal manera que lo hizo caer preso de esos zafiros corrompidos por la lujuria.

—¿Qué pasa con ella? —Susurró con socarronería.

—Pues que daba la impresión de que estuvierais muy... Juntitas.

—¿Muy juntitas? —Se refirió con una ceja enarcada, hundiendo un dedo

en su pecho—. ¿No te habrás molestado?

Él la agarró de la muñeca, apartándola con una expresión escéptica en sus varoniles facciones.

—Para nada, por mí puedes ir y tirártela cuando quieras. —Masculló con voz firme.

—Eso espero. —Comentó la azabache con falsa inocencia—. No me gustaría sentirme presionada.

Alex escrutó ese rostro de muñeca de porcelana al detalle, relamiéndose al discernir la amenaza en esa advertencia expresada de manera tan seductora.

—Puedes estar tranquila, *Azulita*. —Se plantó frente a ella, a una distancia exigua entre ambos—. Tú te follas a la chica que te venga en gana... Y yo haré lo mismo.

—Bien. —Contestó con simpleza.

Ella se dispuso a retomar el camino elegido inicialmente, sin alcanzar a voltearse que el rubio sostuvo su mano en un acto decidido.

—Igual, tengo una petición.

—Eso sí que es nuevo. —Canturreó con una sonrisa divertida—. Y esa petición... ¿En qué consiste?

El universitario miró a sus alrededores, cerciorándose de que nadie los escuchaba ni miraba, al capturar el mentón de la jovencuela e inclinarse sobre su rostro.

—Folla con las chicas que quieras... —susurró próximo a sus carmesíes—. Pero yo he de ser el único chico que te la meta.

Esa proposición hizo que un escalofrío recorriera la columna de la chica, la cual se dejó atrapar por ese verde intenso que poseían los ojos de su compañero.

—Estás pidiéndome un pase exclusivo? —Tentó ella en un tono retador.

—Lo que te estoy pidiendo, es ser el único chico que pueda follarte.

Esas palabras causaron que el cuerpo de la parisina entrara en calor, sonriendo con desfachatez por esa actitud codiciosa que le mostraba su opuesto.

—¿Sabes que me acabas de poner muy caliente? —Bisbiseó con un suspiro escapando de sus labios.

—¿Eso significa que aceptas mi condición, *Azulita*?

La fémina arrugó la camisa del blondo bajo sus manos, no alcanzando a besarlo, al unir su frente a la suya, con sus respiraciones chocando con violencia.

—Fóllame y te contesto.

Lo apartó antes de que él secuestrara un beso de sus labios, luego urgiéndose en reanudar la marcha en dirección a la residencia con apresurados andares. Uno y otro se mantenían distanciados, caminando a la par, hasta que se detuvieron en la puerta de la habitación de Alex.

Él se dio prisa en abrir con llave, irrumpiendo en la estancia junto con su amiga, quien tan pronto como se aseguró que el cuarto quedaba cerrado, saltó a brazos del varón para enroscar las piernas en su cintura, al mismo tiempo que sus bocas clamaban por atención.

Sus lenguas danzaban armoniosamente en la cavidad bucal ajena, acariciándose con deleite, a la vez que sus manos surcaban la silueta del otro con exasperación.

—Tenemos poco tiempo. —Murmuró él entre beso y beso, notando como ella se peleaba con la hebilla del cinturón.

—Quince minutos para ser exactos. —Susurró la joven, lanzando el cinto al suelo a la vez que él le quitaba la camiseta con rapidez.

—Intentaré darme prisa. —La soltó de espaldas sobre la cama, bajándose el pantalón mientras ella hacía lo mismo con el suyo y quedaba con no más que la ropa interior.

Enseguida él se posicionó entre sus piernas, besándola con salvajería al colocarse encima de ella, y friccionando sus intimidades en un candente vaivén.

—Alex... —seseó jadeante, deslizando una caricia por su espalda en descenso hasta sus glúteos—. Te necesito dentro de mí... Ahora...

—¿Lo necesitas? —Persuadió él, lamiendo y mordisqueando el labio inferior de la muchacha—. ¿Quieres que te meta la polla?

—¡Joder, sí! —Confirmó altiva, doblando las piernas y alzando la cintura por tal de seguir deleitándose de esos regocijantes roces en su entrepierna—. Vamos, *gatito*... Marie quiere su leche.

—Qué ganas de llenarte de ella... —la besó con ferocidad, introduciendo el dedo medio bajo sus bragas para luego resbalarlo hasta su entrada. Entrando y saliendo con fluidez por lo humedecida que estaba—. Me encantaría volvértela a meter sin condón.

La azabache respiró hondo, acompañando esa incursión placentera con su mano. Haciendo que él explorara en profundidad las paredes de su sexo a la par que ella gimoteaba con la mirada intacta en la del zagal.

—¿Te gustaría correrte en mi coño, *Gatito*? — él tragó grueso, asintiendo

hechizado por esos lujuriosos zafiros —. A mí... También me gustaría que lo hicieras...

De un ágil movimiento, el rubio no se demoró en deslizar las bragas de la chica por sus torneadas piernas. Aprovechando también para zafarse de su bóxer y dejar expuesta su notable erección.

Marie se relamió al ver su miembro erecto, hecho por el que él sonrió perversamente al divisar ese sentimiento de deseo asomándose en el rostro de aquella ninfa desvergonzada.

—¿Te agrada lo que ves? —Tentó con pillería, captando la atención inmediata de la chica.

—Me agradaría más si dejaras de irte por las ramas y me follaras.

Él se inclinó sobre su cuerpo, rozando sus labios sinuosamente sin lograr besarlos.

—Me encanta esa lengua que tienes. —Bisbiseó, besándola fugazmente—. Desearía... Probarla...

—Todo a su tiempo, *Gatito*. —Dirigió una mano hasta su falo, apretándolo con firmeza y guiándolo a su entrada—. Por ahora... Métemela como tú sabes...

—Como dese...

—¡Eh, tío! —Exclamó la voz de Louis desde el pasillo, llamando reiteradamente a la puerta—. ¡Ábreme!

Tanto Marie como Alex se miraron alarmados, tratando ser silenciosos al ver como se presentaba el panorama. Manteniéndose quedos en su posición.

—Intenta no hacer ruido. —Susurró él sobre los labios de ella.

—¿Vamos a follar con tu amigo ahí afuera? —Murmuró en voz baja, sonriendo juguetona.

—¿Prefieres que esté dentro? —Preguntó con la celosía haciendo acto de presencia, provocando que ella sonriera entretenida y más golpes se escucharan tras la puerta.

—Tío, ¡sé que estás ahí con Marie! —Vociferó su compañero, provocando que los dos integrantes del cuarto palidieceran—. ¡Venga, va!

—¿Y si lo sabes por qué coño andas dando la lata?! —Replicó su contrario con voz impositiva.

—¡Al fin contestas! —Exclamó el músico—. Ábreme, vamos.

Con resignación y frustrados, Marie y Alex se incorporaron rápidamente para vestirse a regañadientes, mirándose de soslayo mientras acomodaban sus ropas.

Una vez terminaron de arreglarse las pintas, el varón fue en cabeza hacia la entrada, abriendo con una expresión tediosa en su rostro al encontrarse con Louis de frente.

—¡Al fin! —Alabó el ojizarco, asomándose por encima del hombro para mirar a la fémica con galantería—. Hola, preciosa.

—¿Querías algo o solo viniste a fisgonear? —Exigió el rubio, intentando amansar su desasosiego.

—Calma, *Schwarzenegger*. —Alentó el de gemas marinas, colocando una mano en su hombro—. Cualquiera diría que acabo de pillarte en medio de un polvo.

—Bueno, yo me voy a clase. —Enunció la azabache, haciendo que los dos chicos fijaran sus miradas en ella.

—¿Tan pronto? Pero si aún queda tiempo... —defendió el muchacho Alex.

—No el suficiente. —Negó ella con segundas, resoplando con pesadez al plantarse al lado de su amigo—. En fin... Nos vemos luego. —Salió hacia el descansillo, mirando ofuscada al joven Bance antes de marchar por el pasadizo.

Mientras la muchacha se alejaba, los ojos de ambos individuos la contemplaron desde la distancia, sin perderle la pista.

—Te juro que un día de estos...

—Acaba la frase y te juro que no vives para contarlo. —Interrumpió en un tono cortante.

—Vale, vale. —Se carcajeó el músico, pasando los dedos por sus mechones—. Últimamente estás insufrible, tío...

Su compañero salió al corredor en una postura rígida, cerrando su cuarto mientras intentaba no mirar directamente a su opuesto.

—Y dime... ¿A qué diantres venía tanto alboroto? —Espetó con aborrecimiento—. Espero que la insistencia sea por algo importante y no solo por tocarme los cojones.

Louis sonrió con picardía, sacando de su mochila un panfleto que le mostró a su camarada, el cual después tomó el folio con una mueca en los labios. Al leer lo que se indicaba en el impreso, el rubio se relamió, no pudiendo ocultar su regocijo.

—Algo me dice que te agrada la idea. —Adivinó el ojizarco en un semblante pillo.

—Una fiesta de Halloween. —Murmuró para sus adentros, luego torciendo una sonrisa—. Creo que puede ser muy... Interesante.

Terminadas las clases, Alex se quedó esperando a su amiga de ojos azul cielo frente a su aula. Recargado contra la pared con una expresión traviesa adornando sus facciones en todo momento.

Después de unos minutos, la joven en cuestión, junto con su mejor amiga, salieron al pasadizo, encontrándose de cara con el rubio; el cual se impulsó hacia adelante para acercarse a ambas compañeras.

—Alex. —Saludó la morena con una sonrisa divertida—. Cada vez es menos novedad verte por aquí.

El susodicho y la azabache miraron con extrañeza a Coralie, enseguida instándose a actuar con normalidad y mantener una postura relajada.

—¿Querías algo? —Preguntó Marie en un tono monocorde.

—Hablar contigo... —respondió él, luego focalizándose en la chica de gemas ambarinas—. Cosas de chicos.

—Tranquilo, *rubiales*. —Alentó la joven de lentes con petulancia, abrazando por los hombros a su contraria—. Con Marie ya estoy curada de espantos, así que... Si tienes algo que decir...

El muchacho resopló engorroso y luchó por reflejar naturalidad, luego soltando una bocanada de aire, a la par que esbozaba una sonrisa de revista que podría conquistar a quien se propusiera.

—Muy bien. —Confirmó lo más calmo posible, introduciéndose las manos en los bolsillos del pantalón al afrontar a la azabache—. Estaba pensando en usar algún juguetito con las chicas, ¿qué me aconsejas que pueda meterles por el cul...?

—Vale, lo retiro... No estoy preparada para este tipo de conversaciones. —Interrumpió la morena, separándose de su amiga—. Mejor os dejo hablando de... Eso... Sin mí.

—¿Segura? —Comentó su opuesta con una sonrisa pilla—. Mira que tal vez podrías darle ideas a tu novio para...

—¡No! ¡Marie! ¡No! —Negó la de orbes marrones, negando reiteradamente con la cabeza—. Me voy a la habitación a intentar quitarme esa imagen de la cabeza.

Coralie se despidió urgida, marchando por el corredor a un paso

acelerado mientras los otros dos jóvenes reprimían las risas y se miraban con picardía.

—¿Enserio, Feraud? ¿Juguetitos? —Se mofó en un semblante socarrón.

—Tenía que librarme de tu amiguita. —Argumentó dando un paso hacia ella, encogiéndose de hombros—. Y... Bueno... —suspiró hondo, con la boca haciéndose agua—. Morbosa curiosidad.

—¿Tienes curiosidad? —Él asintió en silencio, embrujado por ese hechizo que empleaba ella al hacerlo caer rendido a sus encantos innatos—. Entonces... —se aseguró de que nadie los viera, arrimándose a su torso para deslizar los dedos por la abertura de su camisa—. Quizás podríamos... ¿Probar?

—No me disgustaría, pero antes... —la sostuvo de la barbilla, apreciando su rostro con deleite—. Me debes un polvo, *Azulita*.

—Corrección. —Indicó con una sonrisa ladina—. Me lo debes tú a mí, ¿recuerdas?

—Cuando quieras. —Ella se separó, reculando de espaldas por el pasadizo con la mirada adherida a la del zagal—. ¿Qué haces?

—¿No es obvio? —Canturreó en un tono de lo más seductor, haciendo un gesto con el dedo que lo invitaba a seguirla—. Vamos a tu habitación.

Él ni siquiera objetó al respecto, siguiendo los pasos de aquella ninfa desvergonzada que la atraía como el canto de las sirenas a Ulises.

En cuanto salieron a los jardines del campus, sus miradas se cruzaban por falta de no poder entregarse el uno al otro. Alex luchaba por no sucumbir a la tentación de tomarla ahí mismo y robar un beso de esos voluptuosos carmesíes, tratando domar ese deseo que lo quemaba por dentro con virulencia.

—Así pues... ¿Por eso me viniste a buscar a clase? —Intervino ella con apacibilidad, ojeando al varón de refilón—. ¿Querías terminar lo de esta mañana?

—Ése es un motivo. —Contestó con voz sosegada.

—¿Es que hay más? —Él se limitó a sonreír, haciendo que ella se mordiera internamente del labio inferior—. Aún resultarás ser una caja de sorpresas, *Gatito*.

El rubio mantuvo el suspenso, sin decir nada más hasta que ambos irrumpieron en la residencia y subieron a la planta correspondiente, donde nada más pisar el suelo del corredor, él tuvo que agarrar la muñeca a su compañera y taponarle la boca. Escondiéndose tras las escaleras.

Marie forcejeó vagamente, tranquilizándose al verse en los iris del muchacho, quien precavido la liberó del agarre para que se asomara por el pasillo, y viera a su amigo de orbes celestes aguardando frente a la puerta del cuarto de Alex.

—No me fastidies, ¿es que tiene un radar o algo por el estilo? —Inquirió ella en un susurro, mirando al rubio con los brazos cruzados—. De veras, me está empezando a agotar la paciencia.

—¿Solo a ti? —Masculló exasperado, pasando una mano por su cabellera con cansancio—. Así no hay quien folle. —Examinó con tedio a la chica, suspirando con pesadumbre—. Podríamos ir a tu habitación...

—Claro, estoy segura de que Coralie estará encantada de ver porno en directo. —Ironizó la jovencueta.

—Estupendo. —Murmuró con puro escepticismo, colocando los brazos en jarra—. Pues nada, a cascarla.

Marie estudió el rostro del rebelde con bribonería, jalando de su brazo y haciendo que la siguiera escaleras abajo; con la incertidumbre dibujándose en los rasgos del individuo.

—Esto... ¿Adónde vamos? —Preguntó él con vacilación.

—Ya lo verás.

Fueron caminando distendidamente, finalmente llegando a la planta del sótano para después plantarse frente el cuarto de limpieza que se hallaba cerrado bajo llave.

—No es por chafarte el plan, pero, a no ser que tengas la llave, no veo demasiadas opciones.

—*Au contraire*. —Alardeó la joven, sacándose el sostén por debajo de la camiseta con habilidad.

—Marie... —la mencionada tomó la prenda interior entre sus manos, rasgando la costura para sacar la varilla—. Aunque me ponga mucho verte hacer eso, ahora mismo puede venir alguien, y...

—Por dios, cállate. —Ordenó con voz firme, introduciendo el alambre en la cerradura de la puerta mientras el chico la observaba perplejo.

Aun pudo dar gracias que nadie pasaba por allí, dando margen suficiente para que la fémina lograra cumplir con su cometido y la estancia quedara abierta. El varón pestañeó incrédulo, fijándose en cómo la chica prendía la luz y se recargaba en el marco del umbral con una expresión victoriosa.

—Tú... Has forzado la cerradura.

—¿Y? —Se desentendió inalterable.

Las facciones del rubio se transformaron en toda una provocación, lo mismo que sus esmeraldas eran corrompidas por el deseo y la lujuria al avanzar cual felino salvaje hasta su bella presa.

—Eres una chica muy mala... —susurró de forma incitadora, entrando con ella en ese limitado espacio, compuesto por unos estantes y material de limpieza.

—Y eso... ¿Te sorprende? —Se colgó de su cuello, sutilmente echando el baldón de la puerta, a la vez que se alzaba sobre sus puntillas y rozaba sus labios con los de él.

—Más que sorprenderme... —agarró su cintura con firmeza, dando una lamida a la comisura de su boca—. Me enloquece.

—Entonces... ¿Vas a darme lo mío? —Provocó en un tenue bisbiseo.

Alex dirigió sus manos a los glúteos de la azabache, apretándolos descaradamente y luego volteándola de manera que su espalda quedara contra la puerta.

—Voy a darte lo tuyo. —Confirmó con voz ronca.

Ni medio segundo transcurrió que sus lenguas se aventuraron en la cavidad bucal ajena, besándose apasionadamente a la par que sus manos no se andaban con rodeos al desabrochar sus respectivos pantalones.

En los intervalos en que se separaban para recuperar el aire perdido, sus ojos se clavaban como a dagas en los del opuesto, impacientándose en desatar ese fervor que se prendía en sus entrañas y que encendía sus cuerpos.

A los pocos minutos, sus prendas inferiores se encontraban en el suelo, solo quedando su ropa interior y la parte superior de su vestimenta. Marie introdujo una mano por debajo del bóxer, masajeando la erección de su compañero con rigor.

—Ah... Marie... —jadeó por lo bajo, inclinando la pelvis hacia adelante—. Así... Apriétala...

—¿Más? —Incrementó la presión alrededor de su falo, brindándole cortas sacudidas y observando como él asentía y echaba la cabeza hacia atrás para gemir contenidamente—. Me encanta lo dura que se te pone... —susurró con las respiraciones de ambos chocando con brusquedad, usando un tono suplicante—. Sobre todo... Cuando me la estás metiendo...

Esa voz condujo al rubio al delirio, relamiéndose ansioso al atisbar esa pasión y concupiscencia en la mirada de la muchacha.

—¿Quieres sentir lo dura que está? —Murmuró entrecortado, chasqueando la lengua al notar como ella apretaba más su hombría y nublaba así su juicio.

—Sí... —expresó con la boca haciéndosele agua—. Lo estoy deseando.

Sin contemplaciones ni miramientos, el varón se agachó para tomarla de los muslos, alzándola y colocándola contra la puerta, mientras ella enroscaba las piernas en su cintura y se sujetaba sus hombros. Notando como él friccionaba sus sexos con insistencia.

—¿Sin condón? —Inquirió movido por los anhelos de su cuerpo.

—Sin condón. —Coincidió con su pecho subiendo y bajando descontroladamente.

El universitario sonrió con granjería, liberando su palpitante erección, a la vez que hacía a un lado la tela de las bragas, para dirigir su virilidad a la intimidad de la chica; rozando con el glande sus labios vaginales, e impregnándose de sus jugos naturales.

—Estás... Empapada... —se regodeó, presionando con la cabecilla el clítoris de la azabache, quien jadeaba deseosa—. Joder...

—Alex... —se removiò quejumbrosa, impulsándose para tomar el mentón del rubio y fijando sus azules en los verdes del nombrado—. Quiero que la metas... Ya...

—Estaba esperando a que me lo pidieras. —Se regocijó con una sonrisa petulante, guiando su dureza a la cavidad de la muchacha para hundirse en ésta de una limpia estocada.

Un gemido impúdico escapó de los labios de la pelinegra, siendo sofocado por un beso frenético que su amante le robó con desespero al profundizar en su centro de placer.

Por más que quisiera entregarse y gozar desinhibida, debía frenar las ganas por descocarse plenamente; mordíendose de la lengua mientras el zagal se movía deliciosamente en su interior.

—¿Qué pasa, *Azulita*? —Incitó malicioso, apreciando las expresiones desencajadas por el placer que ella le regalaba—. Estás muy callada... —gimoteó vigorizado, ocultándose en el hueco de su cuello para hablar sobre su oído—. ¿Es que no te gusta cómo se siente mi polla?

Ella enredó los dedos en las guedejas de su compañero, sonriendo osadamente para susurrarle de la misma manera.

—¿No sabes notar lo tío solito que tengo que decirte como se siente? —Rebatió con sorna.

Alex ladeó el rostro, encarando directamente a esa enigmática diablesa mientras sus embestidas iban *in crescendo* de intensidad.

—Lo que noto... —agarró las muñecas de la joven, apresándolas sobre su

cabeza al propinarle una fuerte embestida que la hizo ahogar un grito de impresión—. Es lo caliente que estás... —otra ruda embestida lo hizo llegar a lo más profundo de su cavidad, gimiendo contra sus carmesíes entreabiertos para permitir que el aire y los gemidos fluctuaran armoniosamente—. Follarte es el cielo...

—Qué lengua tan sucia tienes, *gatito*... —bromeó con voz seductora, intentando liberarse de su agarre—. ¿Así eres con tus otras chicas?

Alex apretó con más fuerza las muñecas de su compañera, embistiéndola a un ritmo brioso. Sin desperdiciar la privilegiada vista que ella le ofrecía, al removerse como a efecto del placer que le proporcionaban sus impávidas penetraciones.

—¿Te interesa saberlo? —Replicó en un tono cantarín, viendo como ella asentía y él sonreía travieso—. Digamos... Que a la mayoría de mis chicas les gusta que las folle... —le dio una certera estocada, haciendo que la joven pusiera los ojos en blanco—. Duro. —Jadeos inundaban el espacio, moviéndose constantemente en un rítmico traqueteo.

—Así que... ¿Duro? —Gimoteó con la voz ahogándose en su garganta.

—Así es. —Afirmó negándose a soltarla, uniendo sus frentes mientras sus cuerpos se friccionaban entre sí—. A mis chicas les gusta que sea un chico malo... —contoneó la cintura, dibujando círculos en la cavidad de la fémica—. Mientras se la meto.

Un brote de molestia brotó en la mente de Marie, sintiendo un arrebató por tal de clamar como a suyo a ese sujeto de grácil apariencia y labia malsonante.

—Vaya, se puede decir que estás servido. —Denigró ella, tratando ocultar el rastro de porfía que asomaba por sus facciones, al mismo tiempo que las paredes de su sexo palpitaban de gozo.

Esa actitud contrariada hizo que el rubio ensanchara su sonrisa, entrando y saliendo del sexo de la parisina con ímpetu.

—Ni mucho menos. —Susurró con gotas de sudor recorriendo su frente—. Pero... Contigo... —esas palabras hicieron que los azules de ella se encontraran con los verdes de él, notando como su respiración cada vez se tornaba más agitada por las constantes embestidas—. No tengo por qué contenerme...

—¿Es que las demás no te aguantan el ritmo? —Indagó movida por la curiosidad.

—Eso es una cosa... —contestó jadeante, besando fugazmente sus labios—. Y la otra... —soltó una bocanada de aire, ralentizando sus movimientos al

notar como su miembro vibraba—. Es que ninguna de ellas la aprieta tan delicioso... Como tú...

Un inexplicable alivio recorrió de pies a cabeza a la muchacha, notando como él soltaba sus muñecas y le permitía rodearlo por el cuello; concentrándose por tal de no dejarse vencer por ese persuasivo placer que se expandía por su organismo.

Marie guio las manos al rostro del zagal, alzándolo para contemplar esas libidinosas esmeraldas y atraerlo despacio a sus labios, besándolo lenta y tortuosamente; luego se distanció unos escasos centímetros mientras su cuerpo reiniciaba ese candente vaivén.

—Marie... —gimoteó, haciendo un esfuerzo por tal de refrenarse.

—Se supone que no deberías detenerte... —advirtió, con su pelvis balanceándose con soltura, disfrutando de la exquisita sensación que era sentirlo hundiéndose en su intimidad.

—Si no me detengo... —apretó los puños contra la puerta, sosteniendo el peso de la chica en su pelvis—. Terminaré corriéndome dentro de ti... —enunció con el aire siendo expulsado toscamente de su boca—. Y no estamos tomando... Precauciones...

Ese riesgo era algo por lo que ella no quería pasar, sin embargo, aún y aterrarla, mismamente hacía que el mismo peligro disparara la adrenalina y deseo por tentar la suerte.

—En cuyo caso... —murmuró ella entre jadeos, meciéndose acompasadamente—. Más vale que te apresures en hacer que me corra...

De esa provocación, él no pudo estarse de besarla con fiereza, embistiéndola con entrega y salvajería mientras gemidos brotaban una y otra vez de sus bocas; apegándose el uno al otro, con la melodía que componían sus cuerpos al chocar con hosquedad y desenfreno.

Alex no sabía cuánto podría resistir hasta que su liberación lo traicionara, dedicándose a satisfacer los deseos de esa loba con piel de cordero, que lo conducía a las llamas del infierno.

—Maldición... ¿Por qué tienes que estar tan estrecha? —Masculló, notando como las piernas le temblaban y sus ojos se perdían en los carnosos labios de su compañera.

—Ah-ah... A-Alex... —gimoteó en pleno éxtasis, abriendo su camisa. Sin importarle los botones que saltaron de la costura, besándolo a la vez que se aferraba a sus mechones al ser penetrada con tal descortesía—. N-No... Pares... Ah-ah... Dame... Más...

—Marie... —seseó con voz ahogada y el calor intensificándose en sus sexos.

—A-lex... —ahogó un gemido en la boca del rebelde, percibiendo esa oleada de placer arrastrándola a un orgasmo devastador.

Ella sintió sus músculos debilitarse con un naciente hormigueo. Con los latidos de su corazón emprendiendo una carrera a contrarreloj y una fruición acaparadora abrumándola de sobremanera.

El orgasmo la dejó extasiada, sonriendo con regocijo por haber conseguido alcanzar el limbo a brazos de ese sensual y apuesto rebelde.

Al discernir esa plenitud y placidez en los rasgos de la joven, Alex tuvo que reaccionar con rapidez, dejando a su amiga de pies al suelo al salir de su interior; terminando de estimularse manualmente con unas firmes sacudidas y alcanzando así su propia liberación.

Gruñó al notar como su cuerpo se rendía, eyaculando sobre su propia mano a la par que sus labios eran bendecidos por los adictivos besos de esa fémica de carácter versátil e indómito.

Poco a poco, él fue reduciendo el ritmo de sus sacudidas, soltando suspiros entrecortados y la mirada fija en la de la universitaria, quien con desfachatez dirigió los dedos donde la mano del chico sostenía su virilidad, para tomar una pequeña refracción de semen en sus nudillos y así acercársela a la boca.

Ese gesto resultó de lo más cautivador a ojos del rubio, más cuando ella acercó la lengua y lamió la sustancia viscosa; saboreándola pausadamente.

—Curioso... —susurró sin alterarse, observando como él le sonreía entretenido.

—¿Eso significa que te gusta mi leche, *Azulita*?

—Yo no dije que me gustara. —Contradijo con coquetería, colocándose las ropas en su sitio—. Solo que era... Curiosa.

Alex hizo como ella, vistiéndose tras limpiarse con la ayuda de un rollo de papel que había en uno de los estantes, y quedando luego con la camisa a medio abotonar al faltar varios de los botones superiores. Marie lo miró aparentando inocencia, no surtiendo efecto en el zagal.

—Me has jodido la camisa. —Recriminó él con voz tranquila.

—Y tú ayer rompiste mis bragas. —Se excusó con elocuencia.

—¿Así es como vas a cobrártelo?

Ella no respondió, quitando el cierre de la puerta en cuanto su compañero ya se encontraba enfundado en su vestimenta, para seguidamente salir

discretamente al desierto corredor. Apagando la luz del cuarto y cerrándolo con cautela.

Después de asegurarse de que no había nadie al acecho, subieron las escaleras en paralelo, guardando una prudente distancia entre ellos.

—¿Y qué otra cosa querías comentarme? —Preguntó ella.

—¿Comentarte? —Meditó en un estado reflexivo, frotándose la perilla hasta que hizo memoria—. ¡Oh, sí! —Sacó del bolsillo trasero de su pantalón el impreso que le había entregado Louis, extendiéndolo hacia ella.

—¿Qué es esto? —Tomó el panfleto, examinándolo dubitativa—. ¿Una fiesta de Halloween?

—Puede ser divertido. —Animó en un semblante juguetón—. Al ser de disfraces...

—¿Me estás invitando a salir? —Preguntó con repentina exaltación.

—Claro que no. —Corrigió en el acto, fijándose en cómo ella se destensaba—. Es solo que creí que podría ser... Excitante.

La muchacha oprimió una risita al seguir el hilo de sus pensamientos, doblando el papel y devolviéndoselo a su amigo.

—Me lo pensaré.

— ¡Alex!

La voz del Louis llegó a oídos de los otros dos jóvenes, los cuales con aborrecimiento posaron la vista al frente.

—¿Es que no puedes vivir sin mí o qué diablos te ocurre? —Exclamó el blondo con hastío.

—*Hey*, solo intento ser amable. —Argumentó al plantarse delante de su opuesto, estudiándolo de arriba a abajo—. Tío, ¿qué le ha pasado a tu camisa?

Sin poder evitarlo, sus esmeraldas se posaron momentáneamente en Marie, luego regresando titubeante al rostro de su camarada.

—Tuve un pequeño... Incidente. —Comentó con voz jactanciosa—. Nada grave.

—Qué raro.

—En fin. —Intervino la chica, pasando por el lado de ambos jóvenes—. Yo tengo cosas que hacer, así que... Nos vemos en otro rato.

—¿Tan pronto? —Se quejó el azabache con un puchero—. Tan bien que podríamos pasarlo tú y yo...

—Ni en sueños, *pitufo*. —Negó ella, mostrándole el dedo medio.

La mirada de Alex se clavó en la de la universitaria, la cual reulaba por el pasillo en dirección a su habitación, sin esperar por una respuesta de los

otros dos.

—Un día de estos... —murmuró Louis con una sonrisa torcida—. Juro que se la meter...

Una colleja de su camarada lo hizo callar de golpe, soltando un quejido al cubrirse con las manos la zona del impacto.

—Vámonos ya, ¿sí? —Masculló el de hebras doradas, marchando por el corredor con porfía—. Tengo ganas de echar una cabezadita...

Las primeras dos semanas que mantenían esa peculiar relación en el anonimato habían transcurrido rápidamente. Tanto Alex como Marie aprovechaban los ratos en que sus respectivos amigos no estaban al acecho, para llevar a cabo esa rutina pecaminosa a ojos ajenos.

En el día a día, y ante el resto, seguían mostrándose como siempre. Sin embargo, en la intimidad la situación era muy distinta.

—Oye, Coralie... —inició la azabache, removiéndose la cabellera delante del espejo de su habitación—. ¿Crees que debería dejarme el pelo suelto?

Coralie oprimió una sonrisa, ojeando a su amiga desde el borde de la cama.

—Eso depende. —Canturreó la morena—. ¿A quién pretendes impresionar?

—¿Impresionar? —Inquirió escéptica, volteándose con el ceño fruncido—. Solo estoy haciendo pruebas... —discernió los mechones que le caían por la frente.

—Claro. —Contestó la joven de lentes con un ligero retintín, mirando por el rabillo del ojo a su compañera mientras ésta peinaba su melena—. Y... Ya puestos, ¿no te gustaría usar otro tipo de ropa?

Marie observó dubitativa a su contraria, acercándose a ella para tomar asiento a su lado en el lecho.

—¿Qué pasa con mi ropa? —Se quejó con voz molesta.

—Nada, nada. —Negó restándole importancia—. Pero quizás estarías más guapa si usaras... ¿Algún vestido?

—Pero entonces me vería como una chica.

—Eres una chica.

Marie puso la vista en blanco, incorporándose por tal de obviar los comentarios de la futura periodista; la cual se veía impulsada por su propia curiosidad.

—Ahora que lo pienso... —murmuró Coralie con parsimonia, haciendo que la joven de gemas azuladas la mirara de nuevo—. Ya hace varios días que no traes a ninguna chica por aquí... —la ojizarca se tensó, apretando los dientes—. Por no hablar, de que sueles desaparecerte muy a menudo

últimamente...

La azabache palideció asustadiza y carraspeó con disimulo.

—He estado viéndome con varias. —Argumentó sin perder la compostura—. Pero como sé que te incomodan, ahora me cito con ellas en sus habitaciones.

—Vaya, qué considerada. —Ironizó con una sonrisa divertida en los labios, poniéndose de pie y dirigiéndose hacia la cómoda para discernir entre sus prendas, a la vez que su expresión era de granuja—. Aunque si quieres traerlas aquí, puedes hacerlo. —La miró por encima del hombro—. Por mí no te cortes.

—N-No creo que eso sea justo para ti. —Comentó con una risa nerviosa—. Además, no me gustaría que ninguna volviera a tirarte los tejos como la última vez.

Coralie no se dejó disuadir, sacando del cajón una sudadera y enfundándosela, a la par que se giraba sobre su eje para encarar a la chica.

—Sí, la verdad es que eso fue un poco... Desagradable. —Admitió haciendo una mueca, salvaguardando las manos en los bolsillos de la holgada prenda—. Igualmente, este fin de semana estaré en casa de Jean. —Comentó despreocupadamente—. Así que, si quieres, tienes el cuarto para ti solita.

Marie se extrañó ante el comportamiento de su amiga, examinándola con las cejas enarcadas y una mirada titubeante.

—Bien. —Sentenció no muy convencida, sonriendo ladinamente—. Lo tendré en cuenta.

La morena no añadió nada más, sonriendo con simpatía para seguidamente calzarse sus deportivas y acicalar su rebelde melena. Por otro lado, la azabache terminó de arreglar su nuevo peinado, luciendo sus shorts y su camiseta holgada como de costumbre.

—¿Vas a salir? —Cuestionó la chica de lentes, yendo hacia la puerta.

—Más o menos. —Confirmó en un semblante indeciso—. He quedado con una rubia que... ¡Uff! No veas que polvo tiene.

—Ajá... —murmuró en un tono cantarín—. Entonces... ¿Llegarás tarde?

—No demasiado. —Alentó con la mejor de sus sonrisas—. Lo justo para meterme en la cama e irme a dormir. —Observó recelosa a su compañera, viendo como abría la puerta—. ¿Tú también te vas?

—Voy a correr un poco, así me mantengo en forma. —Explicó con naturalidad, ambas abandonando la estancia y quedando en el pasillo tras cerrar el cuarto.

—Sí, la verdad es que ayuda bastante. —Coincidió, marchando con su amiga por el pasadizo de la residencia—. Yo a veces lo hago con Alex. —Los ojos de Coralie se posaron sobre ella, quien ruborizada hasta las orejas, sacudió la cabeza y se aclaró la garganta antes de responder a la desesperada—. ¡L-lo de correr! Alex y yo solemos salir a... Correr.

Un incómodo silencio las envolvió, bajando las escaleras sin mirarse apenas hasta que llegaron a la entrada del edificio.

—En fin... —suspiró la de lentes, afrontando a su contraria—. Yo voy tirando. —Reculó hacia el sendero que cruzaba los jardines del campus, meciendo la mano—. ¡Nos vemos después!

Marie confirmó con un mudo asentimiento, mismamente meciendo la mano mientras observaba a su amiga alejarse a trote. Esperando a que desapareciera de su campo de visión para regresar al interior de la residencia y subir las escaleras hasta la planta donde se hospedaba el joven Feraud.

Después de cruzar el corredor a un ritmo apresurado, se plantó frente la puerta de la que era la habitación del varón. Llamando impacientemente, al mismo tiempo que mirada de lado a lado en el pasillo y acomodaba su cabello con los dedos con un ápice de nerviosismo.

No tardó demasiado en que el rubio hizo girar la manilla y le abrió, encontrándose con ese par de zafiros mirándolo fijamente mientras él la analizaba de arriba a abajo con descaro y deseo.

—¿No me vas a dejar entrar? —Tentó con voz persuasiva.

Él se limitó a hacerse a un lado, permitiéndole el acceso a la universitaria, quien, sin vacilación, se inmiscuyó en el ordenado espacio a la vez que el chico cerraba la puerta a sus espaldas. Recargándose en ésta al recorrer con la mirada la silueta de su compañera.

La parisina se dio la vuelta al no recibir contestación de su anfitrión, cruzándose de brazos al atisbar ese feroz sentimiento que le profesaban las esmeraldas del individuo.

—¿Ocurre algo, *gatito*? —Preguntó en un tono que trataba sonar inocente.

Alex se impulsó hacia adelante, avanzando con andares felinos hacia ella, luego extendiendo una mano para enredar entre sus dedos un mechón de su melena y jugar con éste.

—¿Cambio de peinado? —Susurró con una sonrisa bravata, relamiéndose.

—Me apetecía probar algo nuevo. —Respondió con coquetería, reposando las manos sobre su torso e inclinándose sobre sus labios—. ¿Es que acaso no te gusta?

Las facciones del zagal se convirtieron en una provocación en toda regla, sosteniendo la barbilla de esa traviesa ninfa para rozar con la yema del pulgar sus jugosos carmesíes.

—Gustarme es poco... —lamió la comisura de su boca, notando como su vaho lo atraía a perderse en esa deliciosa ambrosía—. Estoy deseando tirarte del pelo mientras te follo.

—¿Y a qué coño estás esperando? —Retó con el pulso acelerado y la respiración agitada.

Sus labios se atrajeron como a dos imanes, besándose con salvajería y retrocediendo en un traspiés hasta el borde del lecho, para luego ambos caer sobre éste con sus besos tornándose más desesperados y audaces.

—Dime que te has puesto ese sujetador que tanto me gusta... —bisbiseó repartiendo besos por su cuello, introduciendo las manos por debajo la camiseta para amasar sus senos.

—No sé... —se desentendió, jadeando entrecortada—. ¿Por qué no lo compruebas?

Alex sonrió gustoso, levantando por completo la prenda para apreciar con embeleso esos proporcionados montes contenidos en una fina pieza de encaje de color negro.

—Joder... Me encanta como se te marcan los pezones. —Acercó los dientes a uno de sus botones, mordisqueándolo por encima la prenda.

Marie arqueó la espalda como a efecto de esas atenciones, gimiendo impúdica mientras sus manos se peleaban con el cierre del pantalón del zagal.

—¿Te... Encanta? —Apretó la virilidad del joven por encima del bóxer, regocijándose de cómo él gruñía deseoso—. Ya veo que sí... —susurró socarrona, masajeando su miembro de forma superficial—. Está muy... Dura...

—Si ahora te parece que está dura... —apoyó su frente sobre la de ella, manoseando uno de sus pechos, a la par que se balanceaba para armonizar las estimulaciones por parte de su compañera—. Espera a sentirla dentro de ti.

Ella se inclinó para besarlo enardecida, luego empujándolo y haciéndolo rodar de espaldas sobre el colchón, para ansiosamente posicionarse encima suyo y quitarle la camiseta; posteriormente deslizándolo por ese abdomen de dios griego que él poseía.

Sus miradas se cruzaron con un sentimiento fiero profesándose a través de ellas. Aun sin descubrir sus intimidades, que la muchacha comenzó a mecarse y restregarse contra la entrepierna de aquel Adonis. En ningún momento sus ojos se desincrustaron, jadeando por como esa tortura los tentaba cada vez

más.

La azabache condujo sus manos hasta el torso del rubio, acercando su rostro al de él, mientras éste exploraba la piel expuesta de sus muslos y finalmente se cernía a sus caderas; alzando la pelvis y haciendo que notara qué tanto lo estaba excitando.

—Qué tal si... ¿Nos dejamos de jueguecitos? —Propuso él en un susurro, suspirando hondamente.

—Y yo que creía que te gustaba jugar. —Incitó con una sonrisa bribona.

—Me gusta más... —lamió su barbilla, ejerciendo más presión en su sexo —. Follarte.

—Vaya, vaya... Gatito impaciente.

La fémina sonrió complacida, sin alcanzar a degustar esos labios que el sonido de su móvil la dejó estática en su posición. Notando como el chico la apegaba a su anatomía y le besaba el cuello.

—No contestes... —metió las manos bajo los shorts de su amiga, amasando sus glúteos mientras cortos gemidos brotaban de sus carmesíes.

Marie se dejó convencer, agarrándose a los mechones de ese ángel caído, a la vez que sus bocas se fundían en un beso candente.

Sus lenguas se enfrentaban activamente, buscando la sumisión del otro, guiándose por esa tentación que prendía sus cuerpos en demasía.

—A-lex... —gimoteó desinhibida, dando rienda suelta a sus impulsos y notando como él la abrazaba por la cintura y se sentaba con ella sobre el lecho.

—Oírte gemir es tan delicioso... —bisbiseó, saboreando una y otra vez esos labios color carmín.

El insistente llamado del móvil volvió a interrumpir los propósitos de ambos al sonar con insistencia. Marie, ya cansada del ruido, decidió contestar; frenando los agasajos del varón para tomar el artilugio del bolsillo trasero de sus shorts.

Él negó, esta vez no logrando que la chica se rindiera a sus ruegos, quien decidida atendió la llamada mientras él besaba su yugular y ella respondía en un tono más o menos calmado.

—¿Diga? —Saludó, oprimiendo una risita.

—*Gatita, no me llamaste. —Protestó una voz femenina desde el otro lado de la línea.*

Alex se detuvo, mirando con incertidumbre el rostro de su compañera, a la par que ésta revisaba la pantalla del teléfono y volvía a colocar el auricular en

su oído al ver el nombre de su interlocutora.

—¡Oh, Sara! —Exclamó con una sonrisa cargada de falsedad, provocando que las facciones de su amigo se alteraran levemente—. Perdona, es que perdí mi teléfono y tuve que comprarme uno nuevo. —Mintió con naturalidad, mordiéndose internamente la mejilla—. ¿Querías algo?

—*Sabes perfectamente lo que quiero.* —Murmuró en un tono seductor—. *Te quiero a ti...*

El muchacho atendía con un ápice de turbación la conversación ajena, observando como Marie se incorporaba con engorro y daba vueltas por el cuarto mientras él se arrimaba al borde de la cama para apreciarla mejor.

—*¿Podríamos vernos?* —Se interesó su interlocutora—. *Echo de menos a mi gatita traviesa.*

La mirada de la ojizarca se dirigió donde aguardaba el rubio en un semblante circunspecto. Desde sus encuentros con Alex que no había vuelto a acostarse con ninguna chica, limitándose única y exclusivamente a él.

La monogamia nunca había sido de su agrado, mucho menos después de ese pasado que la convirtió en la zorra que era entonces. Frente a ese pensamiento, la pelinegra se instó a actuar con la cabeza fría, sonriendo con picardía.

—Claro, cuenta con ello. —Confirmó distendidamente—. ¿Te va bien mañana?

Aquello hizo que algo en el interior del rubio se estrujara, causándole una extraña sensación de desaliento. Apenas dándose cuenta de cuando la joven dio por zanjada la llamada, hasta que lo tomó por los hombros y se sentó sobre sus piernas.

—¿Y bien? —Susurró ella de una forma de lo más persuasiva, rodeando su cuello y rozando sus labios con los propios—. ¿Por dónde íbamos?

Alex la contempló inescrutable, luego tomándola de los muslos y apartándola a un lado de la cama, al mismo tiempo que él se enderezaba con pasotismo.

—¡Hey! —Masculló ella con molestia, apoyándose en sus antebrazos en una postura incorporada—. ¿Qué haces?

—Nada. —Contestó aborrecido, tomando su camiseta para enfundársela parsimonioso.

—Sí, eso ya lo veo. —Notó con las cejas enarcadas, inclinándose hacia adelante—. La cuestión es... ¿Por qué?

El universitario se pasó las manos por sus guedejas, mirándola y fingiendo

desinterés y apatía.

—Por nada, es solo que... Ya no tengo ganas. —Torció una sonrisa arrogante, fijándose en la incredulidad que asomaba en los rasgos de la jovencueta.

Ella se carcajeó, poniéndose de pie y aproximándose grácilmente a ese chico de orbes verde esmeralda.

—Es broma, ¿cierto? —Inquirió con escepticismo, tomándolo de la cintura a la vez que se alzaba de puntillas y se zambullía en sus luceros—. Estás... Jugando.

—Sabes que los juegos no son lo mío. —Sentenció tajantemente.

La muchacha parpadeó perpleja, sin hacerse a la idea de que verdaderamente fuera cierto ese rechazo. Adoptando una actitud más melosa y colgándose de su cuello.

—Creía que dijiste que te gustaría probar... —se refirió remolona, esbozando un puchero—. ¿Acaso cambiaste de opinión, *Gatito*? —Él no contestó, notando como ella lo atraía a sus labios para besarlos fugazmente—. Venga... —animó en un bisbiseo—. Juega conmigo...

La mente del rubio se encontraba dividida entre lo que deseaba y lo que lo inquietaba. Sin poder silenciar la voz que lo atosigaba internamente y que lo frenaba de caer en el embrujo de aquella ninfa pícara.

—¿No sería mejor que te reservaras para mañana? —Espetó él con acritud—. No sea que no le rindas a tu amiguita.

Esa inquisición en forma de reproche tomó por sorpresa a la azabache, quien se recogió de brazos cruzados al marcar una distancia con su compañero y ojearlo enrarecida.

—¿Me lo parece a mí o estás molesto?

—Te lo parece. —Replicó hastiado, yendo hacia la cama para sentarse.

—¿Enserio? —Ironizó al plantarse delante suyo con los brazos en jarra—. Pues qué quieres que te diga, no da esa impresión.

Esa actitud distante estaba causando estragos en la paciencia de Marie, la cual resopló rozando el borde de la exasperación.

—¿Es por la llamada? — él guardó silencio, apoyando las manos sobre el lecho mientras a ella era inundada por un súbito nerviosismo—. Oye... Tampoco es que tenga demasiadas ganas de quedar con ella, pero... —se mordió la lengua, frotándose la nuca—. Creo que Coralie anda sospechando algo y...

—¿Quedas con una tía para follar solo para que tu amiga no sospeche? —

Se mofó él en un tono sardónico.

La chica divagó entre sus pensamientos, apretando los puños en sus costados al afrontar a su amigo con consternación.

—¡Tú no eres quien para juzgarme! —Intervino con tozudez—. Si me quiero follar a alguien, lo hago y punto. —Dibujó una sonrisa vanidosa en sus carmesíes. Mostrándose despiadada—. ¿O es que tú no te estás tirando a otras mientras estás conmigo?

Él no supo responder, pues la verdad era que desde la primera noche que compartió con su amiga, no se vio capaz de estar con ninguna otra chica. Aún y así, no iba a decirlo a viva voz.

—Tienes razón. —Masculló en un semblante más relajado, alzándose con la mirada adhiriéndose a la de su contraria—. Tú a lo tuyo y yo a lo mío.

Esa contestación sembró la duda en Marie, la cual contempló anonadada al apuesto individuo.

—¿Y eso qué significa? —Indagó con desconcierto.

—Pues eso. —Se cruzó de brazos, sonriendo perspicazmente—. Tú quedas con esa chica y yo con la mía.

Ella arrugó el entrecejo, en desasosiego al discernir esa petulancia y desfachatez en el rostro de su compañero al soltarle esa inesperada réplica.

—Perdona, pero... ¿Qué? —Expresó ansiosa—. Qué es eso de que tú quedas con... ¿Tu chica?

—Mi polla tiene necesidades. —Argumentó descocado—. Además, hay una rubia pechugona que solo de verla se me pone como una roca... —murmuró con travesura.

La rabia se expandió por el interior de la joven de gemas marinas, quien con la mandíbula tensada se obligó a sonreír, pese a sentirse abrumada e irritada.

—Genial... Fóllatela. —Se dirigió hacia la puerta, dándole la espalda a ese holgazán.

—¿Ya te vas? —Cuestionó él con falso pesar.

—Estoy cansada. —Lo miró por encima del hombro, luego girando el pomo—. Que acabes de pasar buena noche.

Él no pudo despedirse que ella salió disparada de la habitación, pegando un portazo al marcharse y fijando rumbo hasta su propio cuarto mientras en su cabeza se desataba el caos.

«*Ti i li tiyi y yi i li mii*; pues muy bien, ojalá le pegue sífilis y se quede sin

polla.» Despotricó por dentro.

Cuando llegó a su planta, irrumpió en su habitación dando un fuerte portazo al entrar. Pegando el grito al cielo a la par que refunfuñaba para sí misma.

—¡Que le den por el puto culo! —Vociferó contrariada.

—¿A quién?

La azabache se llevó las manos a la boca, atinando en la presencia de su mejor amiga; la cual se encontraba tumbada en su lecho con una expresión curiosa.

—Co-Coralie, ¿ya estás aquí?

La morena se sentó cual indio sobre el colchón, inclinándose hacia adelante para prestar atención en su compañera.

—Ya es hora de cenar. —Contestó brevemente, encogiéndose de hombros—. ¿A quién tienen que darle por el culo?

—Eh... Esto... A la tía con la que estaba. —Mintió con un ligero temblor en el timbre—. Digamos que... Me rechazó.

—*Wow*, ¿de veras? —Se interesó, observando como su opuesta asentía—. Vaya, eso es nuevo. ¿Qué ocurrió?

Coralie estudió a la ojizarca, viendo cómo lidiaba con su propio dilema interno, al mismo tiempo que batallaba por calmarse. Dirigiendo los pasos hasta el cuarto de baño en un estado ausente.

—¿Marie? —Insistió la chica de lentes, sin conseguir que la mencionada le echara ni un mero vistazo.

Sin cruzar palabra alguna, Marie se encerró en el aseo, apoyando el peso de su cuerpo contra la puerta; respirando profundamente al sumergirse en ese mar de incógnitas sinsentido que se amontonaban en su mente y que la hacían sentir vulnerable.

Marie pasó esa noche intentando dormir en desasosiego. No entendía por qué no podía dejar de pensar en la discusión mantenida el día anterior con su amigo y qué tanto la estaba trayendo de cabeza.

«Ojalá lo deje a medias y tenga que machacársela...»

Nada más levantarse de buena mañana, que internamente ya estaba despotricando contra el muchacho de iris esmeralda. Con una expresión consternada dibujándose en su rostro al terminarse de alistar para ir a clase.

—Entonces... ¿Oficialmente este será tu nuevo *look*? —Inquirió Coralie, aguardando en la puerta ya preparada.

La azabache pestañeó fuera de ese trance en el que había caído sumida, mirando a su amiga mientras enredaba un dedo en uno de los mechones sueltos de su cabellera.

—Eso parece. —Contestó desganada, resoplando con pesadumbre.

Coralie la examinó con extrañeza, frenándose una sonrisa al fijarse en esa aura de apatía que envolvía a la chica de orbes azul cielo.

—¿Estás bien? —Indagó con un deje de curiosidad—. Desde que regresaste ayer que estás como alma en pena.

—No es nada. —Masculló a regañadientes, acercándose a su opuesta tras asir su mochila—. Es solo que... Odio que me dejen a medias.

—Ajá. —Contestó con socarronería—. Bueno... No siempre puedes salirte con la tuya.

Marie se reservó los comentarios, saliendo hacia el pasillo en compañía de su aliada; asegurándose de que la habitación quedaba cerrada antes de partir en dirección al edificio principal del campus.

En lo que duró el trayecto, ninguna de las dos volvió a cruzar palabra, irrumpiendo en la recepción del centro de estudios en sumo silencio.

La muchacha de mirada marina permaneció en un estado absorto, por lo que la morena aprovechó en guiarla en su inconsciencia, mientras su contraria andaba cabizbaja; lidiando por dentro con su propio tormento personal.

A los pocos minutos, se plantaron frente a una de las aulas, hecho por el

que la azabache despertó de ese ensimismamiento para regresar al presente.

—¿Ya hemos llegado? —Preguntó Marie, ubicándose en el lugar—. Esto... ¿Qué hacemos en clase de economía?

—¿Marie?!

La susodicha se tensó de sopetón al oír esa varonil y tediosa voz, ladeando mecánicamente el rostro para encontrarse de cara con Louis y su... Amigo.

—Joder... Qué buena estás. —Exclamó el varón de oscura cabellera con asombro, ojeándola con descaro.

Alex apretó los dientes con molestia, aproximándose junto con su camarada al par de fémias; mirando con discreción a esa chica de iris oceánicos y facciones contrariadas.

—Mantén tus manos alejadas de mi amiga, Bance. —Advirtió la joven de lentes, abrazando por el cuello a su compañera.

—No te prometo nada. —Murmuró el aludido, relamiéndose al escudriñar a esa jovencuela—. Con ese pelo dan ganas de...

—Cuida de no terminar esa frase, *pitufo*. —Interrumpió la ojizarca con apatía—. O te juro que tus bolas no bajaran ni en año nuevo.

—Calma, preciosa. —Acercó una mano a su rostro, quedando a medio trayecto que el rubio se cernió a su muñeca y captó su irresoluta mirada—. ¿Ocurre algo?

Alex se quedó paralizado durante una fracción de segundo, luego deshaciendo el agarre para mirar vacilante a su opuesto y a la chica de la discordia.

—Tenemos que entrar en clase. —Se desentendió el blondito, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón.

Louis torció el gesto, ya dispuesto a retirarse junto al otro zagal con aires pesarosos y algo abatido.

—Oye, Lou... —se pronunció por sorpresa la futura periodista, haciendo que el dúo de amigos se detuviera—. ¿Puedo hablar contigo un momento?

Los tres se quedaron pasmados, fijándose en cómo Coralie jalaba del brazo de Louis. Dejando a sus amigos completamente anonadados.

—*Wow...* Coralie, no sabía que te gustaba de esa manera. —Se regocijó el de apariencia bohemía.

—Insinúa algo y traigo a mi novio para que te haga una cara nueva.

Él calló de golpe, siendo arrastrado por la morena hasta la esquina del pasillo, dejando a sus respectivos amigos observándolos en la lejanía con incertidumbre.

Estando solos, el rubio no tardó en posar su mirada en la azabache, quien cruzada de brazos y en un semblante circunspecto, seguía oteando a su compañera.

—¿Qué piensas que le estará diciendo? —Susurró él, propiciando que la joven lo mirara de repente.

Marie soltó una bocanada de aire, sintiéndose inquieta y un ápice ansiosa frente al varón.

—No lo sé; yo ni siquiera sabía que quería hablar con él. —Contestó ella con sequedad, mirando de nuevo a lo largo del corredor.

Alex la examinó detenidamente, inspirando en profundidad, a la vez que sus ojos seguían adheridos a la figura de su contraria con curiosidad y desasosiego.

—Marie... —la mencionada lo ojeó con recelo, aparentando indiferencia—. Hoy... ¿Sigues queriendo quedar con esa chica?

Aquella pregunta la tomó con la guardia baja, sembrando la duda y más incógnitas sin resolver en su mente que no hacían otra cosa que alimentar el interés en ella.

—¿Por qué quieres saberlo? —Indagó, controlando esa zozobra que la carcomía por dentro.

—Por nada, es solo que... —los zafiros de la chica brillaron esperanzados, viendo como él se frotaba la nuca con indecisión—. Bueno, había pensado qu...

—¡Ya está! —Interrumpió Coralie, tomando de los hombros a su amiga, la cual lucía en shock—. ¿Vamos a clase, Marie?

La mencionada entreabrió los labios, con sus ojos no sabiendo en quien fijar su atención al ir del blondo a su compañera.

—Nosotros también deberíamos ir. —Intervino Alex, ya haciendo caso omiso a la conversación que estaba manteniendo con su amiga.

Marie se había quedado con un regusto de boca, tratando obviarlo al despedirse de ambos varones y ver como estos entraban a su aula, mientras ella y la joven de orbes marrones retomaban el rumbo hacia su clase.

Al llegar, las dos se acomodaron la una al lado de la otra, dejando las pertenencias sobre la mesa con tedio.

—Hoy estás que no levantas cabeza. —Notó la morena, encontrándose con la mustia expresión de su contraria—. ¿Ha pasado algo más que yo no sepa?

—¿Qu-qué? —Se exaltó, riendo nerviosa—. Pu-Pues claro que no, Coralie.

—¿Segura? —Apoyó el mentón en su muñeca, inclinándose y ejerciendo una ligera presión silenciosa en su compañera—. Sabes que, sea lo que sea, puedes contármelo, ¿cierto?

Marie titubeó, frunciendo los labios en una fina línea. Coralie siempre había sido como la hermana que hubiera deseado tener; no había cosa de su vida que no hubiera compartido con ella, contándole todo, tanto alegrías como penas que la acongojaban. Sin embargo, respecto a lo que a Alex concernía, todo era distinto.

Sí que sabía de su desliz inicial y de su segunda recaída, pero posterior a eso, se negaba a admitir que seguía viéndose con su amigo y lo que sus encuentros conllevaban. No quería decírselo y sentirse presionada con ello, como si el confirmar ese *affair* con el rubio significara algo más serio que una simple aventura pasajera.

Esa idea le hizo sacudir la cabeza, no queriendo que esas difamaciones la arrastraran a ese bucle sin salida.

—Marie... —susurró la joven de lentes en un semblante preocupado.

Marie volvió en sí, colocando un mechón de su melena detrás de la oreja con una mirada incierta.

—Perdona, esto... —inspiró en profundidad, encarando a su amiga con vacilación—. Supongo que estoy hecha un lío... —simuló una sonrisa, invitando a su compañera a escucharla—. Es sobre... La chica de ayer.

—¿Qué le pasa? —Preguntó, mostrándose receptiva.

—Bueno... —se mordió internamente del labio inferior, apoyando los codos sobre la mesa y posando sus ojos en sus manos—. Digamos que... Cuando estaba a punto de enrollarme con ella, me llamó otra chica para quedar hoy... —hizo una pausa, mirando a su amiga con naturalidad—. Obviamente acepté, y...

—Un segundo. —Interrumpió la muchacha de lentes, alzando el dedo índice—. Estabas a punto de acostarte con... Una... ¿Y hiciste planes con otra delante de sus narices? —La aludida confirmó, haciendo que su amiga soltara una risotada—. ¡Con razón te dio calabazas!

—¿*Huh?* No entiendo. —Contestó Marie con abatimiento.

—¿Enserio, Marie? —Inquirió con escepticismo, palmeándose la frente—. É... L-la chica... Te plantó porque te citaste con otra en su cara... —su amiga continuó en desconcierto—. Santo cielo, Marie... ¡Te rechazó porque se puso celosa!

La azabache no dijo nada en primera instancia, luego estallando a

carcajadas por esa ocurrencia que, según ella, no tenía por donde sostenerse.

—Vale, eso ha tenido gracia. —Se mofó incrédulamente, alborotándose la cabellera—. No está celosa; es más, después de eso me dijo que se buscaría también a otra chica...

—¡Precisamente por eso! —Interfirió la de orbes café—. Tú la pusiste celosa y por eso ella también se buscó a alguien. —Esa revelación dejó enmudecida a la ojizarca, quien poco a poco notó como una sensación de congoja la inundaba.

—Entonces...

—Entonces tienes dos opciones. —Se adelantó a decir—. O te acuestas con la chica con la que te has citado hoy... —sonrió con picardía, arrimándose a la pelinegra—. O intentas arreglar las cosas con la chica de ayer, antes de que se tire a otra.

Esa sugerencia era algo que comenzó a crear conciencia en la mente de la Lallau; agradeciendo los consejos de su amiga mientras sopesaba qué debía hacer dada la situación.

Extrañamente se alegraba de que Alex pudiera sentir celos a causa de ella. Pero, por otro lado, no comprendía ese regocijo que aquello le producía. De misma manera, que no entendía cómo ese mismo sentimiento parecía sentirlo ella hacia su persona.

Su cabeza era un embrollo; perdiéndose en sus pensamientos, los cuales no estaban para nada claros. Dificultando hallar una solución certera a esa embarullada situación.

...

Durante el tedioso jornal académico, Alex se había focalizado en los estudios. Quería apartar la imagen de aquella chica de carácter explosivo que lo tenía en un continuo estado de agitación.

No se había tomado para nada bien que la azabache se hubiera buscado un plan para esa noche. Claro que ella no era nada de él como para poder reclamarla, lo mismo a la inversa.

Pensó en buscarse una alternativa, tal y como le había dicho a la joven; no obstante, no tenía ni interés ni ganas. Finalmente optando por aceptar la propuesta de su camarada de ver películas y beber cerveza en su habitación.

Aquel día había rehuido a Marie, no deseando que descubriera la molestia que le provocaba la facilidad que ella tenía de acostarse con demás chicas,

mientras que él, solo sentía la extraña necesidad de estar con ella.

Al salir de clase y ya entrada la tarde, Alex y Louis se dirigieron a su cuarto, irrumpiendo en la estancia y echando el seguro.

—Podríamos ver algo de cine XXX. —Sugirió el ojizarco, echándose sobre la cama.

—Uy, sí. —Se jactó el de hebras doradas—. Y de mientras nos la machacamos.

—Pues depende la película, no te diré que no... —se regodeó el azabache, tomando una lata de cerveza para abrirla y beber un trago.

—Vigila no ensuciar nada.

—A la orden, mamá.

Alex fue hasta el armario, rebuscando algo cómodo con qué vestirse mientras su amigo fisgón divisaba como de debajo la cama sobresalía una bolsa.

Movido por la curiosidad, Louis agarró las asas y echó un vistazo en su interior, con una mueca granuja dibujándose en su rostro.

—No sabía que te gustaban estas cosas. —Canturreó con pillería.

Con desconcierto, el muchacho de iris verduzcos se giró sobre su eje, abriendo los ojos de par en par al ver la peluca dorada que su amigo le mostraba con desfachatez.

—¡Eh! ¡Deja eso! —Exclamó con intransigencia, arrebatándole el postizo y la bolsa con brusquedad—. ¿No te han enseñado a no tocar las cosas de los demás?

—¿Cómo es que tienes eso? —Se rio sin intención de eludir el tema, incorporándose de un salto—. ¿Es que ahora te van los juegos de rol?

—No es asunto tuyo. —Contestó con aspereza, guardando las pertenencias en su armario—. Y si no quieres que te eche a patadas, más te vale dejar de joder.

—Vale, vale. —Alentó Louis, alzando las manos en son de paz—. Relaja la polla, amigo.

Alex puso la vista en blanco, yendo al otro extremo de la habitación para quitarse la camisa, mientras su camarada se quedaba sin saber qué hacer; escudriñando con aburrimiento la estancia.

—¿Puedo encender la tele? —Preguntó, tomando el control remoto.

—Haz lo que quieras, mientras no vuelvas a meter las narices en donde no te llaman.

—Entonces ya no puedo hacer lo que quiera. —Recalcó su colega,

pulsando el botón de encendido del televisor.

—No me toques los huevos, Louis.

El susodicho ni caso le hizo, seleccionando uno de los canales para luego soltar el mando sobre el colchón al notar como su móvil vibraba en el bolsillo de su pantalón.

Al sacar el artilugio y mirar la pantalla, una sonrisa ladina se formó en los labios del zagal, quien en un semblante pillo marchó hacia el aseo.

—Voy un momento al baño. —Murmuró con despreocupación, enseñándole al blondo el teléfono con travesura.

—Como te la casques, te lo hago limpiar todo con la lengua, ¿estamos?

Louis ni se inmutó a sus amenazas, encerrándose en el aseo mientras su compañero acababa de vestirse con una camiseta holgada de camino al lecho.

Justo cuando estaba por sentarse, unos golpes provenientes del pasillo lo frenaron en seco; por lo que anduvo hasta la entrada, con su mente intentando adivinar quién podría ser aquella inesperada visita.

Al abrir, él restó inamovible al identificar a esa belleza de gemas azul cielo y melena azabache; encontrándose de pleno con esa mirada que reflejaba inseguridad y determinación por igual.

—¿Marie? —Preguntó desorientado, frunciendo el ceño—. ¿Qué haces aq...?

Ella se arrojó a sus brazos, besándolo con fervor mientras él se obligaba a reaccionar en ese arrebatado enardecido. No alcanzando más que a corresponder sus besos y atraerla al interior del cuarto casi a trompicones.

—A-lex... —susurró con las manos enredándose en sus guedejas, subiéndose a su cintura mientras él la sujetaba de los glúteos y sus labios se reclamaban con exigencia—. Fóllame, gatito...

—Azulita... —retrocedió con la joven hasta el lecho, cayendo tumbado de espaldas en éste, y siendo ella la que quedara encima suyo—. Creía que tenías una cita... —bisbiseó entrecortado, amasando su trasero con descaro.

—La anulé... —no consiguió culminar el beso que él la detuvo, posando un dedo sobre su boca.

—¿Cómo que la anulaste? —Se interesó en un tono suave.

La muchacha sonrió con lascivia, capturando su nudillo con los dientes de forma juguetona; haciéndolo tragar grueso, al mismo tiempo que su entrepierna reaccionaba a las provocaciones de aquella desvergonzada.

—¿Acaso importa? —Seseó con bribonería, lamiendo la extensión de su dedo de tal manera que él se sintió desfallecer.

—Tu lengua... —ella ensanchó su sonrisa, luego introduciéndose el dedo en su cavidad para succionarlo en un lento vaivén. Incrustando sus ojos a los del opuesto—. Marie... —murmuró con la respiración agitada, notando como su miembro quedaba prieto bajo el pantalón tras ser espectador de tan delicioso panorama.

Marie se enorgulleció del efecto de sus acciones, sacándose el dedo de la boca para sonreír sobre los labios de su amigo.

—Úsame... —susurró ella, deslizando una caricia por su abdomen por debajo la camiseta—. Quiero... Que me sometas... —mordió su labio inferior, tironeando de éste—. Satisfacerte...

—¿En verdad lo deseas? —Cuestionó impaciente, impulsando la pelvis para hacerle notar lo excitado que estaba—. ¿Quieres complacerme, *Ma Belle*?

La sonrisa de ella era toda una tentación; una tentación de la que él ya consideraba inevitable. Sus labios se rozaron, con el beso quedando suspendido en el aire al oír el ruido de la pica proveniente del aseo.

Marie arrugó la frente con terror, apartándose atemorizada mientras él se enderezaba con ella.

—N-No estás solo... —musitó con voz acusatoria.

—*Azulita*, no es lo que piensas. —Alentó a la desesperada, observando como ella reambulaba.

—No, claro que no. —Rebatió con ironía, yendo directa hacia la entrada.

—¡Marie!

Él le dio alcance antes de que saliera al corredor, impidiendo que se escaqueara al apoyar la mano en la puerta y hacer que se volteara y lo afrontara con pesadumbre.

—Alex, déjame o te prometo que te rompo las bol...

—*Oh, la la...* Un bombón francés.

Tanto Marie como Alex miraron en dirección al aseo, encontrándose a Louis observándolos con granujería y acercándose a su encuentro.

—¿Louis? —Nombró perpleja la chica, luego posando sus azules en los verdes de su amante.

—¿Has venido a hacernos compañía? —Invitó el ojizarco con coquetería, plantándose ante ellos mientras el rubio guardaba una distancia prudente con la fémica.

—Esto... No, yo... —titubeó, mirando con discreción al de apariencia áurea—. Solo venía a... Hablar... —pestañeó fuera de sí, sonriendo

despreocupada al centrarse en el azabache—. Pero ya será en otro momento.

Alex sonrió para sí mismo, ojeando a la muchacha, al mismo tiempo que su camarada contemplaba a ambos con una mueca escéptica.

—Te acompaño a la habitación, y... Hablamos. —Intervino el de gemas verduzcas, sin tener en cuenta la presencia de su opuesto.

—¿Y por qué no podéis hablar aquí? —Curioseó el de ojos celestes.

—Porque a ti no te incumbe. —Rebatió su camarada, abriendo la puerta y saliendo al pasillo con la chica—. Ve escogiendo una película que yo enseguida vuelvo.

Las objeciones de Louis fueron silenciadas tan pronto como los otros dos cerraron la estancia y marcharon por el corredor. Caminando hacia la planta donde se hospedaba la joven.

Marie miraba por el rabillo del ojo al universitario, sin decir nada en la primera parte del trayecto, al menos hasta que sus miradas se cruzaron.

—Oh-eh... Siento lo de hace un rato... —se excusó ella, esquivando el contacto visual—. Pensaba que... Bueno...

—Que estaba con otra. —Afirmó con parsimonia, haciendo que ella se sonrojara y evitara responder.

Él la agarró de la muñeca, afrontándola por sorpresa a medio bajar las escaleras, para luego ponerla contra la pared y apresarla con su propio cuerpo.

La chica se mantuvo inmóvil, escrutando el travieso semblante del zagal, el cual con atrevimiento capturó su barbilla y acechó sus labios.

—O-Oye, ¿qué estás haciendo? —Susurró ella con una risita, notando como su respiración chocaba con la del varón—. Sabes que aquí pueden vernos, ¿no?

—Mm... Qué excitante... —canturreó con provocación—. Me gusta... Arriesgar... —lamió la comisura de su boca, presionando su pelvis con la suya.

—No quieras ser un chico malo... —bisbiseó incitadora, asegurándose de que nadie circulara por las escaleras y los viera.

—Empezaste tú al pedirme que te follara. —Se relamió, perdiéndose en esos profundos océanos—. No quieras que ahora haga como si nada.

Ella emitió una carcajada, apartando al rubio por el pecho para después deslizar una sinuosa caricia por su abdomen; arrimándose descaradamente a su anatomía.

—Y quiero que me folles, pero tu amiguito te espera... —sonrió de forma

perversa, rodeando su cuello con los brazos—. Aunque... Se me ocurre una idea... —él arqueó una ceja, bajando las manos hasta sus glúteos para apretarlos con desvergüenza—. Este fin de semana... Coralie estará afuera, y he pensado que... Si tú quisieras... Podríamos... Hacer algo... —depositó un beso fugaz en sus labios, hundiendo los dedos en sus mechones mientras él sonreía con malicia.

—¿Tienes algo en mente, *Azulita*?

La jovencuela se mordió internamente de la mejilla, apartándose del varón para disponerse a partir con la mirada puesta en el rubio.

—Ven este viernes por la noche a mi habitación y lo sabrás.

Después de los contratiempos que se habían ido presentando durante la semana, el viernes llegó con todo su esplendor. Marie se había citado con Alex en su habitación a última hora de la tarde, asegurándose así de que su compañera ya hubiera marchado con su novio y que le dejara la vía libre para llevar a cabo sus planes.

—¿Azul o rojo? —Preguntó la morena, mostrando dos vestidos a su amiga desde frente del espejo de su cuarto.

—Cualquiera de los dos está bien. —Aborreció con impaciencia su contraria—. Además, acabará en el suelo.

—Muy graciosa. —Aborreció la de lentes, dejando las prendas sobre la cama para luego ir hacia el armario y asir un conjunto ceñido de color negro—. Podría probar con éste...

—Sí, ese se ve genial. —Aduló la ojizarca, tratando denotar énfasis a la vez que revisaba su móvil.

—Apenas lo has mirado. —Le recriminó la de orbes ámbar.

Marie resopló con engorro, alzando el rostro para esbozar la mejor de sus sonrisas al posar sus ojos sobre la chica.

—Sí, definitivamente con eso te va a poner a cuatro patas.

—¡Marie!

—Querías que te mirara y diera mi opinión, ¿no? —Rebatió con una risa sarcástica—. Si no te gusta, no haber preguntado.

—Estupendo... ¡Gracias! —Ironizó en un tono hastiado.

Después de varias pruebas, Coralie acabó vistiéndose con unos jeans y un top rojo. Luego metiendo dentro de una bolsa los otros atuendos ante la mirada dubitativa de su amiga.

—¿No ibas a ponerte ese vestido? —Cuestionó la azabache al ver la informal apariencia de la universitaria.

—Cuando llegue a casa de Jean. —Argumentó con parsimonia, colgándose la bolsa en el hombro.

—¿Qué sentido tiene que te vistas en su casa cuando está claro que lo que quiere él es dejarte en bolas?

—Eso a ti no te incumbe. —Contestó tajantemente, encaminándose hacia la

puerta que daba con el pasillo—. Por cierto, más te vale que cuando vuelva la habitación siga intacta o juro que te mato.

—¡Hey! ¿Me estás llamando irresponsable? —Lamentó falsamente.

—No, ¡qué va! ¿Cómo crees? —Abrió la puerta, ya saliendo al corredor—. Nos vemos el domingo.

Marie la vio marchar sentada sobre su lecho, esperando a quedarse a solas para dar un brinco y ponerse de pie apresuradamente; acercándose a la cómoda para abrir el cajón, y discernir entre su ropa y demás pertenencias, con una expresión granuja en sus facciones.

«Hora de que el gatito venga a jugar...»

Sacó el móvil del bolsillo trasero de sus shorts, avisando así a su supuesta cita al enviarle un corto mensaje.

...

Por contra, Alex se había pasado parte de la tarde en compañía de Louis, quien con su habitual insistencia comenzaba a desquiciar al muchacho de hebras doradas.

Tratando hacer oídos sordos a las constantes inquisiciones de su camarada, el chico se evadió revisando su teléfono; sonriendo complacido al recibir la notificación de la azabache dándole carta blanca para presentarse a su cuarto.

—Oye, ¿qué te parece si salimos a tomar algo? —Sugirió su amigo, tumbado en la cama del rubio.

—No es por ser borde, pero tengo otros planes. —Refutó, guardando el artilugio y despojándose de su sudadera para vestirse con una camisa blanca.

—¿Otros planes? —Se interesó, incorporándose en un semblante travieso—. ¿Con quién has quedado?

—Con nadie que te importe. —Respondió su opuesto con pesadez, peinándose los mechones con la mano.

—Eso significa que has quedado con un *sexy* bomboncito. —Confirmó con una sonrisa pilla, acercándose al rubio con fisgoneo—. ¿Cómo es? ¿Dónde la has conocido? Y lo más importante... ¿Me pasas su número?

—Ni de coña. —Negó el de gemas verduzcas, destilando contrariedad al encarar a su compañero—. Ésta es mía, así que... Búscate a otra para que te la

casque.

—*Wow, wow...* ¿Desde cuándo no compartes? —Se jactó el ojizarco, examinándolo con los brazos cruzados.

—Desde que me sale de los huevos. —Acalló con tedio, andando hacia la puerta para luego abrirla y ojear a su amigo—. Arreando.

—Últimamente me siento abandonado. —Se quejó, saliendo al corredor junto a su camarada—. Ya podrías hacerme un poco más de caso.

—¿Es que eres un perro? —Rebatió su opuesto, soltando una bocanada de aire—. ¿Por qué no quedas con la rubia esa que te cedí? Este... ¿Claudia?

—Claire. —Corrigió él en un tono elocuente, cruzando los brazos en la nuca al emprender la marcha en paralelo a su amigo—. Hoy no podía quedar, así que... Me quedé con las ganas.

—¿Hoy no podía quedar? —Repitió con incredulidad—. ¿Es que os habéis estado viendo?

—Un poco. —Contestó sin dar excesiva importancia al asunto—. Digamos que a mí me gusta dar y a ella que le den, entonces...

—Vale, lo pillo. —Acalló con una mueca de repelús—. Así pues... ¿Ella no te hace caso y te dedicas a incordiar-me a mí? —Masculló el de apariencia áurea, bajando las escaleras—. Enserio, tienes que buscarte algún pasatiempo.

—O a otra chica con la que follar... —canturreó con travesura.

—Buena suerte con la búsqueda. —Se mofó desganado.

—En realidad, no tengo que buscarla. —Comentó en un tono jocoso, captando el interés de su contrario—. Ya tengo una en mente.

—¿Ah, sí? —Murmuró con una sonrisa torcida—. ¿Y se puede saber quién es la afortunada?

—Marie.

Al oír su nombre, Alex detuvo su andar, haciendo que su camarada mismamente frenara y lo mirara con incertidumbre; sobre todo cuando sus facciones se desencajaron notoriamente.

—¿Marie? —Repitió el rubio, conteniendo ese desasosiego que entonces se expandía bajo su pecho al ver a su opuesto asintiendo con una reluciente sonrisa—. ¿Por qué ella?

—¿Cómo que por qué? —Ironizó como si fuera evidente, frotándose la nuca—. Está buenísima, y ni te imaginas las ganas que le tengo.

—Puedo hacerme una idea por las veces que llegas a repetirlo. —Murmuró con desdén, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón—. Yo de ti me iría olvidando; de todas maneras, ella es lesbiana...

—Si se acostara conmigo, dejaría serlo. —Fanfarroneó el de orbes celestes.

—Mejor deja de hablar. ¿Quieres? —Instó con cansancio, observando como su colega lo miraba despreocupado.

Al reanudar la marcha, ambos se dirigieron a la entrada de la residencia, donde Alex se quedó quieto en la puerta mientras su amigo lo miraba con las cejas enarcadas.

—¿Qué haces?

—He quedado aquí con mi cita, así que...

—Oh, genial. —Se posicionó a su lado, recargándose en la pared.

—Esto... ¿Puedo saber qué estás haciendo? —Cuestionó en un semblante incrédulo.

—Pues quedarme contigo a esperar a esa monada.

—Ni hablar. —Refutó intransigentemente el de iris verdes—. Me la vas a asustar, ¡lárgate!

—Sí que te has vuelto posesivo...

—Posesivo o no, quiero que te largues. —Masculló irascible, notándose su impaciencia.

—Y me largaré, después de que la haya vist...

El sonido del móvil de Louis interrumpió la discusión de ambos, por lo que el ojizarco sacó el artilugio del bolsillo del pantalón; sonriendo con jocosidad al leer el mensaje que había recibido.

—Cambio de planes... ¡Me piro! —Enunció el muchacho de ojos azules, guardando el teléfono con una amplia sonrisa para después afrontar a su compañero con displicencia—. Suerte con tu chica especial.

Alex pestañeó desorientado, observando como su camarada se alejaba al salir a los jardines del campus a un paso acelerado. En cuanto pensó que ya no había riesgo, el varón regresó al interior del edificio, subiendo apresuradamente las escaleras y cruzando el pasadizo de la planta donde se hospedaba Marie.

Al plantarse delante de la puerta de su habitación, respiró hondo antes de llamar con un toque de los nudillos; aguardando mientras miraba de lado a lado en el corredor.

—¿Quién es? —Preguntó la conocida voz femenina desde la habitación.

Él sonrió con lascivia, acercándose a la puerta para hablar en un tono meloso.

—Soy tu dulce y travieso gatito.

Unos segundos transcurrieron sin novedad. No obstante, no hubo demasiada espera que la joven abrió desde el interior de la estancia. Los ojos del universitario se agrandaron al ser recibido por esa belleza con rasgos de ninfa. La cual iba vestida como a una colegiala de sugerente apariencia.

Su melena sujeta en dos coletas altas, y su figura cubierta con una falda corta de color azul marino y una camisa blanca atada por debajo del busto.

—¿Marie? —Nombró él en un susurro, con una mirada ávida de deseo.

—Hola, profesor. —Saludó con voz incitadora, enredando dos dedos en los mechones de una de sus coletas.

—¿Profesor? —Inquirió con la lujuria apreciándose en sus facciones, dando un paso hacia ella para recorrer su faz con una suave caricia—. ¿Vamos a jugar?

—Solo si tú quieres. —Jaló de él hacia dentro, cerrando el cuarto y sin dejar de encararlo con una expresión pilla.

El rubio se relamió preso de la excitación, sosteniendo su mentón con el dedo índice.

—Por curiosidad... —inclinó el rostro sobre el suyo, clavando su mirada en la de ella—. Si quisiera jugar, ¿a qué tengo derecho?

En una actitud descocada, ella lo instó a retroceder hasta el borde del lecho, haciendo que se sentara en el mullido colchón mientras ella andaba donde él en un sinuoso contoneo.

—Tienes derecho a pedirme lo que quieras... —se puso de rodillas en el suelo, quedando entre las piernas de su invitado—. Al fin y al cabo, tú eres mi profesor... —deslizó las manos por sus muslos, dirigiéndose a las ingles, a la vez que se inclinaba para rozar sus labios con los propios—. Y yo solo una obediente alumna que quiere aprobar con buena nota...

Esa idea le pareció de lo más tentadora a su compañero, quien sin darle más vueltas al asunto, capturó los carmesíes de aquella diablesa en un candente y desesperado beso; con un hilo de saliva desprendiéndose al disolver el contacto.

—Entonces, mucho me temo que tendré que darle deberes que hacer, señorita Lallau. —Susurró con bribonería.

La azabache ensanchó su sonrisa, acariciando con una de sus manos el torso del varón por debajo la camisa, y bajando sin prisas hacia el sur.

—¿Y qué deberes quiere que haga, profesor Feraud? —Preguntó con falsa inocencia.

Alex se mordió internamente la mejilla, sosteniendo la barbilla de su

compañera para contemplarla con ígneo deseo.

—Lo que quiero... —rozó su labio inferior con el pulgar, provocando que ella se estremeciera ligeramente—. Es que seas una buena chica y me la chupes.

Con una expresión perversa, la joven lo empujó hacia atrás, provocando que él quedara tendido en el lecho; con el peso de su cuerpo apoyado en sus antebrazos mientras ella desabrochaba su cinturón y bajaba la cremallera de su pantalón.

—Tendrá que guiarme... —introdujo la mano por debajo la prenda, surcando con los dedos su entrepierna por encima del bóxer—. No tengo experiencia en esta materia...

—Tranquila, *Azulita*... —sintió como su miembro despertaba por las atenciones que recibía de aquella bella ninfa, impulsando la pelvis hacia arriba como acto reflejo—. Seguro que lo haces... Increíble...

Ella se mordió el labio, apretando un poco su falo, al ver como éste se endurecía bajo la prenda. Marcándose más al ir estimulándolo, a la par que el varón echaba hacia atrás la cabeza para soltar un gemido.

—¿Te gusta que te toque...? —apretó un poco más su hombría, regocijándose de los jadeos que proliferaban de la boca de su presa—. ¿Así?

—Ah... Sí... —adhiere sus verdes en esos cielos corrompidos por el deseo, alzando la cadera con impaciencia—. Me encanta que la aprietes...

Marie sonrió orgullosa por el efecto que causaban sus acciones, finalmente liberando la erección del bóxer para tomarla del extremo e iniciar un juicioso vaivén.

—Espero que también te encante... —acercó los labios al glande, rozándolo apenas con éstos—. Follarme la boca.

Un escalofrío recorrió la columna del apuesto individuo, notando como su respiración se aceleraba al sentir la lengua de su compañera hacer un breve contacto con su punto sensible; obligándolo a tragar pesado y con sus manos aferrándose a las sábanas.

—Créeme... Cuando te digo que me va a fascinar... —jadeó entrecortado, moviendo la cadera—. Ahora... Sé buena y satisface a tu profesor con esa boquita que tienes...

La muchacha se mostró complaciente, animándose a lamer la extensión de su virilidad de una manera que lo hizo ahogar un jadeo en su garganta. Sin darle tiempo a nada más que, de un ágil movimiento, se introdujo su dureza en la boca.

—Ah-ah... *Azulita*... —gruñó, con sus gemas siendo espectadoras de tan gratificante panorama. Observando como la azabache succionaba paulatinamente su falo mientras lo miraba con curiosidad y él jadeaba—. Qué bien... La chupas... —notó como ella intensificaba su succión, provocando que la mente del zagal se nublara y sus sentidos se agudizaran, al mismo tiempo que impulsaba la pelvis por tal de profundizar más en su cavidad bucal—. Así... Bien adentro...

Marie sonrió codiciosa, luego apartándose un poco para surcar con la lengua su virilidad; lamiéndola desde el escroto hasta el extremo del glande, y humedeciéndolo con saliva mientras que con la mano se aferraba a su extensión y lo estimulaba con un envidiable movimiento de muñeca.

—¿Voy bien, profesor? —Canturreó haciéndole ojitos, escrutando la expresión placentera y anhelante de su amante.

—A este paso... Te ganarás un sobresaliente...

—Así pues... ¿Continúo? —Instó con granujería, perdiéndose en la libidinosa sonrisa que él le regalaba.

—Sí... Hazlo...

De nuevo, ella comenzó a succionar con ambición el miembro de su compañero. Siendo constante y más audaz al oír los gemidos que se le escapaban sin control.

—Joder... Así, preciosa... —jadeó entrecortado, guiando una mano hasta su cabeza para orquestrar el compás de sus succiones—. Cómela toda...

El notar qué tan desbordado de placer él se encontraba, causó no más que regocijo en la ojizarca. Sintiendo la necesidad de complacerlo en la medida posible.

Acompañó con las manos los agasajos que le proveía con la boca, haciendo que la estancia se inundara de los sonidos de gozo que emitía el rubio de forma impúdica.

—Te ves tan jodidamente *sexy*... —murmuró al incorporarse, incrustando sus esmeraldas en esos zafiros profundos cual océano—. Sin duda... Verte chupándome la polla, es toda una... Delicia...

El semblante de la chica era de puro júbilo; introduciéndose lo más que pudo el miembro de su amigo hasta el fondo de su cavidad, y arrebatándole un gemido desgarrado por esa fruición que lo abrumaba, mientras él mismamente deshacía ligeramente las coletas de la universitaria al hundir los dedos en su cuero cabelludo.

—Ah-ah... *Bebé*... —alzó las caderas, profanando la boca de la chica con

avidez y desespero—. Vas a hacer... Que me corra...

Ella ralentizó la cadencia, continuando con la estimulación manual al mirar con concupiscencia a su contrario, y enderezándose un poco sobre sus rodillas para unir su frente a la suya.

—Córrete, *gatito*... —susurró a un suspiro de rozar sus labios, sonriendo con diablura—. Dame tu leche...

—¿La quieres, *Azulita*? ¿Quieres que te la dé? —Ella asintió, fijándose en cómo él luchaba por mantener el control con la voz sofocada—. Entonces... Cómeme la polla...

No fue necesario repetirlo que la joven volvió a acomodarse entre las piernas del varón, lamiendo su hombría y posteriormente succionándola ya con más soltura y rigor.

Los gemidos le indicaban que la hazaña que llevaba a cabo estaba resultando de lo más fructuosa, sin detenerse al notar como el falo se endurecía más y vibraba en su boca. Alex enredó el cabello de la parisina en sus manos, luego cerniéndose a su cabeza para embestirla con ímpetu.

—Ah-ah... Marie... —gimoteó con su cuerpo cayendo preso de un placer arrullador, entregándose por completo a esas sensaciones que lo embriagaban.

Marie perseveró en sus succiones, notando como a los escasos segundos, su falo palpitaba y eyaculaba en lo profundo de su cavidad una sustancia viscosa que se iba derramando; obligándola a tragársela mientras él era arrastrado por esa cúspide de placer al alcanzar el orgasmo.

Él reposó las manos sobre el lecho, con su respiración recomponiéndose y sus verdes contemplando con fascinación a aquella traviesa ninfa, quien relamiéndose los labios se incorporó e inclinó sobre la boca del rubio para besarlo lento y sinuosamente.

—¿He aprobado, profesor? —Curioseó en un tono inocente.

—¿Tú qué crees? —Acunó su rostro con una mirada juguetona, lamiendo la comisura de su boca—. Lo has hecho tan bien, que hasta voy a darte un premio...

Sus lenguas se encontraron impacientes en un beso fervoroso, yaciendo sobre el lecho mientras sus manos exploraban la silueta del otro con anhelo.

En sus mentes solo había cabida para el deseo que se profesaban, sin ser conscientes del mundo que los rodeaba al centrarse exclusivamente en su opuesto. Rodando en el colchón al mismo tiempo que los besos se convertían más impiadosos y asiduos.

—¡No me jodas!

Ambos jóvenes se sobresaltaron al escuchar esa varonil voz proveniente de la puerta de entrada, separándose y mirando en su dirección, con los ojos abiertos de par en par, al identificar a Louis en compañía de Coralie. Observándolos con desconcierto por parte de él, y diversión por la de ella.

Tanto Alex como Marie se apresuraron en acomodarse las ropas, luego poniéndose de pie para encarar con desasosiego a sus amigos, los cuales aún aguardaban quedos en la entrada de la habitación.

—¿Qué coño estáis haciendo aquí?! —Vociferó la azabache, abrazándose por tal de ocultar su vestimenta.

—Creo que la pregunta sería, ¿qué estabais haciendo vosotros? —Replicó la morena en una postura relajada y una sonrisa socarrona.

—N-No estábamos haciendo nada. —Negó su compañera con voz titubeante.

—¿Enserio, Marie? —Dudó la joven de lentes con una mirada incrédula, divagando entre la chica y el rubio—. No sé si eres consciente, pero llevas un vestido de colegiala cachonda y a Alex lo hemos visto a punto de darte lecciones de física con su *dildo* de carne y hueso.

—¿Y-y tú qué sabes? Po-podría ser que simplemente estuviéramos... ¿Ensayando? —Murmuró la ojizarca con no demasiado convencimiento.

—¿El qué? ¿El *Kamasutra*? —Rebatió su contraria cada vez más entretenida.

Mientras ambas féminas discutían, los otros dos se mantenían al margen de aquel enfrentamiento. El de mechas doradas contemplaba el debate del dúo de amigas con aborrecimiento, al mismo tiempo que Louis aún seguía en estado de shock por tan inesperado descubrimiento.

—¿No se supone que ibas a estar fuera todo el fin de semana?! —Persistió Marie, poniendo el grito al cielo.

—Mentí. —Contestó despreocupada la futura periodista, encogiéndose de hombros.

—Eres una amiga... ¡Odiosa! —Pataleó, apretando los puños en sus costados.

—Aprendí de la mejor. —Alardeó Coralie con arrogancia.

—¡Agh! Me va a explotar la cabeza... —Intervino Louis con los dedos frotando sus sienes, fijando la mirada su camarada—. ¿Desde cuándo dura todo esto?

—Pues...

—Habla y te corto la lengua con hilo dental. —Amenazó la chica de gemas marinas a su supuesto amante.

El aludido puso la vista en blanco, con las manos en los bolsillos de su pantalón al fijar sus verdes en los azules de su camarada.

—Lo siento, no estoy autorizado para contestar.

Louis resopló con engorro, luego dirigiendo su morbosa mirada en esa atractiva universitaria con uniforme sugerente de colegiala; el cual realzaba deliciosamente sus apetecibles atributos. La examinó de arriba a abajo con lujuria, captando la atención de su contrario, quien, ante su desfachatez, frunció el ceño y dio un paso al frente con una expresión disconforme.

—¿Se puede saber qué estás mirando?

—¡Wow! Calma, *Steve Rogers*. —Alentó con las manos extendidas hacia adelante y sus celestes ojeando a la pelinegra—. No estoy haciendo nada malo.

La azabache tensó la mandíbula, a punto de arremeter contra aquel holgazán que prácticamente la desnudaba al analizarla impudoroso. Sin lograr siquiera pronunciarse que su compañero se interpuso como a escudo delante suyo.

—Sigue mirándola así y hago que te tragues tus pelotas.

—El gato sacó las garras. —Replicó su opuesto con una corta risita, frotándose la nuca—. Tranquilo, que no te la voy a robar. —Se mofó con parsimonia—. No soy de los que les roban la novia a sus amigos.

—¿Cómo?! —Exclamaron ambos aludidos al unísono.

Los dos jóvenes se miraron el uno al otro con estupefacción, quedándose sin habla momentáneamente y con las mejillas de la muchacha adquiriendo un intenso rubor al zambullirse en las esmeraldas de su compañero.

—Me da que diste en el clavo, amigo mío. —Mencionó la morena con regocijo.

—¿Qu-qué?! ¡No! ¡Ni hablar! —Negó Marie, apartándose de Alex con tozudez—. Quizás follemos, pero no somos... ¡Eso!

—Y ahí, tú solita te delataste. —Indicó sonriente la muchacha de lentes.

Marie se cubrió la boca con las manos, sintiéndose abochornada e insegura al notar como todos la observaban y la hacían sentir presionada.

La impotencia la abrumaba, así como una sensación de rabia y, en cierto modo temor, la atrapaban al afrontar al individuo de iris verdes.

—Definitivamente, ahora sí que estoy alucinando... —murmuró Louis con asombro.

La universitaria de ojos celestes miró de un lado a otro con nerviosismo, finalmente escaqueándose de esa vil emboscada, al salir precipitada hacia el pasillo frente a la perplejidad que se reflejaba en los rostros de los demás integrantes del cuarto.

Alex se quedó inmóvil en su posición, con la ansiedad carcomiéndolo por dentro, tras la súbita partida de la muchacha.

—¿No vas a ir tras ella? —Cuestionó Coralie.

El rubio la encaró desorientado, intentando reflejar indiferencia al estudiar a la fémina.

—¿Y por qué iba a hacerlo? Si se ha ido, lo mejor será dejarla estar.

Se hizo un silencio mortuorio de varios segundos, que el otro varón decidió romper al aclararse la garganta con un sonoro carraspeo.

—No es por nada, pero se ha ido en... Uniforme. —Alegó Louis en un tono pausado—. ¿Tal vez alguien debería ir a protegerla?

Coralie lo observó con una ceja enarcada, haciendo que el azabache reaccionara, tras exponer ese razonamiento que acababa de exteriorizar.

—Creo que... Iré a buscarla.

—Buen chico. —Agradeció la chica con sarcasmo.

Louis abandonó la habitación para ir en busca de Marie, dejando a solas a su amigo y a la muchacha de orbes color miel.

Ninguno de los dos decía nada, dejando que los minutos pasaran, hasta que ella se acercó al borde de su lecho para sentarse de piernas cruzadas.

—¿Y bien? —Masculló la joven, haciendo que el rubio la viera—. ¿Vas a seguir sin soltar prenda o qué?

—¿A qué te refieres? —Se extrañó.

—¿Qué va a ser? —Se palmeó la frente, recargándose en su rodilla al inclinarse hacia adelante—. Tú y Marie, ¿ella te gusta!

—Eh, eh... ¿De dónde andas sacando esas conclusiones? —Inquirió con socarronería—. Ya oíste lo que ella dijo; nosotros follamos y punto pelota.

Coralie hizo una trompita con los labios, transformando su expresión inquisitiva en una de pesadumbre.

—¿Es que me has visto cara de tonta? —Espetó con hastío, pasando los dedos por su cabellera—. Los dos sois evidentes, pero tú... —hizo una pausa, soltando una carcajada—. Tú te llevas el trofeo ganador.

—Sigo sin saber de qué estás hablando.

—¡Pues que estás loco por Marie! ¡De eso mismo estoy hablando! —Él hizo ademán de contestar, más las palabras quedaron en el aire al ver como

ella alzaba una mano—. Si me vas a decir que son imaginaciones mías o algo por el estilo... Ahórratelo, *Britney*.

—Bien, entonces no tengo por qué decir nada más. —Se dirigió hacia la puerta, deteniéndose al oír la risa de la chica a sus espaldas.

El universitario respiró profundamente, girándose despacio con los brazos en cruz y una mirada abatida.

—¿Y ahora de qué te ríes? —Exclamó con apatía.

—De que cada vez está más claro que estás pillado de ella.

—Oye, ¡yo no estoy pillado de Marie! —Vociferó con intransigencia, arrugando el entrecejo—. Ella es solo una amiga con la que suelo follar.

—Sí, claro. —Se puso de pie, reduciendo la distancia entre ambos—. Una amiga con la que follas y te pones celoso.

—¿Perdona? Yo no estoy celoso. —Contradijo con petulancia.

—¿Seguro? —Incitó la morena con pillería—. Así pues... Si Marie se acostara con otro, como, por ejemplo, Louis... ¿No te importaría?

Un turbio sentimiento lo inundó tan solo de imaginar a la azabache en brazos de su amigo. Canalizado esa zozobra que lo abordaba al apretar los dientes con fuerza.

—Si ella lo quisiera...

—Podéis negarlo cuanto queráis, pero salta a la vista que entre vosotros hay algo más que simple sexo. —Esas palabras hicieron que él se quedara completamente estático, aguardando atento—. Así que, por más que trates de convencerme de que no sientes lo más mínimo por mi amiga, yo no te pienso creer.

Tras unos instantes, él sonrió ladinamente, rascándose la nuca mientras sus ojos se adherían a los de la morena.

—Peor para ti, *monina*. —Respondió sin querer profundizar en el tema—. Entre Marie y yo no hay, ni nunca habrá, absolutamente nada.

—Curiosa respuesta para alguien que siempre decía que Marie era como un chico. —Contraatacó impassible, reposando las manos en sus caderas—. No obstante, eso no te ha impedido jugar al papá y a la mamá con ella.

Él no quiso continuar en esa burda discusión, haciéndose el desentendido.

—En fin, me tengo que ir. —Explicó él con fingido cansancio, dándose la vuelta en una acción evasiva—. Diría que ha sido un placer verte, pero mentiría, así que...

—Alex. —Interrumpió en un tono cortante, haciendo que el susodicho la mirara por encima del hombro—. Independientemente de lo que sientas, debo

decirte que... Marie no es tan fuerte como parece. —Eso lo hizo dudar, torciendo el gesto—. Por ello te pido que... No le hagas daño a mi amiga.

En la mente de Alex se sembraron dudas e incógnitas que alimentaban su curiosidad. Dudas que no sabía cómo resolver. Sin embargo, no estaba dispuesto a saciar ese apetito de conocimiento. Al menos, no por ese entonces.

Sin volver a cruzar palabra, el joven salió hacia el corredor, caminando en un estado reflexivo mientras le daba vueltas a lo que le había dicho Coralie.

Sus pies tomaron el rumbo hasta su cuarto, aún y así, al plantarse frente a su puerta no pudo más que quedarse plantado delante.

«Debería ir a buscarla...»

Soltó un bufido frustrado, luego bajando las escaleras para empezar a inspeccionar los rincones de la residencia de punta a punta, e intentando hallar el paradero de su compañera.

Después de recorrer el edificio entero, se aventuró en salir a los jardines del campus; de nuevo sin suerte al escudriñar el paisaje ya nocturno, con pocos estudiantes deambulando en él.

—Joder, ¿en dónde se habrá metido? —Sacó el móvil, marcando el número de Marie mientras andaba a paso veloz por las sendas del lugar.

No importaba qué tanto insistiera, la llamada terminaba cortándose y con ello la angustia lo asaltaba. Quiso ponerse en contacto con Louis, pues él había salido tras ella después de aquel altercado. No obstante, en cuanto su camarada atendió a su llamado, las noticias seguían siendo desalentadoras.

No sabía ya por donde buscar, sintiéndose inútil e intranquilo al no tener ni una sola pista de la ubicación de la muchacha. Tras cruzar medio campus, al final desistió en su búsqueda, regresando a la residencia en una postura encorvada y compungida.

Se podría decir que estaba desesperado y hecho un enredo, sin embargo, ese desaliento se desvaneció en cuanto a sus oídos se filtró la voz que tanto estaba deseando escuchar. Por desgracia, por el tono y los ruidos que llegaba a oír, bien podía distinguir el miedo, además de otras segundas voces, que no le causaban ni una pizca de gracia.

—¡N-No! ¡Soltadme! —Chilló la joven.

Al sentir esa inminente amenaza, Alex siguió el camino de donde provenía ese alboroto. Finalmente encontrando detrás de unos cipreses a Marie siendo retenida a la fuerza por dos sinvergüenzas.

—Vamos, preciosa. —Animó un chico de cabello castaño y apariencia macarra—. Solo queremos pasarlo bien..

Uno de los individuos la tenía sujeta por las muñecas, mientras que el otro sostenía su mentón e intentaba propasarse sin importarle los forcejeos de ella.

—¡Dejadme! —Exclamó tratando liberarse, removiéndose.

Al ser espectador de tan perturbador panorama, Alex avanzó consternado hacia ellos, apretando los puños con la ira corroyéndolo.

—¡Eh, *gilipollas!* —Vociferó el rubio con ferocidad.

El que encaraba a la fémina se volteó, sin ver a venir el certero puñetazo en la mandíbula que el muchacho de gemas verdes le encestó y que lo hizo tambalearse.

—Maldito hijo de puta... —masculló el atacado, frotándose la quijada para luego afrontar al intruso.

Cuando Marie vio a su compañero, sintió como se le aceleraba el corazón, mismamente temiendo por lo que aquellos pudieran hacerle; ya fuera a ella o a él.

—Soltadla. —Advirtió Alex, adoptando una pose defensiva—. A no ser, que queráis que os mande al foso antes de tiempo.

—Qué iluso. —Se jactó el que mantenía a la azabache inmovilizada—. ¿Crees que puedes con nosotros dos? —Empujó a la muchacha, haciéndola caer sobre el césped.

—No lo creo. —Se arremangó la camisa, preparando los puños—. Sé que puedo.

—Alex... —musitó la fémina, notando como sus piernas no respondían y restaba paralizada en su posición.

—Te arrepentirás de esto, imbécil. —Amenazó uno de los malhechores.

—Eso ya lo veremos.

Ambos verdugos se apresuraron en asaltar al blondo, precipitándose al atacarlo sin contemplaciones mientras él esquivaba los golpes que intentaban propinarle.

La universitaria contemplaba la lucha aún paralizada, observando como su salvador se defendía habilidosamente, ganando ventaja frente a sus oponentes; los cuales por más que se esforzaban, se quedaban a atrás ante los movimientos y golpes del muchacho.

Estuvieron enzarzados en aquella batalla hasta que uno de los asaltantes cayó de espaldas contra el suelo, dejando a su compañero afrontando a Alex con la respiración agitada.

—¿Qué? ¿Continuamos? —Retó el de mechones dorados.

Sus adversarios se apartaron, recobrando la compostura al comenzar a alejarse, mientras despotricaban en contra del universitario, quien tan pronto como aquellos impresentables se marcharon, echó un vistazo hacia la azabache y se agachó a su altura para examinarla en un semblante circunspecto.

—¿Estás bien? —Acercó una mano a una de sus mejillas, acariciándola con suavidad mientras los ojos de ella permanecían abiertos ampliamente y sin pestañear.

Marie se lo quedó mirando en silencio, notando como el corazón le daba un vuelco al estudiar la expresión de su rostro con detenimiento.

Al caer en esa especie de trance, la joven reaccionó a la defensiva, sacudiendo la cabeza y enderezándose en una actitud vanidosa.

—Perfectamente. —Aseguró con arrogancia, fijándose en cómo él se incorporaba—. De hecho, estaba por librarme de esos idiotas hasta que tú apareciste.

Alex pestañeó fuera de sitio, emitiendo una risa sarcástica por la poca modestia que ella demostraba.

—¿Y cómo se supone que ibas a librarte de ellos? Porque, sinceramente, bien daba la impresión de que fueras una damisela en apuros.

—¡Era parte de mi plan, idiota! —Le sacó la lengua, cruzándose de brazos.

—Pues menuda mierda de plan.

Sin desear seguir discutiendo, el muchacho anduvo en dirección a la residencia, siendo seguido a una prudente distancia por aquella chica de carácter cambiante y difícil de domar.

En lo que duró el trayecto, ninguno quiso intervenir, manteniéndose esquivos entre ellos hasta que irrumpieron en el recibidor del edificio.

Marie se negaba a dar el brazo a torcer, pese a sentirse insegura y desvalida por dentro. Fijando sus zafiros en la espalda de su compañero al subir las escaleras de la residencia en completo mutismo.

Algo la instaba a dar un paso más, pero de igual forma, también la frenaba, creando una contradicción consigo misma entre lo que ansiaba y lo que creía que debía hacer.

Marie sentía los latidos de su corazón cada vez rezumbar más intensamente contra sus oídos, provocando que se sintiera contra las cuerdas hasta que, al llegar a su planta, no terminó de subir el último escalón, que se abrazó por detrás a la cintura del varón y lo hizo detenerse.

Él notó las manos de ella temblar al aferrarse a su cuerpo, así como la presión que ejercía al apoyar la cabeza en su espalda.

—¿Azulita? —Cuestionó en un tono recatado, virando levemente el rostro —. ¿Pasa algo?

La azabache arrugó la tela de su camisa al aferrarse a ésta con más fuerza, suspirando mientras se agazapaba a su silueta.

—Tenía... Miedo... —musitó con un nudo en la garganta, tragando grueso —. Pensaba que iban a hacerme daño, y... Que luego iban a hacértelo a ti...

Esa confesión removió algo en el interior del varón. Despacio, acercó sus manos a las de ella, deshaciendo ese abrazo para girarse y tomarla de la barbilla, haciendo que lo mirara directamente a los ojos.

Por primera vez, esa chica cabezota y despreocupada, lucía decaída y vulnerable; despertando en él un sentimiento de protección hacia ella, a la par que surcaba con las yemas de los dedos el contorno de su faz.

—Pero no pasó. —Alentó con una sonrisa afable, inclinándose para unir su frente a la de ella—. No tienes de qué preocuparte; mientras pueda, no dejaré que nadie te ponga un dedo encima.

Ella se dejó calmar por sus palabras, percibiendo un aura cálida expandiéndose en su interior, que la impulsó a reducir los escasos centímetros que la separaban del muchacho para besarlo en los labios con urgencia.

En primera instancia, él permaneció patidifuso, dejándose arrastrar por ese beso tan ferviente como necesitado que le fue otorgado. Sin embargo, cuando ella se separó y lo miró con la incerteza reflejándose en sus océanos, el joven no se supo estar de reincidir y besarla con sus brazos estrechándola contra su cuerpo y su lengua deslizándose con pericia en su cavidad bucal.

No entendía porque no podía contenerse, tampoco porqué necesitaba tanto en ese entonces tenerla a su lado; pero el hecho, era que cuando se rompió el beso, él solo podía contemplarla y desear volver a morir en sus besos.

—Podría... ¿Quedarme a dormir contigo esta noche? —Preguntó ella con inusual timidez.

Alex la miró con asombro y relajó, peinando su melena con una caricia mientras ella le prestaba su exclusiva atención.

—Solo si yo me quedo con el lado derecho de la cama. —Comentó en un tenue bisbiseo.

La fémica revoleó los ojos, sonriendo con simpatía al perderse en la mirada del opuesto.

—Es tu cama; tú mandas. —Se resignó con una mueca divertida.

Él la ojeó entretenido, luego guiándola hasta su planta con un tranquilo andar, mientras terminaban de subir las escaleras y cruzar el pasillo.

Marie lo iba mirando con curiosidad y un deje de perturbación, abrazándose a sí misma mientras se obligaba a hablar con calma.

—Siento lo de Coralie. —Lamentó con la vista puesta en sus pies, captando el interés del opuesto—. No sabía que ella y Louis estaban planeando tendernos una emboscada...

El zagal sonrió, restándole importancia al asunto. Cuando se plantaron frente a la puerta de su habitación, no pasó mucho hasta que se adentraron en la estancia.

—No pasa nada. —Susurró él, viendo a la chica observándolo recelosa desde el borde de la cama—. Tarde o temprano, nos iban a descubrir. —Echó el seguro de la puerta, después acercándose a la jovenzuela.

—Entonces... ¿No estás molesto? —Inquirió en un tono titubeante.

El rubio torció una sonrisa, invitándola a sentarse en el extremo del lecho con él a su lado, mirándola de refilón.

—Para serte sincero, me quedo más tranquilo. —Admitió con un suspiro escapando de sus labios—. Al menos, ahora Louis dejará de darme el coñazo con las ganas que tiene de metértela.

—Ya, claro... —se jactó ella con una carcajada—. Como si eso fuera a ocurrir.

—Espero que no, sino ya tengo elegida la canción que sonará en su funeral. —Se refirió en un tono desdeñoso.

Aquello le sonsacó una risotada a la chica, quien ya más tranquila lo contempló incrédula.

—Qué temperamental, *gatito*. —Mencionó sin borrar esa sonrisa que adornaba sus carmesíes—. Al final, me vas a hacer creer que estás celoso del *pitufito*.

De nuevo esa palabra salía a flote y lo inundaba de incertidumbre, dejándolo en un estado reflexivo mientras ella se levantaba de repente y se desperezaba.

—Iré a darme una ducha antes de dormir. —Explicó ella remolona, interceptando la mirada de su compañero—. ¿Me dejas usar tu baño?

—Eh... Claro, todo tuyo.

La muchacha reuló hasta el aseo, inmiscuyéndose en su interior, al mismo tiempo que el varón apoyaba los codos en sus rodillas y se llevaba las manos a la frente de forma pensativa.

«¿Qué coño te está pasando, Alex?»

Después de asearse, Marie se asomó por la puerta del baño, localizando al rubio tendido sobre la cama con la vista puesta en el techo en un estado ofuscado.

—Alex... —nombró con recato, captando la atención del susodicho, quien en el acto ladeó el rostro hacia ella—. ¿Podrías dejarme algo que ponerme?

Una sonrisa pícaro curvó los labios del varón, instándolo a sentarse en una postura relajada.

—¿Qué pasa, *Azulita*? ¿El uniforme de colegiala ya no da de sí? —Bromeó en un tono jocoso.

—Ni de coña vuelvo a ponerme ese vestido de *Sailor-Porn*.

—¿Por qué no? Te quedaba muy sexy.

La azabache revoleó los ojos, ocultándose aún tras la puerta con una expresión de tedio dibujándose en sus rasgos.

—¿Vas a darme algo con qué vestirme o no? —Él se encogió de hombros, mostrándose en una actitud juguetona, mientras la chica imitaba su misma faceta despreocupada al ver su poca predisposición a cooperar—. Muy bien.

Con parsimonia, la muchacha salió del aseo envuelta con una toalla. Avanzando hacia el lecho con gráciles andares y la mirada incrustada en la de su compañero. Se detuvo al llegar al borde, con una sonrisa divertida en sus carmesíes al comenzar a deslizar la tela que cubría su silueta, exponiendo así su cuerpo ante el lujurioso mirar del zagal.

Cuando la toalla cayó al suelo, ella se llevó una mano a la boca de forma inocente, examinando el semblante deseoso de su opuesto.

—Vaya, me temo que tendré que dormir desnuda. —Expresó con falso pesar.

—No suena... Mal... —sus verdes descendieron por esa obra de arte que representaba la desnudez de aquella ninfa, relamiéndose al fijarse en sus proporcionados montes—. Y te ves... Muy bien...

—¿Tú crees? —Delineó con sus manos el contorno de sus senos, mirándolo con provocación al realizar tan incitadora acción—. No sé, tengo la sensación de que me falta... Algo...

Él tragó grueso ante tan tentador escenario, observando como ella se

acomodaba de rodillas sobre el colchón y dirigía las manos del rubio hasta sus pechos. Haciendo que los apretara, a la vez que sonreía con pillería.

—Creo saber... Qué es lo que te falta... —amasó sus senos con descaro, inclinándose sobre sus labios con embeleso—. Y estaré encantado... De dártelo...

El universitario la sujetó firmemente de los brazos, atrayéndola a su cuerpo para besarla con impaciencia y desenfreno, luego sentándola sobre sus piernas e impulsando su pelvis contra el sexo de la ojizarca.

Alex manoseó sus disimuladas curvas con ansia, sin alcanzar en desenvolverse libremente, que ella lo empujó de espaldas al colchón. Cabalgando sobre su entrepierna en un delirante balanceo, al mismo tiempo que lo inmovilizaba al presionar sus manos en el lecho.

—Esta vez, me toca a mí mandar... —canturreó ella con bribonería, insistiendo al restregarse contra su bragadura, notando como bajo el pantalón se endurecía su virilidad—. Lo siento, *Gatito*.

—¿Quieres dominarme, *Azulita*? —Seseó con travesura, alzando la pelvis por tal de seguir gozando de esas fricciones—. ¿Dónde quedó lo de mi cama, mis reglas?

—Bueno... Te dejaré follarme. —Alardeó con impudicia—. Siéntete complacido con ello.

El rubio no contestó, limitándose a sonreír mientras ella acercaba las manos al borde de su camisa y la desabotonaba con desespero, para luego tirar bruscamente de la prenda.

—¡*Hey!* Ya es la segunda camisa que me estropeas... —se quejó con socarronería.

—¿Perdón? —Silenció sus inquisiciones al besar sus labios con pasión, aprovechando mismamente en despojarlo de la camisa y surcar su abdomen con las manos.

—Te noto muy... Ansiosa... —murmuró entre beso y beso, atrapando sus glúteos—. ¿Tantas ganas tienes de volver a sentir mi polla, *Azulita*?

—Tantas como tú de sentir mi coño, *Gatito*.

Ni como negar lo que era cierto, él robó un enardecido beso de esos carmesíes que acechaban su cordura, hundiendo los dedos en su cabellera para atraerla hacia sí y explorar en profundidad su cavidad bucal.

La joven soltó una risita de regocijo al percibir la desesperación en él, peleándose con el cinturón de su pantalón mientras el rubio se negaba a dejar de besarla. Instantes después, la muchacha cumplió con su cometido,

deshaciéndose de las prendas inferiores del varón y liberando así su erección.

Marie atrapó su miembro con firmeza, masajeándolo paulatinamente mientras sus cielos se perdían en las expresiones placenteras de su amante.

—Qué dura la tienes... —bisbiseó ella con voz suave, rozando con los labios su mentón.

—Y más dura que se pondrá... Si sigues tocándola así... —acercó la mano a su monte de Venus, hundiendo dos dedos en su humedecida cavidad—. Estás tan mojada... —resiguió los pliegues de su sexo, introduciendo y sacando los dedos en un armonioso vaivén.

—Ah-ah... Alex... —gimoteó por lo bajo, removiéndose a la par que apretaba más su dureza y se deleitaba de las atenciones del chico.

—Me encanta que gimas mi nombre... —echó la cabeza hacia atrás, mirando con ígneo deseo el rostro de porcelana de su compañera—. Sobre todo... Cuando te la estoy metiendo...

—Entonces... —rasgó con los dientes su quijada, luego depositando un beso en ésta—. Métemela...

Sus miradas se encontraron profesándose lujuria, entregándose el uno al otro en un beso apasionado. Alex la agarró de la cintura, acomodándola en su entrepierna para restregarse superficialmente contra la de ella en un lento mecimiento.

—Marie... —susurró con voz ronca, posando la mirada en los senos de la fémica—. Joder... —capturó uno de sus pechos, paseando la lengua por su pezón, para después atraparlo entre sus dientes y tironearlo de forma juguetona—. Estás muy excitada, *Bebé*... —succionó un poco su botón, arrebatándole un jadeo a la jovencita.

—*Gatito*... —suplicó en un tono extasiado, friccionando más insistentemente sus intimidades mientras él se entretenía agasajando sus atributos—. Ah-ah... Quiero que me folles...

—Si eso es lo que deseas... —extendió el brazo hacia la mesita de noche, sacando del cajón un preservativo, y rasgando el plástico que lo contenía con los dientes—. Tendré que satisfacerte... —deslizó el condón por su hombría, enseguida posicionándose en la entrada de su compañera, y frotando el glande entre los pliegues de su centro—. ¿Estás lista? —Ella confirmó en silencio, estudiando la sonrisa granuja que él esbozaba al impulsar sus caderas hacia arriba y hundirse de una estocada en su cavidad.

Ambos jadearon ante tan esperada incursión, moviéndose despacio al inicio de esa danza de pasión, que prendía sus cuerpos con virulencia.

—Siempre tan estrecha... *Azulita*... —gruñó él entre jadeos, atrayéndola por la espalda y uniendo su frente a la suya—. Me tienes loco, ¿lo sabías?

—Mm... Me gusta hacerte enloquecer... —se movió más briosa, subiendo y bajando más apurada, ejerciendo presión hacia abajo por tal de notar cómo la penetraba por completo—. Al igual que me gusta, lo grande y dura que se te pone la polla...

Él se regodeó de tan gratos halagos, dibujando círculos con la cintura para así acaparar plenamente las paredes de su sexo.

—Si tanto te gusta... —le propinó una ruda embestida, sujetando sus glúteos y orquestando así el compás de las incursiones—. Clávatela toda... —ella gimió por lo alto, aferrándose al cabezal de la cama para así darse más empuje—. Quiero ver... Como la disfrutas...

La azabache se meció en un contoneo urgido, sosteniéndose con fuerza mientras el calor se instalaba en su intimidad, y las estocadas que recibía le hacían gemir en una nota más elevada.

—Ah-ah... A-sí, Alex... —bajó la cabeza, con el cabello cayéndole por la frente al clavar sus zafiros en las esmeraldas de su asaltante—. Dame más... —imploró codiciosa, con sus senos brincando en armonía—. Más... Duro...

—Niña traviesa... —se arrojó a sus labios, incorporándose y sentándola con él mientras la penetraba con más hosquedad y rigor—. Dime si así... Es suficiente... —ella ahogó un grito en su garganta, arqueando la espalda hacia atrás, a la vez que él la sostenía de la cintura y la presionaba para embestirla con más asiduidad y efecto.

—Sí... Así... Métela toda... —clamó con las mejillas llameando y sus labios entreabriéndose, atisbando como las facciones del rubio se convertían en toda una provocación.

—Toda... —aseguró en un susurro, inclinándose para mordisquear su cuello y lamerlo después—. Y toda... Tuya...

Ella se obligó a contener ese placer que la desbordaba para mirarlo a los ojos con fijación, discerniendo ese deseo aplacador en sus rasgos.

—¿Toda... Mía? —Seseó entrecortada a escasos centímetros de sus labios—. Solo... ¿Para mí?

Las respiraciones de ambos chocaban entre sí, contagiándose de su cálido vaho, mientras sus cuerpos emitían un sonido de lo más excitante al friccionarse. Él sonrió con lascivia, lamiendo la comisura de la boca de la joven.

—¿Acaso no la sientes? —Bisbiseó con voz aterciopelada—. ¿No sientes

lo mucho que me pones? —Surcó con las yemas de los dedos su columna, deteniéndose en su trasero, para penetrarla con mayor ímpetu y deleitarse de los jadeos que proliferaban como a canto de sirenas de sus carmesíes—. Solo tú... Me la pones así de dura...

La muchacha se mordió del labio inferior, agazapándose a la silueta del opuesto con su pecho subiendo y bajando agitado.

—Seguro que eso se lo dices... A todas... —se mofó mientras un cosquilleo recorría su bajo vientre.

—¿Te molestaría si así fuera? —Tentó al conducir las manos hasta sus muslos, besando fugazmente sus labios—. Porque, si mal no recuerdo, entre nosotros no hay... Limitaciones...

Un sentimiento egoísta se instaló en el interior de la universitaria, quien sin detener ese adictivo balanceo, miró con más severidad al varón.

—¿Y si las hubiera? —Susurró jadeante, notando como él ralentizaba sus penetraciones para prestarle mejor atención—. Y si... Nos limitáramos...

—¿Estás proponiendo algo, *Azulita*? —Ella se relamió, indecisa al sumergirse en las gemas de su amante.

El muchacho aguardó por una contestación. No obstante, ella obró con rapidez al besarlo con fervor en un intento de eludir esa idea disparatada que había cruzado por su mente.

Alex correspondió al beso con ganas, aún y así, la duda ya había sido sembrada en sus pensamientos por las palabras de su compañera. Sin petición expresa, la abrazó por la cintura, tendiéndola de espaldas al colchón sin dejar de penetrarla. Guiando ese vals desde la posición dominante encima suyo.

Cuando sus labios se separaron, él no se estuvo de encararla con incertidumbre y concupiscencia; admirando como ella lo contemplaba sin pestañear siquiera.

—Estaba pensando... —inició él en un tenue bisbiseo, moviéndose de forma constante—. Aún no me respondiste a lo que te comenté... —ella calló, percibiendo esa sensación placentera que la embaucaba por las embestidas del rubio—. No respondiste... A mi petición...

—¿Sobre qué? —Expresó con el calor siendo cada vez más notorio.

—Sobre que yo... Sea el único que te folle... —arrugó las sábanas bajo sus manos, emitiendo un gruñido al hundirse plenamente en la cavidad de la chica—. Ningún otro chico... Más que yo...

Marie sonrió perversa, abrazándolo por el cuello y enroscando las piernas en su cintura, para hacer más completas sus estocadas.

—¿Estás pidiéndome que sea tuya, *Gatito*? —Canturreó sin ocultar su regocijo, rozando su nariz con la de él—. ¿Quieres ser el único con derecho a meterme la polla?

—Más que quererlo... —hizo una pausa, soltando un suspiro—. Es lo que deseo... —

La fémica guio una de sus manos al escroto del zagal, acariciándolo de forma expresa mientras él intentaba controlar ese placer que lo anegaba.

—Y si acepto... ¿Qué es lo que gano yo? —Instó juguetona, torciendo una sonrisa bravata.

—Si aceptas... —la besó con vehemencia, aproximándose a su oído—. Mi polla será única... Y exclusivamente... Para ti...

Un estremecimiento la sacudió desde dentro, ladeando el rostro y así reflejándose en ese par de esmeraldas que la admiraban con embeleso y lujuria. Ella colocó una mano en su mentón, acercándolo a su boca, sin terminar de recortar completamente la distancia.

—Entonces... —acarició su barbilla con suavidad, uniendo sus frentes—. Acepto el trato...

Él se quedó hechizado por esos océanos de intenso fulgor, sin poder refrenarse de besarla con impasividad y desesperación, mientras movía las caderas más rápida y bruscamente. Llegando hasta el fondo de su cavidad, a la vez que los gemidos de ambos eran aplacados en sus besos.

—Mi... *Azulita*... —jadeó con embestidas frenéticas y profundas—. Joder... Voy a correrme... —su miembro vibró contra las paredes de su núcleo, notando como éste se estrechaba alrededor de su virilidad.

—Vamos, *gatito*... —animó con voz agitada, cerniéndose a la silueta del muchacho—. Dame tu leche...

—Será un placer dártela... —bajó el rostro entre sus montes, resiguiendo la separación de éstos con la lengua—. Bien... Caliente...

—Justo como a mí me gusta...

—Ah-ah... Marie...

Los movimientos se tornaron más precisos y veloces, notando como el sexo de la joven recibía espasmos, simultáneamente a las palpitaciones de la hombría del rubio, quien al cabo de unos segundos se dejó arrastrar por ese placer que lo derivaba al orgasmo junto con su compañera. Ambos gimieron al unísono, gozando de ese éxtasis que circulaba con la adrenalina por sus venas.

Alex sostuvo su propio peso al sujetarse del cabezal, aun sin detener sus penetraciones, hasta que poco a poco la calma iba planeando sobre ellos y los

dejaba con esa sensación de plenitud posterior al clímax.

A medida que pasaban los segundos, él fue frenando sus embestidas, apoyando los antebrazos en el colchón mientras escudriñaba el bello semblante de la azabache y los jadeos de ambos se entremezclaban.

Transcurrieron unos instantes en que ni uno ni otro hacía otra cosa más que mirarse, siendo la joven la que acunó el rostro de él entre sus manos, para finalmente inclinarse y besarlo de una manera pasional, pero dulce, en su misma medida.

Al disolver el contacto, él no se separó en el acto, permitiéndose estudiar a esa ninfa traviesa que entonces lo contemplaba con detenimiento. Apartando los mechones que amenazaban en ocultar su mirada de azul intenso.

—Se te ha quedado cara de boba... —bisbiseó con una sonrisa ladina.

Ella soltó una risita, respirando profundamente.

—Pues anda que tú... —rebatió jactanciosa, resiguiendo sus labios con los dedos.

El tiempo se evaporaba en esas miradas que se dedicaban, contemplándose sin necesidad de hacer o decir nada. Cuanto más se miraban, más difícil les era desincrustar los focos del otro, quedando hechizados.

Después de un rato, él atrapó su mano para besar su palma a traición, luego apartándola para dejarla reposar sobre el lecho.

—Me encantan tus ojos. —Susurró él sin poder contenerse, causando que la aludida abriera los ojos de par en par, mientras él rozaba en una caricia uno de sus pómulos.

—¿A-a qué viene eso ahora? —Rechistó con un rubor extendiéndose por su faz, esquivándole la mirada con nerviosismo—. A-anda... Deja de decir tonterías, que no va contigo...

Alex la observó en esa faceta vergonzosa, reprimiendo la risa y saliendo con cuidado de su interior. Marie se abrazó a sí misma, fijándose en cómo su compañero se deshacía del preservativo y se levantaba para tirarlo a la basura.

Las últimas palabras que le había dicho la dejaron con el corazón latiendo a un ritmo más acelerado de lo habitual, sin lograr quitarle el ojo de encima mientras él merodeaba por la habitación.

—¿Te servirá una camiseta? —Inquirió él, yendo hacia el armario a un paso tranquilo.

—¿Có-cómo?

Él abrió la puerta del armario, sacando una camiseta holgada de color

negro que le lanzó a la chica y que ésta atrapó al vuelo.

—Para dormir.

La muchacha no pronunció palabra, confirmando en un mudo asentimiento, al mismo tiempo que él se vestía con el bóxer y regresaba al lecho con ella. Marie no se demoró en colocarse la prenda y tumbarse luego en el colchón.

Los dos se metieron bajo las sábanas, cubriéndose hasta la cintura y quedando tendidos cara a cara. Ella lo ojeó recelosa, viendo como él le sonreía con despreocupación.

—Qué sería estás de repente. —Indicó él con displicencia, sin perder detalle de las expresiones que ella le mostraba—. ¿Va todo bien?

—Eh-oh... S-sí, sí. —Afirmó con una breve risita—. Solo estoy... Cansada.

—Oh, claro. —Murmuró vacilante, acomodándose en la almohada—. Apagaré la luz para que puedas dormir.

Ella no respondió, observando como el universitario se daba la vuelta para apagar el interruptor de la lámpara de la mesita de noche, propiciando que solo la luminiscencia proveniente de las farolas del exterior alumbrase vagamente la estancia.

En la mente de la azabache no podía frenar las preguntas y dudas que se amontonaban en su cabeza sin respuesta, así como su curiosidad era alimentada por sus propios pensamientos, no pudiendo desincrustar la mirada de la espalda de su compañero.

Con el pulso tembloroso y la indecisión abordándola, aproximó una mano hacia él. Sin conseguir tocarlo que la regresó a su pecho. Debatíéndose indecisa en qué debía, o no hacer, hasta que sus impulsos la ganaron.

—A-lex... —susurró al fin, en un tono casi inaudible.

El susodicho emitió un sonido perezoso, sin girarse que ella restó inmóvil, hecha un ovillo en su lado del lecho.

—Y-yo... Quería preguntarte... —apretó los dientes, entrelazando sus manos en desasosiego al luchar porque las palabras brotaran de sus labios—. T-tú... ¿Crees que yo soy... Guapa?

No hubo respuesta de aquella cuestión, haciendo que la muchacha se sintiera aliviada, y mismamente desilusionada. Sembrando indecisión e inseguridad en su interior.

Ya dispuesta a conciliar el sueño, se tumbó bocarriba con resignación. Sin embargo, el ver como el varón prendía de nuevo la luz de la mesita de noche y se volteaba para afrontarla, la petrificó súbitamente.

—¿A qué viene esa pregunta? —Inquirió él en un tono pausado, dedicándole una mirada penetrante.

La fémica sentía como se le trababa la lengua, sonriendo ansiosa al sostener el contacto visual con el blondo.

—N-no, por nada... So-solo era una pregunta sin importancia. —Alegó presa de los nervios, aferrándose a las sábanas —. E-en fin, mejor será dormir... Bu-buenas noches.

Se tumbó de espaldas a él, maldiciéndose a sí misma por esa insensatez que había exteriorizado y de la cual se arrepentía. Su pulso se había encabritado sin control, cerrando los ojos al percatarse de que su compañero había apagado la luz para retomar el descanso.

Lanzó un suspiro silencioso, sin llegar a serenarse, que notó una presión rodeándola por la cintura y una cálida respiración acariciando su cuello.

—¿A-Alex? —Nombró en un seseo, sintiéndose temblar—. ¿Qu-qué ocurre?

Un escalofrío recorrió su columna en cuanto él besó su yugular, rozando el lóbulo de su oreja con los labios.

—Respecto a tu pregunta, sobre si me pareces guapa... —el corazón le dio un brinco bajo el pecho, causando que se pusiera más nerviosa—. Pienso que eres preciosa, Marie.

Una sonrisa se plasmó en los carmesíes de la joven, acompañando sus manos donde reposaban las de él sobre su regazo.

—Ton-to... —masculló por lo bajo, notando como el rubio se arrimaba más a ella y la mantenía presa entre sus brazos.

—Buenas noches, *Azulita*. —Susurró con dulzura.

Ella se acurrucó mimosa, cerrando los párpados al sentirlos pesados. Sin borrar esa expresión complacida que adornaba su rostro.

—Buenas noches, *gatito*.

A la mañana siguiente, Alex fue el primero en despertar al percibir los rayos del sol que se filtraban a través de la ventana. Abriendo los ojos e identificando a la azabache que yacía plácidamente delante suyo.

Su rostro reflejaba serenidad, con unos mechones rebeldes cubriendo parcialmente su frente, y a lo que él no se supo estar de apartarlos con delicadeza para poder apreciar con mejor detalle sus facciones.

Cuanto más la miraba, más quedaba hipnotizado por su belleza; no teniendo suficiente de escrutar sus pómulos adornados con unas pecas adorables, su nariz respingona en su justa medida o sus labios entreabiertos que lo invitaban a besarlos con fervor y deseo.

Su corazón se aceleró en esos instantes en que no podía desincrustar su mirada de ella, sintiendo como un sentimiento cálido lo abrazaba por dentro y lo inundaba de paz.

De repente, unos bruscos golpes en la puerta lo hicieron reaccionar, produciendo a la vez que la joven se despertara de sopetón y ambos compañeros se miraran con incertidumbre.

—¡Alex, abre la puerta! —Exclamó la voz de Coralie desde el pasadizo—. Si no la abres, te juro que traigo al equipo de rugby para que la tire abajo.

El rubio revoleó los ojos, levantándose de la cama y vistiéndose con unos jeans y una sudadera, al mismo tiempo que Marie se enderezaba con la camiseta que él le había dejado la noche anterior.

—¡Alex! ¡Cuento hasta tres! —Amenazó la morena con voz impositiva.

—¡Ya va, joder! —Vociferó el varón, luego posando sus verdes en la ojizarca—. Tu amiguita es un poco *toca-cojones*...

—Es única en su especie. —Argumentó ella con un encogimiento de hombros, mirando de lado a lado con vacilación—. Esto... —él se detuvo antes de abrir la puerta, ojeándola dubitativo—. ¿Qué hago? ¿Me escondo?

Alex enarcó una ceja, mordiéndose internamente del labio inferior al examinarla con relajo.

—No tendrías porqué, al fin y al cabo, ya sabe lo nuestro. —Las mejillas de los dos adquirieron un tenue rubor, siendo él quien apartara la vista hacia un punto muerto en la estancia con una sonrisa vanidosa—. Me refería a que

sabe que nos acostamos, no es que haya nada más.

—Po-por supuesto, ya lo sabía. —Rebatió ella con una risita nerviosa, cruzándose de brazos—. ¿Qué iba a ser sino?

Un silencio incómodo se formó en la estancia, los dos sin saber exactamente qué hacer o decir mientras se mostraban recelosos a mirarse directamente.

—No es por nada, pero... ¿Podrías abrir de una vez?! —Clamó la joven de lentes, sonando impaciente.

Alex sostuvo el pomo de la puerta, finalmente haciéndolo girar y recibiendo con una sonrisa forzada a la futura periodista.

—Hola, Coralie. —Saludó en un tono sardónico, limitando su campo visual—. ¿Se puede saber qué te trae por aquí tan temprano?

—¡Déjate de tonterías, Feraud! —Acalló en una postura firme y cerrada—. ¿Marie está contigo? Ayer no vino a nuestra habitación y no contesta a mis mensajes.

—*Mm...* Pues, la verdad... —hizo una mueca con los labios, luego haciéndose a un lado y permitiendo así que la morena lograra ver el interior del cuarto.

Marie se hallaba en el borde del lecho, saludando con un gesto de la mano y una expresión inocente, al atisbar la contrariedad en las facciones de su amiga.

— ¡Tú, *cabeza-hueca!* —La chica de orbes color miel se adentró en la habitación a un paso acelerado, plantándose frente a su amiga con los puños apretados—. ¿Te parece normal desaparecer de esta manera?!

—Tampoco es que desapareciera...

—No, claro. —Ironizó en un tono jactancioso—. Solo te escapaste a follar con tu... ¡Amigo!

Ambos aludidos se miraron con disimulo, siendo la azabache quien se impuso ante las inquisiciones de su compañera.

—Bueno, y si ya lo sabes, ¿a qué viene tanto escándalo? —Murmuró despreocupada, sonriendo apacible.

—¿Cómo que a qué viene?! —Pegó el grito al cielo, pasándose los dedos por la cabellera—. Por dios, ¡podría haberte pasado algo! —Indicó sin rebajar el tono—. Estaba preocupada por ti, ¡pedazo de irresponsable!

Esa preocupación e inquietud que le mostraba su amiga, hicieron que Marie suavizara sus rasgos. Respirando hondo y tomando de los hombros a Coralie.

—Todo está bien, tranquila. —Sonrió con simpatía, mostrándose apaciguada—. Soy fuerte, ¿recuerdas?

Esas palabras transportaron la mente del rubio a lo acontecido horas previas. Evocando el momento en que, esa chica que entonces defendía su fortaleza, no hacía ni un día que buscó la protección entre sus brazos; mostrándole una faceta vulnerable, que a él se le hacía desconocida y que aún intentaba asimilar.

—Igual no vuelvas a irte sin decirme nada, ¿vale? —Inquirió ya más relajada—. Prométemelo.

—Te lo prometo. —Aseguró su contraria con resignación.

—Bien. —Sonrió de oreja a oreja, volteándose al ir de nuevo hacia el rubio—. Podéis seguir follando, yo iré a tomarme un buen Cappuccino.

—¿Así llamas a Jean ahora? —Cuestionó la pelinegra con un ligero retintín.

—¡Eh, hablaba de un Cappuccino de verdad! —Se quejó Coralie, mirándola con bochorno por encima del hombro.

—Ya, lo que tú digas. —Se jactó su amiga, suspirando—. Si me esperas, podríamos ir juntas.

—¿Enserio quieres venir? —Se extrañó la morena, mirando al muchacho y luego a la otra fémica—. Sino... Podemos dejarlo por otro rato, así vosotros podéis follar como conejos. —Una mirada engorrosa por parte de su compañera la hizo recular hasta la puerta, sonriendo con amabilidad—. Muy bien, iré a la habitación a esperarte, y cuando estés... Vamos a desayunar.

Tanto Alex como Marie se mantuvieron en silencio, viendo como Coralie salía al pasillo y cerraba la puerta tras ella. La azabache se desperezó remolona, avanzando hacia el chico con parsimonia.

—¿Tienes un pantalón que dejarme? —Peticionó con voz suplicante—. No me gustaría salir de aquí solo con la camiseta puesta.

—Eh... Sí, claro. —Se encaminó hacia el armario, discerniendo entre las varias prendas en un estado pensativo—. Aunque te quedará un poco grande.

—Mejor eso que ir con el coño al aire. —Argumentó la universitaria, sentándose sobre la cama.

—Eso suena delicioso para mí. —Coqueteó con una sonrisa torcida, lanzándole después la prenda.

—Eso es porque eres un perverso. —Deslizó el pantalón por sus piernas, mirando por el rabillo del ojo al rubio.

Mientras ella se vestía, él la observaba preso de la curiosidad, dando un

paso hacia ella para posicionarse enfrente.

—Marie... —la susodicha alzó el rostro, pestañeando fuera de sí—. Lo que pasó ayer... Lo de aquellos chicos... —hizo una pausa, contemplándola precavido—. ¿Se lo dirás a Coralie?

Esa pregunta la tomó por sorpresa, resoplando con pesadez al incorporarse del lecho y reducir la distancia con el muchacho.

—¿Por qué debería decírselo? —Se despreocupó con voz monótona—. No quiero preocuparla con chorradas como estas, no merece la pena.

—Hombre... Chorrada en sí...

—Fue una chorrada. —Interrumpió ella con cabezonería, sonriendo con calma al fijar sus ojos en las esmeraldas del chico—. Así que déjalo estar, ¿sí?

Él frunció los labios en una fina línea, confirmando en silencio, a la par que la fémina iba hacia la puerta. Sin llegar a salir, se frenó para girarse y afrontar al varón, el cual había seguido los pasos y entonces se hallaba a una separación escasa respecto a su compañera.

—Vamos hablando. —Susurró ella, localizando el pomo a sus espaldas para sostenerlo mientras su mirada era captada por la de Alex—. Y... Gracias por... Salvarme anoche.

Alex asintió, no dejándola escabullirse que apoyó la mano en la puerta. Suprimiendo los centímetros que delimitaban sus rostros.

—¿No vas a darme un beso? —Inquirió él en un tenue bisbiseo, reteniendo la respiración.

—¿Tú quieres que te lo dé?

—Si no lo quisiera, no preguntaría.

Esa picardía al hablar tentó en demasía a la joven, quien con brusquedad, lo agarró de la sudadera y lo atrajo a los labios para besarlos con rudeza y desenfreno.

En cuanto sus lenguas se encontraron, reanudaron la ardua batalla por el liderazgo del beso. Ella enredó los dedos en la cabellera del varón, presionando su cuerpo con el suyo mientras sus manos viajaban por las finas curvas de la universitaria, y finalmente se cernían en sus posaderas.

Ella impulsó la pelvis hacia adelante, propiciando que sus sexos se friccionaran por encima la ropa. Desquiciando su cordura y activando sus sentidos.

—Azulita... —jadeó al separarse para recuperar el aire perdido, notando como ella se removía y restregaba insistentemente contra su entrepierna—.

Como sigamos así... Terminaré follándote de nuevo...

—¿Y qué tiene de malo? —Se abrazó a su cuello, saltando y enroscando las piernas a su cintura, al mismo tiempo que él la sostenía de los glúteos—. A mí me gusta... —se meció sutilmente, fijándose en como él jadeaba y su miembro se endurecía por esos osados movimientos—. Como me follas...

—¿De veras? —Provocó con voz ronca, tornando los roces más desesperados, uniendo su frente a la de ella—. Porque a mí me encanta... Como se siente mi polla dentro de ti...

—Entonces... —bajó una mano hasta su pantalón, desabrochándolo con perspicacia y clavando su mirada en la de su contrario—. Métemela...

Con salvajería, él la besó como si no existiera un mañana, dando rienda suelta a la pasión. Manoseando cada parte del cuerpo de aquella ninfa, mientras ella introducía la mano bajo su bóxer y estimulaba su ya endurecida erección, haciéndolo sofocar sus gemidos en los besos que compartían.

—¡Nancy, abre! —Exclamó la voz de Louis desde el pasillo, provocando que los besos de la pareja de amigos cesaran—. Tienes muchas cosas que contarme y no pienso moverme de aquí hasta que me las expliques con todo lujo de detalles.

—¿No tienes a alguna pobre ilusa a la que decepcionar en la cama? —Masculló el rubio con tedio.

—Prefiero enterarme de lo decepcionante que eres tú en la tuya.

La azabache reprimió una risita, a lo que su compañero la miró con contrariedad y la dejó de pies al suelo para acomodarse las ropas con una expresión abatida. Una vez listo, abrió la puerta, recibiendo con hastío a su camarada.

—¿Qué diantres quieres? —Exigió saber en un tono amenazador.

—Respuestas, obviamente. —Sus celestes se posaron en la chica que aguardaba detrás de su amigo, dedicándole una sonrisa coqueta—. Vaya, ¿interrumpo el *kiki* mañanero?

—¿Quieres irte a la mierda? Porque te estás ganando el pase VIP en primera fila. —Arremetió Alex en una postura relajada.

Marie se palmeó la frente, apartando al rubio para salir al descansillo en un semblante aborrecido.

—Hey, ¿ya te vas? —Preguntó su compañero de gemas verduzcas.

—Tengo que ir a desayunar con Coralie. —Murmuró ella, andando marcha atrás por el pasillo—. Os dejo, nenas.

Alex la observó alejarse por el corredor, sonriendo de forma inconsciente

y captando la atención de su colega. Louis emitió una carcajada, abriéndose paso al interior de la habitación del chico de mechas doradas.

—¡Eh! ¿Quién te ha invitado a entrar? —Inquirió el blondo con intransigencia.

—Calma las pelotas de ping-pong. —Aborreció el ojizarco, yendo hacia el aseo.

—¿Adónde vas? —Inquirió su contrario a regañadientes.

—¿Es que no lo ves? Voy a mear. —Se inmiscuyó en el baño, asomándose por la rendija—. Cuando salga, más te vale tener preparado lo que vas a decirme o te acribillaré a preguntas.

Alex le mostró el dedo medio, luego yendo hacia la mesita de noche para tomar su móvil y chequearlo con desinterés. De las diferentes notificaciones, hubo una que lo desconcertó.

Un mensaje de un número que desconocía apareció en la pantalla, a lo que él no tardó en abrirlo y leer y ver el contenido.

+33 689 346 XXX_09:17

¿Quién es el idiota ahora?

En el cuerpo de la conversación había un fichero de video, el cual, tras quitar el volumen del aparato, presionó y reprodujo la filmación con los ojos como a platos y el desasosiego atrapándolo.

Él apretó el artilugio en su mano, luego marcando el número que se reflejaba y por el cual al intentar ponerse en contacto, solo consiguió que saltara el buzón de voz. Provocando que el rubio maldijera para sus adentros y soltara el teléfono sobre la cama con frustración.

—¿Todo en orden, Nancy? —Se interesó Louis al salir del aseo.

Alex asintió con la cabeza, tratando adoptar un semblante de indiferencia mientras agarraba nuevamente su móvil y lo guardaba en el bolsillo de su pantalón.

...

Cuando Marie llegó a la habitación, se cambió de atuendo, optando por unos shorts y una camiseta de tirantes de color negro. Una vez lista, ella junto con su compañera salieron de la residencia en dirección a una acogedora cafetería que se encontraba a poca distancia del campus.

El lugar no estaba muy concurrido, por lo que las dos chicas no tuvieron

problema en tomar asiento en una de las mesas que quedaban al lado de la ventana. Quedando una delante de la otra.

Después de que una de las camareras les tomara nota y sirviera las bebidas, la azabache encaró a su amiga, quien sonreía divertida frente a ella.

—Bien, Coralie... Suéltalo antes de que te atragantes con tus propias palabras.

—No sé qué insinúas. —Su contraria arqueó una ceja con evidencia, propiciando que la joven de lentes se carcajeara—. Vale, no puedo mentir.

—Habla. —Instó con sequedad, dando un sorbo de su taza de café.

—Es sobre Alex y tú.

—Sí, follamos. —Intervino la azabache con voz inalterable—. Tú y Louis nos pillasteis y de ahí no hay más.

—¡Claro que lo hay!

Esa afirmación no le causó demasiada gracia a Marie, quien, ante el exceso de convencimiento de la morena, intentó mostrarse lo más natural que pudo.

—Muy bien, lista. Según tú... ¿Qué es lo que hay? —Indagó con una sonrisa forzada.

—Vamos, Marie. —Se mofó—. Pasaste de tirarte a todas las chicas de la ciudad a solo acostarte con Alex.

—¿Y?

—¡¿Y?! —Repitió incrédula, cruzando los brazos sobre la mesa—. Te recuerdo que, según tú, jamás de los jamases iba a pasar nada de nada con ningún chico.

—Solo follamos.

—Marie, corta el rollo. —Exigió con más severidad—. Por un momento, déjame hablar con la Marie de los catorce años.

—¿Qué coño estás diciendo, Coralie?

La morena inspiró profundamente, clavando su mirada en la de su compañera. Identificando el malestar en sus facciones.

—Oye, sé que no tocamos el tema, pero... —hizo una pausa, tragando saliva—. Lo que ocurrió entre tú y... Olivier... Te cambió. —La pelinegra apretó los dientes, arrugando el entrecejo y cerrando los puños—. Desde entonces, pudiste experimentar y creer que eras gay...

—No lo creo, lo soy. —Aseguró con tenacidad.

—Eres bisexual. —Contradijo la morena—. Y ni se te ocurra llevarme la contraria, porque sabes perfectamente que es así. —Advirtió en un tono

acusatorio, señalándola con el dedo índice—. Puede que te gusten las chicas, pero Alex...

—Se acabó. —Se levantó de la mesa, apoyando las manos en ésta al dirigir su despiadada mirada en su acompañante—. No pienso hablar más de todo esto.

—¿Por qué eres tan cabezota? —Su compañera no respondió, sacando del monedero un billete de cinco euros que dejó sobre la superficie—. Te gustan los chicos, ¿y qué?

—¡A mí no me gustan los...!

—Te gusta Alex. —Afirmó sin ápice de vacilación.

Marie quedó desprovista de palabras, pasando de una expresión patidifusa a una de maliciosa. Sonriendo ampliamente al sacar el móvil del bolsillo de sus shorts, para marcar un número de los que aparecían en su lista de contactos.

—¿Qué haces? —Cuestionó la chica de lentes con incertidumbre.

Pasaron unos segundos de espera hasta que desde el otro lado de la línea alguien contestó, haciendo que Marie se enorgulleciera.

—Hola, Laurel; soy Marie. —Saludó en un tono meloso—. ¿Tienes planes para esta tarde? Me gustaría probar unas cuantas cositas... Ya sabes...

Coralie permaneció queda en su posición. Sin inmutarse en lo que parecía un vago intento de demostrar que sus deducciones eran erradas. Cuando la azabache colgó, rodeó la mesa, plantándose al lado de su amiga mientras la ojeaba con arrogancia.

—Lo siento, pero tengo que prepararme. —Explicó la de gemas marinas, mostrando su teléfono—. Me espera una tarde muy... Movidita.

—Adelante, hazlo. —Se incorporó en el acto, dejando su parte de dinero en la mesa antes de afrontar a su opuesta—. De todas formas, a mí no me engañas. —Colocó una mano en uno de sus hombros, haciendo que diera un respingo—. Y por tu bien, espero que sepas lo que haces.

Después de aquella advertencia, la futura periodista se retiró del lugar, dejando a solas a la muchacha de cabellera oscura, la cual hurgaba en sus pensamientos en busca de respuestas.

Una sensación de terror se expandió bajo su pecho, causándole una turbación que no comprendía o, que, si comprendía, no quería hacerle caso por temor a que su coraza se viera amenazada por lo que ella creía un punto flaco y vulnerable.

¿Alex le gustaba? Aparte de la conexión física que mantenía con su

compañero, se negaba a pensar que pudiera haber algo más allá del deseo carnal que lo unía a él y, si lo había, debía hacerlo desaparecer antes de salir nuevamente mal parada.

La pena se hizo un hueco en su interior; una pena que no comprendía y que intentaba mentalizarse de su carácter pasajero.

Tenía que probar qué tan equivocada estaba Coralie, y disipar esas dudas que la asaltaban y que la tenían con el corazón en vilo. Debía ser la Marie desvergonzada que tanto le costó aparentar en su momento y por la que se forjó su fama en los últimos años. Por ello, cualquier tipo de sentimiento quedaba definitivamente descartado.

Una lágrima se escapó de la comisura de uno de sus ojos, haciendo que se llevara inmediatamente una mano a la zona y se apurara en librarse de ésta. Andando hacia la calle para despejarse y obviar todo aquello que se amontonaba en su mente.

«Todo pasará. No tengo por qué sentirme así...»

20

Cuando Marie llegó a la habitación, no encontró a Coralie. Seguramente debió haber quedado con Jean o, sencillamente, se había marchado para no presenciar lo que según ella era el error de su vida.

Odiaba que las palabras de su amiga se reprodujeran una y otra vez en su cabeza como un réquiem. Haciéndola sentir despreciable por algo que apenas alcanzaba a comprender.

Faltaba media hora para que llegara su cita y no había forma de quitarse ese sentimiento inquietante del cuerpo; mordiéndose las uñas en un tic nervioso mientras daba vueltas por la habitación.

«Por dios, ni que estuviera haciendo algo malo...»

Se miró en el espejo en un intento de canalizar ese desasosiego, revisando no muy convencida su apariencia. Cuanto más se contemplaba, sus facciones más decaían, siendo inevitable que sus ojos se cristalizaran y lágrimas comenzaran a recorrer sus mejillas a los escasos segundos.

Llevó las manos a sus pómulos, aún examinándose, al mismo tiempo que su rostro lucía completamente desencajado, y su semblante triste y vulnerable; después riéndose con puro escepticismo al verse tan hecha añicos.

—Mírate... —se mofó con hastío, hablándose a sí misma con desprecio—. ... Seis años después y sigues siendo igual de tonta.

Se secó las lágrimas con la manga de su camiseta, sollozando por lo bajo hasta que unos golpes detrás de la puerta la sobresaltaron. Chequeando la hora en el móvil con incertidumbre.

—Marie, ¿estás ahí? —Exclamó la voz de Alex desde el pasillo, provocando que la susodicha se tensara—. Tengo que hablar contigo.

La joven se encontraba entre la espada y la pared, mirando su reflejo pesaroso y tratando arreglarlo como fuera; analizando la estancia en busca de algo que pudiera camuflar su pena.

—¿Marie? —Insistió el muchacho, dando más golpes contra la puerta.

—¡Y-ya va! ¡Espera, joder! —Espetó de los nervios, localizando sus *Ray-Ban* en la mesita de noche.

Sin pensárselo dos veces, se apresuró en asir las lentes, colocándose las por tal de ocultar la rojez que se apreciaba en sus escleróticas. Dándose prisa al recomponer su postura y recibir con la normalidad posible al varón, quien al ver como la puerta se abría, irrumpió en el interior del cuarto sin molestarse siquiera en mirar a la chica.

La azabache cerró la habitación a sus espaldas, siguiendo con la mirada al alterado jovenzuelo.

—¿Se puede saber a qué viene tanta urgencia? —Masculló ella con voz engorrosa.

Alex se sentó en el lecho, revisando su móvil con la ansiedad carcomiéndolo por dentro, en un estado absorto.

—Digamos que nuestra noche de trío no resultó tan bien como pensábamos... —comentó él en un tono exasperado.

Marie se acercó hacia el muchacho, cruzándose de brazos al plantarse delante suyo con una trompita en los labios.

—Intento pillar por donde vas, pero de verdad que no tengo ni idea...

Él bufó con pesadez, finalmente alzando el rostro para mirar de cara a la chica. Frunciendo el ceño al percatarse de que llevaba puestas unas gafas de sol.

—¿Qué haces? —Preguntó él con una mueca enrarecida.

—*Mm...* ¿A qué te refieres? —Se desinteresó sin importancia.

—Las gafas. —La señaló con el dedo, incorporándose para estudiarla con vacilación—. Eres consciente de que estamos bajo cubierto, ¿no?

—Sí, claro que lo sé. —Replicó en forma de mofa, soltando una risotada al abrazarse a sí misma—. ¿Por quién me tomas?

Alex la ojeó confuso, frunciendo los labios y contemplando irresoluto a la universitaria.

—Bien, entonces... Quítatelas.

—¿Qué?! ¿Por qué?! ¡No! —Protestó con tozudez, sonriendo con cinismo.

—*Azulita...*

—Oye, tengo ojeras y no quiero que me veas con cara de muerta viviente. —Comentó con intransigencia, ladeando el rostro—. Así que no insistas, porque no vo...

No alcanzó a terminar de hablar que notó como el rubio le arrebató las lentes de un ágil movimiento, exponiendo su mirada triste ante la entonces perpleja de la de su compañero.

Pasaron unos instantes en que ella se vio incapaz de reaccionar, sin que las palabras emergieran de sus labios, al darse media vuelta e intentar esconderse del campo de visión del individuo.

Con la mente hecha un desorden, él acercó sus manos a los hombros de la azabache, causándole un estremecimiento que la dejó paralizada.

—Marie, ¿estás bien? —Ella no contestó, negándose a moverse—. Marie...

Despacio y con cautela, él la hizo girar, fijándose en como ella posaba la vista en el suelo y no osaba encararlo en esa faceta descompuesta. Gentilmente, alzó su barbilla sin ser muy brusco, encontrándose con ese par de vidriosos zafiros.

Al perderse en las gemas del zagal, un sentimiento de alivio la abrazó por dentro. Sin embargo, ese sentimiento se fue opacando al evocar memorias pasadas. Sintióse presa del miedo.

—Su-suelta... —exigió ella con un ligero temblor en el timbre, zafándose de su agarre.

Alex seguía sin desincrustar su mirada de ella, quien insegura y frágil, se encogía y sentaba en el lecho.

—¿Qué te ha pasado? —Cuestionó con impotencia, mirándola incomprensivo.

—N-nada, no es nada. —Musitó con cabezonería, apoyando los codos en sus rodillas.

Él echó la cabeza hacia atrás, después sentándose al lado de ella mientras ésta se mostraba esquiva. Él extendió un brazo por su espalda, debatiéndose indeciso, hasta que al final reposó la mano en su columna. Acariciándola con delicadeza.

Marie sintió un escalofrío recorrerla, tragando grueso a la vez que se dejaba apaciguar por las tiernas atenciones del chico.

—Hey... —susurró él con voz calmada, consiguiendo que ella le echara un rápido vistazo con recelo—. Sea lo que sea, puedes contármelo. —Sonrió débilmente, invitándola a abrirse de corazón—. Al fin y al cabo, somos amigos. ¿No?

No entendía por qué, pero esa palabra le removió el estómago a ella. No quería pensar en ello, pero estaba en un punto en que todo la afectaba.

—No es nada. —Repitió ella con voz quebradiza, encogiéndose de hombros—. Es solo que... —meditó para sus adentros, jugueteando con las manos.

Por más que quisiera tocar esa fibra sensible, el nudo de su garganta y sus propios remordimientos se lo impedían. Buscando una alternativa para escapar a la curiosidad de su compañero.

—Di-discutí con Coralie... —mencionó en un tono titubeante.

—¿Con Coralie? —Ella asintió mecánicamente, animándose a mirarlo cabizbaja—. ¿Qué fue lo que ocurrió?

—Esto... —se relamió ansiosa, notando como sus piernas temblaban y toda ella parecía venirse abajo—. Bu-bueno... A ella no le gusta... La vida que llevo.

—Cuando te refieres a que no le gusta la vida que llevas...

—Pu-pues... Bueno... que... —se mordió internamente del labio inferior, dejando de jugar con sus manos al notar como él colocaba una de las suyas sobre las de ella.

—Tranquila, *Bebé*. —Le guiñó un ojo, provocando que las mejillas de la joven se ruborizaran—. No tienes por qué estar tan nerviosa.

En sus palabras, la azabache halló la paz en cierta manera. Estudiando ensimismada en cómo los mechones caían desordenados por su frente; en cómo sus esmeraldas la embaucaban con su compasión y en cómo su sonrisa la hechizaba sin remedio.

Los latidos de su corazón se descontrolaron en esa fracción de segundo en que se rindió ante la belleza de aquel varón de apariencia angelical.

Sin pensar, solo dejándose llevar por el momento, Marie fue recortando la distancia de sus labios. Viendo como él no se apartaba, sino que permanecía estático en el lugar, mientras ella tanteaba con inusual timidez su boca con la suya.

Moría de ganas por catar ese elixir vigorizante que le brindaban los besos de aquel desvergonzado; no obstante, sentía la necesidad de tantear el terreno, dando un margen para que sus respiraciones se fundieran en una sola antes de romper esa tensión que los tenía en una constante batalla de tira y afloja.

Él intentó pronunciarse, aún y así, la intención se quedó en solo eso cuando su compañera se encorajó y lo besó con pasión y ternura.

Las sensaciones y emociones transmitidas en ese beso eran algo nuevo, pero nada decepcionantes, sino que el contacto en sí resultaba más placentero y adictivo al resto experimentados hasta entonces.

Al separarse, pocos centímetros los delimitaban. Mirándose de una manera en que trataban ubicarse en ese escenario enrarecido. La muchacha hizo un amago de recular, viéndose frustrada al notar como él colocaba una mano en

uno de sus pómulos, y la obligaba a no apartarse.

—A-lex...

—Vuelve a besarme. —Ordenó en un susurro, admirándola con fijación—. Vuelve a besarme como lo acabas de hacer.

Marie dirigió su mirada a los labios del universitario, liberándose de sus cadenas interiores para reincidir en los besos, y arrojarse a los brazos del varón para besarlo con vehemencia y entrega.

Alex no se demoró en corresponderla, hundiendo los dedos en su cabellera por tal de evitar que sus bocas se separaran. Necesitaba besarla, retenerla consigo y zambullirse en ese océano de inexploradas y desconocidas sensaciones que con ella estaba logrando conquistar.

De aquel duelo de lenguas, él fue imponiéndose al hacerla ceder de espaldas sobre el colchón. Conduciendo sus manos con las suyas, apresándolas por tal de someterla a su merced.

—Creía que íbamos... A hablar... —musitó ella, sonriendo contra sus labios.

—Estamos hablando... —deslizó las manos por sus brazos en un fino roce, produciéndole un suave cosquilleo—. Aunque si prefieres que me detenga...

—No. —Sentenció con determinación, adhiriendo sus cielos a los verdes del chico, notando sus labios rozando sinuosamente los propios—. No te detengas.

Una sonrisa atrevida se dibujó en el rostro del blondo, besándola de nuevo mientras hacía logros por despojarse de su sudadera; al final incorporándose y quitándose la prenda, al mismo tiempo que ella lo contemplaba desde su posición.

—¿Te gusta lo que ves, *Bebé*? —Inquirió persuasivo, deleitándose de esa expresión de ensimismamiento que ella le dedicaba.

Marie lo invitó con el dedo índice, frenándolo antes de que sus besos volvieran a ser una realidad.

—¿Me vas a hacer suplicar, *Ma Belle*? —Ella negó en silencio, contemplando a ese grácil sujeto con recato—. ¿Entonces?

—Quítame la ropa. —Disuadió con voz susurrante, bajando una caricia hasta su quijada.

—¿Me permites hacer los honores? —Ella confirmó con una tenue sonrisa, dándole carta blanca a su amante—. Entonces... No desaprovecharé la ocasión...

Un hormigueo se instaló en el bajo vientre de la parisina, con su pecho

subiendo y bajando agitado, al él arremangar su camiseta y repartir cortos besos por la zona de su abdomen.

El vello de su piel se erizaba al sentir la humedad de su lengua dibujar un trazo circular en su bajo vientre, robándole un suspiro anhelante que hizo levantar la mirada al rubio. Frente a las expresiones de gozo que ella reflejaba, el varón hundió el rostro en su entrepierna, mordisqueándola por encima de los shorts.

—Ah-ah... A-Alex... —gimoteó deseosa, arqueando la espalda y echando la cabeza hacia atrás.

—Me encanta como gimes mi nombre... —desabrochó sus shorts, exponiendo la pieza de lencería que cubría su intimidad y sonriendo perverso hacia ella—. ¿Encaje rosa?

—¿No te... Gusta? —Expresó entrecortada, mordiéndose la lengua al notar como él introducía dos dedos por debajo las bragas y los hundía en su estrecha entrada.

—Tú siempre me gustas... —profundizó en la incursión, resiguiendo las paredes de su sexo para después sacar los dedos y lamerlos sinuosamente—. Eres mi manjar favorito.

Ella se incorporó hacia adelante, tomándolo del rostro para besarlo con frenesí. Notando como mariposas volaban por la boca de su estómago al ser correspondida en sus enardecidos besos.

Alex rio al notar como la joven deslizaba delicadas caricias por su torso desnudo, provocándole un ligero cosquilleo.

—Estaba pensando... —bisbiseó ella sobre sus labios, luego dirigiéndose a su cuello para lamerlo con pillería—. Podríamos ir a esa fiesta de Halloween... —susurró en su oído, mordiendo el lóbulo de su oreja—. Y... Jugar...

Él la afrontó en un semblante juguetón, orillando sus carmesíes como depredador al acecho.

—¿Qué idea tenías en mente, *Azulita*? —Preguntó en un tono jocosos.

—Pues... —lo rodeó por el cuello, sosteniendo el contacto visual con picardía—. Había pensado que podríamos disfrazarnos, y... Hacer travesuras...

—¿En la fiesta? —Cuestionó con una ceja enarcada, destilando incredulidad.

—Sería excitante... —unió su frente a la suya, conteniendo sus impulsos de besarlo—. Tú podrías ir de gatito, y yo... Podría ser... ¿Tu gatita?

El muchacho surcó las piernas de la azabache con las manos en un suave roce, deteniéndose en las ingles a la vez que su respiración se turbaba.

—Me gusta... —subió las caricias por su cintura, cerniéndose a ésta—. Mi dulce y traviesa... Gatita...

Un calor abrasador recorrió el organismo de la chica, así como un deseo irrefrenable nacía dentro suyo. Nublando sus tercos pensamientos para dejarse disuadir sin barreras ni objeciones.

—Eso suena bien... —seseó de forma inconsciente, hechizada por las esmeraldas de su compañero—. Ser... Tuya...

Aquello dejó perplejo a Alex, con las manos acunando el rostro de esa bella e intrépida muchacha. Rozando con los pulgares la comisura de su boca mientras sus miradas chocaban entre sí.

—¿Eso deseas? —Susurró él con firmeza.

En los siguientes segundos, los latidos de la joven iniciaron un compás frenético que rezumbaba contra sus oídos. No había pensado al hablar y entonces no se sentía valiente para afrontar lo expresado, percibiendo como el miedo la atrapaba y la instaba a actuar a la desesperada.

En una actitud más descocada, sonrió con bribonería, marcando distancia para incorporarse y marchar hacia la cómoda que había ubicada a un extremo del cuarto, ante la atenta y anonadada mirada del rubio.

—¿Adónde vas? —Cuestionó él con la incerteza propagándose por sus facciones.

Marie se giró tras asir varias prendas de uno de los cajones, mostrándole un tanga de color rojo colgando de su dedo índice.

—Pensé que podría prepararme un poco... —le guiñó un ojo con coquetería, reculando de espaldas hacia el aseo—. ¿Me esperas, *Gatito*?

Él la contempló con regocijo, fijándose en cómo la azabache desaparecía de su campo de visión al adentrarse al baño, y lo dejaba aguardando por su regreso.

Alex fue dando vueltas por la estancia, escudriñando el lugar en un semblante inescrutable. Después de inspeccionar superficialmente la habitación, sus esmeraldas se posaron en una pizarra repleta de fotografías de Marie y su mejor amiga.

En la mayoría de las instantáneas aparecían las dos juntas, diferentes momentos de su vida universitaria y de instituto immortalizados. El joven sonrió para sí mismo, quedándose desubicado momentáneamente al ver la imagen de una adolescente de coletas enfundada en un vestido color pastel.

Sin detenerse a pensar, tomó la foto en cuestión para estudiarla de cerca; identificando a su alocada amiga en una apariencia dulce e inocente jamás vista.

«Está muy cambiada...»

Unos golpes provenientes de la puerta que daba con el descansillo lo exaltaron, haciéndole guardar la fotografía en el bolsillo de su pantalón con rapidez.

Marie aún no había salido del baño, por lo que, con un deje de curiosidad, el varón fue a recibir a quien fuera que llamara; asomándose por la rendija con una mueca engorrosa al ver a una muchacha de exuberantes curvas y larga cabellera dorada.

—Esto... ¿Puedo ayudarte en algo? —Saludó él con una ceja enarcada.

—*Holi*. —Correspondió en un tono cursi, meciendo la mano—. ¿Está Marie?

—Perdona que pregunte, pero... ¿Quién eres? —Masculló con tedio.

—Oh, sí. —Soltó una risita, extendiendo una mano hacia él—. Soy Laurel, soy... Amiga de Marie.

Él la analizó con descontento.

—Ya veo. —Contestó secamente, cruzándose de brazos al barrerla despectivamente con la mirada—. ¿Y qué te trae por aquí?

—He quedado con ella.

—¿Cómo que has quedado con ella? —Indagó incrédulo, emitiendo una carcajada.

—Pues eso mismo. —Argumentó con total seguridad—. Ella me llamó hoy para que nos viéramos, y... Bueno... —se acomodó un mechón detrás de la oreja, con una expresión pícara que no le causó la menor gracia al zagal.

La sangre comenzó a hervirle al imaginar la clase de intenciones que podía tener la pelinegra con esa facilona, dejándole un amargo sabor de boca y la rabia consumiéndolo por tan nefasta imagen de ambas juntas.

No podía compartirla, no quería. La quería solo para él, por egoísta que fuera, no deseaba que nadie más pudiera sumergirse en ese placer que descubrió en sus reincidentes encuentros.

Él era suyo, y ella...

Al ver el rumbo que estaban tomando sus pensamientos, sacudió la cabeza, maldiciéndose por lo indebido e inapropiado de aquello que anhelaba. Por lo

estúpido y sinsentido que resultaba todo ese panorama.

En silencio, él se apartó para cederle el paso a la intrusa, luego tomando su sudadera y colgándosela del hombro. Yendo hacia el pasadizo con pasos apresurados.

—Que te aproveche. —Deseó en un tono desdeñoso.

La chica parpadeó sin comprender a qué venía ese explosivo temperamento; sin oportunidad de responderle que Alex salió precipitado del cuarto con un sentimiento agónico expandiéndose bajo su pecho.

¿Por qué molestarse en complacerla? ¿Por qué preocuparse por ella? ¿Por qué pensar a todas horas en su cuerpo y en sus besos?

Quería dejar de sentirse así de desquiciado. Hacer borrón y cuenta nueva, pero, la verdad, era que cuando intentaba alejarse o centrarse en otra chica, su conciencia lo traicionaba.

Cuando llegó a su cuarto, se encerró en éste tras dar un fuerte portazo y llevarse las manos a la frente con frustración. Recargándose de espaldas contra la pared e intentando evadirse al sacar el móvil y revisar su lista de contactos.

Se encontraba perdido, sin verse capaz de dar el paso hasta que seleccionó uno de los nombres de la pantalla y se acomodó el auricular sobre el oído. Esperando por una respuesta, a la vez que con la otra mano localizaba la fotografía que había tomado de la habitación de su compañera.

Una sonrisa se formó en sus labios al examinar ese retrato de la chica, embelesado por la ternura que le transmitía con su inocencia.

—¿Diga? —Preguntó una voz femenina desde el otro lado de la línea.

El universitario permaneció en trance, obligándose a reaccionar al oír la voz de su interlocutora mientras dudaba al fijarse en la instantánea que sostenía.

«¿Y ahora qué hago?»

Cuando hubo terminado de vestirse con el conjunto de lencería, Marie se ojeó en el espejo desde todos los ángulos habidos y por haber. Asegurándose de que su apariencia era lo suficientemente seductora para ese chico de mirada esmeralda.

«Falta algo...»

Miró de lado a lado, abriendo los cajones del mueble contiguo a la pica, para tomar un poco de algodón y colocárselo como relleno por debajo del sostén. Acomodando sus pechos al juntarlos y hacer que se realzara su escote mientras contemplaba su reflejo.

—No se ve mal... —murmuró con una mueca resignada.

Rebuscó entre las pertenencias que había en los compartimentos del mueble, luego sacando una caja de maquillaje que pertenecía a Coralie, para curiosear entre sus diferentes indispensables.

De entre sus productos de cosmética, identificó un pintalabios color carmín que no dudó en utilizar; pintándose los labios para al terminar tomar un lápiz de ojos negro y delinear con éste la línea inferior de sus pestañas.

Una vez creyó que definitivamente ya estaba preparada, guardó las cosas y se removió la cabellera a un lado de forma desenfadada. Dirigiéndose hacia la puerta con una sonrisa perversa que se desvaneció en el mismo momento en que abrió y vio en la habitación a la joven de larga cabellera dorada.

La intrusa se hallaba sentada en el lecho, observando gratamente satisfecha a la azabache desde su posición.

—*Wow*, menudo recibimiento... —aduló la rubia con una sonrisa coqueta, incorporándose para acercarse a la ojizarca con andares pomposos.

Marie escudriñó la estancia con disimulo, extendiendo las manos hacia adelante de forma esquiva, al ver las intenciones de la chica de arrojarse a sus brazos.

—Esto... Laurel, ¿cómo has entrado? —Preguntó con una sonrisa vacilante.

—¿Acaso eso importa? —Tentó a la vez que capturaba una de sus muñecas y lamía uno de sus dedos obscenamente—. Lo que importa, es que estoy aquí,

y que tú y yo nos lo vamos a pasar muy bien...

—Creo que deberíamos dejarlo para otro momento. —Se sacudió la mano con un deje de repelús, luego escaqueándose escurridiza hacia el armario, sin darle la espalda—. Ya sabes, un día más... Apropiado.

—¿Bromeas? —Se jactó la muchacha con incredulidad, cruzándose de brazos—. Fuiste tú quien me citó.

—Lo sé, pero... Me surgió un compromiso y no puedo quedarme.

Laurel torció el gesto, examinando no muy convencida a la universitaria, quien comenzó a vestirse rápidamente en una actitud distante.

—Y ese compromiso... ¿Tiene que ver con un chico rubio y de ojos verdes?

Al decir eso, Marie se detuvo de golpe, avanzando a trompicones hasta plantarse frente a su entonces no grata invitada.

—¿Lo has visto?! ¡¿Adónde ha ido?! —Exigió saber en un tono inquisitivo.

—Así que acerté. —Canturreó con falso regocijo, colocando las manos en sus costados—. A Marie ahora le gustan las pollas.

Esa contestación no le causó la menor gracia a su anfitriona, la cual, sin querer hacer hincapié en el tema, regresó al armario para terminar de enfundarse los jeans y una camiseta.

—¿Es que no vas a decir nada? —Reprochó la chica con socarronería.

—No tengo nada que decir; menos a ti. —Comentó con apatía, luego encaminándose hacia ella para tomarla del mentón en un gesto denigrante—. Ahora, si eres tan amable, me gustaría que te fueras.

—¿Eso es todo? —Protestó la rubia con desdén.

Marie se mordió el labio inferior, con una expresión granuja en sus facciones al plantar cara a aquella desvergonzada.

—Ya que estás tan parlanchina... —se inclinó sobre su rostro, sonriendo con perspicacia—. Deberías cuidarte el *matorral*; ya sabes, podar un poco no viene mal de vez en cuando.

La furia se reflejó en el anonadado mirar de la chica, abriendo los ojos de par en par, para acto seguido encestarle una sonora bofetada en la mejilla a esa deslenguada de gemas marinas.

—¡Eres una puta! —Exclamó Laurel en pleno berrinche.

—Seré una puta, pero bien que te gustaba que te metiera la lengua hasta el fondo.

Sin querer seguir aguantando más esos insultos hacia su persona, la

jovenzuela reculó hasta la puerta que daba con el pasadizo con pasos firmes. Saliendo del cuarto y dejando a solas a la pelinegra.

Había actuado en contra de lo planeado inicialmente. Algo en ella había cambiado y, ya podía asegurar, que el motivo tenía que ver con ese amigo que tanto se había esforzado en mantener apartado de sus sentimientos.

Cierto era el dicho de quien juega con fuego se termina quemando, pues ella lo estaba sintiendo en sus propias carnes. Poco servía huir de lo que su corazón le dictaba, pese a las objeciones de su raciocinio; de todas formas, debía actuar de manera sensata.

No podía permitirse otro chasco como el que tuvo que lidiar en su adolescencia. Tenía que asegurarse de que, pasara lo que pasara, ella no saliera mal parada.

Con determinación, se apresuró en ir hacia el corredor, cerrando la habitación bajo llave para luego fijar rumbo a la planta donde se hospedaba Alex.

¿Qué podía hacer entonces? ¿Qué iba a decirle? Tampoco es que tuviera que darle explicaciones, pues entre ellos no había una relación de exclusividad ni nada por el estilo...

«Aunque él me prometió que su polla sería solo para mí...»

Sacudió la cabeza al percatarse de las ideas que se entremezclaban con sus pensamientos, centrándose en lo que esperaba obtener de esa visita a su compañero.

Al detenerse delante del cuarto, esperó unos cuantos segundos antes de llamar, concienciándose a sí misma y relajándose. Cuando se sintió valiente, dio dos golpes suaves a la puerta; cuadrándose de hombros en una postura rígida al aguardar por su recibimiento.

Transcurrieron unos instantes de silencio, finalmente observando como la manilla giraba y el rostro circunspecto de Alex se asomaba por la rendija.

Ella restó paralizada al verlo, tragando grueso al discernir el descontento en las esmeraldas de su compañero.

—*He-hey...* —saludó con una débil sonrisa, entrelazando las manos a sus espaldas—. Esto... ¿Por qué te fuiste?

El rubio arqueó una ceja con escepticismo, soltando una risotada y cerrando sus brazos en cruz.

—¿Perdona? —Inquirió en un tono sardónico—. ¿Es que pretendías que me quedara?

—Pues... ¿Sí? —Se refirió en voz baja.

—Definitivamente, estás más loca de lo que pensé. —Argumentó irritado, examinándola aprensivo—. ¿Cuál era tu plan? ¿Enrollarte con ella delante de mí?

—No, claro que no. —Negó de inmediato, resoplando con pesadez—. En realidad, iba a liarme yo con ella sin que tú estuvieras.

El semblante del chico era un poema descompuesto, frotándose el puente de la nariz con cansancio.

—Genial, pues... Pásalo muy bien con esa *Barbie*, y... Ya nos veremos. —Sentenció con intención de cerrar la puerta.

—¡N-no, espera! —Lo frenó al dar un paso hacia adelante, haciendo que él la mirara dubitativo—. Yo... —buscó las palabras idóneas en su mente, respirando profundamente al posar la vista en el suelo—. No quiero estar con ella.

El universitario la estudió sin decir nada, tensando la mandíbula y después apartándose, para permitir que ella lo siguiera al interior del cuarto mientras él iba hacia la cama y se sentaba en el extremo.

Marie cerró la puerta, sin osar aproximarse al muchacho, al mismo tiempo que se abrazaba en desasosiego.

—¿Por qué has venido? —Cuestionó él prudentemente.

Ella titubeó, relamiéndose ansiosa al tratar calmar esa zozobra que la tenía hecha un manojo de nervios.

—Bueno... Tú te habías ido, y yo...

—No. —Interrumpió él con inflexibilidad, clavando sus verdes en los azules de ella—. Dime la verdad. —Insistió sin perder la compostura, apoyando los codos en sus rodillas—. ¿A qué has venido, Marie?

Por la forma de hablar, bien podía jurar que él no estaba para andarse con rodeos. Provocando que sus miedos e inseguridades amenazaran en emerger hacia la superficie.

—Y-yo... No lo sé. —Admitió en un tono decadente—. Sentí la necesidad de venir y explicarte... Pero... No sé exactamente por qué estoy aquí. —Expresó en una faceta temerosa, acomodándose un mechón detrás de la oreja—. Solo sé que, cuando abrí la puerta del baño y vi que no eras tú quien me esperaba... Quise marcharme y salir a buscarte.

Alex se quedó perplejo en primera instancia, después comenzando a reaccionar y enderezarse despacio de la cama, para iniciar un trayecto hacia la joven; reduciendo poco a poco la distancia entre ambos y así apreciándola de cerca.

Ella podía notar como su cuerpo temblaba, rindiéndose a la persuasiva mirada de aquel chico de considerable atractivo. No sabía en qué estaba pensando, y eso la hacía dudar más, percibiendo como los latidos de su corazón se encabritaban violentamente y el aire quedaba retenido en sus pulmones.

—Cuando vi a esa tonta presentarse en tu cuarto... —susurró con rasgos serenos—. Te odié... Quise vengarme, y... Llamé a una chica. —Esa confesión hizo que algo dentro de ella se resquebrajara, inundándola de una sensación nefasta y abrumadora—. Pero cuando me contestó la llamada, no fui capaz de hacer ni decir nada...

Un atisbo de esperanza surgió en esa revelación que el rubio le confió, despertando su curiosidad hacia él.

—¿Por qué? —Indagó con interés, estrechando con más fuerza los brazos alrededor de su propio cuerpo.

Alex acercó las manos a sus mejillas, sosteniéndolas con delicadeza para posteriormente inclinarse sobre sus labios y besarla con ternura y pasión. Permitiendo que sus lenguas se encontraran en la cavidad bucal del otro en un ritual de reconocimiento.

Al principio, ella se quedó inmóvil, únicamente correspondiendo pudorosa a ese contacto delicado, pero mismamente intenso. No obstante, cuando él quiso separarse, ella lo rodeó por el cuello para impedir que la alejara. Ambos mirándose detenidamente después.

—Dime por qué no seguiste... porque no te vengaste... —seseó ávida por saber, deleitándose del cálido vaho que escapaba de su boca y que se entremezclaba con el suyo.

—Yo podría preguntarte lo mismo, *Azulita*. —Aseguró con astucia, sonriendo brevemente—. ¿Por qué te detuviste y viniste a por mí?

La muchacha puso la vista en blanco, emitiendo una corta risita al perderse en las gemas del zagal.

—No conseguirás hacerme hablar, *gatito*. —Advirtió en un tono cantarín.

—Tú tampoco, *Bebé*. —Deslizó una caricia hasta su mentón, alzándolo después—. Pero aún y así, quiero pedirte algo...

—Eso es nuevo. —Se puso de puntillas, provocando que sus labios se rozaran—. ¿De qué se trata?

Alex la contempló con embeleso, conduciendo sus manos por la silueta de la fémica en un suave roce, hasta que éstas se aposentaron sobre sus posaderas.

—No quiero compartirme. —Confesó de forma irrevocable, cerniéndola por completo a su anatomía—. Quiero que seas... Solo para mí.

—¿Solo para ti? —Repitió haciéndose a la idea, notando como empezaba a salivar—. Con eso te refieres...

—A que ningún otro chico o chica pueda tenerte. —Reafirmó sin vacilación, besando castamente sus carmesíes—. Solo yo.

Esa petición la sobrecogió. Ruborizándose irremediadamente, con las fuerzas fallándole al luchar por poder sostener el contacto visual.

—Pe-pero si tú te limitas y yo me limito... ¿No sería raro? —Musitó en un hilo de voz, notando como él se negaba a soltarla—. Sería como si... ¿Tuviéramos una relación?

—No tiene por qué. —Apretó sus glúteos, alzándola y así provocando que ella enroscara las piernas en su cintura mientras él sonreía con sobre su boca—. Podemos ser dos amigos que disfrutan del sexo... —la cargó hasta la cama, tendiéndola en ésta con gentileza—. De forma exclusiva... Entre nosotros dos...

El deseo la desbordaba, pero de igual manera, anhelaba algo más a lo que él le ofrecía. Sin embargo, tal vez lo mejor era obviar lo que creía necesitar, para que la lujuria ganara terreno y opacara sus confusos sentimientos.

Ella se mostró traviesa, alzando la cintura y enredando los dedos en sus mechones, a la par que buscaba con provocación sus besos.

—En ese caso, supongo que podría aceptar tu propuesta... —bisbiseó incitadora, besándolo con deleite—. Y ser... Tuya...

—¿Sin chicos ni chicas? —Insistió entre beso y beso, bajando la pelvis y friccionándose contra su entrepierna.

Jadeos de ambos se entremezclaban por las fricciones de sus sexos, sonriéndose por el efecto derivado de sus actos.

—Solo Alex y Marie. —Sentenció ella, apegándolo a su cuerpo al notar la protuberancia que despertaba bajo el pantalón del rubio.

—Eso era lo que quería oír.

No le dio oportunidad a replicar, besándola de nuevo con más entrega y desesperación, a la vez que las manos de ambos se enfrentaban por hallar el camino bajo sus prendas. Él fue hábil al introducirse bajo su camiseta, luego quitándosela con impaciencia y restando sorprendido al contemplar los senos de la muchacha.

—¿Qué ocurre? —Preguntó ella con el pecho subiendo y bajando acelerado.

Alex no respondió, inmiscuyendo dos dedos por debajo la tela del sostén, para luego sacar uno de los algodones que abultaban su busto.

—¿Qué coño es esto? —Curioseó con una mueca escéptica, ojeando a la chica con una sonrisa divertida.

—Algodón. —Respondió secamente, cruzando los brazos sobre su regazo.

—Eso ya lo veo, pero... ¿Por qué lo llevas? —Persistió sin poder ocultar su asombro—. ¿Intentabas que se te vieran más las tetas?

—Si ya lo sabes, ¿por qué coño lo preguntas?

Una sonora carcajada se dejó escuchar por toda la estancia, causando más bochorno y enfado en la azabache, quien emberrinchada empujó al chico para intentar levantarse de la cama.

En el momento en que lo apartó, él obró ágilmente, agarrándola de la muñeca y haciendo que lo afrontara en un semblante irascible.

—¡Eh! ¡Suéltame, idiota! —Masculló con voz autoritaria.

—No, gracias. —Con la mano libre, le quitó el otro algodón del sostén, forcejeando con ella e inmovilizándola contra el colchón para apresarla sin miramientos.

—Maldito rubio de pote, ¡déjame o juro que te parto las bolas! —Pataleó en una rabieta, removiéndose inquieta.

—Si me partes las bolas, se te acaba el jugar al *mete-saca*.

—Lo dudo mucho. —Rebatió ella en un tono sardónico, mirándolo con malicia—. Estoy segura de que *Pitufín* estaría encantado de complacerme.

La rabia se apoderó de él al escuchar esa amenaza a labios de esa rebelde de melena oscura, endureciendo sus facciones al ser dominado por los celos.

—El día en que tú y Louis folléis, será el mismo día de su funeral.

—*Uh~...* ¿Tienes miedo de que su polla sea más satisfactoria que la tuya? —Provocó con fingido puchero.

Él apretó sus muñecas, sin relajar su postura al adherir sus esmeraldas a los zafiros que esa bella cabezota poseía como a ojos.

—¿Bromeas? ¡Ja! —Expresó con voz áspera y una sonrisa cargada de falsedad—. Ni en tus mejores sueños, bonita.

Esa tozudez y sarcasmo le causaron un ligero regocijo a la joven, inclinando el rostro para producir un suave rozamiento de sus bocas.

—De eso estoy segura... —capturó su labio inferior con los dientes, tironeando de éste—. Porque en mis mejores sueños, estás follando de todas las posturas y formas posibles.

Todos los músculos del cuerpo del zagal entraron en tensión por esas

provocaciones que tentaban a su autocontrol. Inspirando hondo al escrutar minuciosamente los rasgos de esa ninfa traviesa.

—Así pues... ¿Formo parte de tus fantasías, *Azulita*? —Indagó movido por el morbo, notando como la boca se le hacía agua tan solo de imaginarlo.

—De las más perversas... —incitó en un tono osado.

—Me gustaría que me enseñaras un poco de esa perversión.

—*Mm... Gatito* curioso. —Canturreó melosamente, pasando la lengua por sus labios—. Si es lo que deseas... —movió sus muñecas bruscamente, liberándose en ese instante en que él había bajado la guardia, para hacerlo girar de espaldas sobre el colchón y sentarse encima con las manos sosteniendo sus antebrazos—. Te demostraré qué retorcida puedo llegar a ser...

Una expresión de lujuria se formó en el rostro del muchacho, apreciando como ella se regodeaba de llevar las riendas, hasta que su mirada se posó sobre la mesita de noche y sus rasgos se consternaron.

—¿Qué hace eso ahí? —Preguntó ella en un estado ofuscado.

Alex se ladeó, identificando la instantánea que había tomado del cuarto de la fémina instantes previos.

La azabache se apartó con brusquedad, poniéndose de pie mientras que el rubio la imitaba y la miraba inquieto, al ella asir la fotografía; posteriormente enseñándosela a él a modo de reproche.

—¿Por qué tienes esto? —Quiso saber a regañadientes.

—Marie, calma... —alentó con las manos extendidas hacia adelante—. La tomé de tu cuarto antes y, cuando la tipa esa llamó a la habitación, la guardé y me la quedé sin querer.

—¿Y por qué la tomaste? —Insistió sin regular el tono.

—No lo sé; simplemente la tomé. —Se excusó con un encogimiento de hombros, fijándose en como ella permanecía en alerta—. Por otro lado, solo es una foto... ¿Por qué tanto revuelo?

Ella parpadeó desorientada, luego cruzándose de brazos con los ojos puestos en el suelo.

—N-no es nada. —Desestimó en una faceta vulnerable—. Es solo que no me gusta que toquen mis cosas; solo eso.

Esa respuesta no le convenció en absoluto al varón, mucho menos con ese cambio brusco en su forma de actuar.

Sin decir nada, ella agarró su camiseta de la cama, vistiéndose en silencio frente el perdido e incierto mirar de su compañero.

—¿Qué haces? —Preguntó irresoluto.

—Vestirme. —Contestó tajantemente, acomodándose la prenda.

—Eso ya lo veo, pero... ¿Por qué? —Ella entreabrió los labios, sin llegar a responder que él alzó un dedo en forma de advertencia—. Y ni se te ocurra decir que por nada.

Marie resopló, pasando los dedos por su cabellera en un gesto abatido.

—Enserio, no es nada importante... —él esperó con recelo, imponiéndose en una postura firme frente a la cabezonería de la chica—. Así que deja de insistir, ¿sí? —Se giró sobre sus talones, con intención de marcharse. Sin alcanzar a dar un paso que el joven se apresuró en detenerla al abrazarla súbitamente por detrás—. A-Alex, ¿qué...?

—No tienes por qué hacerte la fuerte siempre, ¿sabes? —Susurró sobre su oído, provocando que a ella se le erizara el vello de la piel y quedara paralizada entre sus brazos.

Con el pulso tembloroso, acercó sus manos a las de él, tomándolas sin apartarlas y contagiándose del calor que desprendía su cuerpo. Era extraño, pues pese al miedo de ser lastimada, entonces se sentía a salvo y en paz, notando como su respiración se acompasaba y una sonrisa apenada se dibujaba en sus labios.

—Tonto. —Murmuró en voz baja, no permitiendo que él se apartara que se aferró a ese abrazo con anhelo.

—Seré todo lo tonto que digas, pero así te encanto. —Replicó en un bisbiseo.

Ambos se mantuvieron varios minutos sin decir ni hacer nada. Únicamente abrazándose y dejando que el tiempo transcurriera en esa perfecta armonía y sosiego.

Tal vez, el pasado había convertido a Marie en una chica que se había olvidado de lo que verdaderamente era sentir o amar. No obstante, cuando se encontraba cerca de Alex, algo en ella parecía florecer; algo que la llenaba de calma y serenidad.

—¿Qué te parece si vamos a dar una vuelta? —Preguntó el blondo de forma espontánea, soltándola y yendo hacia el armario.

La joven lo ojeó desubicada, observando en cómo él se cambiaba de atuendo frente su atenta mirada.

—¿A dar una... Vuelta?

—Sí. —Confirmó elocuente, regresando al encuentro de la azabache—. Podríamos pasear, tomar algo y... ¿Comprar los disfraces para Halloween?

Esa idea hizo sonreír a la muchacha, arrimándose al zagal con coquetería y una expresión pícaro en sus facciones.

—¿Eso quiere decir que te disfrazarás de gatito? —Inquirió persuasivamente.

Él la tomó de los hombros, inclinándose sobre su rostro para zambullirse en esos océanos que lo tenían cautivado.

—Siempre y cuando tú te disfraces de gatita.

Marie se impulsó contra sus labios, besándolo con pasión mientras interceptaba sus manos y las entrelazaba a las de ella, para luego disolver el contacto y guiarlo hacia la puerta que daba con el pasillo.

—¿Eso es un sí? —Curioseó el varón con pillería.

—¿Necesitas que te responda, *Gatito*? —Lo miró coqueta, disponiéndose a salir de la habitación—. Vamos a buscar algo *sexy* que ponernos.

Después de unos días un tanto ajetreados, la euforia y el disfrute se hicieron presentes con la llegada de la velada de Halloween.

Marie ya tenía su disfraz listo para estrenarse, pero, antes que nada, debía ocuparse de su adorada amiga. La azabache se encontraba ojeando el móvil desde el lecho, sin prestarle atención a cómo Coralie se alistaba frente al espejo que había colgado en la pared.

—¿Enserio que no vas a venir a la fiesta? —Preguntó la morena, enfundada en un disfraz de bruja de color negro.

—Lo siento, pero tengo otros... Planes...

—¿Como por ejemplo? —Se interesó a la vez que acomodaba un sombrero puntiagudo sobre su cabeza.

—Estudiar...

«E ir a esa fiesta en secreto sin tenerte de mami controladora...» Pensó la joven de gemas marinas.

—Ajá... —murmuró la chica de lentes con una ceja enarcada y una expresión incrédula—. Pues nada, espero que disfrutes... Estudiando.

Su compañera le dedicó una mirada moribunda a la futura periodista, recibiendo una sonrisa vivaz por parte de ésta como a respuesta.

—¿No deberías irte ya? Jean ya debe de estar esperándote...

—¡Oh, es verdad! ¡Jean! —Exclamó asustadiza, llevándose las manos a la frente.

—Pobre chaval, debes follar muy bien para que te tenga tanta paciencia.

—La muchacha de orbes marrones la miró con el ceño fruncido, no haciendo ningún tipo de reacción a su comentario—. ¿Te quiero?

—¡Agh, eres insufrible! —Protestó a regañadientes, tomando su bolso y colgándoselo en el hombro.

—Pero también soy adorable, irresistible y tu mejor amiga.

—Cuanto ego...

—¿No te ibas?

—Ya va, ya va. —Fue hacia la puerta, echando un último vistazo a su

amiga—. Nos vemos por la mañana.

—No te olvides de usar globito~... —canturreó con la vista puesta en la pantalla de su teléfono.

—Yo sé cuidarme, no como otras.

Marie puso sus celestes en aquella impertinente, fijándose en cómo tras verla sonreír con malicia, la joven salía del cuarto y la dejaba a solas.

Después de unos minutos, la muchacha se puso de pie como alma que lleva el diablo, precipitándose hacia el armario, para sacar del fondo de uno de los compartimentos, el atuendo elegido para esa noche.

Una sonrisa se dibujó en sus labios al extender la prenda, corriendo hacia el baño para cambiarse rápidamente y maquillarse según su criterio y la vestimenta.

—Bien, vamos a ello...

...

Alex había quedado con Marie en el mismo local donde se celebraba la fiesta. Lucía su buen físico en un traje negro de látex con antifaz a juego, y unas orejas de gato sobresaliendo de sus mechones dorados.

Llegó temprano al lugar, por lo que aprovechó en reconocer el espacio de mientras aguardaba por la llegada de su cita. Tras aborrecer ese sitio atestado de gente, fue hacia donde se encontraba la barra para pedirse una cerveza; luego dando un largo trago de la espumosa bebida con pesadez.

Sus esmeraldas buscaban entre la muchedumbre a esa chica que tanto lo tenía cautivado. Sin embargo, aún no había rastro de su paradero. Haciendo que el rubio resoplara impaciente.

—Tranquilo, tío. Seguro que estará por llegar.

El universitario viró el rostro al oír la voz varonil proveniente de su lado, encontrándose con un muchacho moreno de lentes enfundado en un disfraz de vampiro.

—Este... Perdona, pero... ¿Qué? —Preguntó Alex.

—La chica. —Aseguró con naturalidad el desconocido—. Salta a la vista que estás esperando a tu... ¿Gatita?

Aquello le sonsacó una risotada al felino, afrontando al recién conocido en un semblante relajado.

—Buen observador. —Confirmó en un tono apacible, examinando al

individuo—. ¿Y tú estás esperando a tu *Draculina*?

—Brujita. —Replicó el de gemas marrones con sosiego, apoyando los codos sobre la barra—. Seguramente debe estar preparándose o discutiendo con su amiga.

—Mujeres...

—Ya te digo. —Se jactó su opuesto, soltando una bocanada de aire antes de mirar con camaradería al blondo—. De todas formas, así las queremos, ¿no?

Esa alusión hizo que Alex pestañeara patidifuso, negando con una sonrisa escéptica y una actitud nerviosa.

—¿Querer? No, no... Marie es solo una amiga especial, nada más. —Se refirió con cabezonería.

—¿Una amiga especial? —Cuestionó con extrañeza, reprimiéndose la risa—. Bueno, supongo que por ahí se empieza...

La confusión opacaba los pensamientos de Alex, quedándose absorto en sus propias cavilaciones.

—¡Eh, Jean! —Exclamó Coralie, aproximándose al de vestimenta de vampiro por las espaldas.

Alex se tensó al reconocer la chillona voz de la futura reportera, acomodándose el antifaz y tapándose la boca al arrimar el vaso de cerveza a su boca.

—*Hey*, nena. —Saludó el chico de lentes, rodeando entre sus brazos a la jovenzuela.

—Siento llegar tarde. —Lamentó ella, haciendo un puchero y besando fugazmente sus labios—. ¿Hace mucho que te esperas?

—No demasiado. —Él ojeó al joven de disfraz gatuno, sonriendo amable—. Además, he estado hablando un rato con este gato que acabo de conocer.

—¿Gato? —Repitió dubitativa la fémina.

La pareja de morenos puso su atención en el mencionado, quien se limitó a asentir, y sin osar actuar con su habitual naturalidad. Bebiendo un trago de su cerveza de forma esquiva.

—Bueno... —el rubio se aclaró la garganta, usando un tono más ronco al pronunciarse—. Voy a ir a dar un rodeo.

—Claro. —Confirmó el de capa oscura y falsos colmillos—. Suerte con tu Gatita.

Alex asintió en silencio, alejándose de los dos enamorados, antes de que aquella metiche terminara descubriéndolo tanto a él como a su aún ausente

acompañante.

Impacientándose por la falta de noticias de la azabache, sacó el móvil con intención de ponerse en contacto con ella. Sin embargo, tan pronto como fue a escribirle un mensaje, dos manos cubrieron sus ojos y una cálida respiración en su oído lo hizo estremecerse.

—*Mm...* Me pareció ver a un lindo gatito. —Susurró una voz que él ya había memorizado como si de su canción favorita se tratara.

—Hola, *Azulita*. —Murmuró con una sonrisa ladina.

La fémica descubrió su vista, permitiendo que el varón enfocara su mirada y se volteara para localizar a esa muchacha traviesa. En cuanto sus ojos se encontraron con los de ella, quedó embelesado.

Marie lucía la melena suelta. Su buena figura se veía resaltada en un conjunto de top negro que se cernía perfectamente a su silueta, y una falda que le llegaba hasta los muslos, y cuya dejaba a la vista sus bien torneadas piernas. Además de un antifaz de pedrería oscura que intensificaba el azul de sus iris.

—¿Qué pasa, *Gatito*? —Se arrimó con coquetería a su torso, apoyando las manos sobre éste a la par que se alzaba de puntillas y rozaba su boca con la suya—. ¿Es que acaso no te gusta lo que ves?

Poco a poco, él condujo sus manos por las finas curvas de su cuerpo, descendiendo paulatinamente hasta sus bien marcados glúteos para apretarlos con firmeza.

—Si no me gustara, no estaría imaginándote en cuatro ahora mismo. —Susurró con el deseo opacando sus esmeraldas.

—¿Eso es en lo que estás pensando? —Bisbiseó ella, paseando dos dedos en ascenso hasta su mentón mientras él confirmaba embebecido—. En cuyo caso, podríamos hacer algo para remediarlo...

Él la observó con incertidumbre, atisbando como las facciones de esa ninfa se tornaban más pícaras al tomarlo de las manos y guiarlo entre el gentío, hasta llegar a unas escaleras que conducían a un segundo piso.

El paso estaba barrado, aún y así, no fue impedimento para que la chica obrara por su propia cuenta.

Alex no dijo nada, dejando que ella lo encaminara a la planta superior, y luego ambos se detuvieron frente a la baranda, que presentaba unas amplias vistas de la sala. Apartados de ese bullicio en aquel ensombrecido y discreto rincón.

—¿Qué estamos haciendo aquí, *Azulita*? —Preguntó él con curiosidad.

—¿Jugar? —Inquirió con travesura, quedando de espaldas a la baranda, al encarar al apuesto felino—. Bueno... Solo si tú quieres.

—Cuando hablamos de jugar...

Ella ensanchó su sonrisa, extendiendo una mano al cinturón del traje que él portaba, para atraerlo a su anatomía y besarlo de un impulso con recato, pero pasión. Moviendo su lengua en sincronía con la suya en ese rito de reconocimiento en la cavidad bucal ajena.

Al separarse, la azabache lo admiró juguetona, discerniendo la lujuria en los iris del opuesto.

—¿Estás proponiéndome lo que yo creo? —Curioseó el universitario con ligero asombro.

—Ya te dije que quería jugar... —comentó ella en un tono inocente, deslizando suaves caricias por el abdomen del gatuno—. Pero si no te ves capaz...

Alex miró en todas direcciones, centrándose de nuevo en esa descarada que la tentaba de sobremanera.

—Alguien podría subir y descubrirnos... —titubeó en busca de algo de cordura en sus dudas.

—Es una posibilidad, pero... —se apegó a él, bajando el foco de sus atenciones a la entrepierna del jovenzuelo y comenzar a friccionar la zona con sus dedos—. Me encantaría que me follaras aquí... —lamió su quijada, apretando después su hombría—. Y ahora.

Él tragó con dificultad y se sintió preso de los encantos innatos de su compañera.

—Si eso deseas... —la tomó de la cintura, haciéndola girar de cara a la baranda, a la vez que se posicionaba tras ella y susurraba sobre su oído con provocación—. Jugaremos.

—¿Alguna preferencia, *Gatito*?

El varón rio tenuemente, lamiendo la extensión de su cuello y friccionándose contra su trasero, al mismo tiempo que Marie contenía sus jadeos; sujetando con fuerza la baranda y ladeándose para ver los ojos codiciosos de su amante.

—Solo una... —advirtió él con voz áspera, arremangando la falda de la felina para reseguir el borde de sus bragas con los nudillos—. Que me dejes correrme en tu boca.

La fémica se relamió, mirándolo por el rabillo del ojo con granujería.

—Hecho.

Él no perdió el tiempo al introducir dos dedos por debajo la fina pieza de lencería que cubría su intimidad, hundiéndose en su humedecida entrada para entrar y salir de forma constante y profunda.

—A-Alex... —gimoteó ella, notando como él la estimulaba con dedicación mientras lamía el lóbulo de su oreja.

—Qué mojada estás, *Ma belle*. —Susurró deseoso, dibujando círculos en su interior a la vez que refregaba su erección contra el trasero de ella—. Tan caliente y dispuesta...

—Si ya sabes cómo me pones... —argumentó entrecortada, observándolo por encima del hombro—. ¿A qué esperas por complacerme?

—Te noto ansiosa, *Azulita*. —Intensificó el ritmo de las caricias, friccionando sus labios íntimos superiores y haciéndola jadear afanosa—. ¿Tanto deseas que te la meta?

Las llamas se prendían en sus entrañas, anhelando ser la presa de aquel felino salvaje.

—S-sí... Dámela, *gatito*... —suplicó impaciente, apoyándose en su torso a la busca de su mirada—. Méteme la polla.

Los ruidos quedaban disimulados por la música que resonaba por toda a sala, así como su privacidad se hallaba intacta, viendo desde su posición al resto de asistentes bailando y divirtiéndose; ajenos a lo que acontecía en la segunda planta entre aquellos dos jóvenes.

—Será un placer, *Bebé*.

Alex la volvió a girar cara a él, besándola enardecido al presionarla contra la baranda. Arrimando su pelvis a la de ella, a la par que ésta localizaba la cremallera de su traje y la deslizaba en esa batalla de besos.

—Sin duda alguna... —bisbiseó la azabache sobre su boca, descubriendo su perfecto cuerpo al bajar el cierre hasta el tope en su entrepierna—. El negro te queda muy *sexy*.

—Tal vez deba vestirme así más a menudo... —murmuró con jocosidad, fijándose en como ella introducía una mano bajo el bóxer y agarraba con el pulso firme su hombría.

—Si lo haces, me aseguraré de que siempre quedes... Satisfecho. —Comenzó a masturbarlo, apreciando ese placer que se acentuaba en sus rasgos, al entreabrir los labios para gemir por esas gratas atenciones.

Los verdes prados del muchacho se clavaron en los mares de esa desvergonzada, impulsando las caderas hacia adelante por tal de animarla a incrementar la asiduidad de sus estimulaciones.

—De momento, me contento con follarte ahora.

Marie se precipitó contra su boca, sumergiéndose en esa ambrosía de pecado y deseo que se había convertido en su más resistente adicción. Sin pudor ni contemplaciones, liberó su erección de esa cárcel bajo el bóxer, permitiendo que él subiera su falda y la sostuviera por los muslos.

La joven cruzó las piernas en su cintura, a lo que él agarró su miembro y lo guio hasta el sexo de la parisina. Rozando con el glande sus bragas, e impregnándolas de líquido preseminal.

—¿No querías follarme? —Preguntó apurada, sosteniéndose de sus hombros.

—Sí, pero... —hizo que el extremo de su falo se paseara por su bragadura, exasperando a la chica con su juego—. Me encanta ver cómo te desesperas.

Esa malicia provocó en Marie un sentimiento de urgencia y necesidad. Mordiendo juguetona el labio inferior del felino.

—Como sigas así, el que se va a desesperar vas a ser tú. —Rozó su boca con la suya, impulsando su cintura—. Así que ya estás follándome como tanto me gusta si no quieres quedarte con las ganas.

Alex ensanchó su sonrisa, robándole un beso cargado de pasión, al mismo tiempo que hacía a un lado la tela de sus bragas y dirigía su miembro en su estrecha cavidad. Penetrándola de una estocada y contemplando como ella echaba la cabeza hacia atrás y gemía de gozo.

—Ahí la tienes. —Apretó sus glúteos, hundiéndose plenamente en su interior—. Toda para ti...

—Solo mía... —reafirmó al moverse de arriba a abajo con complacencia, hundiendo los dedos en sus guedejas y apoyando su frente con la suya—. Es deliciosa.

—¿Te gusta sentirla, *Azulita*? —Susurró a una separación escasa entre sus labios, embistiéndola con rigor e ímpetu—. ¿Te gusta cómo se hunde en tu coño?

La estudiante de moda contoneó sus caderas, deleitándose de las provocaciones y sensaciones que afloraban en su ser, con cada acción y palabras con que él la colmaba.

—Sabes que me encanta, *gatito*. —Seseó con la excitación alcanzando un elevado nivel, moviéndose en sincronía contra su cintura—. Sobre todo, cuando me das duro... —sonrió traviesa, lamiendo la comisura de su boca—. O cuando te corres dentro de mí.

—Eso fue... Increíble. —Escondió el rostro en el hueco de su cuello,

besándolo y sofocando así sus jadeos—. Sería ideal si pudiera volver a llenarte de semen.

Espasmos acudieron al sexo de la muchacha, percibiendo la vibración de la dureza del rubio contra las paredes de su núcleo.

—Quizás deba tomar alguna medida preventiva para que podamos... Repetir... —sugirió entrecortada, removiéndose como a consecuencia de esa fruición que la inundaba.

Ambos se miraron con ígneo deseo, compenetrándose en ese delirante balanceo, que calentaba su organismo y avivaba sus ganas del uno por el otro.

—Estoy deseando que lo hagas... —confesó con voz ronca, conteniéndose al verse orillado a esa liberación que intentaba aletargar.

La enmascarada rio con pillería al notar como el miembro de su compañero se endurecía más en su interior, ralentizando sus incursiones en un intento de prolongar ese gozo.

—¿Qué pasa, *gatito*? —Retó adrede, esbozando un mohín—. ¿Es que ya te has cansado?

Alex torció una sonrisa, manoseando su trasero, a la vez que se instaba a reanudar sus seguidas embestidas.

—Contigo nunca me canso. —Subió las manos por su espalda, inmiscuyéndose por debajo del top para atraerla más a su cuerpo—. Pero como siga así, voy a correrme antes de salir de tu caliente coño.

—*Mm...* Qué bien suena eso. —Se enorgulleció la joven, siendo ella quien se impulsó para reiniciar ese brioso y adictivo mecimiento—. Entonces... ¿No podrías contenerte?

Marie se movía de forma expresa, provocando que él jadeara más notoriamente y cerrara los ojos con el entrecejo arrugado; esforzándose por centrar sus pensamientos en algo que lo distrajera de ese desbordante placer.

—Estás jugando con fuego, *Azulita*... —expresó entre gemidos, aferrándose a su cintura mientras ella orquestaba sus embestidas.

—Es divertido... —indicó en un tono inocente, tomándolo del mentón e inclinándose sobre su rostro a la vez que él se resistía a admirarla—. ¿No vas a mirarme? —El chico no respondió, incitando a la pelinegra a proseguir con sus provocaciones—. Alex... —susurró sensualmente, rozando sus labios con los propios—. Quiero que veas como me clavo tu polla...

La manera en cómo sus palabras sonaron, disuadió al varón, el cual, ya rendido, abrió los párpados para ser el privilegiado espectador de esa bella ninfa. Examinándola en esa faceta descocada al mecerse en un continuo vaivén

que los embriagaba a ambos.

—Gato curioso... —canturreó ella con picardía, atisbando esa misma travesura en las facciones del opuesto.

—Imposible no ser curioso con tus... Juegucitos... —con más decisión, inició un traqueteo más vigorizado, viendo como ella no podía disimular aquello que la tenía en pleno éxtasis—. Dijiste que te gustaba que te diera duro, ¿me equivoco? —Descendió las manos hasta sus posaderas, penetrándola una y otra vez con rudeza. Produciendo un pervertido sonido con el choque de sus pelvis—. ¿Así está bien?

—Ah-ah... Dios... —gimió desinhibida, abrazándose a su cuello con sus frentes unidas—. A-así... No pares...

—Joder, qué dura me la estás poniendo... —gruñó por lo bajo, mordisqueando su yugular—. ¿Lo notas? ¿Notas lo que provocas en mí, *Ma Belle*?

—Sí, lo noto... —expresó con la voz sofocada, besando fugazmente sus labios al recibir esas descargas ya conocidas en su sexo—. Maldición... Alex... Ah-ah...

—Córrete, *Azulita*. —Ordenó sin limitarse, embistiéndola insistente y decididamente—. Quiero ver como llegas...

—¿Y luego me darás mi leche? —Provocó con osadía, relamiéndose.

La expresión de Alex era de júbilo, reflejando esa lujuria que entonces lo consumía a causa de esa chica que alimentaba sus anhelos y fantasías.

—Hasta la última gota...

Sus bocas se buscaron con desesperación, besándose como si no existiera un mañana. Saciándose de esa droga de la que parecía que nunca tuvieran suficiente, y que los estaba embaucando irremediablemente.

Él se movió más brusca y profundamente, culminando en el fondo de la cavidad de la jovencuela mientras ésta acallaba los jadeos al besar reiteradamente a su amante. Apegándose a él en ese vigorizado vaivén que desencadenó en ella ese placer que tanto ansiaba experimentar.

—A-lex... —convirtió las manos en dos puños, cruzándolas tras el cogote del universitario con la respiración descompasada.

Los gemidos de ella iban elevando la nota en ese espacio concurrido, pasando desapercibidos gracias al ruido de la música que resonaba por todo el local.

No tardó demasiado en que el clímax la arrulló con sus omnipotentes y plenas sensaciones; abandonándose a brazos del felino, en esa danza de fuego

que, al mismo tiempo que a ella la estaba amansando con su posterior calma y éxtasis, a él lo seguía tentando en demasía.

—Marie... —susurró ofuscado por mantener el autocontrol, apretando la cintura de la chica—. Voy a... Correrme...

Ella podía identificar la exasperación en sus esmeraldas, deseando detenerse y a la par seguir hacia adelante con aquel acto indebido. Sin embargo, Marie se impuso al obligarlo frenar; besando pacientemente sus labios y sacando su virilidad del interior de su centro.

Acto seguido, cerró la mano alrededor de su miembro, estimulándolo en un ya experimentado movimiento de muñeca, a la vez que se colocaba de rodillas en el suelo. Dirigiendo su boca al sexo del varón para introducirlo en la cavidad y succionarlo con dedicación.

—Joder... Marie... —condujo las manos a su cabellera, marcando el ritmo de sus succiones e impulsando las caderas con ansia—. Sí, así... Come la polla de tu gatito, *Bebé*...

Ella acató las indicaciones del varón, satisfaciéndolo al adaptarse a ese ritmo que le había indicado; saboreando su virilidad al resegirlo con la lengua con largas lamidas, para luego sacudirlo con la mano y succionarlo detenidamente.

Más jadeos iban emergiendo de los labios del rubio, notando sus extremidades tensarse en cuanto ella se dedicó a llevar a cabo su pecaminoso cometido con tan osadas acciones.

—*Azulita*... —se mordió internamente la mejilla, bajando la vista donde aquella traviesa ninfa lo masturbaba con los ojos adheridos de forma penetrante en su persona—. ¿Estás lista para que te dé tu ración de leche? — Ella sonrió despreocupada, inclinándose hacia adelante para hundir por completo su miembro en la boca y rozar con las yemas de los dedos su escroto.

El universitario se sintió desfallecer por tan gratos agasajos, llevando las manos a la baranda, por tal de sostenerse al percibir esa oleada de placer planear sobre él.

—Marie... —gruñó con voz ronca, notando su sexo palpar en la cálida cavidad de su compañera.

Su mente quedó en blanco al llegar al orgasmo, derramándose en el interior de la boca de la fémica, mientras ella continuaba estimulándolo y succionando su hombría.

—Así, *Bebé*... Trágateela... —instó con sus piernas flaqueando, sonriendo

complacido al ver cómo la muchacha ingería su semen, y luego se separaba sin dejar de masajear su falo a un ritmo más sosegado.

No transcurrió mucho que él la ayudó a incorporarse, seguidamente tomándola del rostro y besándola con ternura y desenfreno en esa danza armoniosa entre sus lenguas. No había prisas en ese contacto, solo gusto por sentirse y deleitarse mutuamente.

Cuando sus labios se desunieron, sus miradas se cruzaron en un instante. Alex rozó con los pulgares sus mejillas, sin atreverse a separarse al contemplarla en la penumbra.

—Eres fantástica... —susurró hechizado por sus zafiros, zambulléndose en estos.

Un intenso carmesí se concentró en los pómulos de la felina, aclarándose la garganta y distanciándose con un ápice de vergüenza.

—¿T-te apetece tomar algo de beber? —Sugirió ella con una sonrisa titubeante, acomodando sus ropas y eludiendo el contacto visual—. Tanta actividad me ha hecho venir sed.

Alex pestañeó desorientado, colocándose bien el atuendo, a la par que sonreía de la mejor forma hacia la azabache.

—Supongo que podrías invitarme a una copa.

—¿Cómo que invitarte? —Protestó ella con una trompita en los labios al afrontarlo.

—La última vez pagué yo, ¿recuerdas? —Alegó con una sonrisa ladina, besando sus carmesíes castamente—. Me debes como mínimo una ronda.

Marie no se opuso, contagiándose de esa sonrisa de revista que él le dedicaba con naturalidad.

—Está bien; yo invito.

—Gracias, *Ma Belle*. —Le guiñó un ojo, luego dirigiéndose con ella a las escaleras, para bajar los peldaños con discreción de no ser descubiertos por ninguno de los asistentes.

Al llegar a la planta baja, él la retuvo al tirar de su mano, haciendo que sus miradas chocaran entre sí.

—¿Ocurre algo, *Gatito*? —Cuestionó con extrañeza.

—Voy un segundo al baño. —Comentó en un tono apaciguado, luego inclinándose sobre su oído—. ¿Me esperas en la barra a que regrese?

Marie confirmó en silencio, distanciándose de su compañero para encaminarse hacia la barra mientras él se adentraba a los aseos.

No sabía cómo describirlo, pero entonces sentía como si se encontrara

sobre una nube de felicidad. Estar al lado de Alex le hacía experimentar un torbellino de emociones que jamás imaginó poder sentir.

Eso le causaba pavor, pero a su vez, le encantaba. Le encantaba lo bien que le hacía sentir y en cómo era ella cuando estaba con él; en cómo podía ser ella misma sin temer por un rechazo. Sencillamente... Le encantaba él.

En esas que se quedó absorta en sus pensamientos, sus ojos se posaron en un sujeto conocido de cobriza cabellera que se hallaba a unos metros de distancia. Restando paralizada en medio de la pista de baile al reconocerlo entre la muchedumbre.

De repente, toda su alegría se esfumó, y el terror por las memorias de su pasado volvieron a acecharla a ella y a su fortaleza, en cuanto ese individuo se ladeó y miró en su dirección.

No era seguro que la hubiera visto, tal vez solo habían sido imaginaciones suyas, pero su mente no pensaba y su cuerpo había caído preso del pánico.

Inconscientemente, fue retrocediendo en dirección contraria, abriéndose paso entre los asistentes. En busca de una escapatoria a ese terror y tristeza que afloraban por todo su ser.

...

Por su lado, Alex se despejó la cara en el servicio y apreció su reflejo en el espejo con una sonrisa sarcástica.

Aún no se creía a la clase de locuras que accedía por su amiga, costando hacerse a la idea de cómo habían cambiado las cosas entre ambos desde que habían cruzado la línea de su amistad, para convertir su relación en algo más intenso.

El pensar en cómo todo aquello se llegó a producir provocó un sentimiento de inquietud en él. Sacó el móvil del bolsillo posterior del traje, desbloqueando la pantalla y revisando el historial de mensajes.

Desde que había recibido el video en que él y Marie aparecían en esa comprometida situación, había intentado contactar por todos los medios con aquella vil chantajista. No obstante, sus esfuerzos resultaron en vano.

No sabía acerca de sus intenciones y, pese haber transcurrido casi una semana desde que recibió el mensaje, aún no había conseguido comentárselo a su involucrada compañera.

«Tengo que decírselo...»

Estaba decidido. No podía seguir ocultándole esa información que los afectaba a los dos en la misma medida. Así pues, con un semblante severo, guardó de nuevo el aparato y se dispuso a salir del aseo con decisión de hallar a la azabache y explicárselo todo.

Nada más cruzar la puerta, Alex se detuvo de golpe, visualizando a su compañera recargada cabizbaja en la pared del pasillo. Él se aproximó con andares relajados, sonriendo con simpatía e inclinándose levemente al plantarse frente a la joven.

—¿Has venido a esperarme, *Azulita*? —Susurró en un tono meloso.

Marie no contestó, reaccionando precipitadamente al oír su voz y abrazándose a su torso, de una forma tan repentina que sorprendió al zagal.

—*Hey...* ¿Qué pas...?

Se interrumpió al escuchar los sollozos de la fémica mientras ésta se refregaba contra su pecho; envolviéndola entre sus brazos con apego.

—Marie, ¿qué es lo que ocurre? —Se preocupó en un tono recatado.

—Quiero irme. —Musitó aferrándose a su cuerpo, sin osar mirarlo directamente a la cara.

—Pero...

—Por favor, Alex... —suplicó con voz quebradiza.

Alex sintió una aflicción en el pecho, besando su coronilla y peinando su melena con los dedos.

—Está bien, nos vamos. —La separó con decoro, tomándola de la barbilla para apreciar sus zafiros enrojecidos por las lágrimas—. Pero tienes que contarme qué es lo que ha pasado, ¿vale?

La muchacha guardó silencio, asintiendo temerosa a la vez que él la acogía en un cálido y alentador abrazo.

Alex guio a Marie hacia la salida del local, deteniéndose al pasar por la pista de baile y cruzarse con la pareja, compuesta por Coralie y Jean, de frente.

—*Hey*, encontraste a tu gatita. —Expresó el de vestimenta vampírica con una amable sonrisa, al ver al felino en compañía de la azabache.

La aludida seguía cabizbaja, abrazada al torso del rubio en busca de su protección, mientras él daba la cara por los dos ante la mirada curiosa de los otros dos jóvenes.

—Sí, solo teníamos que coordinarnos. —Comentó usando una voz más áspera, haciendo un amago por tal de escabullirse.

—Eh, ¿ya os vais? —Indagó el chico de lentes con una mueca extrañada—. Apenas empieza la noche.

—Ya, bueno... Es que estamos algo cansados. —Argumentó Alex, alejándose marcha atrás con su acompañante.

—Son solo las once.

—Vamos, Jean. —Intervino la morena, jalando del brazo de su acompañante—. Deja que se vayan; salta a la vista que tienen prisa. —Comentó en un tono jocoso.

La mirada de Coralie se cruzó durante una fracción de segundo con la de Marie, luego distanciándose y cada uno tomando su propio camino entre la muchedumbre.

—Ya veo que lo de metiche es contagioso. —Murmuró el rubio con engorro—. Sin lugar a duda, están hechos el uno para el otro. —Se jactó mientras se aferraba a la mano de su amiga, abriéndose paso en esa marea de gente—. Prométeme que no te convertirás en una cotilla como esos dos...

—¿Por quién me tomas, *gatito*? —Bromeó sin ánimos.

Mientras avanzaban, los azules de la muchacha avistaron la cabellera cobriza del sujeto responsable de su tormento. Frenando el andar del gatuno para atraerlo a su cuerpo y usarlo como a escudo.

—¿*Azulita*? —Cuestionó con incertidumbre, notando como ella se sujetaba a sus brazos con firmeza—. ¿Ocurre algo?

—N-no te muevas... —imploró con su rostro asomándose discretamente

por encima de su hombro.

Alex siguió la trayectoria de su mirada, localizando al sujeto de gemas celestes y mechones pelirrojos que se encontraba en el punto de mira de su compañera.

—¿Quién es? —Preguntó en un tono precavido, después fijándose de nuevo en los cielos de la chica—. ¿Le conoces?

Ella no osaba responder, limitándose a asentir en silencio, a la vez que sus dedos temblaban por el terror que la sacudía por dentro.

La expresión acongojada que se dibujaba en sus facciones creó en él un sentimiento de rabia y desasosiego, conduciendo sus brazos alrededor de la figura de la fémica, para construir una especie de coraza protectora a su alrededor.

—¿Es por él que estás así? —Ella hundió la cabeza en su pecho, confirmando sin mencionar palabra alguna—. ¿Qué ha pasado?

—A-aquí no... —susurró con voz quebradiza, cerrando los puños—. Primero lleguemos a la residencia.

Se mantuvieron quedos unos minutos, instándose a marchar en cuanto el individuo en cuestión desapareció de su campo de visión.

Una vez fuera del recinto, fijaron rumbo de regreso a la residencia, apenas conversando en ese ambiente enrarecido, en el que el varón no encontraba la forma idónea de romper el hielo, sin sonar inoportuno.

En todo momento las manos de los dos permanecieron unidas, con sus ojos puestos en el horizonte y en sus propios pasos, en ese respeto del joven hacia el desconocido sufrimiento que la chica acarreaba.

No quería presionarla, pero la verdad era que moría por saber qué era lo que la tenía en ese estado de alerta y aflicción.

Cuando llegaron al campus, no perdieron el tiempo en ir hacia el bloque de habitaciones y subir las escaleras hasta la planta donde se hallaba el cuarto de Alex. Abriendo la puerta de la habitación para irrumpir en ésta y encerrarse dentro.

Marie fue directa hacia la cama, desplomándose de espaldas sobre ésta con sus luceros centrándose en un punto muerto en el techo. Notando como el colchón se hundía en cuanto el rubio se tendió a su lado, y la contempló de refilón en un semblante relajado.

La azabache se ladeó para mirarlo de cara, recogándose en posición fetal, mientras sus zafiros se incrustaban en las esmeraldas del universitario. Él sonrió con simpatía, deslizando una caricia por su brazo desnudo en un gesto

alentador.

—¿Mejor ahora? —Cuestionó en un susurro.

Ella se esforzó por corresponder a su sonrisa, confirmando pese al desaliento que la embriagaba.

—Siento haberme comportado tan... Rara. —Lamentó en un tono pesaroso —. Yo... No esperaba que nada de esto ocurriera.

El zagal leyó entre líneas, frunciendo los labios y usando un tono solemne al dirigirse a su persona.

—¿Te refieres a lo de ese chico que conocías? —Ella asintió recelosa, apretando las manos contra su propio pecho.

Alex respiró en profundidad, quitándose el antifaz para contemplarla con más claridad. Acomodándose en una postura cómoda, y con sus verdes no perdiendo detalle de ella.

—Y... ¿Puedo saber qué pasó? —Curioseó con sutileza, divisando como las pupilas de la chica se dilataban—. Es decir... ¿Él te hizo algo?

Las memorias se amontonaban sin compasión en la mente de su compañera, provocando que los mismos recuerdos hicieran que lágrimas humedecieran sus ojos.

—Más o menos. —Confesó con un nudo en la garganta, brindándose coraje por tal de no hundirse en sus pensamientos—. Él... Fue mi... Primer amor.

Aquello dejó anonadado al rubio, quien, en un semblante escéptico, observó a la enmascarada de oscuro antifaz.

—¿Primer amor? Pero... Él es un chico.

—¿No me digas? —Rebatió ella en un tono sardónico, bufando con pesadez y apoyando el peso de su cuerpo en su costado—. Antes de estar con chicas, yo... Era diferente. —Se relamió ansiosa, sonriendo falsamente al ver al joven de soslayo—. Bueno... Tú ya me viste...

La imagen de una inocente y femenina Marie se apareció en la cabeza del zagal, rememorando la instantánea que tomó de su cuarto días previos.

—La foto...

—Esa era yo; mi yo estúpida. —Se refirió a sí misma con amargura—. Me enamoré de un chico increíble; era dulce, bondadoso y mi mejor amigo. —Hizo una pausa, fijando su mirada en sus manos—. Sin embargo, cuando él se enteró de que me gustaba, todo cambió...

—Cuando dices que cambió, te refieres a que... ¿Se portó mal contigo? —Indagó con la angustia expandiéndose bajo su pecho.

—No inmediatamente. —Masculló con rapidez, tomando aire y

reteniéndolo en sus pulmones—. Olivier me hizo creer que también me amaba, y yo... Confié en él. —Arrugó el entrecejo, negando con la cabeza—. Al principio, todo era inocente y sin presiones, pero después todo empezó a envenenarse... —sonrió con falsedad, apartándose un mechón para colocarlo detrás de su oreja—. Yo no supe verlo, al fin de cuentas, era una tonta inexperta...

—Marie...

—Es la verdad. —Acalló al responder con tenacidad, prosiguiendo con sus explicaciones—. Después de eso, los dos empezamos a intimar un poco más... —reprimió las lágrimas que amenazaban en derramarse, notando como su compañero acompañaba una mano sobre las de ella, y acariciaba sus nudillos—. Él sabía que yo no estaba lista y decidimos ir despacio, pero... En ese tiempo... Se aprovechó...

—¿Cómo? —Cuestionó con su pulso azorándose por ese odio que nacía en sus entrañas.

La muchacha dejó que una gota se desprendiera de una de sus gemas, sintiéndose débil e insignificante al ponerse en el lugar de su yo de años marchitos.

—Yo... Le envié fotos más...

—¿Fotos tuyas? —Inquirió irresoluto, con una mueca desconcertante en su rostro—. No comprendo, ¿qué tiene eso de malo?

—Eran fotos de mí... —bajó la cabeza, avergonzada de sus actos—.
Desnuda...

Él agrandó los ojos, con la sangre hirviéndole por esa aprensión hacia ese individuo, y también celosía, de que tan ruin patán hubiera sido espectador de aquella bella ninfa que quería como a suya.

—Entonces... Él te obligó a hacer eso...

—En parte lo hice porque quise. —Defendió sin alterar su timbre—. Pero con ello, todo se vino abajo; Olivier comenzó a alardear con sus amigos sobre nuestra supuesta relación, incluso enseñó a sus más allegados las fotos que le había enviado en privado. —Esa confesión enfureció en sobre medida a Alex, sobre todo al estudiar ese semblante devastado en ella—. En cuanto me enteré de lo ocurrido, quise morirme. No podía creer que él hubiera sido capaz de hacerme algo así.

—Ese... Imbécil... —tensó la mandíbula, con la ira apoderándose de su autocontrol.

—Cuando le planté cara, él se rio de mí. —Se talló los ojos, con la

respiración irregular—. Me dijo que no tenía por qué tomármelo tan a pecho, que era lo habitual y que estaba siendo una inmadura al reprocharle.

Con cada palabra mencionada, el temperamento del varón menguaba, luchando por contenerse al escuchar atentamente el relato de la chica.

—Y por eso cambiaste, porque ese... Gilipollas... Te jodió.

—Supongo que lo que más daño me hizo fue que me traicionara. —Expresó alicaída—. Yo confiaba en él y lo quería, y él solo se estaba divirtiendo conmigo. —Se despojó de su antifaz, descubriendo sus ojos enrojecidos—. Aunque lo peor fue cuando decidí terminar lo que teníamos... —se dio un margen por tal de sacar fuerzas, tragando saliva con dificultad—. Cuando le dije que no quería saber nada más, él me forzó y trató propasarse conmigo...

—El nudo de su garganta de tornó más agónico, estallando en llanto—. De no ser por Coralie... Él hubiera...

No pudo continuar que las lágrimas le impidieron articular una sola frase, ocultando el rostro entre sus manos mientras los sollozos resonaban por toda la estancia.

La impotencia y el rencor iban dominando al joven. Analizando como Marie se refugiaba en ella misma, encogiéndose hecha un ovillo, a la par que él vacilaba a la hora de acercarse o respetar su espacio.

¿Qué debía hacer? ¿Qué podía decirle que disipara ese dolor?

Las heridas de su corazón seguían supurando y no había la certeza de que pudieran sanarse. No obstante, él no podía quedarse inmóvil mientras ella se sumergía en su miseria personal.

Aún y las dudas, el varón intentó un acercamiento, abrazando contra su torso a la chica y haciendo así que se interrumpiera su llanto.

—¿Recuerdas lo que te dije el día que te atacaron aquellos chicos? —Susurró sobre su oído, acariciando su melena—. No dejaré que nadie te ponga un dedo encima; pase lo que pase... Te protegeré.

En esa promesa, los latidos de la azabache se encabritaron, escuchando el repiqueteo del corazón de su compañero mientras se dejaba disuadir por la calma que éste le transmitía.

—Alex... —musitó con sus manos colocándose en el pecho del opuesto, inspirando el aroma a lavanda que se filtraba por sus fosas nasales.

—No quiero que vuelvas a decir que quieres morirte, ni que cambies cómo eres... Porque tú... —se interrumpió, estrechándola con más fuerza y perdiéndose en sus razonamientos y en lo que sentía—. Tú eres asombrosa,

Marie.

Ella alzó la barbilla, encontrándose directamente con la mirada determinante de su amigo. Incorporándose cautelosa y posicionándose sobre él, con el asombro y la indecisión asomándose por su rostro.

—¿De verdad lo piensas? —Cuestionó llorosa, relamiéndose insegura—. ¿Crees que soy... Asombrosa?

Inconscientemente, él acercó una mano a una de sus mejillas, recorriéndola en un delicado roce hasta que su pulgar se detuvo en la comisura de su boca, para reseguirla con suavidad. Hechizado por esa belleza etérea que la caracterizaba y que lo tenía cautivado.

—Eres... La chica más asombrosa que he conocido...

La sonrisa que se formó en los labios de la muchacha robó un suspiro anhelante al rubio. Notando como una sensación de calidez se expandía en su interior. Sin prisas, la atrajo a sus labios. Acechándolos y sin terminar de decidirse a tastarlos, en ese reconocimiento inusualmente tímido y cohibido.

La melena de ella construía una cascada al caer hacia adelante, propiciando una íntima atmósfera entre ambos. Escuchando sus entrecortadas respiraciones entremezclarse en esos exiguos centímetros de separación.

—Gracias, Alex. —Susurró con embeleso, sin distanciarse.

—¿Por qué?

Marie apartó hacia atrás su cabellera, cediendo el peso de su cuerpo al amoldarse sobre el rubio.

—Por protegerme... —sus dedos delinearon su quijada, rozando sus labios con los propios—. Y por estar a mi lado...

En su respuesta, él guardó silencio, inclinándose por tal de suprimir esa distancia que los delimitaba y saborear esa miel de la boca de aquella ninfa.

De nuevo, estaba esa sensación. Esa sensación que, a la vez que lo elevaba a las puertas del Olimpo, lo arrojaba a las tinieblas; sintiéndose morir y revivir en esos besos que eran como el fruto prohibido del Edén.

Sus lenguas se acariciaban con paciencia, sin urgencia ni siendo esclavos de sus impulsos. Sencillamente reconociéndose con ternura y devoción. Contagiándose del sabor de sus salivas mientras se abrazaban y besaban.

En el momento en que sus labios se limitaron para tomar aire, sus ojos restaron intactos al analizarse el uno al otro. Alex unió su frente a la de ella, en un semblante inescrutable igual al de la chica.

—Quédate... —peticionó en un susurro.

—Con eso me estás diciendo que... ¿Quieres jugar? —Cuestionó con

travesura, un ápice cohibida por esa mirada penetrante que él le dedicaba.

Él despejó su faz, negando con la cabeza al mismo tiempo que no perdía detalle de las expresiones de la azabache.

—Solo quédate a pasar la noche... —besó su boca de forma fugaz, sonriéndole apacible—. Duerme conmigo.

—Eso suena... ¿Cursi?

—¿Prefieres que te folle?

Una risita se escapó de los labios de la universitaria, enderezándose para acto seguido despojarse de su atuendo frente el mirar desorientado del rubio.

—Eso es un... ¿Sí?

—Me quedo a dormir. —Aclaró en un tono monocorde, quedándose con no más que su conjunto de lencería—. ¿Me dejas una de tus camisetas?

Alex se impulsó hacia adelante, poniéndose de pie y caminando relajado hacia el armario. Luego rebuscando en su interior.

—Te recuerdo que aún tienes que devolverme una camiseta y un pantalón. —Tomó una camiseta holgada de tirantes de color blanco, lanzándosela y viendo como ella la capturaba al vuelo.

—Lo conservo de recuerdo. —Se mofó ella, enfundándose la prenda que le había dejado.

—Ah, ¿sí? —Rio por lo bajo, deshaciéndose de su traje, hasta quedar con el bóxer y aproximarse nuevamente al lecho junto a su compañera—. ¿Y yo que conservo que sea tuyo?

—Mi virginidad hetero y un precioso conjunto de lencería con una peluca rubia de regalo. —Contestó con una sonrisa sobrada.

Alex la miró entretenido, metiéndose bajo las sábanas y cubriendo mismamente con éstas a la azabache; observándola con curiosidad mientras ella se tapaba hasta el cuello.

—Así pues... ¿Fui el primero? —Se interesó intentando ocultar su regocijo—. ¿Soy tu primera experiencia hetero?

—Primera y última. —Afirmó decisiva, acurrucándose remolona—. Después de ti... No más chicos; solo chicas.

—Debo sentirme halagado de ser tu excepción. —Ironizó con pillería.

Ella refregó la mejilla contra la almohada con una risita divertida. Mirando a ese apuesto Adonis arrimándose más al centro del lecho, y dejando una corta separación entre los rostros de ambos.

Al quedarse absorta escrutando sus rasgos, las preguntas se hicieron presentes en su mente en forma de flas. Debatándose en si saciar su vena

curiosa o sencillamente obviar ese interés hacia su compañero.

—¿En qué piensas que estás tan callada? —Susurró él con simpatía, peinando con una mano los cabellos que cubrían parcialmente su frente.

—N-nada... Solo cosas... —él arqueó una ceja con vacilación, continuando con las caricias por el contorno de su faz—. Y... Bueno... —tragó saliva al clavar su mirada en la del muchacho, notando sus pómulos llamear—. Tú... ¿Alguna vez has tenido... Novia?

Esa pregunta lo tomó por sorpresa, pestañeando sorprendido, a la par que su semblante se transformaba en uno de reflexivo, pero relajado.

—Para serte sincero... —ella atendió con su pulso acelerándose, admirando la sonrisa ladina que se esbozaba en los labios del zagal—. Siempre he sido un capullo solitario que se ha follado a quien le ha venido en gana... —oprimió una risotada, contemplando de cara a la joven—. Lo más parecido que he tenido a una novia eres tú.

Esa revelación causó gran impacto en la fémina, sintiéndose inexplicablemente ansiosa y feliz. Con una sensación de alivio planeando sobre ella y que no terminaba de comprender, pero que curiosamente no le disgustaba.

—Tú... ¿Me consideras tu novia? —Logró formular con los latidos del corazón rezumbando con fuerza contra sus tímpanos.

Hubo unos segundos de solemne silencio. Los dos mirándose sin mover ni un solo músculo mientras un cúmulo de emociones afloraban en su interior.

Alex se sentía sumamente tentado, deseoso y, a la vez, aterrado por esos desconocidos impulsos que solo ella había conseguido producir en él.

—Y-yo... —las palabras se atoraban en su garganta, luchando por salir y muriendo en su boca al forzarse en sonreír despreocupado—. Claro que no, tú y yo... Somos amigos. —Desestimó con una opresión en el pecho—. Es solo que, ya sabes, como nos acostamos, y... Bueno... Nos limitamos... —explicó con los nervios atacándolo—. Da la sensación de que somos pareja, pero... No estoy diciendo que lo seamos, ni nada de eso.

Marie percibió como esa aura de felicidad que había experimentado inicialmente se desvanecía, sonriendo cumplidora con sus ojos opacados por la desilusión.

—Sí, claro. —Masculló restándole importancia, luego aferrándose a las sábanas—. En fin, será mejor que descansemos...

Ese cambio de actitud extrañó al rubio. No obstante, no quería indagar en el tema; pues aún estaba confuso por esos pensamientos y emociones que lo

asaltaban respecto a la azabache.

Sin decir nada más, él apagó la luz de la mesita de noche, viendo a través de la oscuridad, gracias a los tenues rayos de la luz de las farolas que se filtraba por la ventana, y que le permitían visualizar el rostro dormido de su compañera.

Antes de cerrar los ojos, se la quedó mirando con detenimiento, notando como su corazón se descontrolaba al perderse estudiando los labios entreabiertos de la fémica y su plácida expresión.

No estaba acostumbrado a tener tantas dudas e inseguridades; sin saber qué camino tomar. No quería lastimarla ni perderla. Temiendo que cualquier cosa que pudiera decirle, podría colmarlo de gloria o bien hundirlo en un mar de devastación.

En sus pensamientos todo era enmarañado. Aún y así, poco a poco una sonrisa surcó sus labios al mofarse de su estado incierto que, tras atar los cabos sueltos en su cabeza, todo lo incomprensible parecía cobrar un sensato e irónico sentido.

«Genial, te has enamorado de tu amiga.»

Después de esa noche, Alex apenas había logrado pegar ojo. Se había quedado absorto contemplando a su compañera, pensando una y otra vez en esos recién descubiertos sentimientos que lo tenían completamente perdido.

Sí, había caído en la cuenta de que albergaba amor hacia Marie, pero... ¿Y ahora qué? ¿Qué podía hacer?

Ella estaba resentida por lo ocurrido en su pasado y, dada su peculiar relación de amistad, lo más seguro era que no lo tomara en serio si se declaraba.

«Quizás debería hacer méritos y tratar conquistarla...»

Suspiró profundamente frente aquel pensamiento, sin saber bien cómo abordar ese escenario nuevo para él, y del que no encontraba una vía factible y segura.

En esos momentos de reflexión, la muchacha se removió remolona en su lado de la cama, abriendo paulatinamente los ojos y encontrándose directamente con los del rubio.

—*Hey...* —bostezó perezosa, acurrucándose con las sábanas contra su pecho—. ¿Ya estás despierto?

—No tenía sueño.

Marie rodó en el colchón, alcanzando su móvil en la mesita de noche para revisar la hora con una mueca irresoluta.

—Son las siete de la mañana... —miró con escepticismo al zagal.

—Te he dicho que no tenía sueño. —Replicó con engorro, sentándose en el lecho a regañadientes.

—*Uy*, usted perdone. —Se mofó a la vez que se destapaba e incorporaba de la cama.

Él la observó de soslayo, fijándose en como la joven estiraba piernas y brazos por tal de desperezarse.

—Marie... —la susodicha lo miró medio somnolienta, haciendo que él se sintiera ansioso—. Esto... ¿Tienes planes para hoy?

—*Mm...* No que yo sepa. —Contestó en un tono monocorde—. ¿Por qué?

El universitario se relamió, inspirando en profundidad y poniéndose de pie, para acto seguido dirigirse al armario y comenzar a vestirse con una camiseta que tomó del interior del mueble.

—Por nada, es solo que... Pensé que podríamos salir. —Murmuró distractoramente, luego asiendo unos pantalones y enfundándose los cara a ella —. Ya sabes; ir a tomar café, o... ¿Al cine?

Esa propuesta la tomó desprevenida, agrandando los ojos, y con un tenue sonrojo adornando sus mejillas de alabastro al estudiar al varón desde su posición.

—Y eso no sería... ¿Raro? — él la miró extrañado, desatando los nervios en ella—. E-es decir, si tú crees que está bien, podemos hacerlo...

La incertidumbre la asaltaba, posando la vista al suelo.

—Entonces... ¿Eso es un sí? —Se acercó a ella con andares pausados, plantándose enfrente—. ¿Qué te gustaría hacer?

—¿Yo? —Inquirió indecisa, abrazándose mientras ojeaba vergonzosa al muchacho—. N-no sé... Supongo que... El cine suena bien.

—Bien. —Sentenció con una sonrisa amable—. En ese caso, ¿te paso a buscar a las cinco a tu habitación? —Hizo una pausa, pasándose la mano por la cabellera—. Y después... ¿Podríamos ir a cenar?

—Eh... ¡Cl-claro! —Aseguró con ilusión contenida, identificando el mismo sentimiento de regocijo en las facciones del opuesto—. A las cinco... En mi habitación... —repitió al ir hacia la puerta, parándose en seco al agarrar el pomo y ver que vestía únicamente la camiseta que él le había dejado para dormir.

—Diría que te falta algo. —Indicó él con una suave risa.

—L-lo sé, no tienes por qué burlarte. —Rebatió en un tono respondón, localizando la falda de su disfraz para vestirse con ésta.

—¿Volveré a ver mi camiseta o ya puedo darla por perdida? —Se mofó él con una mueca burlona.

—Te prometo que te la devolveré. —Confirmó con un rodamiento de ojos —. Pero ahora prefiero llevármela puesta para no ir vestida como un gato por la residencia.

—Me parece razonable. —Recortó la distancia entre ambos, deslizando una caricia por el contorno de su faz—. No me gustaría tener que pelearme porque otros chicos te comen con la mirada.

—Gatito acaparador... —susurró con travesura.

—Solo contigo... —expresó en un bisbiseo, acechando sus labios mientras

sostenía su mentón con delicadeza—. Mi dulce... —dirigió su otra mano a la cintura de la chica, amarrándola a su cuerpo—. Y traviesa... *Azulita*...

El aire era expulsado entrecortado de los pulmones de la azabache, sintiendo una atracción magnética, que terminaba en el instante en que sus labios entraban en contacto con los de su compañero; compartiendo un beso apasionado.

Sus lenguas se sincronizaban en esa incursión en la cavidad bucal ajena, guiando sus manos a la silueta contraria para explorar esa senda ya conocida, pero de la que nunca tenían suficiente.

Marie se puso de puntillas, enredando los brazos alrededor de su cuello para profundizar así en esos besos fervientes y vigorizantes, que le eran devueltos con la misma entrega y devoción.

Cuando se separaron, la distancia seguía siendo escasa entre sus rostros, admirándose en silencio. Con el impulso de retomar ese trayecto que fundía sus bocas al catar esa ambrosía en los labios del otro.

—Yo... —tragó saliva, zambulléndose en las esmeraldas de su amante—. Debería irme...

—¿Quieres que te acompañe?

—No es necesario... —suspiró recelosa de distanciarse, estrechándose contra su torso—. Además, quiero llegar antes que Coralie; no me gustaría tener que someterme a una sesión de preguntas y respuestas.

—Cierto, ya me olvidaba de ella. —Aborreció con hastío.

Ella se carcajeó tenuemente, besando una vez más a su compañero, antes de marchar hacia la puerta a un paso calmado.

—*Azulita*. —La joven se giró al escuchar al chico, oteándolo curiosa—. Un día de estos... No me importaría salir con la Marie que solía usar vestidos de color rosa.

Las mejillas de ella se encendieron con virulencia, esquivando la mirada, con el pulso azorado al cerrar la mano en el mango de la puerta.

—To-tonto... —protestó por lo bajo, asomándose por encima del hombro para divisar esa expresión coqueta que él le regalaba.

Sin volver a cruzar palabra, ella negó de lado a lado, saliendo al pasillo con una sonrisa tímida surcando sus carmesíes.

Al encaminarse hacia su cuarto, los pensamientos se amontonaban en su mente; unos de alentadores, y otros de perturbadores al recordar a aquel patán que se había encontrado en la fiesta de Halloween, y que era el culpable de su constante desconfianza.

Si bien los momentos que compartía con el Alex la alentaban y daban un brillo de esperanza a su agonía del pasado, aún seguía sin atreverse a abrir su corazón.

Sentía como si en cualquier instante, algo maravilloso pudiera resquebrajarse y volverse en su contra. Alex había logrado traspasar ese muro construido entorno a sus emociones y sentimientos; no obstante, no podía permitirse confiar, pese a que una parte de ella se moría por hacerlo.

A todo aquello, él ya le asignó un lugar honorífico como amiga. Hecho que limitaba más su manera de ver las cosas y que disipaba esas ensoñaciones que a ratos acudían a su cabeza.

«Aunque... ¿Lo de hoy contaría como a una cita?»

Esa idea la alejaba de su resistencia a sentir, dándose un margen para fantasear como si de una adolescente soñadora se tratara.

En cuanto llegó a su habitación, su vista no focalizaba- Al menos, no hasta que sus zafiros identificaron a su mejor amiga parada frente a la ventana que adornaba la estancia.

—¿Coralie? —Mencionó perpleja, captando la atención de la susodicha.

—Hola. —Saludó con una sonrisa risueña.

—¿Qué haces aquí? —Cerró la puerta a sus espaldas, avanzando hacia su compañera—. Te creía en casa de Jean.

—Bueno, estoy aquí y... —se encogió de hombros, después cruzándose de brazos—. A decir verdad, yo te creía estudiando.

—¿Qu-qué? —Preguntó con nerviosismo, frotándose la nuca—. Oh, sí... Y estudié.

—¿De veras? —Indagó con perspicacia, dando un paso hacia delante—. Y dime... ¿Qué estudiaste?

—Pues... ¡Arte! —Exclamó en una postura recta.

La morena la analizó de arriba a abajo, frenándose la risa al mantenerse imperturbable a ojos de su opuesta.

—Así que arte... —la ojizarca asintió con rapidez, entrelazando las manos a sus espaldas—. Por casualidad, ¿ese arte no iría vestido con un traje de gato negro?

Marie palideció y resopló pesarosa.

—¿No te cansas de hacer de *Detective Conan*?

—Solo hay una verdad. —Se refirió la joven de lentes en un tono sobreactuado.

—En fin, dejémoslo... —fue hacia su cama, tumbándose de espaldas y con

los brazos cruzados tras su cabeza—. No tengo ganas de hablar, así que, si no te importa...

—Menuda novedad. —Se jactó Coralie, localizando su móvil para revisarlo.

En esos minutos en que ninguna de las dos conversaba, Marie estudió con discreción y dudosa a su amiga, decidiéndose en ese dilema interno que lidiaba.

Estaba en medio del sí y el no, en un tira y afloja que la tenía hecha un enredo, y por lo que no terminaba de dar el paso.

—¿Vas a hablar o esperamos a que aparezca *Casper* a darnos un susto? —Musitó la muchacha de orbes marrones, posando sus luceros en la azabache.

Marie dio un brinco en el lecho, mirando en aparente sosiego a la futura periodista, e inclinándose hacia adelante al sentarse cual indio.

—A ti no se te escapa ninguna, ¿verdad?

—A mi lado, *Sherlock Holmes* es un aficionado. —Alardeó al aproximarse donde la ojizarca, acomodándose a su lado—. A ver, cuéntame.

La estudiante de diseño se mordió el labio inferior, jugueteando con sus manos en un semblante dubitativo.

—No es que tenga algo que contar, es más bien... Una pregunta que me ronda por la cabeza... —murmuró, eludiendo afrontarla directamente—. Tú... ¿Crees que sería raro si volviera a ser como antes? —Se interrumpió antes de que la morena respondiera—. No significa que vaya a cambiar, solo que... Bueno...

Su voz se apagó, otorgando el turno de la palabra a su compañera, la cual estudiaba a la azabache con una sonrisa amable.

—¿Puedo saber a qué se debe esa pregunta? —Inquirió con apacibilidad.

—Po-por nada importante. —Negó meciendo las manos con una risa nerviosa—. Solo que... Pensé que tal vez podría volver a... ¿Usar falda? ¡No siempre! Pero... Algún día...

Coralie respiró hondo, contemplando a su amiga. Sin inmutarse a la clara incertidumbre que ella le profesaba con sus divagantes cuestiones.

—Yo creo que puedes ser y vestirte como tú te sientas más a gusto. —Comentó en un tono alentador—. Una persona no se define por la ropa que lleva, sino por su forma de actuar frente a las situaciones que se le presentan en la vida.

Esa contestación hizo sonreír con franqueza Marie; relajándose e intentando abrirse de corazón, ante la fémica de mirada ámbar.

—Hoy... Voy a ir al cine. —Murmuró en un tono recatado, mirando sus propias manos—. Alex me ha invitado a que vaya con él.

El rostro de Coralie se iluminó de ilusión y alegría, conteniéndose el entusiasmo por tal de no cohibir a su contraria.

—Eso es... Estupendo. —Expresó, silenciando sus ganas de exclamar de emoción.

—Es una salida de amigos; ahora no vayas a pensar cosas que no son. —Advirtió con elocuencia, colocándose un mechón detrás de la oreja—. Igual pensé que, quizás... ¿Podrías ayudarme a elegir qué ponerme?

—¡Ah! —Vociferó con las manos en la boca, sin poder refrenar esa euforia que la embriagaba—. ¡Por supuesto! ¡Cuenta conmigo! ¡Haré que parezcas una princesa!

—*Wow, wow...* Para el carro, que tampoco quiero verme como la *Putanieves*.

Coralie puso la vista en blanco, luego incorporándose para dirigirse a la cómoda y discernir entre las varias prendas que se encontraban en los cajones.

—Confía en mí, te dejaré hecha una belleza.

—Ya soy una belleza.

—Espera a que acabe contigo. —Tomó una falda y un top, mostrándoselos con granujería—. Entonces sí que no habrá quien se te resista.

...

Después de pasar la mañana dándole vueltas al mismo monotema, la tarde llegó en un abrir y cerrar de ojos. Alex se había decantado por usar un atuendo informal, vistiendo unos jeans y una camisa negra desabotonada hasta el inicio de su torso.

Los nervios lo tenían naufragando en un mar de inseguridad. Lo más seguro era que su inexperiencia en el campo amoroso fuera el motivo de su incertidumbre a la hora de obrar, aún y así, esa sensación que lo desorientaba, mismamente lo emocionaba cual niño pequeño.

Mientras se aseguraba de que su estilo fuera acorde con la velada, unos golpes tras la puerta del pasillo captaron su atención. Caminando hacia la entrada para abrir en una pose abatida al encontrarse con la expresión vivaz de su camarada.

—¡Amigo! —Exclamó Louis, denotando énfasis.

—Joder, ¿por qué eres siempre tan oportuno? —Ironizó dirigiéndose al

espejo que había en la pared del cuarto.

—¿Eso es sarcasmo?

—Si lo preguntas, es que de verdad no sabes cuándo sobras.

—Tranquilo, *Nancy*. —Amansó con voz burlona—. ¿Quieres un *paracetamol*? Tengo entendido que no va mal para cuando estás en esos días del mes.

La mirada furibunda de Alex hizo callar a su amigo, quien aún no borraba la sonrisa burlesca de sus labios.

—¿Vas a decirme a qué has venido? —Se impacientó, removiendo rebeldemente los mechones de su cabello.

—Claro, después de ti. —Tentó con astucia, mirándolo recargado en la pared—. Porque te conozco y sé que no es de tu estilo, sino diría que te preparas para tener una cita.

—Lo que vaya o no a hacer es asunto mío. —Masculló con tedio—. Y ahora, dime, ¿qué estás haciendo en mi habitación?

—Menudo humor traes. —Musitó más para sí mismo, luego mostrándose más disperso—. Solo vine a anunciarte que, desde ayer, tengo novia.

Alex se interrumpió para mirar a su camarada con el ceño fruncido, después estallando a carcajada limpia por tan inesperada y surrealista noticia.

—Muy buena esa, casi me la creo. —Se rio Alex sin medida.

—Oye, que va en serio. —Replicó haciéndose el ofendido—. Tengo novia.

El chico de gemas esmeraldas lo escudriñó entre risas, intentando recomponerse al aclararse la garganta y adoptar una expresión más seria.

—Ajá, muy bien... Así pues, ¿quién es la afortunada?

—Es Claire.

Ni dos segundos pasaron que el rubio volvió a romper a reír, doblándose sobre sus rodillas mientras las carcajadas emergían espontáneamente.

—Vale, ahora sí que no entiendo nada. —Se peinó con los dedos sus mechones, serenándose al ver las facciones contrariadas de su compañero—. Está bien, ya me calmo.

—Sí, cálmate. —Confirmó con pesadez, cruzándose de brazos.

—Perdón. —Carraspeó levemente, llevándose las manos a los bolsillos del pantalón—. Y... ¿Cómo ha sido? ¿Tú se lo pediste? ¿Te lo pidió ella...?

—Más bien follamos, ella me dijo que le gustaba y yo le propuse ser pareja.

—Vaya... Todo un conquistador. —Murmuró sarcástico.

—De los que no hay. —Se regocijó con aires de grandeza—. Deberías

tomarme de ejemplo y echarle huevos con Marie.

—¿Qué? —Preguntó pasmado e inmóvil.

—Lo que oyes. —Cruzó las manos tras la nuca, ojeando con cansancio al rubio—. Deja de ser tan idiota y pídele que sea tu chica.

Alex estaba que no daba crédito, parpadeando con asombro.

—¿Por qué dices eso?

—¿Enserio vas a seguir haciéndote el ciego? —Se palmeó la frente en un gesto frustrado—. Tío, nos conocemos desde hace años y, te puedo asegurar, que hasta ahora no te había visto tanto hasta las trancas como con Marie. —El blondo se mordió la lengua, restando pensativo ante los argumentos de su amigo—. Sé que no soy quién para meterme, pero... Creo que deberías aclarar las cosas con ella.

Jamás pensó que algo tan sensato le fuera dicho por ese alocado camarada. Sin embargo, debía reconocer que llevaba razón; tenía que hablar con Marie.

—Se me hace tarde. —Atajó Alex, yendo hacia la puerta—. Mejor dejamos la charla para otro día.

—Algo me dice que ese día no llegará nunca.

—Quien sabe. —Salieron ambos al pasillo, cerrando la estancia después.

—Supongo que aquí es cuando me largas. —Su amigo sonrió en respuesta, instando a que Louis comenzara a andar a contradi dirección—. Suerte con tu... Lo que sea. —Se despidió andando marcha hacia atrás.

Alex hizo un gesto con la mano, avanzando dispuesto hacia las escaleras para ir en busca de su cita.

Estaba de los nervios, al fin de cuentas, y aunque Marie no fuera consciente de ello, esa quedada era una cita para él; concretamente, su primera cita.

Tenía que aparentar normalidad y no alterarse, manteniendo la compostura y no dejándose vencer por la inseguridad.

Al plantarse frente al umbral de su habitación, dio dos toques a la puerta, aguardando pacientemente, hasta que fue recibido por una Coralie sonriente que arrebató un bufido exasperante al jovenzuelo.

—El día en que se abra una puerta y tú no estés tras ella, será un milagro. —Aborreció en un semblante cansado.

—Yo también me alegro de verte, Feraud. —Contestó en un tono sardónico.

—¿Está Marie? —Inquirió como quien no quiere la cosa.

—Puede que sí, puede que no.

Él intentó serenarse con su paciencia rebasando el límite.

—Coralie, esto es muy de nena... —murmuró la voz de la azabache a las espaldas de su amiga, acercándose a ella mientras se ojeaba y estiraba la falda con una mueca enrarecida—. Parezco una puta colegiala de *anime* que... —sus comentarios quedaron en el aire al levantar la mirada y encontrarse con la del rubio—. A-Alex...

El aludido la miró como si de un espejismo se tratara, escudriñándola embelesado, al verla enfundada en una falda rosa de vuelo que le llegaba hasta la mitad de los muslos, y un top blanco con una cazadora a conjunto que le daban un aire dulce, pero igual seductor.

—Ho-la... —tartamudeó con la boca haciéndose agua, y parpadeando fuera de sí—. He venido a buscarte.

—S-sí, yo... Estaba arreglándome; di-digo... Vistiéndome. —Divagó con una risita nerviosa, enredando un dedo en uno de los mechones de su melena.

—Te queda bien. —Aduló él en el acto, provocando que los pómulos de la chica se sonrojaran.

Coralie los miraba en silencio, frenándose las ganas de reír, a la vez que tomaba el bolso de su compañera y se lo entregaba por tal de hacerla reaccionar.

—Anda, iros u os acabareis perdiendo la peli. —Avisó con una sonrisa simpática.

Marie asintió no muy convencida, centrando su objetivo en el apuesto joven de gemas esmeraldas. Posteriormente saliendo al descansillo y posicionándose a su lado.

—¿Cómo era lo que me dijiste anoche? —Se refirió la morena de forma granuja, captando el interés de los otros dos universitarios—. Oh, ya recuerdo; no os olvidéis de usar globito~...

—¡Coralie! —Exclamó berrinchuda la ojizarca.

La joven de lentes le sacó la lengua, después cerrando la puerta y dejando a la pareja de amigos en el pasillo. Estuvieron callados unos instantes, siendo el varón quien interfirió para romper ese silencio y mirar de refilón a su acompañante.

—¿Nos vamos? —Animó con amabilidad.

Ella lo observó ya más relajada, perdiéndose en esos verdes iris que calaban en su interior. Accediendo a su invitación y marchando tranquilos por el pasillo.

Nada más salir de la residencia, Alex y Marie se encaminaron hacia el centro de la ciudad, localizando el cine *Grand Rex*, y mirando los diferentes títulos en proyección que se exponían en los paneles.

La muchacha se aferraba a su bolso indecisa, y un deje incómoda, por ese atuendo que lucía y que la hacía sentir extraña. Tanto tiempo sin llevar ropas de ese estilo, no producían otra cosa que bochorno en ella.

—¿Va todo bien? —Preguntó el rubio al fijarse en cómo su compañera tiraba de su falda hacia abajo.

—Eh... S-sí... —soltó un bufido, luego acomodándose un mechón detrás de la oreja—. Es solo que... Vestida así me siento como *Sakura* en versión porno.

Él arqueó una ceja, examinándola de pies a cabeza con una expresión lasciva en sus facciones. Se aproximó a ella, tomándola del mentón para luego acechar con descaro sus carnosos labios.

—En cuyo caso, eres la mejor versión de ella... —la besó castamente, resistiéndose a desprenderse de su contacto—. Estás deliciosa con esa falda...

Las mejillas de la jovencita se sonrojaron con virulencia, relamiéndose al perderse en esas esmeraldas mancilladas por un sentimiento de afecto que la sobrecogió.

—Entonces... ¿Te gustan las chicas vestidas como caricaturas de *anime*? —Inquirió con perspicacia, colocando las manos sobre su torso al notar como él la atraía por la cintura a su cuerpo.

—A decir verdad, las odio... —la apretó contra su anatomía, bajando una discreta, pero osada caricia hasta su trasero—. Pero en tu caso... —unió su frente a la de ella, arremangando el vuelo de su falda y cerniéndola por completo a su pelvis. Deleitándose de ese suave suspiro que escapó de la boca de la fémica, al notar como su miembro se endurecía contra su entrepierna—. Me vuelves loco...

El calor comenzaba a intensificarse en ellos, sintiendo esa ferviente necesidad de entregarse el uno al otro.

—¿El *gatito* quiere que follemos en el cine? —Instó en un tono juguetón, bajando las manos hasta el borde de su pantalón.

—Yo quiero follarte donde... —besó de nuevo sus labios, luego acercando

el rostro a su cuello—. Como... —lamió su yugular, después deteniéndose sobre su oído para susurrarle incitador—. Y cuando sea...

Sus miradas se cruzaron al separarse escasamente. Sus cuerpos permanecían apegados, con sus pulsos azorándose y salivando por esas ansias de placer y lujuria.

Costaba resistirse a esa tentación que los arrojaba a un océano de obscenidad. No obstante, al atinar en que no se encontraban solos en el lugar, y que varios curiosos los miraban, se detuvieron y recobraron la compostura.

Fueron hacia la zona de taquillas, aun debatiéndose sobre qué película escoger mientras hacían cola.

—¿Qué podríamos ver? —Cuestionó ella con una mueca irresoluta.

—*Mm...* A ti te gustan las pelis de terror, ¿no? —Advirtió con voz calmada, fijándose en uno de los paneles.

—Pero a ti no... —él la ojeó con una ceja enarcada—. Vamos, te asustas con *Resident Evil*. —Se mofó con una suave risa—. Está claro que lo tuyo es más la ciencia ficción, o... ¿Porno?

Alex correspondió a su risa con una de coqueta, pasando los dedos por sus mechones, en un gesto despreocupado antes de arrimarse a ella y susurrarle en el oído.

—El porno me gusta vivirlo; no verlo.

Con picardía, ella torció una sonrisa, besando sus labios para luego tironear levemente de su inferior con los dientes.

—Escoge la última fila de la película que quieras. —Se alejó fuera de la cola, andando marcha atrás.

—*Hey*, ¿adónde vas? —Indagó con extrañeza.

—Al aseo. —Meció la mano, alejándose parsimoniosa—. Tú compra las entradas y nos encontramos en el puesto de palomitas.

El universitario la observó irse, luego avanzando en la fila, mientras se terminaba de decidir sobre qué filmación escoger. Cuando fue su turno, eligió una de las películas al azar, comprando las dos entradas y dirigiéndose al punto de encuentro acordado.

Pensaba una y otra vez sobre cómo conducir esa velada; había pensado en después del cine llevar a Marie a cenar al restaurante de la Torre Eiffel, pero pensaba que quizás sería demasiado ostentoso.

Tenía muchas ideas en mente, no obstante, no se decidía por ninguna en específico. A todo le encontraba algún fallo u oportunidad de error, provocando que por cada plan que se le venía a la cabeza, hubiera un

argumento en contra que lo refrenara.

Sumergido en sus dudas, se sobresaltó al notar unas finas manos cubriéndole los ojos desde sus espaldas, y arrebatándole una sonrisa vivaz por esa acción entrañable.

—¿Alguien quiere jugar? —Murmuró en un tono jocoso, zafándose de sus manos con delicadeza para voltearse despacio.

Al identificar a la chica que restaba plantada frente a él, sintió una profunda aversión e incertidumbre; apreciando la sonrisa superflua de aquella descarada de cabellos castaños y gemas verde oliva.

—Tú... —articuló él con voz apática, apretando los puños en sus costados.

—¿No te alegras de verme, *cielo*? —Inquirió la muchacha con un mohín en los labios.

La rabia se apoderó de él al divisar el semblante retador de la joven, dando un paso hacia ella y causando que ésta retrocediera con la mano extendida hacia su persona.

—Eh, eh... Calma, guapo. —Sacó el móvil de su bolso, enseñandoselo con malicia—. No quieras que publique el video con tu noviecita antes de tiempo.

—Hazlo y juro que te mato, Laura... —amenazó irascible.

Ella sonrió de forma macabra, aproximándose con una mirada seductora al varón, para luego arrimarse a sus labios.

—Así no se le habla a una dama, ¿lo sabías?

Él la esquivó al intuir sus intenciones de besarlo, sujetando su barbilla con una mueca de repelús.

—Eso es porque, más que una dama, eres una zorra. —Ella frunció el ceño, liberándose enfurecida.

—Eres un *capullo*. —Reprochó con desdén.

—Ya déjate de gilipolces. —Atacó en un tono cortante—. ¿Qué demonios es lo que quieres?

Laura se cruzó de brazos, ojeándolo con arrogancia, en esa postura que ella creía ventajosa para sí misma, al mismo tiempo que Alex intentaba controlar esa inquietud y odio que aquella desalmada despertaba en él.

—Tú me rechazaste... —explicó con voz recatada—. Yo te quería y me jodiste...

—Ajá... —murmuró con desinterés—. No te lo tomes a mal, pero... Os rechazo a todas. —Comentó con un encogimiento de hombros—. Así que, si todo este numerito es por orgullo o venganza, ya te lo estás ahorrando.

Una carcajada brotó de los labios de la joven, mostrándose impasible.

—Ni hablar. —Persistió con tenacidad, señalándolo acusatoriamente con el dedo índice—. Voy a hacer que sufras lo mismo que yo.

—Buena suerte con ello. —Desestimó burlesco—. De todas maneras, no lo conseguirás.

—¿Enserio? —Provocó rediciendo esa distancia que los delimitaba—. Así pues... ¿No te importaría que tu adorada Marie te mandara a la mierda? —Él inspiró profundo, apretando los nudillos—. A mí no me engañas, Alex... —acarició el cuello de su camisa, en una faceta desinhibida al rozar con los labios su quijada—. Pienso exhibir ese video y, ni tú ni nadie, vais a poder impedírmelo... —ensanchó su sonrisa, apreciando como él lucía contrariado—. Pero tranquilo, que dejaré que disfrutes un poco más antes de hacerlo público...

—¿Alex?

Esa voz llamándolo desde sus espaldas lo hizo reaccionar, apartándose con brusquedad de la castaña, al ver el rostro confuso de la azabache.

—Marie... —Fue donde la susodicha, la cual lucía desconcertada al mirar a ambos jóvenes—. ¿Ya estás?

La azabache no respondió en el acto, aun intentando comprender qué estaba ocurriendo, mientras la intrusa se le acercaba con una sonrisa despreocupada.

—Hola, *cariño*. —Saludó Laura con cordialidad, guiñándole un ojo—. Hacía días que no nos veíamos... ¿Cómo estás?

Al mirarla con detenimiento, Marie logró ubicar a la chica, pestañeando fuera de sí, y con las incógnitas en su mente emergiendo y provocándole desasosiego.

—Sí, esto... Bien. —Echó un vistazo a su compañero, luego cruzándose de brazos con un atisbo de molestia—. ¿Qué haces aquí?

—¿No es evidente? —Expresó pasando los dedos por su melena—. Vine a ver una película. —Miró de lado al rubio, relamiéndose—. Y de casualidad, me encontré con tu... Amigo.

La sangre le empezó a hervir a la estudiante de diseño, sintiéndose dolida y furiosa, a la vez que se fijaba en la forma en como esa arrogante miraba de reojo a su acompañante.

—Vaya, eso es... Genial. —Admitió con falsa alegría.

Alex permaneció en estado de alerta, sin quitarle el ojo de encima a aquella embustera. Laura se regocijó, reduciendo la distancia con el rostro de su contraria, y dejando unos escasos centímetros de separación.

—Espero podamos repetir lo de aquel día en otro momento. —Susurró incitadora, después reculando y ojeando al varón por encima del hombro—. En fin, os dejo solos.

Él ni contestó, viendo como ese desvergonzaba lanzaba un beso en el aire en su dirección, y seguidamente se retiraba con andares pomposos, mientras los otros dos jóvenes la observaban sin decir nada.

Ya a solas, el muchacho se centró en su amiga, la cual lucía enfurruñada y en una pose distante, que él intentó remediar al dedicarle una sonrisa improvisada.

—¿Vamos a la sala? —Sugirió con las dos entradas en la mano.

Marie le quitó uno de los pases, yendo hacia la puerta indicada en el papel, a la vez que el rubio le pisaba los talones a un ritmo urgido.

—*Hey*, espera...

—La peli está por empezar. —Masculló evasiva, cruzando el umbral de la sala casi a trompicones.

Las luces ya se encontraban apagadas y los anuncios de los tráileres previos a la filmación se proyectaban en ese amplio espacio. Ella fue directa a la fila del fondo, localizando su butaca en el centro.

Después de que se acomodara, Alex hizo lo mismo a su lado; contemplándola desubicado. Con la suerte de que no había nadie más ocupando las últimas hileras, y que les brindaba cierta privacidad.

—Marie...

—*Shh*... —silenció con un gesto del dedo, posando sus luceros en la pantalla.

Él apretó los dientes, arrimándose con sutileza para tomarla de las mejillas y hacer que lo mirara.

—Estás muy rara, ¿se puede saber qué te ocurre? —Inquirió en un susurro.

—No sé de qué coño hablas. —Se zafó de él, cruzándose de piernas. Con los brazos apoyados en los reposabrazos y su mirada al frente.

—*Azulita*... —ella ni se inmutó, ignorando sus súplicas—. Marie...

—Quiero ver la película. —Contestó secamente.

En un intento de amansar su malhumor, él acercó una mano a una de sus piernas, recorriéndola en un suave roce en ascenso hacia el borde de su falda. Ella se estremeció en ese contacto, reprimiendo un jadeo al morderse la lengua y sentir la cálida respiración del joven en el hueco de su cuello.

—Yo prefiero hacer otras cosas... —susurró con voz incitadora, rozando el lóbulo de su oreja con los labios mientras arremangaba la falda y acercaba los

dedos a su intimidad—. ¿Me dejas, *Azulita*? —Tanteó su sexo por encima las bragas, deslizándose hasta su entrada con osadía.

Un suspiro escapó de los labios de la azabache, notando como su cuerpo reaccionaba inmediatamente a esos agasajos, que atacaban su cordura, y conducían a la deriva su razón.

Sus ojos se encontraron confusos y anhelantes, permitiendo que sus respiraciones se tornaran livianamente más audibles, gracias a la acústica de la sala que camuflaba sus pecaminosos actos con el sonido de la filmación.

—Alex... No estamos solos... —seseó entrecortada, notando como él introducía el dedo medio bajo la lencería y lo resbalaba por sus labios vaginales.

—Eso lo hace más excitante, ¿no crees? —Se hundió en su entrada, recorriendo las paredes de su sexo en círculos mientras ella se sentía desfallecer de placer—. Por no hablar, de que fuiste tú quien quiso escoger la última fila... —besó sus carmesíes, insistiendo en sus estimulaciones—. Ya que estamos, podríamos aprovechar, y... Disfrutar...

Marie arrugó el entrecejo, domando ese gozo que la inundaba, y por el que sus extremidades luchaban para contrarrestar ese efecto placebo que aquella fruición producía en sus reparos.

—A-lex... —gimoteó por lo bajo, aferrándose a su camisa con fuerza—. Pa-ra... Por favor...

—No quiero... —volvió a besarla con deleite, introduciendo otro dedo en su sexo e impregnándose de su humedad—. Y por lo mojada que estás... Tú tampoco...

Lo que ese chico provocaba en ella escapaba a su voluntad. No obstante, el enfado por su encuentro con la joven de cabellos castaños la tenía atormentada. Con la resistencia que pudo reunir, apartó de un brusco empujón al muchacho.

—Te dije que pararas.

Ella se arregló las ropas, con una expresión molesta al mirar de frente a su entonces perplejo compañero. Alex se quedó estático durante una fracción de segundo, viendo incorporarse a la azabache con las prisas de marchar.

—Marie, ¿qué es...?

—Me voy, ya he tenido suficiente por hoy. —Explicó susceptible, apurándose en ir hacia la salida.

El universitario no tardó en correr tras ella, saliendo a la recepción del cine y así dándole alcance.

—Azulita... —la agarró de la muñeca, tirando de ésta y haciéndola girar.

—Suéltame o te arranco los huevos y se los sirvo a los cuervos. —
Advirtió con una mirada despiadada.

Esa amenaza causó más desconcierto en Alex, quien, con calma, la atrajo a su torso mientras inmovilizaba sus manos, para que así no tratara una desesperada maniobra.

—Marie, ¿qué pasa? —Ella forcejeó vagamente, resoplando con pesadez al no liberarse del agarre del chico.

Por su lado, él sujetó su barbilla para que sus zafiros se incrustaran en sus esmeraldas. Manteniéndose sereno y, en cierto modo, arrepentido.

—Siento si te he hecho sentir mal en la sala... —se disculpó en un tono monocorde, acariciando uno de sus pómulos con el dorso de la mano—. No quería incomodarte.

Ella no se relajó, sino que continuó en esa faceta berrinchuda hasta que consiguió apartar la vista a un lado.

—Está bien, ya te has disculpado. —Farfulló sin ánimos—. Ahora, suéltame.

—No, hasta que me digas qué es lo que te ocurre.

—Nada. —Negó sin pensar, notando de nuevo esa ligera presión en el mentón que la obligaba a afrontar al joven.

—Si dejas de mentir, iremos más rápido. —Comentó pacientemente.

Marie sonrió con travesura y malicia, mostrándose escéptica.

—Y yo que creía que te gustaba ir despacio. —Él ni caso le hizo, mirándola con más severidad—. Enserio, no pasa nada. —Murmuró con aparente indiferencia—. Solo quiero irme.

—Marie... Vamos... —ella puso morros con tedio, por lo que su compañero echó la cabeza hacia atrás y soltó una bocanada de aire—. Venga, volvamos a la sala y, por lo menos, terminemos de ver la película. —Petición amable—. Ya después, si quieres, puedes irte.

—No tengo ganas. —Se liberó a regañadientes, colocándose bien la tira del bolso en el hombro—. Pero si tanto quieres ver la peli, siempre puedes ir a buscar a Laura para que te haga compañía.

Esa contestación sorprendió al chico, abriendo los ojos de par en par, y observando como la azabache se volteaba y se disponía a partir ceñuda.

Pasaron unos segundos hasta que él comenzó a perseguirla, guardando una distancia prudente con ella, mientras la escoltaba con una sonrisa regocijante.

—Entonces... ¿Ya te vas?

—Si ya lo sabes, no preguntes. —Exclamó sin detener su paso—. Y deja de seguirme.

—Te dejaré de seguir, pero primero... Tendrás que contestarme a una pregunta.

Ese tono confiado captó la atención de la universitaria. La cual ralentizó el ritmo, para después de un corto lapso, frenarse y encarar recelosa al muchacho.

—¿Qué pregunta? —Se interesó con una mueca disgustada.

Alex metió las manos en los bolsillos de su pantalón, plantándose justo frente a ella con una expresión victoriosa.

—Más bien es una teoría, pero quiero que me la acabes de confirmar... — se inclinó sobre su rostro, viéndose reflejado en esos nítidos zafiros colmados de incertidumbre—. Estás celosa.

Marie notó como el corazón le daba un vuelco, con sus mejillas tornándose de un intenso carmesí al sentirse contra las cuerdas.

—¿Ce-losa? —Inquirió en un tartamudeo, haciendo que los labios de su contrario se curvaran más—. T-tú estás delirando... ¿Por qué iba a estarlo?

—No sé, dímelo tú. —Suprimió esa distancia entre sus labios, con un solo suspiro limitándolos—. ¿Te has puesto celosa de Laura?

El nombre de aquella hipócrita le removió el estómago a la jovencuela, haciendo que tensara la mandíbula y reprimiera esa rabia que corrompía su juicio.

—Y-yo... No me puse celosa. —Insistió con intransigencia.

—¿No? ¿Segura? —Avanzó grácil y acechador hacia ella, arrinconándola contra una de las paredes del lugar—. Así pues... ¿No te molestaría si la llamara para pedirle una cita?

Algo dentro de ella se resquebrajó, sintiendo un fuerte impulso de llorar por esas palabras que se clavaban como a dagas en su pecho.

—Haz lo que quieras. —Animó en un tono decadente—. Al fin de cuentas, tú y yo solo somos... Amigos.

Él frunció el ceño, distanciándose para localizar su móvil en uno de sus bolsillos, y sacándolo y revisándolo en un semblante pensativo mientras su compañera eludía el contacto visual.

—Muy bien.

Por cada segundo que pasaba, ella se sentía más frágil e insegura. Con la necesidad de salir corriendo para evitar que lágrimas emergieran de sus cielos.

—Suerte con ella.

Inició un caminar lento. Escabulléndose con andares firmes y tranquilos, a la vez que luchaba por sostener la cabeza bien alta, hasta que salió del recinto y dejó a su amigo a sus espaldas.

Odiaba sentirse tan vacía e insignificante, con un nudo en la garganta que resultaba agónico por el mero hecho de reprimir el llanto. Sin embargo, esa pena quedó mínimamente aparte cuando escuchó el tono de su móvil en el bolso.

No muy por la labor y con la duda, sacó el artilugio, fijándose en el nombre que aparecía en la pantalla con extrañeza. Disuadida por la curiosidad, atendió la llamada, y miró a su alrededor un ápice cohibida.

—¿Y ahora qué quieres? —Preguntó con exasperación.

—*Dijiste que no te molestaba si le pedía una cita a Laura.* —Indicó la voz tranquila de su reconocido compañero.

—Alex... —soltó un suspiro de agobio, cruzándose de brazos—. Dime por qué me estás llamando, cuando estoy justo afuera del puto cine donde tú estás.

—*Porque no sé pedirte en persona...*

No entendía nada de nada, con sus sentimientos desbordándola y sus pensamientos cada vez más confusos.

—Pedirme, ¿qué? —Exigió saber con rotundidad.

El silencio reinó más de lo deseado, haciendo de esa espera una tortura.

—*Una cita.* —*Hizo una pausa, respirando audiblemente—.* *Déjame tener una cita de verdad contigo.*

Los latidos de su corazón se detuvieron ante tan inesperada petición, divisando a Alex saliendo por la puerta, con el teléfono en la mano y una mirada penetrante puesta en su sorprendido rostro.

Marie estaba paralizada, viendo al rubio aproximarse, mientras ella colgaba el teléfono y él se posicionaba delante suyo con una expresión inescrutable, que en cierto modo la intimidó.

Cuando escasos centímetros separaban sus rostros, ella tragó saliva con dificultad, apreciando su propio reflejo en las esmeraldas de su compañero.

—¿A-a qué viene esto? —Preguntó irresoluta, con una sonrisa incrédula en sus labios—. ¿Por qué me has llamado para pedirme una cita? ¿Es una broma o...?

—No es broma. —Aseguró en un tono impositivo, acercando una mano a una de sus mejillas—. Quiero que salgamos... —acechó esos carmesíes que lo clamaban con su efecto magnético—. Ten una cita conmigo, *Azulita*.

—Pe-pero... Laura...

Su boca fue atrapada en un beso fervoroso, silenciándola con ese contacto que no pretendía resultar desesperado, pero que la embaucaba con su desbordante pasión y entrega.

En eso beso sus objeciones quedaron a un lado para abandonarse a esa cúspide de sensaciones que la asaltaban. Notando como él la cernía a su cuerpo, a la vez que se sumergía en esa privilegiada y deliciosa ambrosía.

En cuanto se separaron, sus miradas permanecían intactas, contemplándose con una mezcla de incertidumbre y deseo.

—No quiero salir ni con Laura ni con ninguna otra. —Sonrió ladinamente, sosteniendo su mentón—. Solo contigo...

—A-lex... —musitó dichosa, pero temerosa—. Tú... Nosotros... —su corazón latía frenéticamente, sintiendo un impulso por seguir y a la vez otro que la detenía—. Somos... Bueno...

Él percibía lo acongojada que estaba, arrepintiéndose de ser el responsable de ese duelo interno que ella mantenía consigo misma, y el cual la tenía hecha un manojito de nervios.

No quería perderla por su osadía. Sus sentimientos hacia la azabache eran fuertes y claros, pero era evidente que ella se sentía insegura e, inclusive, presionada por su arrebató.

Estaba seguro de que su pasado la tenía atormentada y, si lo que necesitaba

era tiempo para tomar confianza y desinhibirse, eso mismo le daría.

Con la mejor cara que pudo poner, apartó los mechones de su cabellera y la miró con ternura.

—Lo que quise decir, es que... Quiero quedar contigo. —Argumentó con serenidad, resiguiendo con el pulgar uno de sus pómulos—. No es nada que deba hacerte sentir rara, o... Como si hiciéramos algo que está mal; solo sería una cita de amigos.

—¿Seguro? —Inquirió algo confundida—. Entonces... ¿A qué ha venido lo de la llamada? ¿Y lo del beso?

Él se encogió de hombros.

—Quería ver como reaccionabas; nada serio.

—Oh... Así pues... ¿No estabas intentando ligar conmigo?

—Claro que no. —Mintió en forma de mofa—. Solo estaba intentando quitarte el berrinche... —defendió en un tono neutro—. Además, ya sabes que el romanticismo no es lo mío.

Esa alusión la dejó sin habla, lamentándose en esa situación por la que debería sentirse aliviada, y que lo único que lograba era hundirla por dentro. Pese a ello, terminó obviando sus propias insensateces, sacudiendo la cabeza y con una risita escapándose de sus labios.

—Y-ya lo sé, claro... —afirmó con sus miedos disipándose de forma liviana.

—¿Entonces? —Acompañó una mano hacia una de las suyas, entrelazando sus dedos en un gesto cariñoso—. ¿Te invito a tomar algo, *Azulita*?

Marie asintió, aun inquieta, pero más convencida al ambos iniciar un trayecto ameno por las calles de la ciudad. En ese paseo, sus zafiros observaban sus manos unidas, con una sensación de calidez expandiéndose bajo su pecho.

A ojos del resto, bien daría la impresión de que eran una pareja de enamorados y, aunque eso la asustara, mismamente la llenaba de ilusión y esperanza.

Su mirada se fijó en el rostro del zagal, estudiándolo discretamente, a la vez que su pulso se encabritaba y sus mejillas llameaban.

Su mente se llenó de ideas y posibilidades, imaginándose al lado de ese chico que había cambiado tan drásticamente su día a día.

«Quizás con Alex, sería diferente...»

No permitió que su voz interior siguiera ilusionándola. Evocando las palabras mencionadas previamente por el chico; pues ella era su amiga y el terreno amoroso quedaba completamente descartado entre ellos.

—¿Te parece bien aquí? —Cuestionó él frente a un pub de fachada llamativa.

Marie pestañeó fuera de sí, dirigiendo su punto de mira en el edificio, para luego centrarse en su acompañante.

—Sí, podría estar bien... —murmuró reflexiva.

—Estupendo. —Tiró de ella hacia el interior del local, avanzando hacia la barra en ese ambiente adornado con luces tenues.

Aún era relativamente temprano, pues no eran ni siquiera las ocho de la noche. Sin embargo, ya había bastante gente ocupando las mesas acomodadas y el mostrador de las bebidas.

—¿Qué querrás beber? —Preguntó él en un susurro sobre su oído.

La muchacha titubeó, no tardando en mostrar esa sonrisa descocada que la caracterizaba al afrontar a su cita.

—Vodka. —Contestó con picardía.

Alex sonrió travieso, arrimándose a la jovencuela con descaro.

—¿Una botella como la última vez, *Azulita*? —Ella confirmó en silencio, relamiéndose—. Dalo por hecho.

Pidió al camarero el recipiente de vodka, sirviéndose a los dos en unos vasos que previamente les fueron ofrecidos tras pagar la cuenta.

—¿Brindamos? —Sugirió el rubio, alzando su bebida.

—¿Por qué? —Inquirió extrañada, arqueando las cejas con escepticismo.

—Porque podemos. —Acercó su vaso al de ella, haciéndolos chinchinear.

Atrajo ese líquido a su boca, dando un sorbo y animándola a ella a hacer lo mismo. Después del primer trago, se sirvieron otra tanda, mirándose en una faceta juguetona.

—Sabes que, si nos acabamos la botella, lo más seguro es que terminemos en mi cama, ¿no? —Comentó él con jocosidad.

—No suena mal. —Se regocijó ella, bebiendo otro vaso.

Ambos se contemplaron con esa atracción mutua que se profesaban, ingiriendo ese líquido que prendía sus organismos y nublaba sus sentidos.

Después de una hora, sus pensamientos eran opacados por ese calor abrasador que se propagaba con virulencia por su interior.

—¿Me lo parece a mí o han puesto la calefacción? —Inquirió él, desabotonando los primeros botones de su camisa.

—Uh~... ¿Vas a hacer un *striptease*?

—No lo descarto. —Advirtió con su rostro acercándose peligrosamente a ella—. Pero en privado...

—Mm... Me gusta la idea, *gatito*. —Lamió su quijada, contagiándose del cálido vaho que desprendía su boca—. Ya tengo ganas de verlo...

Él acercó los dedos al borde de su falda, vagamente arremangándola y sonsacándole un suspiro a su compañera.

—Y yo tengo ganas... —detuvo las caricias en sus ingles, rozando ligeramente la zona—. De follarte...

—¿Tan rápido quieres irte? —Instó con voz entrecortada y una risa fácil—. Aún queda vodka...

Alex agarró el cuello de la botella, aproximando el morro a su boca para terminarse lo que faltaba de alcohol de un solo trago, ante la mirada anonadada de su amiga.

—Oye, ¡yo aún quería! —Se quejó entre carcajadas.

Alex dejó el recipiente sobre el mostrador, tomando la cintura de la chica con firmeza, para atraerla decidido a su torso y besarla apasionadamente, mientras ella se colgaba de su cuello e ingería el rastro de vodka directamente de los labios de aquel rebelde.

La voracidad y ansias de saciedad complementaban ese beso; entregándose el uno al otro en esa batalla letal entre sus lenguas.

Pasaron varios segundos hasta que al fin rompieron el contacto, mirándose con esa llama chispeante en sus ojos.

—¿Satisfecha? —Susurró.

—Cuando te sienta dentro de mí lo estaré. —Comentó en un bisbiseo.

—Vamos.

Se dieron un último beso, encaminándose hacia la salida del local con pasos tambaleantes; apoyándose el uno en el otro hasta que estuvieron en la calle.

Ya con el rumbo fijado, fueron andando con la risa floja y sus bocas reclamándose. Ignorando las miradas indiscretas de la gente que pasaba por su lado y que los ojeaban con fisgoneo.

—Alex, Alex... —nombró ella en un tono reclamante—. Creo que nos miran.

—¿Nos miran? —Inquirió jactancioso, rodeándola por los hombros y susurrando sobre su oído—. Eso es porque voy con la chica más *sexy* de todo París.

—*Pfff...* Qué bobo eres, *gatito*. —Desestimó, estrechándose contra su torso—. Bobo y adorable...

—¿Soy adorable? —Se interesó con voz ebria.

—¿Acaso lo dudas?

Llegaron a la residencia a los pocos minutos, cruzando el umbral de la entrada principal haciendo eses, y afinando la concentración para subir las escaleras sin entorpecerse ni tropezar.

Una vez en la planta correspondiente, marcharon por el pasillo; intentando no causar demasiado alboroto, y luego deteniéndose enfrente de la habitación del chico. Alex acorraló contra la puerta a su compañera, besándola con frenesí. Sin ya poder estarse de catar esos besos que lo tenían preso de un embrujo.

Con las manos arremangó su falda y tanteó sus muslos, instándola a impulsarse hacia arriba y enroscar sus piernas alrededor de su cintura, en aquel duelo que impartían en la cavidad bucal ajena.

—*Gatito...* —gimoteó deseosa, hundiendo los dedos en sus mechones—. Abre la puerta... —suplicó en un susurro y entre besos—. Necesito sentirte...

—Y yo necesito que me sientas... —sacó de uno de sus bolsillos las llaves, introduciendo la correcta en la cerradura, mientras seguía besando insistentemente a la chica.

Sus ansias lo perdían, aún y así, logró abrir la estancia e irrumpir rápidamente en su interior con la joven a cuestas. Posteriormente, él echó el pestillo y ambos se condujeron hacia el lecho.

—A-lex... —repitió una vez más, aferrándose a él con insistencia.

El susodicho la tendió de espaldas sobre el colchón, repartiendo cortos besos por su rostro y cuello.

—Sigue diciendo mi nombre así y me tendrás de esclavo para siempre... —bisbiseó con anhelo, conduciendo una mano a su entrepierna para estimularla por encima las bragas.

—Te tomaré la palabra... —arqueó la espalda al notar como él inmescuía dos dedos bajo la prenda, frotando superficialmente sus labios vaginales—. Ah-ah... *Gatito...*

—Eres una chica muy traviesa, *Azulita...* —canturreó embebecido, abriéndose paso hacia su entrada—. Vestida así haces que se me ponga como roca...

—¿Tan dura está? —Inquirió con una sonrisa descocada, bajando la cremallera del pantalón y colándose en éste para agarrar firmemente su

miembro por encima del bóxer. Causando que un gruñido escapara de su boca —. Ya veo que sí... —seseó victoriosa, estimulándolo con maña—. Está justo como a mí me gusta...

—Pues espera a que te la meta... —masajeó su clítoris, gozando de las expresiones placenteras que ella le regalaba entre jadeos—. Te encantará...

—Chico malo. —Lo besó de un impulso, haciendo presión contra su pecho para hacerlo rodar de espaldas sobre el colchón y rotar de posición.

—¿Quieres que sea malo contigo, *Azulita*? —Apretó sus glúteos con osadía, alzando la pelvis para restregarse en su entrepierna—. ¿Quieres que el gatito te castigue?

El semblante de la fémina era una provocación en toda regla, recortando esa separación hacia los labios de su amante para rozarlos con los propios.

—Lo estoy deseando...

Sin entretenerse con los preliminares, se besaron con ese sentimiento abrasador que consumía sus entrañas, mismamente quitándose con apuro sus ropas, por tal de desquitarse de esa excitación que se intensificaba por el alcohol que circulaba por su organismo.

Cuando solo quedaban las prendas interiores, Alex forzó el cierre, rasgando el encaje y liberando los senos de la joven ante su libidinosa mirada.

—*Hey*, esos me gustaban... —lamentó, esbozando un mohín.

—Y a mí me gustó rompértelos. —Manoseó sus montes, acercando los dientes para comenzar a mordisquear sus pezones—. *Mm...* Mis favoritas...

—Ah-ah... *Mmph...* —Contoneó las caderas, friccionándose contra su hombría, en un lento mecimiento mientras gemía y echaba la cabeza hacia atrás —. Alex... —peticionó suplicante—. Métemela...

—¿No te han enseñado a pedir las cosas? —Pellizcó sus botones, expectante de sus reacciones al estudiarla perverso—. Pídemelo por favor.

Ella suspiró audiblemente, atrayéndolo por el cuello en una actitud impaciente y descontrolada.

—¡Méteme la polla, joder!

—Adoro esa lengua sucia que tienes. —La besó con dedicación, dándole una cachetada en una de sus nalgas que la hizo dar un brinco sorprendida.

—Me has pegado. —Murmuró fingiendo pesar.

—Tengo que castigarte, ¿no? —Instó persuasivo, besándola una vez más, antes de separarla y deslizar su bóxer.

Marie se desprendió de sus bragas, relamiéndose al contemplar la prominente erección de su compañero, con líquido preseminal recorriendo la

extensión de su falo.

—¿Tienes hambre, *Bebé*? —Tentó con lascivia, viéndola asentir e inclinándose sobre sus labios con desfachatez—. Pues tendrás que reservarte para la próxima... —lamió sus carmesíes, adhiriendo sus ojos a los de ella—. Ahora quiero ver tu precioso culo.

—¿Vas a ponerme en cuatro, *gatito*?

Él no respondió, haciendo un movimiento de cabeza que la instó a moverse y darse la vuelta; sujetándose de la estructura metálica del lecho con el trasero en pompa. Notando como el joven acariciaba la curvatura de su espalda y finalmente se perdía en su monte de Venus, estimulándola con ganas.

El rubio se acopló sobre ella, refugiando el rostro en el hueco de su cuello para hablarle incitador y surcar con los dedos los pliegues de su sexo.

—Qué ganas tenía de volver a tenerte así. —Besó uno de sus hombros, provocando que su miembro se frotara entre sus glúteos y manchara la zona con esa sustancia gelatinosa que emanaba del glande—. Mi *Azulita*...

—Si tantas ganas tenías... ¿Por qué tardas tanto en aprovecharte? —Susurró jadeante, ladeando la cara en busca de esos verdes que nublaban su razón.

—Porque como siga... —mordisqueó el lóbulo de su oreja, inspirando el aroma de su melena—. No pienso detenerme hasta que te llene de mí.

Un estremecimiento la sacudió por dentro. Entreabriendo los labios de gozo y desasosiego.

—Sigue... —encaró al muchacho, contagiándose de esa fruición que mancillaba sus luceros, al mismo tiempo que lo provocaba al restregarse contra su dureza—. Sigue y dame tu... *Leche*.

Con esas palabras él se sintió al borde del abismo; ansiando sucumbir a esa tentación tan deseada, como indebida.

—¿Crees merecerla? —Agarró el tronco del falo, dirigiéndolo a la vagina de la chica, para rozar con el extremo sus labios íntimos.

—Ah-ah... Dios, sí...

—Entonces... —delineó su columna con la yema de los dedos, posicionando su hombría en el sexo de la azabache para penetrarla de una fluida estocada, que la hizo gemir impudorosa—. Pienso dártela toda...

—Jo-der... S-sí... —se aferró con fuerza al cabezal, deleitándose de como él se hundía hasta el fondo de su cavidad e iniciaba un brioso traqueteo—. Qué grande se siente...

Alex se regocijó por sus halagos y lo irresistible que sonaba su voz,

acompañando las manos a sus pechos para apretarlos mientras la embestía con vigor.

—¿La disfrutas, *Azulita*? —Bisbiseó entre jadeos—. ¿Te gusta sentirla dentro?

—¿Es que no lo notas? —Rebatió juguetona, enroscando un brazo a su cogote, al atraer su boca a la suya—. Estoy así de caliente por ti...

Él sonrió excitado y complacido, aspirando el vaho de ella.

—Caliente... —acercó dos dedos a su sexo, masajeándolo suavemente y sin cesar las penetraciones—. Y muy mojada...

—Tú tampoco te quedas atrás... —gimoteó en éxtasis.

Alex acercó los dedos a los labios de esa belleza de carácter indómito, dejándole tastar el fruto de su propia excitación, a la vez que se impulsaba para llegar más profundo en su núcleo.

—*Agh...* Maldición... —la sostuvo de las caderas, embistiéndola y produciendo un pervertido sonido con el choque de sus cuerpos—. La aprietas increíble...

—A-lex... —nombró con un sonoro suspiro siendo liberado—. Quiero que me dejes montarte...

Alex se abrazó a su cuerpo, lamiendo su yugular sinuosamente.

—¿Ahora me pides permiso, *Bebé*? —La besó fugazmente, observándola con ígneo deseo.

—Si digo que sí, ¿me dejarás? —Formuló con astucia.

Su pregunta quedó respondida en el mismo instante en que él salió de su interior y la tomó de las muñecas, luego tumbándose y haciendo que ella se sentara a horcajadas encima suyo.

—Veamos cómo te la clavamos.

Marie se acomodó en su entrepierna, guiando su sexo al encuentro del suyo, y produciendo nuevamente su incursión impasible y necesitada.

Él la sujetó del trasero, orquestando sus movimientos y siendo espectador de como su compañera se desinhibía. Moviéndose de arriba a abajo, con sus pechos meciéndose al son de las embestidas y sus pezones erectos por la excitación que la inundaba.

—*Amm...* *Gatito...* —apoyó las manos en su abdomen, balanceándose en sincronía al compás que él le marcaba, y dejando que su melena cayera en cascada hacia adelante—. Qué polla tan rica tienes...

—Y es solo para ti... —hizo un amago de alcanzar sus montes, fallando al ver como ella entrelazaba sus manos con las suyas y después las inmovilizaba

contra la almohada—. ¿Qué pasa, *Azulita*? ¿No me vas a dejar jugar?

—Ya estamos jugando... —moverse en círculos la cintura, sintiendo como él la penetraba plenamente y uniendo sus frentes—. ¿O es que no lo pasas bien?

Las respiraciones de ambos se entremezclaban, impregnándose con su calidez e irregularidad. Notando como sus cuerpos se prendían con virulencia en esa danza de fuego.

—Creo que mi polla es una prueba de lo bien que lo estoy pasando... —impulsó la pelvis hacia arriba, brindándole una ruda estocada—. Solo tienes que notar lo dura que me la pones para saberlo.

—Es tan deliciosa... —aduló sin refrenar los gemidos, incrementando el ritmo, mientras sus cielos se perdían en esas esmeraldas corrompidas por la lujuria—. Como tú...

El joven la contempló con súbito asombro, percibiendo esas sensaciones que, a la vez que lo liberaban, lo volvían adicto y un penitente esclavo del placer que experimentaba con esa muchacha.

—¿Piensas que soy delicioso?

—Sin duda... —susurró ida por esa pasión desbordante, y por la embriaguez que la tenía libre de pudor y reparos—. Eres el más delicioso postre que haya podido probar.

Dominado por sus instintos, Alex forcejeó hasta conseguir zafarse, sentándose con ella y arimándola a su torso mientras la besaba sin misericordia, y la embestía con ímpetu.

—Y tú eres la chica que me trae de cabeza... —la apretó contra su anatomía, besando su clavícula y cuello—. La que más deseo de todas...

—Así que... ¿La que más? —Inició movida más por sus emociones que por su cordura—. Eso no es... Suficiente para mí...

Alex la afrontó ansioso, friccionando sus cuerpos sudorosos en ese cruce de miradas famélicas de placer.

—¿Y qué sería suficiente?

Ella enredó los dedos en sus mechones, sin liderazgo en sus acciones al mecerse salerosa en esa exigua separación de sus bocas.

—Deséame solo a mí. —Susurró con los gemidos más notorios y el ambiente más caldeado—. A nadie más que... A mí.

La sonrisa que se dibujó en los labios del rubio reflejaba la satisfacción y dicha que entonces lo embriagaban. Propiciando que sus estocadas se tornaran más agresivas. Acercándose a su oído en aquellas que ella gemía sin control.

—Siénteme bien, *Bebé*... —Susurró con voz ronca, lamiendo su cartílago

—. Porque eres la única en quién pienso... —Continuó moviéndose con asiduidad y ansia—. La única que... Ah-ah...

—A-lex... —Jadeó por todo lo alto, aferrándose con fiereza a las guedejas de su amante—. Estoy... A punto... *Mmph...*

Él apartó esos cabellos que amenazaban en cubrir su rostro, besándola con aquel fervor que llameaba bajo su pecho y que lo tenía abducido en un bucle, que se iniciaba y moría en los besos que ambos compartían.

—Córrete, *Azulita*. —Amasó sus glúteos, chocando con su sexo al penetrarla plenamente, y percibir las palpitaciones de las paredes de su núcleo alrededor de su virilidad—. Dame tu orgasmo...

—Solo si tú me das... Tu leche... —se mordió la lengua, canalizando esas sensaciones que la elevaban al paraíso, rasgando con las uñas sus omoplatos—. Córrete conmigo, *Gatito*.

Su miembro vibró en la estrecha entrada de su compañera. Mirando con concupiscencia a esa ninfa traviesa que lo encantaba con sus perspicacia natural.

—Marie... —se cernió a ella, sintiéndose a las puertas de su liberación al sumergirse en esos dilatados océanos que lo admiraban maravillados.

—Hazlo, Alex. —Besó sus labios en un contacto efímero, abrazando su cuello—. Dale la leche a tu *Azulita*...

Fundieron sus bocas en un beso tan apasionado como tierno, agazapándose el uno al otro, en las embestidas que terminaron en ese placentero desenlace que perseguían con tanto afán. Alex culminó en el fondo de su sexo, derramando su semilla mientras ella sofocaba sus gemidos y se rendía al arrullador clímax.

El calor permanecía en sus organismos aun transcurridos unos segundos, aprovechando hasta el último segundo de esa regocijante sensación que se expandía en su interior.

Con una expresión relajada y de plenitud, los dos se miraron con embeleso, refugiándose en los brazos del opuesto, mientras que un cómodo silencio los rodeaba y unas risas espontáneas se encargaban de alentarlos.

—Has sido muy malo... —apuntó ella con una sonrisa adormilada.

—Eso es porque tú me provocaste. —La besó con dulzura, viendo cómo luego ella se apartaba despacio y se tumbaba sobre el colchón.

—Es fácil convencerte. —Comentó en un tono bibrón, arrojándose con las sábanas y colocándose de lado.

El universitario la examinó con interés, acomodándose cara a ella, a la vez

que se tapaba hasta la cintura y extendía una mano hacia una de sus mejillas.

—No siempre. —Ella sonrió débilmente, bostezando al notar como el sueño la alcanzaba—. ¿Ya estás cansada?

—He bebido y acabamos de follar. —Argumentó con sus párpados cerrándose—. ¿Responde eso a tu pregunta?

—Nunca cambiarás. —Se jactó, observándola con afecto.

—Así me quieres... —murmuró en un tono decadente y cansado.

La contempló con una sonrisa bobalicona, deleitándose de esa imagen pacífica de la joven al ésta sumirse en un sueño conciliador. Acariciando su cabellera con decoro, en un estado abstraído.

—No... —susurró en voz baja, descubriendo su frente—. Así te amo, *Bebé*.

La miró hasta que el cansancio lo disuadió de seguir despierto, cerrando los ojos y dejándose finalmente arropar por los brazos de Morfeo.

Los días transcurrían en un abrir y cerrar de ojos. Ya había pasado una semana desde el encuentro con Laura, y Alex aún no se atrevía a contarle a su compañera el asunto de la grabación que les afectaba a ambos.

En primera instancia, estaba decidido a hacerlo, pero después de la serie de acontecimientos que se fueron desencadenando, no encontraba el momento idóneo para explicarle la situación.

Por no mencionar, que albergar sentimientos hacia ella, dificultaba que pudiera confesarse, por miedo a que malinterpretara las cosas si lo hacía. Por ello, decidió resolver aquel embrollo por su propia cuenta y así ahorrarse tener que involucrar a Marie en esa historia.

Pese a las dudas, pensó que esa era la mejor opción. Solventaría el problema de Laura por su propia cuenta y, una vez solucionado, ya no habría necesidad de comentárselo a la azabache.

Además, en los últimos días sentía que los dos se habían vuelto más próximos y no quería que algo así lo estropeará.

En una de esas que estaba en la habitación, Alex se quedó meditando con la vista puesta en el techo. Haciendo caso omiso del parloteo de su amigo, mientras él reposaba tumbado en el lecho.

—Y después de que se la metiera, ella... —Louis se interrumpió, chasqueando los dedos frente a su camarada, por tal de captar su atención—. ¿Hola? ¿Me estás escuchando?

Alex pestañeó, fijándose en su compañero con una mueca de cansancio, a la vez que se sentaba en el colchón con pereza.

—Claro que te escucho. —Espetó con una sonrisa escéptica.

—¿Enserio? —Inquirió desconfiado, cruzándose de brazos al encararlo directamente—. A ver, dime... ¿Qué estaba diciendo?

—Pues... Esto... Estabas hablando de tu novia y de lo mucho que te gusta metérsela. —Indicó en un tono monocorde.

Hubo unos segundos de silencio en que la expresión del azabache se transformó en la de una ecuación sin resolver, rindiéndose al tomar asiento en el catre.

—Está bien, tú ganas... —viró el rostro hacia su contrario, esbozando una

sonrisa ladina—. Por cierto, ¿puedo saber en qué piensa esa cabeza teñida que tienes?

—¿Qué? Yo no estoy pensando en nada... —negó con una corta risotada.

—Sí, claro... Y yo no he follado en un mes. —El blondo revoleó los ojos, incorporándose y dándole la espalda a su compañero fisgón, mientras éste sonreía con travesura—. Vamos, *Nancy*... Cuéntale a Louis tus secretos.

—¿Mis secretos? —Espetó en un tono altanero, girándose y mirándolo a los ojos—. Lo que te acabaré contando es como salir disparado por la ventana si sigues siendo tan metiche.

—Eso es que pensabas en tu *Estrellita*... ¿No es así?

—¿Estrellita? —Cuestionó irresoluto.

—Marie. —El semblante de Alex era un poema, causando más gracia a su amigo—. ¿Qué? ¿Acaso no os poneis motes empalagosos?

—Vale, definitivamente relacionarte con Coralie no te hace bien. —Comentó con cansancio, pasándose los dedos por la cabellera—. Y en cuanto a lo de Marie, ella...

—Sí, sí... Lo sé. —Intervino con porfía, apoyando los codos en sus rodillas—. Es la amiga con la que te gusta jugar al dale que te la meto.

Alex permaneció callado durante varios segundos, mirando con más seriedad a su resignado camarada, al mismo tiempo que se relajaba metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Bueno... —se aclaró la garganta, apartando la mirada a un extremo de la habitación—. Quizás la vea como a algo más que una... Amiga.

Los celestes de Louis se agrandaron, reflejando esa sorpresa que sentía por tan inesperada confesión, enderezándose paulatinamente para aproximarse cauteloso donde el rubio estaba inamovible.

—¿He oído bien? —Formuló con una naciente sonrisa en sus labios—. ¿Acabas de admitir que Marie te gusta?

—Oye, no te hagas películas, solo dije que ella... —enmudeció al encontrarse con esa mirada azulada adhiriéndose en su persona, y luego soltó un suspiro—. Bien, sí; me gusta.

—¡Aleluya! —Lo rodeó amistosamente del cuello, luego palmeando su espalda—. Ya estabas tardando en admitirlo. —Lo tomó de los hombros, plantándole cara—. Porque tengo novia y no soy gay, sino te morreaba ahora mismo.

—*Wow*... Calma, tigre. —Lo apartó con sutileza, marcando distancia—. Ya estás haciendo que me arrepienta de habértelo dicho.

Louis se carcajeó con bribonería, examinando con curiosidad al universitario.

—Perdona, no pude con la emoción. —Hizo una pausa, colocando los brazos en jarra—. A todo esto, ¿ya se lo has dicho a ella? —El aludido apretó los dientes, exasperando levemente al azabache—. No jodas que aún no lo has hecho...

—Ella me ve como un amigo...

—¡Chúpame las bolas! Estás de coña, ¿verdad? —Exclamó con irascibilidad—. ¿De verdad piensas eso? Porque si es así, es que estás más ciego de lo que creía...

Alex titubeó, sin conseguir hablar que unos golpes provenientes del pasillo lo hicieron ir a abrir para ver quien llamaba a su puerta; hallando en el descansillo a esa chica de gemas marinas que lo tenía hechizado.

—Hola, *gatito*. —Lo rodeó por el cuello, alzándose de puntillas y depositando un casto beso en sus labios—. ¿Nos vamos?

—¿Adónde? —Indagó Louis al aparecer tras su compañero, mirando con pillería a la fémina.

—A ningún sitio que a ti te importe. —Masculló ella, sacando la lengua cual niña pequeña—. ¿Qué haces aquí, *Pitufo*?

—¿Yo? —Se arrimó a su amigo con tranquilidad—. Solo cuidaba de tu muñeco hinchable a pilas.

—Te estás ganando a pulso lo de salir disparado por la ventana... —advirtió el joven de gemas verduzcas.

—Y ahí es cuando desaparezco... —argumentó Louis. Saliendo hacia el corredor y observando a los otros dos universitarios—. Os dejo a solas... Parejita.

Tras guiñarles el ojo con coquetería, cruzó el corredor hacia las escaleras, y los dejó a solas en la entrada de la habitación.

Marie se mordió internamente la mejilla, fijándose con incertidumbre en los iris de su amigo, mientras él la tenía sujeta de la cintura.

—¿A qué ha venido eso? —Preguntó confundida.

—*Mm...* ¿Qué cosa?

—Lo de... Parejita. —Repitió emitiendo un ligero retintín al pronunciar la última palabra.

—Oh, eso... No tienes por qué hacerle caso. —Aseguró con una sonrisa jactanciosa, adentrándose en el cuarto en compañía de la chica—. Ya sabes cómo le gusta joder; es como tu amiguita, pero sin las gafas y con una polla

entre las piernas.

—Te diría que no, pero estaría mintiendo. —Se mofó mientras observaba al rubio quitarse la sudadera, y luego escoger una camisa blanca del armario.

—Entonces... —se giró abotonándose la prenda, ojeando a la joven con una sonrisa ladina—. ¿Cuál es la idea?

La azabache se aproximó tranquila, luego ayudando a su compañero a terminar de colocarse la camisa con una mirada dulce.

—La idea es que me acompañes a la exposición, porque yo te lo pido... —él sonrió con picardía, captando esos zafiros de fulgor centelleante—. Van a haber muchos representantes del mundo de la moda y, bueno... Es una oportunidad para que, cuando termine los estudios, tal vez pueda trabajar en una de sus empresas si les causo buena impresión.

—Así pues... Me necesitas, ¿para? —Indagó con perspicacia.

Ella resopló, poniendo la vista en blanco a la vez que hacía una trompita con los labios.

—Ya te lo dije... —se abrazó vergonzosa, bajando la cabeza—. Me da un poco de miedo ir sola, y... Si vienes conmigo... —se relamió recelosa, respirando profundamente—. Estaré más tranquila...

El muchacho la contempló con ternura, sosteniendo su mentón y alzándolo para besar sus carmesíes con dulzura y entrega. Notando como ella correspondía en el acto al acariciar su lengua con la suya.

Al separarse, los latidos de sus corazones galopaban descontrolados, zambulléndose en los ojos del opuesto mientras canalizaban esas emociones que siempre los tenían a la merced de la lujuria.

—Deberíamos... Irnos... —ella asintió en silencio, percibiendo el cálido vaho que escapaba de la boca de su amigo—. Aunque antes... Tendrás que ir a cambiarte...

Marie soltó una suave risita, retrocediendo unos pasos para quitarse la sudadera y el pantalón que llevaba. Descubriendo un vestido de media manga de color negro que se entallaba a la perfección en su esbelta silueta, y luego bajando la falda hasta los muslos, ante el asombrado mirar del rubio.

La melena le caía con naturalidad sobre los hombros, luciendo elegante y bella en una versión de ella misma que aún le costaba exteriorizar, pero que poco a poco, le incomodaba menos de sacar a la luz.

—Bien. —Acomodó un mechón detrás de su oreja, sonriendo encantadora—. ¿Crees que ya estamos listos?

Él la escudriñó con deleite, entrelazando su mano con la suya, en un gesto

cariñoso y juguetón.

—Pongámonos en marcha.

Ambos salieron al pasillo tras cerrar con llave la habitación. Yendo hacia afuera de la residencia y recorriendo las calles de la ciudad en ese calmo anochecer parisino.

Varias miradas curiosas se fijaron en las pulcras vestimentas de los jóvenes, creando un deje de ansiedad en la azabache al sentirse el centro de atención. Alex atinó en el estado de desasosiego de la chica, atrayéndola por los hombros como si de su novia se tratara.

La muchacha se dejó abrazar, caminando con la calidez de los brazos ajenos rodeándola y haciéndola sentir protegida. Después de unos minutos en un ameno paseo, llegaron al palacio de eventos, distanciándose para ir cada uno de lado al irrumpir en el vestíbulo principal.

Los dos contemplaron la inmensidad del lugar, acercándose a la entrada de la sala, donde se exponían varios mostradores con objetos relacionados con el mundo del diseño y la moda.

En la estancia había gente de toda clase, la mayor parte vestidos de etiqueta y recogidos en pequeños grupos mientras conversaban con normalidad.

—Estoy nerviosa... —murmuró ella al ser presa de los nervios.

—No lo estés. —Alentó su acompañante, acercándose a su oído—. De todos los asistentes, eres la que luce más espectacular.

Las mejillas de la joven se tiñeron de un intenso carmesí, mirando ansiosa esas esmeraldas que la embaucaban, y que la distrajeron hasta que sus cielos se perdieron en la distancia.

—¡Oh, Dios mío! —Exclamó conteniendo la euforia, propiciando que los verdes de su compañero se posaran en la figura de un hombre corpulento que se ubicaba a unos pocos metros de donde ellos se encontraban—. ¡Es Alexander Dupont!

—¿Alexander Dupont? —Cuestionó Alex, fijándose de nuevo en la fémina—. Deduzco que... ¿Es importante?

Marie entreabrió los labios anonadada, llevándose las manos a la cabeza.

—Bromeas, ¿no es así? — él negó en silencio, sonsacándole una risotada—. Es uno de los empresarios más reconocidos en todo París, es... ¡Un genio de la moda!

—Vaya, eso suena... Bien. —Ella mantenía una expresión ilusionada al otear al sujeto, haciendo que el blondo sonriera con amabilidad—. En cuyo

caso, deberías ir y presentarte.

La joven palideció de repente, mirando de hito en hito al universitario tras tan descabellada sugerencia.

—¿Qué? ¡N-no, no puedo hacer eso! —Defendió con nerviosismo.

—¿Por qué no? —Se encogió de hombros, mostrándose conciliador—. La idea era venir en busca de una oportunidad para después de los estudios, ¿no? —Ella se mordió la lengua, quedándose pensativa—. Entonces... ¿Qué mejor manera que acercarte a ese tipo y que te conozca?

Con el pulso tembloroso y las dudas apilándose en su mente, se debatió no muy convencida. Alternando su mirada entre su amigo y aquel hombre de negocios.

—¿Crees de verdad que deba presentarme? ¿No haré el ridículo? —Dudó sin poder estarse de expresar su congoja.

Alex le dedicó una de esas sonrisas ladinas que a ella le encantaban, arrojándose para deslizar una caricia en uno de sus brazos.

—Lo harás estupendamente. —Le guiñó un ojo, haciéndola sonreír—. Ve hacia allí y luego me cuentas como te ha ido, ¿te parece bien?

Pese a su indecisión, ella confirmó en un mudo asentimiento; abriéndose paso entre la multitud, mientras su compañero la observaba pacientemente.

Al ver como la muchacha consiguió entablar conversación con el empresario, él decidió dar un rodeo por la sala, tomando una copa de champagne que le ofreció uno de los camareros. Posteriormente, contemplando los objetos de uno de los mostradores.

—¿Modelo? —Inquirió una voz femenina proveniente de su lado.

Él viró el rostro, encontrándose a una joven sofisticada de corto cabello cobrizo y gemas marrones.

—¿Disculpa? —Preguntó fuera de sí.

—Decía que si eras modelo... —indicó con una sonrisa coqueta.

—¿Yo? Qué va. —Negó jactancioso, dando un sorbo de su copa—. Ni siquiera me gusta la moda.

—Ahora sí que no lo entiendo. —Expresó la chica de melena pelirroja en un tono monocorde—. Si no te gusta la moda, ¿qué estás haciendo aquí?

—Oh, esto... Vine de acompañante. —Explicó con indiferencia.

La muchacha lo examinó con curiosidad, relamiéndose en un gesto provocador.

—Ya veo. —Se cruzó de brazos, manteniendo la compostura—. Pues es una pena; tienes buena figura, y... Con lo guapo que eres...

—Desfilar no es lo mío. —Aseguró con convencimiento, frotándose la nuca al mirar a la chica—. ¿Y tú? ¿Eres diseñadora o algo por el estilo?

—Ni hablar. —Rio por lo bajo, después adoptando un semblante más engorroso—. Supongo que, al igual que tú, vine de acompañante de alguien. —El no respondió, terminándose la bebida de un trago—. Por cierto; mi nombre es Camile. —Extendió una mano hacia él, dejándolo un ápice desorientado de aceptar el gesto.

Él quedó unos instantes sin saber bien qué hacer. Aún y así, al final se decantó por encajar amablemente su mano con la de ella.

—Alex Feraud. —Murmuró con una sonrisa cumplidora.

—Bonito nombre. —Aduló con interés, reduciendo la distancia que los delimitaba—. Y dime, Alex... Esa persona a la que acompañaste...

—Alex.

El susodicho y la pelirroja se giraron a ver quién había interrumpido su charla, encontrándose con la expresión circunspecta de Marie.

—*Hey*, ¿ya conseguiste hablar con aquel tipo? —Se interesó el rubio con una sonrisa vivaz.

Marie no dijo nada, con sus azules adheridos a los marrones de aquella intrusa, mientras se acercaba en una pose amenazante a su compañero.

En cuanto se detuvo a su lado, sus facciones se suavizaron y adquirieron un matiz más agradable y de falsa amabilidad. Colgándose mimosa del brazo del rubio, a la vez que lo miraba a los ojos con afecto.

—Sí, todo salió perfecto. —Expresó en un tono empalagoso, ojeando despectivamente a la intrusa antes de regresar su plena atención en él—. Aunque de haberlo sabido, te hubiera pedido que me acompañaras.

Alex arrugó el entrecejo, mirando a ambas chicas con extrañeza, y sin estar muy seguro de como intervenir en esa especie de disputa en la que él se encontraba involucrado.

—Tranquila, ha estado en buenas manos. —Comentó Camile.

Aquello no le causó ni la menor pizca de gracia a su contraria, la cual, en un arrebató, jaló de la camisa del muchacho para sorpresivamente sellar sus labios con los suyos en un fervoroso beso que lo dejó petrificado.

Pasaron varios segundos, permitiéndose respirar al romper el contacto y mirarse con incomprensión, por parte de él, y determinación por la de ella al ojear con desagrado a la joven pelirroja.

—Permíteme que lo ponga en duda. —Rebatió la ojizarca con desdén.

De esa confrontación, Alex no pudo más que observar en silencio.

Notando como su compañera lo agarraba de la mano y tiraba de ésta.

—¿Nos vamos? —Insistió con impaciencia.

—¿Tan pronto? —Una mirada furibunda lo hizo tragar grueso, afrontando a la otra chica con resignación—. En fin; un placer conocerte, Camile.

—Lo mismo digo, Alex. —Coincidió con una sonrisa forzada.

Sin dar oportunidad a que ocurriera nada más, Marie condujo al rubio hacia la salida del recinto a un paso urgido. No deteniéndose hasta que llegaron a la acera, y en donde un confundido Alex le plantó cara sin vacilación.

—Oye, ¿se puede saber a qué ha venido eso? —Exigió saber con voz impositiva.

—A qué ha venido... ¿Qué? —Se desentendió con hastío.

—Deja de hacerte la tonta. —Impuso con altanería, sonriendo escépticamente—. ¿Por qué te has puesto tan rara con esa chica? ¿Y a qué ha venido ese beso?

—Yo no me he puesto rara, y en cuanto a lo del beso, simplemente me apetecía dártelo... ¿O es que acaso no puedo?! —Vociferó apática.

—No es que no puedas, pero nunca sueles hacerlo; al menos, no en estas circunstancias.

—¿Y qué circunstancias son esas?

—¡En las que tú te pones celosa!

Ella abrió ampliamente los ojos, estallando a carcajada limpia con escepticismo.

—¿De nuevo vas a volver con eso? —Se mofó con obstinación en lo que parecía una pataleta—. No estoy celosa... ¡Nunca lo estaré! —Lo señaló ceñuda, hundiendo el dedo en su pecho—. Y si tanto quieres irte con la tipa esa, ¡adelante! ¡Hazlo! Que a mí ni me viene ni me va. —Le dio la espalda, cruzándose de brazos—. Por mí, como si te la follas recitando el puto *kamasutra*.

Esa cabezonería desesperaba a Alex y, mismamente, lo apaciguaba. Dos sentimientos que chocaban, pero que al fin terminaban entendiéndose por lo que esa testaruda provocaba en él.

Tratando serenarse, inspiró profundo, sonriendo tenuemente al abrazarla de la cintura mientras escondía el rostro en el hueco de su cuello y depositaba un corto beso en la zona.

—Eres una tonta. —Susurró con dulzura sobre su oído—. Pero aún y así, prefiero follarte a ti que a cualquier otra.

La azabache notó como el corazón le daba un vuelco. Con una sensación de alivio expandiéndose en su interior, pese a ese orgullo que aún la dominaba.

—T-tú sí que eres tonto. —Acercó sus manos donde se aferraban las de él en su regazo, recargando el peso de su cuerpo contra su torso.

Permanecieron quedos unos instantes, y después encarándose con las manos unidas al inclinarse para rozar sus bocas de forma expresa.

—¿Vamos a mi habitación? —Inquirió él con una mirada lasciva—. Tengo una cama muy cómoda en la que podemos hacer... Muchas cosas malas...

Marie esbozó un puchero, uniendo su frente a la de él con abatimiento.

—Me encantaría... —musitó en un suspiro—. Pero le prometí a Coralie una noche de chicas, así que de hoy no me puedo escapar.

—Lo rodeó por el cogote, besando fugazmente sus labios—. Pero, si quieres, mañana puedo venir después de clase a tu habitación y hacer todo lo que desees...

—Me gusta ese plan... —susurró verdaderamente tentado, deslizado una caricia hasta su trasero—. Me aseguraré de que se lleve a cabo, *Azulita*.

Tras compartir un último beso, se pusieron en marcha de regreso a la residencia en un paseo sosegado. Apreciando el paisaje nocturno de la metrópoli en un cómodo silencio.

En parte, uno y otro sabían que se pertenecían, pero ninguno de los dos había tenido aun el valor de confesarse. Ella comprendía que lo que sentía por Alex no se asemejaba ni de lejos a lo que en su momento albergó por aquel despreciable que respondía al nombre de Olivier. Sin embargo, se resistía a mostrarse más cercana de lo debido, por el miedo que aún la refrenaba.

Sumida en sus pensamientos, sonrió para sus adentros, mirando con disimulo a su acompañante. Analizando y dejando que esa sensación cálida y de paz que él le transmitía, fuera ganando fuerza.

Llegados a la residencia, él escoltó a Marie hasta la puerta de su cuarto, y los dos se quedaron cara a cara.

—Aquí nos separamos. —Enunció el varón con las manos en los bolsillos del pantalón—. De momento.

—Así es. —Se frotó las manos, sumamente nerviosa al verse en las esmeraldas del joven—. Gracias por venir conmigo.

—Un placer, *Bebé*. —Le guiñó el ojo, notando un tenue rubor en sus pómulos.

Despacio, ella redujo el espacio entre ambos, reposando las manos en el

torso de su compañero para, sin prisas, acechar sus labios y besarlos con vehemencia y recato; dejando que él la correspondiera con la misma calma y deseo contenido.

Cuando tuvieron que disolver el beso, se esforzaron por mantener a raya esa creciente llama interior que los embargaba. Sin desincrustar sus ojos de quien tenían enfrente.

—Buenas noches. —Deseó ella en un bisbiseo.

—Descansa, *Azulita*.

Una sonrisa tímida surcó los carmesíes de la universitaria, quien se inmiscuyó en su habitación mientras él se alejaba por el corredor sin dejar de mirarla. De camino a su estancia, él sacó el móvil del bolsillo de su pantalón. Desbloqueando la pantalla y marcando el número de Laura, por tal de dar con ella y finiquitar ese enredo en el que aún se encontraba; no obstante, de nuevo saltó el contestador.

—Maldita zorra...

Escribió un mensaje a la desesperada. Seguramente no serviría de nada, pero tenía la necesidad de zanjar ese tema que hacía de su día a día un sinvivir.

Yo_21:15

Tenemos que vernos.

Sin una mísera respuesta en los segundos posteriores, guardó con desaliento el artilugio. Acto seguido adentrándose en su cuarto, con las esperanzas por los suelos y la rabia carcomiéndolo.

Tras una noche apacible, Marie despertó de grato humor. Había decidido enterrar sus años de sufrimiento y desconfianza, para darse una oportunidad con su amigo de la Universidad.

Se sentía insegura, pero mismamente ilusionada. Sabía que si tenía que entablar una relación con alguien; ese alguien tenía que ser Alex.

Tarareando soñadora, se acicaló la melena mientras se miraba en el espejo de su habitación, apenas haciendo caso a su compañera de orbes color miel.

—¿Qué me he perdido, *Blancanieves*? —Inquirió la morena desde la puerta del baño.

—¿Qué me has llamado? —Masculló a regañadientes, dedicándole una mirada furibunda a su contraria.

—Calma, chica. Tampoco tienes que saltarme a la yugular. —Disuadió con una sonrisa perspicaz—. Me refería a que estás contenta como una princesa de película.

—Oh, eso. —Desestimó con un encogimiento de hombros—. Es que he dormido bien esta noche.

—Ya lo veo... —murmuró Coralie—. Parece que estés... —la azabache la miró a modo de advertencia, interrumpiendo sus palabras—. Olvídalo.

Marie terminó de arreglarse con unos jeans y una sudadera holgada negra, yendo en dirección al pasadizo, a la vez que la aspirante a periodista le pisaba los talones.

—¿Ya te vas? ¿No vas a esperarme? —Inquirió la joven de lentes con incertidumbre.

—Es que tengo que hacer algo antes de ir a clase.

—¿Sexo mañanero? —Indicó en un tono provocador.

La estudiante de diseño le enseñó el dedo medio a su compañera, saliendo al corredor tras asir su mochila y colgársela en la espalda. Sin permitir que la morena le protestara. Correteó por las escaleras, luego cruzando el pasillo de la planta donde se hospedaba Alex, y luego plantándose enfrente de su puerta.

No tardó demasiado en llamar, aguardando pacientemente con una sonrisa de oreja a oreja, que se ensanchó en el preciso instante en que él la recibió con una expresión de sorpresa.

—Azulita, ¿qué te trae por...?

La muchacha se arrojó a su cuello, besándolo con fervor y desenfreno. Regocijándose de cómo sus labios eran gratamente correspondidos en ese contacto apasionado.

Alex condujo sus manos por la cintura de la chica, arrimándola a su cuerpo, mientras saboreaba esa miel que lo inducía a perderse en las sendas de la lujuria.

Aun y la fogosidad demostrada, en esa montaña rusa de emociones se focalizaban el afecto y devoción que ambos se profesaban; dejando que los segundos transcurrieran, y que al final tuvieran que separarse por la suave risa que brotó de la boca de la jovencita.

—¿Ahora te ríes, *Bebé*? —Bisbiseó con travesura.

—No me reiría si no estuvieras haciéndome cosquillas. —Argumentó al tomar las manos que reposaban en su abdomen.

—Bueno... Siempre puedo hacerte otras cosas... —rozó con la nariz su cuello, besándolo castamente—. Si me dejas...

—*Mm...* Eso suena tentador... —soltó un suspiro, luego buscando esas esmeraldas que la tenían abducida con su fulgor—. Aunque deberíamos reservarnos para después de clase...

—O podríamos no ir a clase... —atrapó su trasero con sutileza, sonriendo con pillería—. Y hacer algo más... Constructivo...

Ella se relamió a la expectativa, notando como su corazón se azoraba con virulencia, al verse presa del fiero mirar de su amante.

—Pese a que me encanta la idea... —deslizó una caricia por su quijada, después besando sus labios de forma fugaz—. Pienso que será mejor esperar...

—¿Esperar? —Indagó con una ceja enarcada—. ¿Esperar a qué?

Marie sonrió con timidez, apartando levemente al varón, para después encararlo con un tenue rubor en sus mejillas de alabastro.

—Bu-bueno, verás... —se acomodó un mechón tras la oreja, respirando en profundidad—. Yo había pensado que podríamos quedar a la salida, y... ¿Ir a tomar un café?

—Como una cita. —Dedujo sin pensar.

La azabache asintió recelosa, sosteniéndole el contacto visual con su compañero, a la vez que los nervios la carcomían por dentro.

—Sería algo informal. —Aseguró apresurada, gesticulando ansiosa—. Es solo que quiero contarte una cosa, y... Pienso que la mejor manera, es... Sería... Esto...

—Acepto.

Los azules de la joven se agrandaron con asombro, dejándola en un semblante anonadado, que fue transformándose poco a poco en uno de entusiasmo contenido.

—Ge-genial. —Confirmó con una risita titubeante, abrazándose en desasosiego—. Entonces... ¿Quedamos en la entrada del campus? ¿A las cinco?

—Claro, por mí perfecto. —Añadió con una sonrisa coqueta.

—Genial... Eso es... ¡Genial! —Expresó con una risa floja.

Con los latidos rezumbando contra sus oídos, Marie se giró para disponerse a partir. Aún y así, no dio un solo paso que notó como su muñeca era apresada por el muchacho, y la hacía voltearse de nuevo.

—¿Vamos juntos a clase? —Sugirió él en un tono amable.

—¿Ju-juntos? —Articuló presa de esa inquietud que la invadía por dentro—. Pero eso sería...

—Nuestros amigos ya saben que estamos liados... —explicó con elocuencia, pasándose los dedos por los mechones—. Por no mencionar, que has sido tú quien ha venido a buscarme...

La universitaria no supo objetar al respecto, manteniéndose en una postura aparentemente relajada ante los ojos de su amigo, quien, por la falta de respuesta, no tardó en inmiscuirse en su cuarto para cambiarse de camiseta y salir ya dispuesto a los pocos minutos.

—Podemos irnos. —Enunció al cargar la mochila en uno de sus hombros.

Ya a punto, los dos emprendieron la marcha y anduvieron parsimoniosos por los pasillos. Encaminándose hacia el exterior de la residencia, para acto seguido cruzar los jardines del campus y entrar en el edificio principal del centro de estudios.

La recepción estaba repleta de estudiantes, desperdigándose por los diferentes rincones que los conducían a sus respectivas aulas en esa hora punta de la mañana.

Marie dudó al detenerse en la zona de taquillas, mirando dubitativa a su acompañante.

—Supongo que tú te vas por la derecha, y yo... —la acercó a su torso, de repente rodeándola por los hombros en una actitud cariñosa—. A-Alex, ¿qué haces?

—Acompañarte a clase. —Explicó relajado, reanudando su marcha por los pasadizos.

—Pero no tienes por qué... —defendió, sintiéndose extraña al exponerse ante los demás—. Llegarás tarde, y...

—Tampoco me perderé gran cosa.

Los dos deambularon amablemente, ignorando si eran vistos o no por el resto. Durante los primeros instantes, Marie temblaba temerosa. Pero al fijarse en el semblante calmo de Alex, sus miedos se convertían en sueños e ilusiones de futuro.

Al llegar a su destino, ya no quería desprenderse de ese abrazo en el que él la tenía arropada. Sin embargo, se obligó a separarse, mientras él entrelazaba una de sus manos con la de ella.

—Ahora sí que hemos llegado. —Comentó el joven, resistiéndose de soltarla.

—Y ya puedes irte... —indicó en voz baja.

Alex no permitió que ella se alejara demasiado al tomar una de sus muñecas con decoro; frenándola antes de que se adentrara en el aula, con una mirada fija en su persona.

Se admiraron en silencio, sin que ninguno de los dos se terminara de decidir en romper esa atmósfera que se había instalado entre ambos. Como si las palabras hubiesen sido elegidas, pero sus bocas no osaran pronunciarlas.

—Marie... —susurró él en un semblante severo y el pulso acelerado—. Yo...

—*Wow*, sí que habéis ido rápido.

Los dos jóvenes vieron a Coralie aproximarse a su encuentro con una expresión bribona, luego abrazándose al cuello de su amiga de forma acaparadora, mientras sus ojos se posaban sobre el muchacho.

—Tú siempre tan oportuna... —masculló el rubio con sarcasmo.

—¿Es que he interrumpido algo? —Inquirió la morena, ojeando a su compañera.

Marie entreabrió los labios, mirando con un deje de indecisión al apuesto individuo.

—N-no, claro que no. —Negó la ojizarca con una sonrisa despreocupada—. Solo estábamos despidiéndonos, ¿verdad?

Él se frotó la nuca al observar su amiga.

—Sí, cierto... —sonrió fugazmente, suspirando con pesadez—. Nos vemos luego.

—Eh... Sí.

Tras echarle un último vistazo a la azabache, Alex se alejó con las manos

en los bolsillos del pantalón. Caminando parsimonioso ante los ojos de las dos jovencitas.

Ya a solas, Coralie se arrimó con interés a la estudiante de diseño; sonriéndole con esa pillería y curiosidad que evidenciaban que algo quería sonsacarle.

—¿Qué ha sido eso? —Indagó en un tono cantarín.

—¿Qué? —Parpadeó irresoluta, luego cruzándose de brazos—. ¿A qué te refieres?

—A qué va a ser. —Se frotó la sien, bufando con pesadez—. Tú y Alex; mirándoos como si fuerais a confesaros.

Marie arqueó ambas cejas, soltando una corta risotada para acto seguido dirigirse al interior del aula.

—Vale, tú estás delirando. —Se mofó sin mirarla siquiera.

—¿Lo estoy? —Cuestionó sin dejarse convencer, ganándose una mirada retadora de su contraria—. Puedes negarlo tantas veces quieras, pero sabes perfectamente que Alex es el chico que te vuelve loca. —Canturreó con elocuencia.

—Pues... ¡Lo niego! —Exclamó con tozudez, acomodándose en su pupitre.

—Y yo no te creo. —Rebatió inflexible, sentándose a su lado y apoyando los codos sobre la mesa—. Sé que tienes miedo a admitirlo, pero pienso que, a estas alturas, ya es absurdo que sigas negando lo que resulta evidente.

Marie no la miró, sacando los libros de su mochila y revisando uno de éstos en un intento de eludir las inquisiciones de su amiga cabezota.

—Marie... —persistió en un ruego, no logrando que la susodicha se dignara a afrontarla—. ¿Es que no vas a decir nada?

—No. —Contestó secamente, aun con la vista puesta en los folios.

Coralie estudió las facciones pensativas que se discernían en el rostro de la azabache, tirando la toalla al ver su poca predisposición de hablar, en esa faceta esquiva que hubo adoptado.

Marie debía admitir que la morena estaba en lo cierto; no podía obviar sus sentimientos y, por ello, estaba dispuesta a abrirse de corazón con aquel rebelde que la había flechado como a una inexperta adolescente.

Algo dentro de ella le dictaba que su lugar estaba con Alex; que tenía que dejar de buscar tantos pretextos y sincerarse. Y precisamente, eso mismo iba a hacer.

No quería dudar más, ni vivir con temor. Ansiaba ser feliz y aparcarse sus prejuicios a un lado; enterrando sus miedos y buscando su atisbo de esperanza

y alegría.

Por ello, se propuso hablar con Alex. Necesitaba exteriorizar esa montaña rusa de emociones que la desbordaban. Necesitaba expresarse y aclarar la situación entre ellos; pero, sobre todo, necesitaba confesarse verdaderamente.

Sonrió al pensar en ese ya inminente momento que, si bien la hacía sentir confusa, también la llenaba de gozo.

Cuando el profesor irrumpió en el aula, la atención de la fémica se vio interrumpida, obligándose a atender a sus enseñanzas mientras que en su mente todo iba tomando forma.

...

Las horas de clase se le hicieron eternas a Alex; sin ver el fin en aquel tedioso jornal estudiantil. Estaba ansioso, como siempre que tenía que encontrarse con esa chica que volvía su mundo del revés.

Se podía decir que se había convertido en un adicto a ella. No pasaba un segundo en que no pensara en sus besos o en la calidez de sus abrazos, sintiéndose un esclavo de lo que aquella chica a floraba en su interior.

Debería estar ya acostumbrado a ese sentimiento. Sin embargo, y en contra de lo previsto, siempre lo tenía inquieto y dudando; sobre todo ese día.

—Calma, *Pikachu*. —Alentó Louis a su lado en el pupitre.

El rubio lo ojeó de refilón con una expresión incrédula y una ceja enarcada. Examinando el rostro jactancioso de su compañero.

—¿*Pikachu*? —Inquirió irresoluto.

—Porque estás tan nervioso que sacas chispas. —Alex puso la vista en blanco, y apoyó la frente en sus manos—. Supongo que acierto, pero me atreveré a preguntar... ¿Es por tu *Estrellita*?

El blondo alzó la barbilla, resoplando con pesadumbre, al posar receloso sus luceros en los de su camarada. Él ya estaba enterado de lo que sentía por Marie, por lo que, al ser cuestionado al respecto, y tras meditarlo unos segundos, confirmó en un mudo asentimiento.

—¡Bien! Vamos progresando en tu terapia, amigo mío. —El aludido lo miró con porfía, causando una suave risa en su amigo—. En fin, vayamos a lo que importa... ¿Qué pasa contigo y con tu... Novia?

Por sorpresa de Louis, la reacción de su amigo fue de lo más serena y conciliadora. Sonriendo enternecido y con un cierto matiz de pesar.

—Eso mismo es lo que pasa. —Argumentó apesadumbrado—. Quiero

decirle que me gusta y que sea mi novia... —inspiró aire, expulsándolo lentamente al recoger los brazos sobre la mesa—. Pero no sé cómo lo tengo que hacer; yo... Nunca me he declarado a alguien, y... Temo meter la pata.

—Haz como lo hice yo con Claire. —Explicó en un tono disperso—. Te la follas, le das el orgasmo de su vida y te declaras.

—No sé. —Titubeó hecho un enredo—. La verdad, hoy hubo un momento en que estuve a punto de decirle que la quería...

—¿Cómo? —Expresó anonadado—. ¿Y qué ocurrió? ¿Por qué no se lo dijiste?

—Pues porque su amiga metiche nos interrumpió. —Masculló a regañadientes, recargándose en el respaldo de la silla con las manos reposando en su regazo—. Y ahora, de nuevo, no tengo la más remota idea de qué hacer.

Louis estudió en un semblante reflexivo a su opuesto, luego colocando una mano sobre su hombro de forma amistosa.

—Lo que tienes que hacer es dejar de pensar tanto las cosas. —Sonrió con simpatía—. Has tenido la suerte de que tu loca amiga lesbiana se volviera adicta a tu polla, ¿no?

—No sé adónde quieres ir a parar con eso...

Louis echó la cabeza hacia atrás, soltando un largo suspiro de desespero al encarar con más seriedad a su contrario.

—Lo que quiero decir, es que si tanto quieres a esa chica, tienes que decírselo ya. —Sentenció con determinación y una mirada obstinada—. Puede que te rechace, o puede que te acepte; pero si no se lo dices, acabarás arrepintiéndote.

Alex quedó sin habla por esas palabras a labios de su camarada; finalmente esbozando una sonrisa resignada.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan sabiondo? —Bromeó el rubio con socarronería.

—Desde que a ti el tinte te empezó a afectar en el cerebro.

—Muy gracioso.

El timbre que enunciaba el final de las clases resonó por todo el centro. Ambos amigos se incorporaron de sus asientos, recogiendo sus pertenencias antes de salir hacia el pasillo.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —Curioseó el ojizarco.

—He quedado con ella para ir a tomar un café. —Murmuró sumergido en sus pensamientos—. Había pensado que, quizás... Ahí podría decírselo.

—¡Sí! ¡Hazlo! —Animó palmeando su espalda—. Y cuando lo hayas hecho, sube a *Instagram* la foto de: ya somos parejita.

—Eso no creo que lo haga...

—Oh, sí que lo harás. —Aseguró en un tono granuja—. Me la debes por haberte hecho de consultor personal.

El rubio negó con la cabeza, encaminándose hacia la residencia en compañía de su amigo. Tenía que prepararse para su cita con Marie, no solo en apariencia, sino también mentalmente.

Aun abstraído, sacó el móvil de su bolsillo, revisando nuevamente si había recibido alguna contestación por parte de Laura. No obstante, todo continuaba igual.

Aquello no le agradaba, pues no sabía ya qué hacer para dar con el paradero de aquella vil embustera. Aún y así, eso sería algo que ya dejaría para otra ocasión; pues para ese entonces, quería centrarse única y exclusivamente en esa muchacha que robaba sus suspiros y protagonizaba sus fantasías.

...

Nada más llegar a la habitación, la azabache se cambió de atuendo rápidamente, escogiendo una falda de vuelo de color negro con una camiseta de manga larga de tonalidad roja.

—¿Vuelves a abandonarme? —Cuestionó la morena con un falso puchero.

—Sobrevivirás. —Contestó sin mirarla, acomodándose las ropas.

—De eso no me cabe la menor duda, pero... ¿Me aburriré sin ti?

—Podrías quedar con tu novio y que te diera algo con que entretenerte. —Alegó con una sonrisa perspicaz al enfocar sus azules en los marrones de ella—. Tal vez te deje chupar su piruleta.

—¡Ma-Marie! —Vociferó Coralie con un rubor en los pómulos y los puños apretados.

—Solo era una sugerencia. —Se acercó a su compañera, dándole un beso en la mejilla—. Nos vemos más tarde.

Marie salió a los pocos segundos al descansillo, urgiéndose en ir hacia el punto de encuentro con su supuesta cita.

Su corazón latía cada vez a un ritmo más frenético y descompasado, instándose a mantener los nervios a raya. Adoptando un andar más relajado al acercarse a la entrada del campus.

Varios estudiantes circulaban por la zona a esas horas, conversando entre sí mientras revisaban sus móviles entre risas. Igual, no hizo caso.

Miró de lado a lado, aun sin rastro de Alex en esa espera que se hacía eterna, y cuya la tenía con las piernas flaqueando y las ansias carcomiéndola por dentro.

—Mira, es ella...

Marie se fijó en un grupo de universitarios que se la quedó mirando con descaro, captando su atención y mismamente exasperándola con sus constantes mofas y miradas.

Después de aquello, se percató de que demás curiosos la observaban, haciendo que se sintiera extraña y desorientada.

—Vale, se acabó... —se acercó amenazante a uno de los diferentes individuos y le arrebató el teléfono.

—¡Eh, eso es mío! —Protestó el joven en un tono desdeñoso.

Ella no hizo caso, mirando la pantalla con enfado y después estupefacción. Estaba paralizada y confundida, sintiéndose en shock al identificarse en esa obscena filmación en la que ella y su amigo eran los protagonistas.

¿Cómo había ocurrido aquello? ¿Qué era lo que había pasado?

Con las dudas amontonándose en su mente y su alma desgarrándose, alzó la mirada, hallando al resto de chicos y chicas mirarla de una manera que la hizo sentir sucia y avergonzada.

—¿Marie?

La susodicha reaccionó al escuchar esa reconocida voz proveniente de sus espaldas. Hallando ese par de esmeraldas examinándola con incertidumbre.

—A-lex... —musitó ella con un nudo en la garganta.

Él se quedó descolocado al verla en esa faceta frágil y vulnerable, recortando la distancia entre ambos.

—Marie, ¿va todo bien? —Se interesó en desasosiego.

—¡Mirad, es él! ¡Ya están los dos! —Exclamó uno de los universitarios.

Alex no entendía nada, observando como la azabache se encogía en una postura compungida al sostener el teléfono que había arrebatado a uno de los varios impertinentes que los rodeaban.

—¿Qué es eso? —Sin decir nada, ella le entregó el aparato, permitiéndole ver ese video, con los ojos abiertos en sobre medida y la ira consumiéndolo —. Al final lo ha hecho... —murmuró rabioso, echando una bocanada de aire —. ¡Mierda!

La expresión de Marie se desfiguró, pasando de la congoja al tormento, y

frunciendo el ceño al afrontar al varón.

—¿Tú sabías esto? —Exigió con voz quebradiza y sus zafiros cristalizándose—. ¿Sabías lo del video?

El muchacho restó inconcluso, desprovisto de argumentos que pudieran salvarlo de su silencio.

—Marie, yo... Lo siento, no creía que...

Una bofetada en su mejilla derecha lo hizo callar. Viendo como por los pómulos de la chica rodaban lágrimas de dolor.

—Vete a la mierda.

Sin permitirle defenderse siquiera, ella salió corriendo del lugar. Llorando desconsolada por esa traición inesperada, a la vez que trataba no hacer caso a las miradas de los demás al inmischuirse escurridiza en la residencia.

Era una estúpida. Una estúpida de pensar que Alex podía ser la excepción entre un millón; estúpida por haber sido tan ingenua de pensar que podía confiar en él.

Al encerrarse en su habitación, se recargó contra la puerta, sollozando por lo bajo en esa especie de luto que lidiaba para sus adentros.

—¡Marie! —Exclamó la voz del rubio desde el pasillo—. *Azulita, ábreme...*

Escucharlo la hería más de lo que ya de por sí estaba. Bajando la cabeza con la vista puesta en el suelo.

—Márchate. —Masculló en el tono más firme que pudo usar.

—No, ¡no voy a irme! —Defendió con tenacidad y desesperación—. Tenemos que hablar de lo que ha ocurrido...

—¡No! —Contraatacó irascible, con su cabellera cayéndole por la cara—. Vete, por favor... Déjame en paz...

Él notó como si algo se estrujara bajo su pecho, embriagándolo con esa sensación de impotencia y rabia que le estaba costando tanto de contener.

—*Bebé...* —imploró abatido, apoyando la frente contra la puerta—. Por favor... Déjame explicártelo...

No hubo respuesta a su reclamo, dejando que los segundos murieran en esa tortuosa agonía. Para ella, la tentación de acceder a su petición era abrumadora, pero más lo era su disgusto al crear esa coraza de valentía entorno su maltrecho corazón.

—Lárgate, Alex. —Murmuró en un tono monocorde—. Lárgate y déjame sola.

Desolado, él se apartó vacilante de la entrada, sintiéndose derrotado y

enfadado consigo mismo. No tenía derecho a rogar misericordia, pero ansiaba tanto aclarar las cosas con ella, que no sabía refrenarse; aún y así, decidió brindarle ese espacio para recomponerse y ya en otro momento hablar con más calma.

No dijo nada, retirándose en silencio mientras su compañera se derrumbaba al deslizarse hasta el suelo. Quedándose abrazada a sus rodillas con las pupilas dilatadas en ese mar de lágrimas que brotaban sin control.

—Marie...

La joven alzó sus enrojecidos luceros. Encontrándose con el rostro compasivo de Coralie, la cual recién salía del baño y se acercaba prudentemente hacia ella para arrodillarse frente suyo.

—Coralie...

Ya sin fuerzas, ella se abrazó a la morena, notando como sus brazos la rodeaban a la vez acariciaba su melena con ternura. Encontrando un liviano consuelo, al permitirse liberar esa tristeza arrolladora que albergaba y que no parecía querer abandonarla.

Pasaron seis días desde esa fatídica tarde; seis días en que Marie no se había atrevido salir de su habitación más que para asistir a clase. Teniendo que lidiar con los cotilleos y miradas indiscretas de alumnos y profesores; mismamente esquivando y desestimando cualquier intento de acercamiento u contacto por parte de Alex.

Su corazón dolía por la vil traición de su compañero, hundiéndola amargamente en su pozo de devastación y miseria; todo por un maldito video difundido a través de *Instagram* y *Twitter*.

Tras conocer los acontecimientos de la historia, Coralie la animó y alentó lo mejor que supo, después intentando hacerla entrar en razón para que se distrajera y hablara con Alex; sin embargo, sus ruegos eran en vano. Al menos, hasta ese entonces.

—Marie Lallau. —Nombró la morena en forma de regañina, examinando a la susodicha, la cual se hallaba tendida sobre la cama—. ¡Haz el favor de mover ese culo y salir de una puñetera vez!

—No tengo ganas. —Se abrazó a la almohada, refregando en ésta la mejilla.

—Me trae sin cuidado. —La agarró de las manos, haciendo que se sentara con una expresión engorrosa—. Vás a alistarte y a venir conmigo; llevas casi toda la semana solo yendo de clase a la habitación, y eso no puede ser.

—Joder, mira que eres pesada cuando te lo propones.

—Y peor que puedo llegar a ser como no empieces a cooperar, así que... —volvió a tirar de ella, haciendo que se incorporara con una mueca de hastío—. Vamos a sacarte a pasear.

—Ni que fuera una perra...

—Técnicamente, lo fuiste durante una larga temporada. —Argumentó mientras se dirigía a la cómoda y sacaba de su interior un estuche de maquillaje—. Pero últimamente...

Se calló antes de decir lo que pensaba, acercándose a su amiga para luego de apartar los mechones que cubrían su rostro, comenzar a aplicar una fina capa de maquillaje en el contorno de sus ojos.

—¿Qué estás haciendo?

—Tienes cara de estar cansada... —deslizó la brocha por sus pómulos, sonriendo amable—. Solo estoy disimulando un poco que has estado... Mal.

—Ajá... —se mordió internamente la mejilla, soltando un bufido—. Prueba de maquillarme el cerebro, de seguro así se acaban mis problemas.

Coralie la examinó con aparente sosiego, ultimando los detalles mientras la azabache permanecía estática en su posición.

—Oye, Marie... —inició en un tono suave—. Sé que no quieres que te insista, pero... Creo que deberías hablar con Alex. —La aludida se tensó, desviando la mirada a un lado—. Entiendo que estés dolida por lo que ocurrió, pero... Aún no escuchaste su versión de los hechos. —Hizo una pausa, resoplando con pesadez—. Además... Estos días, él también estaba muy angustiado...

—Mejor. —Sentenció con voz cortante, cruzándose de brazos.

—Marie... —persistió apesadumbrada, dejando las cosas sobre la mesita de noche—. Enserio, jamás lo había visto tan destrozado.

Marie restó reflexiva, sumergida en sus pensamientos por las palabras de su compañera. Quizás estaba siendo demasiado dura y debería otorgarle el beneficio de la duda al chico; tal vez hablando, las cosas cobrarían otro sentido.

Quería aferrarse a esa esperanza, pero al mismo tiempo que lo compadecía, había un fuerte resentimiento y aflicción que la refrenaban.

—Bueno, será mejor que nos marchemos. —Murmuró con apatía, recogiendo su bolso y colgándoselo del hombro con pasotismo.

Coralie no quiso seguir presionándola, acompañándola hacia la puerta para luego ambas salir al pasillo en un respetuoso silencio.

—¿Y adónde quieres ir? —Indagó la ojizarca sin ganas.

—Pues... La verdad, pensaba en ir a la cafetería que queda cerca del campus. —Musitó frotándose la barbilla—. ¿Te apetece?

—Como sea... —bufó con porfía, recorriendo el pasillo en compañía de la aspirante a periodista—. Acabemos con esto.

—No seas tan pesimista...

La estudiante de diseño bajó las escaleras en una actitud distante, luchando por hacer caso omiso a las miradas fisgonas de algunos de los universitarios que se cruzaban por su camino, y que cotilleaban sin siquiera disimular.

Aquello la hizo sentir asqueada, con la ansiedad desbordándola por cada paso que avanzaba. Aferrándose a la tira de su bolso, a la vez que intentaba mostrarse serena.

—Todo pasará. —Alentó la morena al identificar el pavor en los azules de su amiga, atrayéndola por los hombros.

La azabache continuó con su trayecto, sin a duras penas pronunciarse, y ya deambulando por los jardines del campus a un ritmo apresurado, hasta que las dos chicas consiguieron llegar a la calle.

Después de un corto lapso, divisaron la cafetería en cuestión; entrando en el local y ocupando la primera mesa libre junto a la ventana.

Marie fue la primera en tomar asiento, sin despegar la vista del suelo, de mientras su acompañante se detenía con sus marrones puestos en un joven que se hallaba en la barra, y que entonces miraba donde ellas.

—Este... Iré un momento al servicio. —Se excusó Coralie, apenas captando la atención de su opuesta.

La morena se retiró cautelosa, aproximándose hacia el individuo de gemas esmeraldas, quien enseguida se precipitó hacia adelante; frenando en seco al ver como la chica alzaba una mano en forma de advertencia.

—No la cagues, Feraud. —Advirtió ella en un tono amenazador—. Si no, bien juro que te mato.

Él no respondió, únicamente asintiendo en un semblante circunspecto, mientras los nervios lo atacaban por dentro. En cuanto tuvo la vía libre, el muchacho retomó su camino, sigilosamente acercándose a la mesa en la que Marie aguardaba cabizbaja.

Esos días en los que no había podido hablarle, fueron una tortura para él. Aun en ese momento en que la tenía ante sus ojos, sentía como el corazón se le estrujaba al verla tan decaída. Produciendo un efecto demoledor en su persona.

Con el coraje que fue capaz reunir, se plantó frente a ella, apretando los puños en sus costados y tensando la mandíbula. Al principio, la joven no fue consciente de su presencia, aún y así, y a los pocos segundos, ladeó el rostro; quedando petrificada al verse en el dolido mirar de aquel que creía un aliado. Un fiel amigo. Un posible amor.

—Hola, *Bebé*. —Susurró en un tono entristecido.

Ella lo contempló enmudecida, fijándose en sus marcadas ojeras y en la expresión desolada que se esmeraba por camuflar con una suave sonrisa. Al mirarlo, notó cómo su pulso se azoraba, y apartó la vista a la ventana.

—¿Ahora me acosas?

—He venido a hablar.

—Ya, pues... Ni te molestes. —Se cruzó de brazos, sin echarle ni un

mísero vistazo.

—Marie, por favor... —Rogó con las ansias vencíendolo, pasándose los dedos por la cabellera—. Déjame contarte lo que pasó.

— ¿Acaso vas a decirme que todo fue un malentendido y que te arrepientes?

—No... —ella lo miró con rabia, haciendo que él se retractara—. Es decir; sí, me arrepiento de no habértelo contado antes, pero...

—Excusas y mentiras. —Interrumpió inflexible, repentinamente poniéndose de pie—. Mejor ahórratelo, ¿quieres?

La universitaria buscó con la mirada a su compañera, no hallándola en el local, de mientras el rubio la observaba detenidamente.

—Coralie no está. —Contestó con firmeza, captando el furibundo mirar de la chica.

—Genial, creo que la mataré cuando la vea...

Tomó su bolso e hizo ademán de marcharse, no alcanzando a dar un solo paso que él la frenó al sostenerla de uno de sus antebrazos.

—Marie, de verdad que lo siento... —frunció los labios, sumergiéndose en esos zafiros mancillados por la ira—. Yo no quería que nada de esto ocurriera, de hecho... Yo... —tragó saliva, notando como los latidos de su corazón se encabritaban.

—Tú... ¿Qué? —Espetó con enfado, reteniendo las lágrimas.

—Yo...

Al verla tan enfurecida, la inseguridad de perderla lo alcanzó de nuevo, obligándose a actuar a la desesperada por tal de mantenerla a su lado. Había metido la pata al no contarle la situación de buen principio, y entonces parecía que no había marcha atrás a todo aquel enredo.

Sin pensarlo demasiado, se inclinó hacia adelante, robando un beso apasionado de esos labios que eran como el fruto de los dioses y la droga que alteraba sus sentidos. Ella se resistió a ese contacto impuesto contra su voluntad, forcejeando banalmente por tal de liberarse hasta que, tras su ardua insistencia, terminó perdiendo la batalla.

Él la sostuvo del rostro, deleitándose de como poco a poco, ella cedía y lo correspondía con la misma entrega y devoción; profesándose cuánto sus bocas se extrañaban. Cuánto necesitaban el uno del otro.

Pese a ya no oponerse, la consciencia volvió a recriminar a la chica internamente por ese desliz; haciéndola abrir los ojos en sobre medida y

apartarlo de un brusco empujón.

—Azulita...

—¡No! —Advirtió con una mano extendida hacia él—. Y-ya basta de jugar sucio... —él quiso volver a acercarse, pero la hizo recular—. ¡No des un paso más!

Alex obedeció con facciones pesadas, contemplando como los orbes de su compañera se iban cristalizando en un semblante consternado.

—Marie...

—No quiero oír nada; no quiero que digas nada. —Interfirió con un nudo en la garganta, suspirando hondamente—. Solo déjame.

Fue hacia la puerta del negocio, saliendo como alma que lleva el diablo, mientras él se urgía en perseguirla y pisarle los talones por las calles.

—¿Ya está? ¿Esta es tu forma de arreglar las cosas? —Preguntó él a sus espaldas.

—No, mi forma de arreglar las cosas es cortar de raíz antes de que todo se ponga peor.

—Ah, sí... ¡Qué madura! —Ironizó jactancioso.

Ella se giró con rapidez, afrontándolo con ojos condenatorios, a la vez que se concienciaba de no perder los estribos.

—Al menos, no voy besando a la gente a la primera de cambio.

—¡Estaba intentando decirte algo! —Defendió en un tono elevado.

—Ah, ¿sí? ¡Pues no noté que hablaras mucho mientras me metías la lengua hasta el fondo!

—¡Oh, vamos! ¡Si hasta me seguiste el beso!

La congoja estaba invadiendo a la universitaria, con una lágrima no pudiendo no ser derramada al reflejarse en las esmeraldas del varón. Dándose la vuelta con brusquedad.

—Te lo diré solo una vez más. —Se relamió, dejando que pequeñas gotas mancharan sus mejillas—. Déjame en paz, Alex.

La muchacha no esperó por una contestación y se echó a correr hacia el campus. Apenas fijándose por donde pisaba al apresurarse en llegar a la residencia. Esquivando a quienes se interponían en su camino y eludiendo en como la miraban cual objeto de mofa.

Cuando se encontró a salvo en la habitación, se encerró en ésta con los ojos empañados en lágrimas; tallándolos con el dorso de la mano.

—¿Marie?

La mencionada alzó el rostro, encontrándose a su amiga con una expresión

de sorpresa e incredulidad; causando cierta molestia en ella.

—¿Por qué has hecho eso?! —Exigió saber, destilando aversión—. ¡Sabías que no quería verle y me tendiste una trampa!

—Marie, cálmate. —Disuadió con voz recatada, tratando alentarla—. Yo solo pretendía ayudar...

—¿Ayudar?! ¿En qué?!

Coralie tomó aire, sentándose en el borde del lecho frente el furioso mirar de su compañera.

—Alex me pidió que le concertara un encuentro contigo para explicarte lo que ocurrió. —Comentó un ápice decaída—. Al principio, me negué... —alzó la barbilla, mirando los ojos de su contraria—. Pero después de contarme cómo se sentía, y al verlo tan destrozado, no pude no ayudarlo.

—Estupendo. —Puso los brazos en jarra, riendo sin ánimos—. Pues para tu información, vuestro plan ha salido de pena; no he hablado con él... ¡Ni lo haré!

—¿Por qué diantres eres tan cabezota?! —Exclamó la morena, levantándose y quedando delante de su amiga—. Sé que te sientes mal, pero ese no es motivo para comportarte así.

—Ah, ¿no? —Se cruzó de brazos, plantándole cara—. Y, según tú... ¿Cómo se supone que me tendría que comportar?

—Pues, para empezar, deberías ir a hablar con ese estúpido teñido de pote.

—No tengo nada de qué hablar con él.

—Ahí te equivocas; tienes mucho de qué hablar.

—¿Y eso por qué?!

—¡Porque está enamorado de ti!

Esa revelación fue del todo inesperada para la azabache, la cual quedó petrificada y con las pupilas dilatadas por el asombro. Sin apartar el punto de mira de la joven que la encaraba con obstinación.

Pasaron unos segundos en los que Marie aún se encontraba sopesando las palabras de la futura reportera; instándose a reaccionar tras quedarse ligeramente desorientada.

—Vale, ese chiste sí que no tiene gracia.

—No es un chiste.

—Entonces, ¿qué? —Exigió saber con terquedad—. ¿Te lo dijo él?

—No hace falta que lo diga, se le nota a kilómetros. —Aseguró la de lentes sin vacilación, frunciendo el ceño—. Y si no fueras tan cabezota, te

darías cuenta de que tú también lo estás de él.

Frente a esa acusación, Marie quedó desprovista de argumentos. Con su corazón sobrecogiéndose y las dudas multiplicándose en su mente. No sabía qué decir; tampoco era verdaderamente consciente de lo que debía creer, pues, aunque ella hubiera decidido darse una oportunidad con Alex, todo se tornó confuso al descubrir su fechoría.

Por no mencionar, que no podía creer que él la amara. Si de verdad lo hiciera, lo más lógico sería que se lo hubiera dicho o demostrado; pero lo único que había recibido por su parte, era desilusión.

—Dale una oportunidad, Marie. —Persistió Coralie en un tono calmo, y sonriendo con amabilidad—. Habla con él.

La azabache no respondió, limpiando el rastro de lágrimas de su faz para, sin decir nada, encaminarse hacia el pasillo y fijar rumbo a la planta correspondiente donde se hospedaba el chico en cuestión.

No las tenía todas consigo, pero aún y así, algo dentro de ella la empujaba a averiguar si lo que le había dicho su amiga podía ser cierto; en busca de alguna prueba que la salvara de su pena.

Al cruzar el corredor, fue andando compungida, deteniéndose a medio trayecto en cuanto divisó frente la habitación del chico a una conocida joven de larga cabellera dorada y aires de grandeza.

No entendía nada. ¿Qué hacía ella ahí?

A los pocos segundos, la puerta se abrió y el rostro de la rubia se iluminó con una sonrisa traviesa.

—Hola, guapo. —Saludó la jovenzuela de orbes celestes, relamiéndose—. ¿Estás listo para un poco de diversión?

Marie no daba crédito a lo que estaba ocurriendo, quedándose pasmada al ver como aquella chica se adentraba en el cuarto de su compañero y cerraba la puerta después.

Su sangre hervía como nunca, sintiéndose con el alma hecha añicos y su mundo desmoronándose por completo.

«¿Alex enamorado de mí? Pero si le ha sobrado tiempo para irse con la facilona de turno.»

Quería llorar, pero la misma rabia e impotencia se lo impedían. Retrocediendo en el pasadizo, con la ansiedad abordándola sin misericordia, y chocando con uno de los residentes por su falta de atención.

—Eh, vigila por dónde vas.

—Pe-perdón...

El castaño la ojeó detenidamente, luego sonriendo perverso.

—Oye, tú eres la *putita* del video. —Indicó el individuo al observar a la fémima, captando su mirada iracunda—. ¿Quieres venir conmigo y pasar un buen ra...?

Ella no le permitió seguir hablando, silenciándolo al propinarle un fuerte rodillazo en su entrepierna, para después escabullirse por las escaleras, e ignorar los lamentos y contestaciones de aquel patán.

Al ver como se estaban desencadenando los acontecimientos, más claro era de que no podría hacer vida normal sin que en su día a día le recordaran lo acontecido. No habría día en que no lamentara haber vuelto a confiar en alguien. Pero, sobre todo, no habría día en que el sufrimiento no surgiera cuando se encontrara con él.

Sí, se había enamorado de Alex, pero era un amor no correspondido. Coralie la ilusionó durante unos instantes con esas palabras, cuyas habían sido como un atisbo de esperanza planeando sobre su desdicha. No obstante, toda esperanza se desvaneció tras ver a esa chica plantada frente al cuarto de su examigo.

Él seguía adelante con su vida, y ella a duras penas podía lidiar con la suya.

Entonces, las piezas faltantes de aquel puzle empezaron a encajar. Conociendo la respuesta a sus problemas y sabiendo cómo actuar al respecto.

Sacó el móvil del bolsillo de su pantalón, buscando entre sus contactos la persona que más la entendía, y en la que podía confiar, para finalmente marcar su número y aguardar tras el auricular a que la atendiera.

...

Esa tarde estaba resultando de lo más frustrante para Alex, el cual ya no sabía qué hacer para recuperar a esa terca chica que lo tenía hecho un embrollo.

Por más que quisiera conseguir su perdón, llegado el momento de la verdad, sus inseguridades salían a flote y lo hacían actuar de manera estúpida e insensata.

Tras su repentina marcha, al volverlo a alejar de su lado, Alex divagó pensativo por los jardines del campus por tal de despejar las ideas. Pero no

servió de nada; solo exasperándose más por su inutilidad.

Se adentró en la residencia al ver como se ocultaba el sol, subiendo hasta su planta para después ir directo hacia su habitación, donde nada más entrar, se quedó a cuadros por tan inesperado panorama.

—¿¿Louis?! —Exclamó contrariado, abriendo los ojos de par en par.

—*Hey*, ¿ya has vuelto? —Inquirió su camarada, el cual se encontraba tumbado sobre su cama con las sábanas cubriéndolo de cintura para abajo.

—¿Se puede saber qué coño haces en mi cama?! —Espetó perdiendo la poca paciencia, lanzándole sus prendas a la cara.

—Pues...

—¡Ya estoy, Lou!

Del cuarto de baño, salió Claire con un conjunto de lencería de cuero negro que se le hacía de lo más familiar a Alex. Reflejando estupefacción, al ver a la chica enfundada en esa vestimenta.

—¿Qué demonios hacéis? —Preguntó aún a sabiendas de conocer la respuesta, luego señalando a la rubia, mientras sus verdes permanecían adheridos a los celestes de su amigo—. ¿Por qué cojones tu novia lleva el conjunto de Marie?

—Esto... Iré a cambiarme. —Comentó la muchacha, reculando de nuevo hacia el interior del aseo.

Ya cuando los dos chicos quedaron a solas, Louis comenzó a vestirse con parsimonia, sin borrar la sonrisa granuja de su rostro.

—Vamos, tampoco es para tanto. —Terminó de colocarse la camiseta, y luego se acomodó el bóxer—. Dijiste que volverías tarde, así que, mientras esperaba, llamé a mi preciosa novia para entretenerme; nada más.

—¿Y no podías entretenerte en tu cuarto? Ahora tendré que quemar las sábanas.

—Podría, pero si lo hubiera hecho, no estaría aquí para preguntarte qué tal te ha ido con tu *Estrellita*.

Esa alusión le robó un suspiro de angustia al blondo, quien decaído, anduvo hasta la ventana en un estado abstraído.

—Digamos, que... No ha ido como esperaba. —Lamentó alicaído.

—¿Cómo? ¿No le contaste lo que ocurrió? —Indagó en un tono inquisitivo, levantándose de la cama y terminando de enfundarse el pantalón.

—Lo intenté, pero...

—No me jodas, *Nancy*. —Farfulló con desespero, palmeándose la frente—. ¿Qué pasó? ¿Se te trabó la lengua al hablar?

—No fue eso, es solo que... —apretó los puños, negando con la cabeza—. Ella estaba a la defensiva, y yo... No supe cómo conducir la situación...

Ver a su amigo tan abatido despertó en Louis un sentimiento de empatía hacia él. Colocando una mano sobre su hombro de forma amistosa.

—Espera un tiempo. —Aconsejó con voz serena y una sonrisa afable—. Deja que las cosas se calmen y vuelve a intentarlo.

Alex lo miró por el rabillo del ojo, esforzándose en sonreír, pese a las incógnitas y temor que lo abrumaban por dentro; dejándolo con una extraña sensación en el cuerpo que no lo tranquilizaba en absoluto.

Louis llevaba razón, no debía presionar las cosas, sino dar un margen a que las aguas regresaran a su buen cauce. Aún y así, algo en su interior lo tenía en alerta, sembrando la duda por todo su ser.

La decisión estaba tomada; no había marcha atrás.

Sabía que no podía seguir esquivando a todas horas a Alex, tampoco evitar que los demás continuaran recordándole lo ocurrido, y haciendo de su día a día un sinvivir.

Por ello, y después de interpretar un perfecto papel de indiferencia, lo dejaría todo a atrás para empezar de cero. Solo tenía que fingir un día más antes de que todo se desvaneciera definitivamente.

Nadie sabía, sino sus padres, lo que planeaba hacer. Hecho que facilitaba las cosas, no teniendo que dar explicaciones de sus planes por tal de que no se vieran truncados.

Tras un fin de semana de reflexión, Marie amaneció con la mejor de sus sonrisas; forzándose una última vez a ser esa chica despreocupada e hipócrita, a la que se había acostumbrado a interpretar en los últimos años.

—¡Coralie! —Exclamó la azabache desde la puerta de su habitación, aguardando impaciente—. ¿Vamos? Llegaremos tarde a clase.

—¿Y desde cuándo eso a ti te importa? —Murmuró la morena con engorro, luego examinándola de reojo—. Por otro lado, te veo muy animada... ¿Es que ha ocurrido algo que yo no sepa?

—*Mm...* Solo estoy de buen humor.

Coralie sonrió tenuemente, abrazándose durante unos instantes a su amiga con simpatía y afecto.

—Si sigues abrazándome así pensaré que quieres rollo conmigo. —Bromeó la ojizarca con una risa jactanciosa.

La aspirante a reportera se apartó con una mirada de tedio, y luego las dos féminas salieron al pasillo y se encaminaron hacia el centro de estudios. Ambas manteniendo una actitud relajada mientras conversaban amenamente entre sí.

Mentir a su mejor amiga no era algo que le gustara, pero sabía que, si le contaba lo que planeaba hacer, todo se iría por la borda y eso era algo que no iba a permitir.

—Hoy quedabas con Jean, ¿cierto? —Indagó la azabache en un tono monocorde.

—Sí, me vendrá a recoger después de clase. —Contestó con una sonrisa

bobalicona—. Iremos a elegir los regalos para estas Navidades.

—Pero si aún queda mucho...

—El tiempo vuela.

Tras intercambiar unas cuantas palabras más, ambas se adentraron en el aula. Tomando asiento en su sitio y sacando los utensilios para atender la lección del profesor.

En la mente de Marie se cruzaban varios pensamientos. Temores y dudas que la inundaban, y de los que trataba convencerse de que acabaría encontrando solución.

Quizás su vía de escape era de cobardes, pero a esas alturas, era lo que, aun y la incertidumbre, veía como más factible y alentador a largo plazo para ella. Poco importaba la sensatez de su veredicto, pues por ese entonces, quería ser egoísta y mirar por su propio bienestar; sin tener que preocuparse por nada ni nadie más que de ella.

Las horas de estudio transcurrieron en aparente normalidad, dedicándose exclusivamente a tomar apuntes y prestar atención a las enseñanzas correspondientes.

Ya en la hora de descanso, el dúo de amigas fue hacia el pasadizo. Caminando hacia el exterior del centro y así aprovechando ese día soleado, para despejarse de su rutina estudiantil.

—Oye, al final no me dijiste si pudiste hablar con Alex el otro día. —Alegó la joven de lentes con prudencia.

Marie se tensó. Obligándose a reflejar serenidad y una actitud receptiva, pese al vacío que se abría en su interior.

—Oh... Esto... —se mordió la lengua, forzando una sonrisa—. No, no hablé con él.

—¿No? —Se extrañó irresoluta—. Pensé que después de hablar entre nosotras, tal vez hubieras ido a aclarar las cosas con él, y...

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire al divisar al chico en cuestión en compañía de su camarada a unos metros de distancia, interceptando su mirada y la de su compañera.

Marie restó paralizada, luego adoptando un semblante amable y de indiferencia, al mecer la mano a modo de saludo en dirección a los jóvenes. Louis agarró del hombro de su colega, aproximándose donde se encontraban ellas para plantarse enfrente suyo.

—Hola, *Estrellita*. —Murmuró el chico de cabellos oscuros.

—¿*Estrellita*? —Repitió la aludida con las cejas enarcadas.

—Últimamente le ha dado por llamarte así. —Se refirió el rubio con una suave sonrisa, adhiriendo sus verdes a los azules de ella.

—Ah, ¿sí? —Bromeó la ojizarca, sonriendo a Louis—. Bueno... Dentro de lo que cabe, es el mote más normal con el que te me has dirigido, así que...

—¿Significa eso que puedo llamarte así?

—Cálmate, amigo. —Rebatió Alex, dándole un golpe amistoso en el brazo a su contrario—. Recuerda que ahora tienes novia, ¿o es que acaso lo has olvidado?

—¿Cómo?! ¿Tú tienes novia?!

—Que lo pongas en duda, me ofende. —Farfulló el de gemas marinas con los brazos cruzados—. Sí, tengo novia.

—Vaya... Cuánto lo siento por ella. —Aborreció la azabache, oprimiendo una carcajada.

Al verla en esa faceta calmada y bromista, una sonrisa se dibujó en los labios de Alex; aún y así, sentía como si algo no terminara de encajar en ese raro panorama.

—Louis, ¿me acompañas un momento? —Intervino la aspirante a reportera, jalando el brazo del susodicho.

—¿Puedo negarme?

Tanto Alex como Marie vieron a sus amigos alejarse y dejándolos a solas. Con una enrarecida atmósfera envolviéndolos al reinar el silencio, y con sus miradas cruzándose de vez en cuando.

Él se llevó las manos a los bolsillos del pantalón, apretando los puños al afrontar a la joven con entereza.

—Se te ve bien. —Aduló con voz recatada, fijándose en el asombro que ella reflejaba—. Quiero decir que... Me gusta verte sonreír.

La muchacha notó cómo su corazón se sobrecogía al contemplar esa sonrisa veraz que él le dedicaba; instándose a ser fuerte por tal de corresponderle mismamente.

—¿De qué sirve poner mala cara y lamentarse? —Expresó en un tono suave.

El universitario la escudriñó concienzudamente. Relamiéndose y frenando esos impulsos que florecían dentro suyo y que clamaban a gritos besarla.

—Entonces... ¿Estás mejor? —Logró articular con un ápice de nerviosismo.

Curiosas miradas de algún que otro alumno hacían de aquel momento algo más incómodo de lo que ya era de por sí. No obstante, la fémica no se dejó

derruir, y sonrió falsamente.

—Sí, ya estoy... Mejor.

—Me alegro.

Por más que las palabras quisieran emerger, había algo que impedía al joven expresarse como quería. Demasiados miedos y prejuicios que obstaculizaban sus propósitos.

—En fin, yo... Debería ir a buscar a Coralie. —Intervino ella de forma esquiva, retrocediendo hacia la recepción del centro—. Al menos, antes de que ella y el *pitufito* hagan alguna trastada, y...

—Marie. —Interrumpió sin pensar, haciendo que ella se detuviera y le prestara atención—. Yo... —inspiró aire en profundidad, luego acercándose a ella para sujetar de repente una de sus manos—. Me gustaría que, si no es mucho pedir... Hablémos...

—Alex...

—Sé que el otro día metí la pata, pero... —tragó saliva, mirándola directamente a los ojos—. Si me das la oportunidad... —apretó los dientes, arrugando el entrecejo—. Me gustaría solucionar las cosas contigo.

En sus esmeraldas se podía distinguir la desesperación que lo consumía, y que propagaba la duda y el desasosiego en ella.

—Alex, no hay nada que solucionar. —Comentó con una expresión seria, pero dispersa—. Lo que pasó... Es algo que ya no se puede cambiar...

—Déjame intentarlo. —Peticionó inflexible, reduciendo más esa distancia entre ambos para acunar su rostro con gentileza—. Ven a mi habitación después de clases para que pueda explicártelo todo. —Ella fue a contestar, enseguida siendo interrumpida al él unir su frente a la suya—. Por favor, *Azulita*...

Aquella mirada calaba en lo más profundo de su ser, desproveyéndola de toda fortaleza y disuadiéndola de dejar de lado sus inminentes planes. Cayendo despacio en sus redes como a una presa indefensa.

Pero no. No iba a caer. Esa debilidad era la que debía destruir para seguir adelante con su vida; una vida en la que Alex debía ya no ser más que uno de otros tantos errores del pasado.

Por ese objetivo que se había marcado, una vez más, hizo de tripas corazón, tomando las manos de su compañero y sonriéndole con falsedad.

—Está bien. —Susurró sin desincrustarse de sus verdes, soltando un suspiro—. Si eso es lo que quieres... Hablaremos.

Él abrió los ojos de par en par, abrazándose a ella sin poder contener la

alegría que lo embriagaba en ese momento.

—Te prometo que todo estará bien. —Susurró sobre su oído, acariciando su cabello.

Otra punzada más en el pecho de ella, y de la que debía hacer caso omiso. Inspiró ese aroma a lavanda que emanaba de él, correspondiendo a ese abrazo, con sentimientos de rabia y tristeza entremezclándose.

No comprendía por qué albergaba culpa y desolación; estaba siendo débil y estúpida al permitir que sus emociones la dominaran. Dejándose llevar por esos gestos que no eran más que puros formalismos, y que, de seguro, no significaban absolutamente nada para él.

Al cabo de unos segundos, los dos se separaron; mirándose con alivio por parte del joven, y falsa simpatía por la de ella.

—Te espero... ¿A las siete? —Sugirió sonriente.

—Claro.

Se sentía despreciable por recurrir a la mentira, aún y así, eso era lo que hubo obtenido de él y, por tanto, con la misma moneda le pagaría.

Después de despedirse, ella fue en busca de su mejor amiga, encontrándola ya esperando en la puerta del aula con una sonrisa divertida al verla acercarse.

—¿Cómo ha ido, *Estrellita*? —Bromeó la morena

—¿Ahora tú también vas a llamarme así?

—Me gustó el mote.

—A ti lo que te gusta es enredar las cosas. —Murmuró en un tono lineal.

—¿Yo? Pero si no he hecho nada.

—Sí, claro. —Se dirigió al pupitre en compañía de Coralie, acomodándose la una al lado de la otra—. Sé perfectamente que te has ido con Louis para dejarme a solas con Alex.

—No sé de qué me hablas.

El tono que usó al responderle no era para nada convincente, por lo que Marie no quiso entrar en el tema al centrarse nuevamente en la clase, e ignorar a su compañera.

De poco servía discutir, pues todo seguía su curso según lo estipulado. Unas horas más y su vida daría un giro drástico.

...

Con los nervios atacándolo sin medida, Alex apenas pudo atender las siguientes lecciones. En su cabeza se imaginaba una y otra vez el encuentro con esa chica que lo tenía embaucado y que tanto anhelaba recuperar.

Nada más llegar la hora de salida, Louis lo acompañó hacia la residencia, recorriendo los pasillos en un silencio que Louis se apresuró en romper.

—Tío, será mejor que cambies esa cara o harás que Marie se de a la fuga.

—¡Agh! —Se llevó las manos a la frente, resoplando con frustración—. ¡No puedo tranquilizarme! ¡No sé qué hacer!

—Para empezar... —le propinó una colleja, haciendo que lo mirara ceñudo—. Deja de ser tan inseguro y échale huevos al asunto.

—¿Acabas de darme una colleja?

—¿Prefieres una patada en la descendencia? —Masculló exasperado—. Haz el favor de centrarte de una puñetera vez.

El rubio calló repentinamente, sopesando las palabras de su camarada, al mismo tiempo que se enfundaba valor.

—Bien; sí, puedo con ello. —Musitó en un intento de autoconvencerse.

—Esa es la actitud. —Pasó un brazo por sus hombros, subiendo las escaleras que conducían a su planta—. Ahora solo tienes que asegurarte de decirle a tu chica lo que sientes.

—Y disculparme.

—Sí, pero antes dile lo que sientes.

—¿Acaso importa el orden? —Cuestionó extrañado, luego de un rato deteniéndose frente a la puerta de su cuarto.

—Por supuesto. —Lo afrontó con determinación, sonriendo levemente—. Tú dile primero lo que sientes por ella, y después... Todo se irá arreglando.

—Sí que lo tienes por seguro.

—Hazme caso. —Palmeó su espalda, luego alejándose por el corredor—. Y recuerda que me debes la foto dedicada en *Instagram*.

Alex soltó una carcajada, inmiscuyéndose en su estancia con las ideas ya más amoldadas sobre cómo debía proceder a partir de ese entonces. Estaba decidido a confesarse y hacer que lo suyo con Marie funcionara; y ni los nervios ni sus remordimientos, iban a interponerse en su camino.

...

Tras ver a su amiga marcharse en compañía de su novio, Marie no se entretuvo en ir directa hacia su cuarto y sacar del armario una maleta que fue

llenando con sus pertenencias.

Había escrito una carta para Coralie, explicándole el porqué de su decisión y disculpándose por no habérselo comentado. Dejando el papel sobre su cama, antes de que se le olvidara por las prisas de tenerlo todo listo.

De mientras armaba su equipaje, escuchó su móvil sonar, localizándolo en el bolsillo posterior de su pantalón y sujetándolo contra su oreja al contestar.

—Hola, mamá.

—*Hola, cielo. ¿Cómo lo llevas?*

—Estoy terminando de prepararlo todo y en un rato llegará el taxi. —
Comentó a la vez que iba de un lado para otro de la habitación.

—*Perfecto. —Confirmó la mujer con amabilidad—. Ya se lo he dicho a la abuela Anne y está deseando verte.*

—¿Sí? Entonces... ¿Le parece bien que me quede allí?

—*¿Bromeas? Está encantada. —Comentó en medio de una corta risita—. No tienes de qué preocuparte.*

—Gracias, mamá. —Agradeció con un matiz de tristeza en sus facciones.

—*No tienes por qué darlas. —Aseguró despreocupada—. Eso sí, espero que al menos nos veamos por fiestas. —Alegó con voz decadente—. Desde que estás en la Universidad que apenas nos hemos visto.*

—Claro; aunque igualmente, el año que viene todo cambiará. —Confirmó tratando sonar elocuente—. Terminaré los estudios desde casa, así que...

—*¿Sigues estando segura de eso? —Indagó la mayor en un tono titubeante—. Tal vez, cuando regreses en unos meses...*

—No. —Negó en rotundidad, después intentando relajarse—. Estoy segura.

—*Como quieras; decidas lo que decidas, tu padre y yo te apoyaremos. —La joven contestó con un hilo de voz, oyendo la sonrisa de su mentora a través del auricular—. Te dejo acabar de preparar las cosas, y... Ya nos avisarás cuando llegues a Marsella.*

—Sí. —Sonrió débilmente, fijando su vista a través de la ventana—. Te quiero, mamá.

—*Y yo a ti, cielo.*

Marie colgó la llamada, quedándose pensativa durante unos segundos, antes de volver a ponerse manos a la obra. Metió en la bolsa todo lo que creyó necesitar e indispensable, finalmente cerrando la cremallera y colgándose del hombro el equipaje.

Tras echar un rápido vistazo al lugar, dejó sobre la cómoda su llave, y

luego salió hacia el pasillo y cerró la puerta del cuarto. Al principio, anduvo a un paso tranquilo por el corredor y las escaleras, manteniendo la compostura. No obstante, la impaciencia y sus mismas desbordantes emociones la hicieron adquirir un ritmo más apresurado al salir del edificio.

Divisó en la acera de enfrente de la entrada su taxi, sintiéndose sumamente ansiosa. Inspiró hondamente, armándose de valor al marchar donde el vehículo se hallaba estacionado, y notando como si las ganas de llorar que había estado refrenando en todo el día, surgían en ese entonces.

A su paso, evocaba ese último abrazo de Alex; la calidez de sus brazos rodeándola y el aroma que tanto extrañaría. Causando que unas pequeñas gotas recorrieran sus mejillas.

«¿Por qué lloras ahora? Deberías estar contenta... ¡Eres una tonta!»

Llegó frente el automóvil, viendo al conductor salir a la calle para sostener su maleta y colocarla en el portaequipaje, de mientras ella alzaba la vista y contemplaba aquel edificio que había sido su hogar durante los últimos dos años.

Allí fue feliz, al menos hasta que todo se fue a la deriva. Viviendo allí había cometido toda clase de locuras, convivido con su mejor amiga y conocido a su mejor amigo.

Recordando eso, una sensación amarga la atrapó. Ese amigo había sido quien había vuelto del revés su mundo; con el que había compartido momentos de toda clase.

Con él había reído. Con él había llorado. Y, aunque le doliera admitirlo, a él lo había amado; inconscientemente creándose un futuro a su lado, y pensando en que él podría ser todo lo que ella quería y que inclusive ambos estaban predestinados.

Aún y así, aquello no era más que un mero espejismo. Todo había sido una mentira. Una mentira en la que ella volvía a salir mal parada.

De todas maneras, de los errores se aprende y, en este caso, y a diferencia de años atrás, no iba a derrumbarse.

—Señorita, ¿está lista? —Inquirió el conductor con gentileza.

La muchacha pestañeó, mirando al hombre y asintiendo con una sonrisa complidora. Luego entrando en la parte posterior del coche y acomodándose en una postura firme.

Sus ojos vieron a través del cristal de la ventana, observando como a los

escasos segundos, el paisaje comenzaba a moverse y se iba alejando de aquel lugar.

Las lágrimas no emergían por más que lo deseara, sacando el móvil de su bolsillo y localizando el nombre de Alex en su listín, para acto seguido abrir su ventana de conversación.

No tenía ni quería decir demasiado, así que escribió lo único que pudo. Con dedos temblorosos y un nudo agónico en su garganta.

Yo_18:25

Adiós.

En el momento en que el mensaje fue enviado, bloqueó el contacto y apagó el aparato. Tallándose los ojos y regresando su mirada a las calles de la ciudad.

Olvidar a Alex era algo que llevaría tiempo y que no resultaría fácil. No obstante, la vida tiene ese tipo de dificultades; esas dificultades a las que uno se debe enfrentar y saber anteponerse.

Su amor hacia él había surgido sin buscarlo ni quererlo, dándose como algo espontáneo y no planificado. Por desgracia, ese amor había sido un desastre; una pérdida de tiempo. Una atrocidad.

Un corazón roto requiere de tiempo para ser sanado; un tiempo en que la suerte y el azar juegan un papel importante, pudiendo traer una nueva oportunidad, si es que el destino así lo dispone.

Por ese entonces, Marie cerraba un amargo capítulo de su historia sin concluir; una historia en la cual el mismo azar se encargaría de reconducirla, pero que, de momento, la dejaba en el suspenso.

Sus zafiros se perdieron en el cielo y las edificaciones de afuera, tratando serenarse al sentirse en un pozo negro del que, tarde o temprano, debería salir.

«Adiós, París. Adiós, Alex... Adiós, final feliz.»

EPÍLOGO

Había pasado un mes y medio desde que Marie se marchó sin dejar ni una sola pista de su paradero; un mes en que Alex había empeñado su tiempo en dar con ella sin éxito alguno.

Cuando recibió aquel mensaje minutos previos a la supuesta hora de su encuentro, el chico quedó estupefacto. Enseguida yendo hacia la habitación de su compañera y llamando a su puerta con insistencia, hasta que cayó en la cuenta de que el cuarto estaba sin el seguro echado.

Al entrar, miró ese escenario desolador, sin nada ni nadie que lo fueran a recibir. Vio como cajones y armarios estaban revueltos, escudriñando el espacio y con sus ojos posándose al fin en la carta que se encontraba sobre una de las camas. Tomándola entre sus manos y desplegándola para revisar lo que había escrito.

Nada más terminar de leer, arrugó el papel y sintió su mundo desmoronarse. Un profundo vacío se instaló en su interior, con lágrimas de rabia e impotencia recorriendo sus mejillas.

Desde esa fatídica tarde que nada había vuelto a ser como antes. No había día en que no intentara llamarla o enviarle mensajes, sin importar que sus intentos no sirvieran.

No solo él corría esa racha de mala suerte, pues Coralie también fracasó al intentar ponerse en contacto con sus padres y así averiguar en donde se hallaba la azabache. No obstante, ninguna noticia alentadora fue recibida.

En un sábado cualquiera, el rubio se quedó enclaustrado en su cuarto; de nuevo marcando el número de Marie mientras que su camarada lo observaba sentado en la cama.

—Tío, sé que quieres dar con ella, pero... ¿No crees que deberías descansar un poco?

—Cállate, Louis. —Contestó tajantemente, lanzando el móvil sobre el lecho.

—Oye, cálmate un poco, ¿quieres? —Espetó en un tono altivo.

—¿Que me calme? —Puso el grito al cielo, llevándose las manos a la cabellera con una expresión escéptica en su rostro—. ¡¿La chica de mi vida se ha ido no sé adónde y tú pretendes que me calme?!

—Alterándote no conseguirás que vuelva.

—Y calmándome tampoco. —Dio una patada en la mesita de noche, soltando un bufido frustrado—. ¡Joder!

Louis se incorporó, acercándose a su amigo para tomarlo de los hombros y mirarlo directamente a los ojos.

—Alex, puede que no sepa lo mal que lo estás pasando, pero no puedes dejarte derrumbar. —Animó con voz amable—. Marie se ha ido y, si no quiere hablar contigo ni que la encuentres... —hizo una pausa, inspirando profundo—. Siento decirte que, hagas lo que hagas, las probabilidades de que la encuentres son de una entre un millón.

—Me da igual; no pienso tirar la toalla. —Se zafó de él, yendo hacia la ventana para apoyarse en el marco y mirar hacia el exterior—. Necesito recuperarla, Louis. —Apretó el puño contra el cristal, respirando hondamente—. Necesito a Marie.

El azabache bajó la vista al suelo, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón en una postura compungida.

Después de unos minutos de sumo silencio, unos golpes provenientes del pasillo captaron la atención de los integrantes del cuarto, siendo Louis quien tomó la iniciativa de ir a abrir la puerta.

—Hola, socio. —Saludó Coralie con una sonrisa amable.

—Hola, *Velma*.

—Eh, aquí las bromas las hago yo. —Se abrió paso hacia el interior con apremio, divisando al tercer ocupante a unos metros de distancia.

Alex se giró en redondo, aproximándose esperanzado hacia la muchacha, la cual extendió las manos hacia adelante a modo de advertencia.

—¿Has averiguado algo? —Indagó el rubio sin vacilación—. ¿Pudiste hablar con sus padres, o...?

—¡Alex! —Interrumpió en un tono impositivo, haciéndolo callar y suspirando en profundidad—. Tranquilízate o te va a acabar dando un ataque.

El susodicho obedeció, luchando contra esa zozobra que lo estaba consumiendo por dentro y que, por más que lo intentara, no conseguía combatirla ni acostumbrarse a ella.

La aspirante a reportera adoptó un semblante severo, pero sereno al ojear con apacibilidad al rubio.

—He hablado con sus padres, pero no han querido decirme dónde está ni cuándo piensa volver.

—¿Y si voy a hablar yo con ellos?

—¿Tú? —Ella soltó una carcajada, frotándose las sienes—. Si no me lo han dicho a mí, que me conocen de toda la vida; ¿qué te hace pensar que, a ti, que ni siquiera saben quién eres, te lo dirán?

—Podría intentarlo...

—¿Y qué les dirás? —Espetó con los brazos en jarra—. ¿Que después de profanar a su hija y hacer que se marchara te diste cuenta de que la amabas?

—Pues...

—Ni te molestes. —Negó en rotundidad, revoleando los ojos—. Tan pronto como abrieras el pico, su padre te daría una paliza con la manga pastelera.

Él cruzó las manos tras su cabeza.

—¿Entonces? ¿A qué has venido?

Coralie observó a Louis, quien aguardaba en silencio tras ella; después enfocándose en el joven de gemas verdes y acercándose a éste con una mirada apesadumbrada.

—Pensé que, tal vez... —extendió los brazos hacia él, provocando que la mirara con incertidumbre—. Necesitarías un abrazo.

El universitario parpadeó fuera de lugar, soltando una carcajada y cruzándose de brazos en una actitud más dispersa.

—¿Vienes a compadecerte?

—No; para eso ya tienes a Lou. —Argumentó señalando a su camarada—. Yo solo intento ser una buena amiga; pero sin sexo.

—¿Ahora te ha dado por contar chistes? —Rebatió con una sonrisa forzada.

—Tú ya me entendiste. —Advirtió inflexible, mostrándose compasiva—. Siempre pensé que eras una mala influencia para Marie, pero después vi que, más bien, eras todo lo contrario... —aguardó unos segundos sin decir nada, identificando el asombro en las facciones del zagal—. Tú eres el chico que me devolvió a mi amiga; una amiga que al final resultó actuar como a una estúpida, y que... Se fue; sin dejarme nada más que una simple carta.

Alex restó sumido en sus pensamientos, mordiéndose internamente el labio inferior al ver como la morena se afligía con las últimas palabras pronunciadas.

—Y... Con todo esto... ¿Adónde quieres ir a parar? —Preguntó con decoro.

—Pues que, aunque seas un *metepatas*... —retuvo el aire en sus pulmones, sonriendo afable—. Puedes contar conmigo. —Tragó saliva, esforzándose en mostrarse serena—. Sea para buscar a esa... Idiota, o... Lo que decidas.

Podía discernir la veracidad en lo que decía, contagiándolo de su misma sonrisa para luego abrazarla amistosamente; notando como ella correspondía al gesto con unas pequeñas gotas derramándose de sus marrones.

—Me siento excluido. —Se quejó el azabache, dibujando un puchero—. ¿No hay abrazo para Lou?

Los otros dos jóvenes miraron al ojizarco con una mueca divertida, invitándolo a unirse a ellos al extender un brazo hacia él.

—Anda, ven antes de que me arrepienta. —Animó su amigo con engorro.

Louis se acopló a sus compañeros, abrazándolos de manera que la joven quedó entre ambos.

—Chicos... —murmuró Louis, apegado a la chica y a su camarada—. Un día de estos tenemos que hacer un trío.

—¿Qué coño?! —Exclamaron Coralie y Alex al unísono, separándose de sopetón.

—Es broma. —Se jactó entretenido, pasando los dedos por su cabellera—. De ser verdad, mi novia me cortaría las bolas.

—Y mi novio te las colgaría de un poste de la luz y luego haría picadillo con ellas. —Afirmó la chica de lentes con una mueca asqueada.

—Cuánta violencia. —Lamentó Louis con un mohín en los labios.

El rubio los contempló en silencio, sonriendo con desánimo al luego tomar su móvil de sobre el lecho y revisarlo en un semblante ofuscado.

El contacto de Marie seguía apareciendo sin fotografía y sin estado de línea, produciendo que la tristeza volviera a atraparlo por esa impotencia de no saber qué era lo que podía hacer.

«¿Dónde estás, *Azulita*?»

...

Hacía un día soleado y el frío era más o menos soportable. Desde que se había trasladado temporalmente con su abuela, Marie apenas tuvo tiempo de aburrirse, al mantenerse ocupada ayudando a la mayor y conociendo la zona.

Marsella era un lugar precioso, distinto a París, pero con su propio encanto. No pasaba día en que no se entretuviera recorriendo las calles cuando tenía que salir a hacer algún recado.

La verdad, era que el cambio le había ido bien. Quizás su mente seguía en su ciudad natal, pero poco a poco, se obligaba a anteponerse a ese dolor que

le causaba pensar en los últimos sucesos que se desencadenaron previamente a su partida.

Al llegar a la ciudad, compró una nueva tarjeta SIM por tal de hacer borrón y cuenta nueva; alejando la tentación de verificar si Alex le había llamado o enviado mensajes.

Pese a ello, había memorizado su número y, por más que quisiera olvidarlo, era inútil. Sintiendo el impulso de marcarlo y saciar así su curiosidad de saber de él. No obstante, antes de cometer dicho desliz, se lograba frenar.

—¿De nuevo pensando en ese chico, Marie? —Cuestionó Anne al ver a la muchacha concentrada en el teléfono.

—¿Eh? N-no, claro que no. —Negó con una risita nerviosa.

—A mí no me engañas, cariño. —Rebatió la mujer de jovial apariencia, plantándose frente a ella en el sofá de la sala de estar—. Tienes cara de funeral.

—Eso es porque aún no me encuentro bien.

—¿Sigues mareada? —La menor asintió en silencio, incorporándose y caminando hacia la cocina para servirse un vaso de agua.

La mayor la siguió con una expresión preocupada, mirándola en una postura calma de mientras la joven bebía sedienta.

—Si por mi fuera, solo bebería. —Musitó con engorro, relamiéndose.

—Llevas una semana así. —Indicó con voz suave—. Tal vez deberías ir a ver al médico y asegurarte de que no tengas algún virus.

—Puede. —Respondió con tedio, soltando un bufido—. La verdad es que me tiene ya bastante asqueada...

—Pues no sea dicho.

Anne fue hacia el recibidor, tomando su chaqueta para enfundársela ante el atento y raro mirar de la chica.

—¿Qué haces, *Abu*?

—Nos vamos al médico. —La muchacha fue a interferir, viendo como la mujer se acercaba con un abrigo en las manos—. Venga.

—¿Ahora? ¿No podemos esperar a mañana? —La de corta cabellera canosa arrugó el entrecejo, haciendo que la parisina se abrigara con la prenda que le había ofrecido—. Bien.

Sin rechistar, ambas salieron del hogar para dirigirse al centro médico, aprovechando el trayecto para comprar algunas cosas que echaban en falta mientras conversaban tranquilamente.

La relación de Marie con su abuela siempre había sido muy cercana; teniendo la confianza de poder hablarle de cualquier cosa sin reparos, pues aún y su avanzada edad, poseía una mente muy abierta y cero desfasada.

Nada más llegar de París, le abrió las puertas de su casa y la recibió ilusionada; si por ella fuera, la tendría de huésped toda la vida. Aún y así, sabía que su estadía allí era algo temporal hasta que se sintiera suficientemente segura para regresar.

Una vez en el ambulatorio, fueron al mostrador, donde después de facilitar sus datos a la recepcionista, las hicieron pasar a una amplia sala de espera; acomodándose en las sillas que ocupaban el espacio.

—Verás que no será más que un virus.

—Como sea. —Aborreció con una mueca de asco—. Por mí, como si me dan morfina, pero que me quite esta mierda de una puta vez...

—Esa lengua, jovencita. —Advirtió la mujer con un ligero retintín.

La joven infló los cachetes, sin llegar a protestar, que la puerta de la consulta se abrió y una mujer de larga cabellera dorada se asomó con una mirada seria bajo sus lentes.

—¿Marie Lallau?

La susodicha se enderezó con pasotismo, fijándose en cómo su abuela la animaba desde su posición y la veía andar hacia la doctora; luego inmiscuyéndose en la estancia con no muchas ganas.

Una vez a solas, la rubia se acomodó detrás de la mesa, ofreciéndole asiento a la paciente, quien aceptó su invitación con tedio.

La azabache cruzó las manos sobre su regazo, recargándose en el respaldo de la silla a la vez que la mayor tecleaba absorta en el ordenador.

—Dígame, señorita Lallau. —Murmuró revisando la pantalla, luego ojeando a la jovencita—. ¿Qué es lo que le ocurre?

La muchacha respiró en profundidad, mordiéndose internamente la mejilla en un semblante reflexivo.

—Pues... De saberlo no estaría a aquí. —Bromeó sin éxito, aclarándose la garganta—. Llevo unos días que me siento... Mareada... —comentó con voz engorrosa—. Pienso que a lo mejor haya sido algún tipo de intoxicación alimentaria... Pero... No estoy segura...

—Entiendo. —Susurró sin alterarse, fijándose en los datos que aparecían en el monitor—. ¿Es alérgica a algún alimento o medicamento? —La chica negó de lado a lado, captando la mirada de la mujer—. Y... ¿Es la primera vez que le ocurre algo así?

—Sí... Al menos, que yo recuerde. —Alegó con pesadez, apoyando los codos sobre la mesa para acoger el rostro sobre sus manos—. A todo esto, ¿sabe ya qué me pasa? ¿Va a darme algo? Tal vez... ¿Marihuana? —La doctora la contempló con severidad, haciendo que Marie sonriera con sarcasmo—. Usted no es muy de la broma, ¿cierto?

La rubia ignoró sus comentarios, de nuevo leyendo lo que se reflejaba en la pantalla antes de volver a encarar a la paciente.

—¿Podría decirme la fecha de su último período?

—Peri... ¿Qué? —Se extrañó con una mueca jactanciosa.

—La última vez que le vino la regla. —Expresó con un ápice de exasperación.

—Oh, eso... Pues... —se quedó pensando, haciendo cuentas para sí misma, de mientras su expresión se iba transformando en una de confusión.

La profesional estudió ese semblante de pavor que se apreciaba en la fémica, y respiró con tranquilidad.

—Ya que estamos, aprovecharé para preguntar... —intervino con voz firme—. ¿Ha mantenido recientemente relaciones sexuales sin protección?

En esa cuestión, Marie restó petrificada. Mirando con súbito desasosiego a la especialista.

—Y-yo... —Acudieron a su mente imágenes de días pasados, estremeciéndose tan solo de pensarlo siquiera—. N-no sé... Es... Posible...

La mayor no contestó, sacando de uno de los cajones de su escritorio un frasco de plástico que le entregó a la joven.

—Necesitaré que me traiga una muestra de orina. —Explicó apacible, volviendo a teclear en el ordenador—. Vaya al servicio que queda al fondo del pasillo y luego regrese con la muestra.

Sin mencionar palabra, Marie se incorporó con los latidos de su corazón rezumbando contra sus oídos. Agarrando con fuerza el recipiente para después salir de la consulta.

En la sala, divisó a su abuela, sonriéndole con nerviosismo antes de cruzar el corredor e ir hacia los aseos.

«Marie, cálmate... Solo es una muestra de pis...»

Se encerró en uno de los cubículos, intentando concentrarse mientras hacía peripecias con el dichoso pote de plástico. Concienciándose de que no tenía por qué sentirse tan ansiosa.

Los segundos transcurrían a cuentagotas, relajándose mínimamente y así logrando su propósito. Aun con el pulso temblando por esa inseguridad que la abrumaba.

«¿Ves? No pasa nada. Has podido.»

Tras lavarse las manos y mirarse en el espejo, regresó con pasos firmes a la consulta. Adentrándose con el corazón cada vez más desbocado al verse en los luceros de la doctora.

—¿Ya está?

Marie se relamió, dejando el recipiente sobre el escritorio y sentándose en una de las sillas, al ver a la mujer tomar el frasco e ir hacia uno de los extremos de la estancia.

En aquellas que esperaba, la muchacha escudriñó el espacio, doblando la tela de su camiseta en un tic nervioso que no lograba controlar.

—Bien. —La azabache observó a la rubia acercarse de nuevo, sonriendo débilmente al aposentarse en su sitio—. Señorita Lallau, tengo dos noticias.

—¿Dos noticias? —La mujer asintió, inundando de dudas a la chica—. ¿De qué se trata?

—Bueno... —se acomodó en la silla, examinado a su contraria—. Por un lado, debo informarle de que no tiene ninguna clase de virus estomacal o intoxicación alimentaria.

—Ajá... Bien... Eso es bueno. —Musitó aún no muy convencida, reaccionando a conciencia—. Y... ¿Cuál es la otra noticia?

La especialista se inclinó hacia adelante, cruzando los brazos sobre la mesa para mirar las gemas de la ojizarca con relajo.

—La otra noticia es que, usted, señorita Marie... —hizo una pausa, viendo a la susodicha tensándose en su lugar—. Está embarazada.